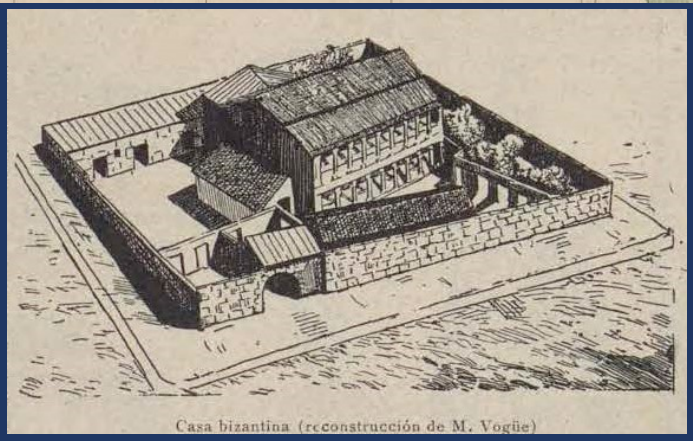
MANUEL ESPINAR MORENO

BIZANCIO DESDE SU NACIMIENTO A SU DESAPARICION (330-1453)

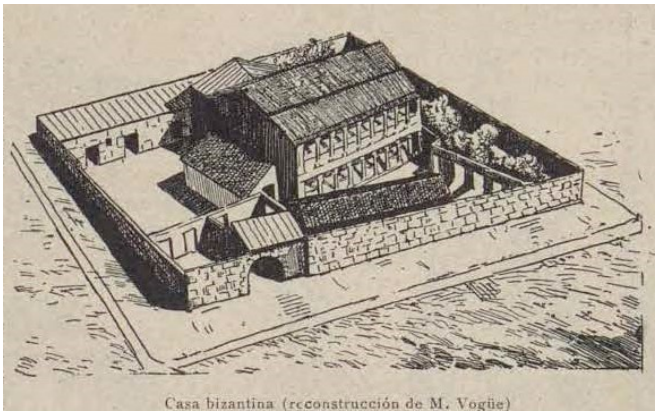

Casa bizantina (reconstrucción de M. Vogüe)

LIBROS EPCCM

GRANADA, 2020

MANUEL ESPINAR MORENO

BIZANCIO DESDE SU NACIMIENTO A SU DESAPARICION (330-1453)


Casa bizantina (reconstrucción de M. Vogüe)

LIBROS EPCCM

GRANADA, 2020

MANUEL ESPINAR MORENO

BIZANCIO DESDE SU NACIMIENTO A SU DESAPARICION (330-1453)

LIBROSEPCCM

Granada, 2020

Editor: Manuel Espinar Moreno

©HUM-165: Patrimonio, Cultura y Ciencias Medievales

Primera edición: 2020

Bizancio desde su nacimiento a su desaparición (330-1453)

© Manuel Espinar Moreno

Diseño de cubierta: Manuel Espinar Moreno.

Motivo de cubierta: Escribanos medievales y página de manuscrito sacadas de internet.

Maquetación: Manuel Espinar Moreno

Anexo a la Revista: EPCCM. ISSN: 1575- 3840, ISSN: e-2341-3549. Digibug http://hdl.handle. net /10481/

Edición del Grupo de Investigación HUM-165: Patrimonio, Cultura y Ciencias Medievales. Colaboración del Centro: “Manuel Espinar Moreno”, Centro Documental del Marquesado del Cenete y Departamento Historia Medieval y CCTTHH (Universidad de Granada)

Este libro ha sido editado para ser distribuido. La intención de los editores es que sea utilizado lo más ampliamente posible, y que, de reproducir partes o todo, se haga constar el título y la autoría.

© 2018 DOAJ.

The DOAJ site and its metadata are licensed under CC BY-SA

Introducción.

En los momentos actuales en que vivimos, coma ya hemos dicho en otras ocasiones, a consecuencia del covid, la enseñanza universitaria ha cambiado casi radicalmente, pues aquellas clases tradicionales, denominadas por los enseñantes "clases magistrales" se han tenido que cambiar para facilitar a los alumnos el acceso a las lecciones. En este sentido la asignatura Historia Medieval, del primer curso del Grado de Arqueología en la Universidad de Granada, exige ofrecer al alumnado materiales que faciliten su formación y de esta forma poder superar lo exigido al menos mininamente en una asignatura tan amplia dado el enorme espacio de tiempo que abarca. En este sentido, ofrecemos estos materiales sobre el período que analiza la historia del Imperio bizantino desde su fundación por Constantino el Magno hasta la entrega de la ciudad a los turcos en 1453. Así pues, la mayoría de estos apuntes están tomados de varias obras en especial de la Novísima Historia Universal desde los tiempos prehistóricos hasta nuestros días escrita por individuos del Instituto de Francia G. Maspero, J. Michelet, Ernesto Renán, Victor Duruy, et. Dirigida a partir del siglo IV, por Ernesto Lavisse, de la Real Academia Francesa, Profesor de la Universidad de París, y por Alfredo Rambaud, del Instituto de Francia, Profesor de la Universidad de París. Traducción de Vicente Blasco Ibañez. Tomo VI. Los Origenes. Madrid, La editorial Española-Americana, Mesonero Romanos, 42. La hemos consultado en Biblioteca Nacional de España 52/508188, DN 18451, vol. 6, D 63987944.

Los capítulo 4º y 13º del tomo 6 de esta obra citada, elaborados por C. Bayet, miembro correspondiente del Instituto de Francia y Director de la Enseñanza Superior, tienen el siguiente esquema:

Cap. IV. EL IMPERIO ROMANO EN ORIENTE (395-717) por C. Bayet

I.— Causas de la duración del Imperio de Oriente

Separación de los dos imperios.— Por qué sobrevivió el Imperio de Oriente.— El helenismo.— Geografía y administración, páginas 94-97.

II.—Los emperadores de la casa de Teodosio y de la de Tracia

Arcadio.— Teodosio II.— Marciano.— León I el Tracio.— Zenón.— Anastasio.— La Iglesia.— El vecindario de las ciudades, páginas 98-101.

III.—Los emperadores de la casa Justiniana

Justino y Justiniano: La nueva política imperial.— Las guerras de conquista en Africa, en Italia y en España.— Las guerras defensivas: persas, hunos, búlgaros eslavos.— Líneas de defensa del Imperio de Oriente.— Mala administración del ejército.— Legislación.— Administración. — Política religiosa. — Comercio é industria.— Las Artes.— Destrucción de la obra de Justiniano.— Mauricio.— Focas, páginas 102-111.

IV.—Los emperadores de la casa de Heraclio

Heraclio.— La guerra contra los persas.—La conquista árabe.— La anarquía.— Guerra contra los lombardos, los búlgaros, los eslavos y los árabes.— Caracteres del Imperio bizantino al comienzo del siglo VIII. Bibliografía, páginas 112-116.

Cap. XIII. EL IMPERIO BIZANTINO Del siglo VIII al XI
por C. Bayet

I.—Los emperadores de la causa Isauria

Advenimiento de la casa Isauria.— La contienda de los iconoclastas; sus causas y caracteres.— León III y Constantino IV. — La reacción: el concilio de Nicea: Irene.— Fin de la contienda de los iconoclastas, páginas 344-350.

II.— Los emperadores de la casa Macedónica

La transmisión del poder tiende a regularizarse.— Luchas contra las invasiones.— Instalación de los eslavos en el Imperio.— La Italia bizantina: sarracenos y normandos. — Los vasallos del Imperio. — Relaciones con el Imperio germánico y el Papado, páginas 350-360.

III.— Organización del Imperio

El emperador y la corte.— La administración central: Senado: nobleza administrativa. — La administración provincial: los temas.— El feudalismo en el

Imperio griego: grandes propietarios.—La diplomacia. El ejército, páginas 362-367.

IV.—La civilización bizantina

Prosperidad del Imperio— El comercio— Las Letras y las Artes, páginas 368-371.

V.—Los primeros emperadores de la casa de Comneno

Decadencia del Imperio en la segunda mitad del siglo XI.— El advenimiento de los Comnenos.— Bibliografía, páginas 374-376.

En el tomo 7 dedicado a la Europa feudal y las cruzadas nos encontramos el capítulo 15 elaborado por A, Rambaud, miembro del Instituto y Profesor de la Facultad de Letras de Paris, el contenido es el siguiente:

CAPITULO XV. LA .EUROPA DEL SURESTE Durante el período de las Cruzadas (1095-1261) Por A. Rambaud.

I.—El Imperio griego hasta 1204.

La dinastía de los Comnenos.— Usurpación de Andrónico.— Dinastía del Angel.— La intervención popular.— Debilitación del patriotismo romano-bizantino. — Vicios de la Constitución bizantina.— Prematura desmembración del Imperio.— Estado social.—Colonos y esclavos.— Administración municipal.— La Iglesia.— Persecuciones contra los herejes.— Los frailes bandoleros.— La industria y el comercio.— Exigencias fiscales.— Exacciones de los funcionarios.— Miseria económica del Imperio.— La marina militar.— El ejército.— La civilización bizantina.— Esplendor de Constantinopla, páginas 436-447.

II.—Los vecinos y los enemigos del Imperio.

Los turcos seldjúkidas.— Las razas turcas de Europa.— Croatas y dálmatas.— Servia.— Estéfano Nemanya.— Constitución de la unidad servia. Estéfano I y San Sava.— El reino de Servia.— Los búlgaros.— Los rumanos: sus orígenes.— Relaciones de los vlacos con Bizancio.— Fundación del Imperio vlaco-búlgaro.— El tsar Juannitsa.— Relaciones de Bizancio con Roma.— Los venecianos.— Los normandos de las Dos Sicilias.— Los alemanes.— Los cruzados, páginas 448-458.

III. — El Imperio latino y los Estados latinos.

Los cruzados en el Imperio griego.— Reparto del Imperio.— El emperador Balduino y el rey Bonifacio.— Conflicto entre el Imperio latino y el Imperio vlaco-búlgaro.— Reinado de Enrique de Flandes.— Pedro de Curtenay y Roberto de Namur.— Juan de Briena: nuevo conflicto con el Imperio vlaco-búlgaro.— Balduino II.— Los Estados franceses de la Hélada Central.— Ducado de Atenas. — Principado de Acaía: Guillermo de Champlitte.—Constitución del principado.— Godofredo de Villeharduino.— Guillermo de Villeharduino.— Los Estados venecianos.— Las Assisas de Romania.— Huellas de la dominación franca en el Imperio griego, páginas 460-471.

IV.—Reconstitución del Imperio griego.

Restos del Imperio griego en 1204.— Imperio de Trebizonda.— Despotado de Epiro.— Imperio de Nicea.— Teodoro Lascaris.— Juan III Yatatzés. Advenimiento de los Paleólogo.— Miguel VIII. Reconquista de Constantinopla por los griegos (1261).— Bibliografía, páginas 471-475.

Por último en el tomo 8 dedicado a ola Formaciób de los grandes estados encontramos el capítulo XVI dedicado a los últimos días de Bizancio, elaborado por A. Rambaud tiene el siguiente planteamiento:

LA EUROPA DEL SUD ESTE. Fin del imperio griego — Fundación del imperio otomano (1282-1481), por A. Rambaud.

I.— El Oriente hasta el siglo XV.

Aspecto general de Oriente. — La anarquía en Epiro. — La anarquía en la Hélada Central y en Morea. — La anarquía del Archipiélago.— Páginas 480-484.

II. —El Imperio griego.

Decadencia militar del Imperio griego. — Andrónico II.— La gran compañía catalana. Los alanos. Los turcos.— Las guerras civiles. Los dos Andrónicos. Usurpación de Cantacuzeno. Juan V. El imperio griego y Occidente. La cruzada en el siglo XIV.— Juan V y sus hijos. El imperio tributario de los turcos.— Manuel II y el Peloponeso.— Helenos y romanistas: La cuestión nacional.— Caracteres del gobierno: Repúblicas municipales y dinastías locales — Situación económica.—

Controversias religiosas.— Derecho, literatura y ciencias. Lengua romaica.— Páginas 484-496.

III.—Los osmanlíes. Primeros sultanes.

Desmembramiento del Imperio seldjukida. Los diez emiratos.— Ertoghrul: El feudo seldjukida. — Osman. Conversión de los osmanlíes al islamismo.— Conquistas de Osman.— Urkhan. Instituciones y conquistas.—Páginas 496-500.

IV. — Los osmanlíes en Europa.

Murad I. Andrinópolis. Maritza. Bulgaria. Kossovo.— Bayaceto I. Primera conquista de la península balkánica.— La Cruzada. Batalla de Nicópolis.— Consecuencias de la batalla de Nicópolis.— Conflicto entre el Imperio osmanlí y el Imperio mongólico. Batalla de Angora.— Consecuencias de la batalla de Angora. La anarquía otomana.— Murat II: Restauración del Imperio turco.—Nuevas guerras entre los cristianos del Norte: Morava. Varna.— Campaña de Morea.— Campañas en Albania. Scander-Beg.— Segunda batalla de Kossovo.— La sucesión bizantina: Constantino Dragasés.— Páginas 500-501.

V. —Mohamed. Ruina del helenismo.

Carácter de Mohamed II.— Preparativos del sitio de Constantinopla.— Preparativos de los griegos,— Sitio y toma de Constantinopla.— Organización de la conquista.— Nuevas expediciones.— Conquista de los países servios. Servia, Bosnia y Herzegovina.— Conquista de los países griegos: Morea, Atenas.— Guerras en Albania y en el Norte.— Guerras contra Génova, Venecia y Nápoles.— Conquista en Asia: Trebisonda, Karamania.— Guerras en las islas asiáticas: Sitio de Rodas.— Situación del imperio turco en 1481.- Bibliografía.- Páginas 511-522…

Esta es la base del presente trabajo destinado a los alumnos, como decimos a ello hay que añadir otras notas tomadas de otros libros especializados en Edad Media. No obstante, añadimos unos pequeños resúmenes sobre todos los temas que se insertan en estas páginas pues de esta manera el alumno puede ver en muy pocas páginas lo más interesante de cada uno de los temas.

Puede consultar otros trabajos entre nuestras publicaciones en Digibug como ocurre con las invasiones, los reinos germánicos formados sobre el Imperio romano, las instituciones de estos nuevos pueblos, la cultura y las artes, etc. De la misma forma dedicamos trabajos a Bizancio, el Islám, mundo carolingio, feudalismo, Cruzadas,

etc. etc. En todos ellos cuando sean más amplios pondremos los correspondientes resúmenes para facilitar al alumno su consulta.

Nuestra idea fundamental es que se pueda consultar toda esta información ya que a veces el alumno no puede acceder a los fondos de las Bibliotecas de los Departamentos, Facultad o incluso Universidad. También es verdad que no están acostumbrados a buscar materiales de estudio pues como ocurre en esta ocasión son alumnos de primer curso, no están acostumbrados ni a la asignatura pues de ella solo tienen nociones muy escasas y pobres ya que en sus anteriores estudios no tienen apenas temas dedicados a la Edad Media.

Junto a estos temas también le ofrecemos unos apuntes sobre la parte práctica de la asignatura donde pueden ver las prácticas que se les exigirán en el estudio de esta asignatura para que puedan hacer las practicas que se le exigen de acuerdo a lo reseñado en la Guía docente que hemos entregado para que aparezca en la página web del Grado de Arqueología. La parte teórica suele valer un sesenta y cinco por ciento, mientras que la parte práctica vale un treinta y cinco.

También ofrecemos algunos mapas, cuadros genealógicos, comentarios de textos sobre este periodo que ya han sido publicados hace algunos años tanto por destacados especialistas como por mí. Se pueden consultar en Digibug pues teniendo en cuenta que sobre todo algunas obras sobre textos ya estaban agotadas y era difícil consultarlas. Por ello, decidimos incorporarlas a Digibug tal como fueron editadas en su día por las Editoriales que llevaron a cabo aquella acción. Con el correspondiente permiso hemos realizado esta nueva edición de los textos sobre los visigodos (dos libros), Bizancio en su primera etapa: de la dinastía constantiniana a la justinianea, otros textos sobre historia de España y de Granada, etc.

Por ahora publicamos sobre los pueblos germánicos dos trabajos, uno más amplio y completo. Pero este lleva al final un resumen de los principales temas. El segundo más ajustado a las necesidades del alumno está más resumido y así puede estudiarse el tema más fácilmente. En todo caso queremos que el alumno vaya haciéndose sus propios apuntes, realice sus prácticas, pues todo ello se lo vamos a exigir cuando acabe el curso para ver el esfuerzo que haya realizado. Ahora ofrezco otros tres trabajos sobre el Imperio Bizantino editados también en Digibug.

ROMA DESDE DIOCLECIANO A TEODOSIO. NACIMIENTO DE BIZANCIO.

Diocleciano, el primero de los emperadores romanos, pues había puesto en marcha la Tetrarquía, quiso revestir la majestad imperial de toda la pompa externa de las cortes asiáticas. Ciñó su frente con una diadema, vistió de seda y oro, y cuantos obtenían el permiso de aproximarse a él, se vieron obligados, de conformidad con el ceremonial asiático, a adorar de rodillas la divinidad y majestad imperial. Y esto no lo hizo por vanidad, sino para mantener a distancia a los más altos personajes del imperio. Todos los males del imperio romano, durante el último siglo, provenían de la excesiva facilidad que tenían los generales para hacerse proclamar emperadores, designando por adelantado tres Césares, colocaba entre él y los ambiciosos el interés de tres casas poderosas. Empezaba además a establecer la jerarquía, tan necesaria en los gobiernos monárquicos para colocar al príncipe y al Estado al abrigo de las revoluciones de cuartel, pero creaba también ese despotismo de corte, ese gobierno de serrallo, que matan el espíritu público y hacen pasar los servicios prestados a la persona del príncipe por encima de los realizados por el Estado.

En los tres continentes los emperadores tuvieron precisión de sostener una lucha encarnizada contra los enemigos del interior y de más allá de las fronteras. Maximiano rechazó a los germanos, cruzó el Rhin y devastó el país enemigo; pero en el mismo corazón de la Galia, tuvo que combatir a los campesinos que lo poblaban. El pueblo de las campiñas galas no se había libertado bien de la sujeción en que durante tanto tiempo le tuvieron los nobles y los druidas. A las miserias de su antigua condición, los campesinos habían visto cómo se añadían los males que eran consecuencia de la concentración de las fortunas, la decadencia de la agricultura y la carga, cada día más pesada, de los impuestos. Al terminar el siglo III se sublevaron, pero, aunque Maximiano logró matar los jefes de los revoltosos y apoderarse de los lugares en que se habían fortificado, no consiguió dar a la Galia más que un momentáneo reposo,

Los campesinos continuaron recorriendo las campiñas galas, y sólo desaparecieron entre el tumulto y la confusión de la invasión general.

También en Oriente aparecieron nuevos peligros. Los persas habían arrojado del trono de Armenia a un partidario de los romanos que amenazaba la Siria; cinco pueblos africanos se levantaron en armas; dos usurpadores, Juliano y Aquileo, se proclamaron emperadores en Cartago y en Egipto. Diocleciano dio prontamente cuenta del último, degollando a todos sus partidarios; Maximiano venció a Juliano y los mauritanos quedaron sometidos. Galerio, al propio tiempo, vencía a muchos

pueblos de las orillas del Danubio, marchando después contra los persas. Una derrota que sufrió fue gloriosamente reparada y Narsés, en 297, se vio obligado a ceder al Norte de la Mesopotamia las cinco provincias transtigritanas con la soberanía sobre la Armenia y la Iliria, al pie del Cáucaso. El imperio no había firmado aún tan glorioso tratado. Diocleciano, con el objeto de conservar estas conquistas, hizo construir numerosas fortalezas a lo largo de la frontera oriental.

Al otro extremo del mundo romano Constancio después de haber rechazado a los francos de la Galia y la Batavia, descendió a Bretaña y venció en el año 296 al usurpador Alectas, que había sucedido a Carausius. Una invasión de los alómanos le llamó a la Galia; los esperó cerca de Langres y les derrotó completamente a pesar de una herida que recibió en la batalla (301).

Restablecida la calma en todo el imperio, Diocleciano con el propósito de mantenerla se dedicó a sembrar la discordia entre los bárbaros, haciendo después reparar todas las fortificaciones del Danubio y construir nuevos fuertes, consiguiendo en pocos años poner al imperio en inmejorables condiciones de defensa. Todos los anteriores acontecimientos fueron celebrados en Roma con extraordinaria pompa. Esta celebración de triunfo fue la última que Roma presenció (303). Diocleciano cuya fe por el culto pagano no se había debilitado, respetó durante veinte años la libertad de conciencia que Galieno concediera a los cristianos en el año 260. Pero el número de éstos había crecido considerablemente; los había ya entre los funcionarios públicos, en el mismo ejército, en el cual un celo demasiado fervoroso llevó a oficiales y soldados a realizar violaciones de la ley militar, que fueron rigurosamente castigadas. Diocleciano que era ante todo hombre de orden y de disciplina, se inquietó al conocer esta intranquilidad é hizo salir de las filas a muchos adeptos de la nueva religión. Galerio era partidario de medidas más severas y logró que el viejo emperador publicase un edicto prohibiendo a los cristianos ejercer cargos públicos y formar parte de los tribunales, obligándoles a cerrar sus iglesias y a exhibir todo signo externo de su fe. El edicto expuesto en Nicomedia fue rasgado por un cristiano. Diocleciano que sólo había proscrito el culto, persiguió entonces a los cristianos. Un incendio que estalló en el palacio imperial, del que se acusó a los afiliados en la nuera religión, redobló su cólera. Todo el imperio, excepto las provincias que gobernaba Constancio Cloro, se conmovió ante el clamoreo de los tormentos.

Poco después de comenzar esta persecución, Diocleciano cayó enfermo y su mal, que le atormentó cruelmente durante un año, le debilitó de tal manera que circuló con rapidez la falsa noticia de su muerte. Cuando se repuso un poco de su dolencia, disgustado del poder, abdicó en Nicomedia el 1.° de Mayo del año 305. Maximiano,

aunque mal de su grado, tuvo que seguir su ejemplo y el mismo día se despojó en Milán de su diadema. El viejo jefe del mundo romano, se retiró a un magnífico palacio que se había hecho construir cerca de Salonia (Spalato), en las cortes de la Dalmacia, y allí se deslizaron los últimos años de su vida, lejos del ruido de las armas y de los negocios políticos, dedicado a trabajos apacibles. Un día en que Maximiano le incitaba a recuperar el trono, le respondió: "Si vieses las hermosas legumbres que cultivo yo mismo no me hablarías de esos trabajos." Murió ocho años después, en el 313, en el indicado palacio, cuyas ruinas existen todavía.

Los dos Césares, Galerio y Constancio, pasaron a la categoría de Augustos y fueron nombrados dos nuevos Césares, designados por Diocleciano y Maximiano al abdicar. El primero, Daza, que tomó el nombre de Maximino, recibió el gobierno de Siria y el Egipto; el segundo, Severo, gobernó Italia y África, otorgándosele más tarde el título de Augusto. Constantino, hijo de Constancio, quedó como rehén en la corte de Galerio, pero se escapó cuando llegó a su noticia que su padre estaba gravemente enfermo. Constancio murió, poco después de haber llegado su hijo, en York de Bretaña, con la satisfacción de haber alcanzado el hermoso sobrenombre de "Constancio el pobre". Las legiones nombraron para sucederle a su hijo Constantino, otorgándole el título de Augusto, pero Galerio no quiso reconocerle más que como César (306).

Galerio se había hecho odioso por sus crueldades y por sus exigencias en el pago de tributos. Roma, irritada por el abandono en que la dejaban los nuevos emperadores, se sublevó, y los pretorianos, usando una vez más de su antiguo poder, proclamaron Augusto a Magenza, hijo de Maximiano (306). Magenza tomó en seguida a su padre por colega, dándose entonces el caso de que el imperio tuviera a la vez seis emperadores: Galerio y Severo, los dos Augustos; Constantino y Maximino, los dos Césares; y además, los dos usurpadores, Magenza y Maximiano. Severo marchó contra éstos (307), pero encontró las puertas de Roma cerradas y sus tropas se pasaron al enemigo; tuvo necesidad de refugiarse en Rávena para defenderse; pero precisado a entregarse a Maximiano éste le mandó matar. Galerio no pudo vengarle, pero le reemplazó, proclamando Augusto a su amigo Licinio. Entonces Maximino, que gobernaba Egipto, no quiso ser menos y tomó también aquel título, que a la sazón llevaban seis príncipes.

El primero que lo perdió fue Maximiano. Cansado su hijo de la autoridad que pretendía ejercer sobre él, le obligó a buscar refugio cerca de su yerno Constantino. Pero su inquieta ambición le arrolló en peligrosas aventuras; intentó sublevar las tropas de la Narbonense y Constantino, que acudió presuroso desde las orillas del Rhin le sitió en Marsella y le obligó a suicidarse (310). Durante el año siguiente, falleció Galerio; Maximino y Licinio se repartieron sus provincias.

Sólo existían por lo tanto entonces cuatro emperadores; pero parecían poco dispuestos a vivir en paz. Magenza fue el primero que sucumbió. Orgulloso de haber rechazado en África al usurpador Alejandro, que había reinado tres años en aquella provincia, Magenza sólo usaba en Roma de su poder para satisfacer su crueldad y sus vergonzosas pasiones. Atrevióse a provocar a su cuñado Constantino, y éste vino a atacarle a Italia, en donde le derrotó en diversas ocasiones, la última cerca del monte Milvius, junto el Tíber. Magenza, en la fuga, se ahogó al cruzar el río (28 Octubre 312). Durante esta expedición se asegura que Constantino procuró excitar en el máximo grado a favor suyo el entusiasmo de los cristianos, colocando la cruz en sus estandartes.

Mientras Constantino se apoderaba de Roma, en donde exterminó a toda la familia de Magenza, los franceses invadieron la Galia. Corrió a su encuentro, libertó el país y arrojó a los jefes enemigos a las fieras en el anfiteatro de Tréveris. Se dirigió después a la orilla derecha del río, sobre el cual hizo construir, frente a Colonia, un puente de piedra, venciendo luego a los bructerios junto al Lippe.

Para atacar a Magenza, aliado de Maximino, quiso atraerse a Licinio, y para ello le hizo tomar por esposa a su hermana, celebrándose la boda en Milán. El resultado de esta unión fue una expedición de Licinio contra Maximino, que, derrotado en las cercanías de Andrinópolis, fue a morir a Tarsí, en donde se envenenó (Agosto del 313). Todo el Oriente se sometió al vencedor, quien mostró una abominable crueldad con los parientes y amigos de los vencidos. Ni siquiera la viuda y la hija de Diocleciano escaparon a su rigor.

Ya no tenía el imperio más que dos dueños: Licinio en Oriente y Constantino en Occidente. Pero era demasiado aún; estos dos ambiciosos, olvidando los lazos de sangre que les unían, en vez de vivir en paz atendiendo a curar las llagas del imperio, buscaban el medio de deshacerse uno de otro. La negativa de Licinio a entregar a Constantino un supuesto culpable, fue el pretexto que utilizó éste para declarar la guerra a su cuñado (314), a quien derrotó cerca de Cibalis, en Panonia. Vencido nuevamente Licinio en la llanura de Mardie, Constantino sólo le concedió la paz mediante la cesión de la Panonia, Dalmacia, Dacia, Macedonia y Grecia. Al propio tiempo declaró a sus dos hijos Crispo y Constantino, Césares de Occidente. Liciniano, hijo de Licinio, obtuvo igual título en Oriente.

Esta paz duró nueve años, que Constantino empleó en poner en orden la administración y en aumentar su gloria y su poder con una victoria sobre los godos, de los cuales entraron unos 40.000 guerreros a su servicio con el nombre de federati. Rompió la paz Constantino a pretexto de proteger a los cristianos, que perseguía su

colega Licinio. Este, que se había preparado para la lucha ocupaba cerca de Andrinópolis una fuerte posición, pero derrotado completamente (3 Julio 323), fue perseguido hasta Bizancio, en Calcedonia, en donde sufrió un segundo desastre, que le obligó a entregarse en Nicomedia al vencedor. Constantino le despojó de la púrpura, pero prometió conservarle la vida. A pesar de su promesa, poco tiempo después le hacía matar en Tesalónica.

Diez y siete años de desórdenes habían transcurrido, cubriendo el imperio de sangre y de ruinas; al final de esta larga jornada, Constantino se encontraba como único dueño del imperio romano a fuerza de crueldades y de perfidias, pero también de talento y de actividad.

Merece indudablemente este príncipe el título de Grande, que se añade a su nombre, en el sentido que se da a tal epíteto cuando se aplica a los conquistadores. A sus talentos militares unía la actividad necesaria para llevar a cabo las más difíciles empresas, y rara vez fracasaban sus planes, porque lo mismo en la elección que en el empleo de los medios, vacilaba poco y aprovechaba siempre los que le eran más útiles. Pero su ambición desmesurada, su espíritu receloso y su amor a la venganza le llevaron a realizar actos que manchan su historia. La pérfida conducta que observó con Licinio, su crueldad para con los príncipes francos Ascaric y Regáis, que arrojó al circo para que fueran pasto de las fieras, así como los prisioneros bructerios, el asesinato de su suegro Maximiano, culpable en verdad, pero digno de respeto por su edad y sus antiguos servicios, la muerte de su propio hijo Crispo sacrificado probablemente al odio de su madrastra; la muerte de su esposa Fausta y la de tantas otras víctimas de sus sospechas, son suficiente muestra de la facilidad con que Constantino derramaba la sangre. Y es mayor el derecho que existe para reprocharle sus crueldades si se tiene en cuenta que todas ellas no podrían alegar en su favor siquiera la banal excusa de una necesidad imperiosa.

Constantino, que sentó sobre el trono imperial al cristianismo, ha sido elogiado desmesuradamente por los escritores cristianos, recibiendo, por el contrario, de los paganos los más sangrientos reproches. Estos llegan a representarle como un Nerón; los cristianos de buena gana hubiesen hecho de él un santo. Tan contrarias opiniones se explican por la situación en que Constantino se encontró; unos y otros le juzgan apasionadamente. A los ojos de la historia imparcial más severa, Constantino sólo puede ser considerado como un gran príncipe con la condición de hacerse cargo también de la justa responsabilidad de sus actos culpables. La ambición, el interés personal, fueron sus principales móviles, y si la moral sublime del cristianismo llegó a convencerle, si haciéndola triunfar creyó que hacía triunfar a la verdad, debemos reconocer que esta moral ejerció poco influjo en su conducta y que el cristianismo fue, ante todo, para él, un instrumento de poder, un medio de elevarse

sobre los adversarios que le perseguían. La religión de Cristo, cada día con mayor número de adeptos, era cada vez más poderosa; declararse partidario de ella era sumar a la suya una fuerza inmensa.

El paganismo, ligado estrechamente a las instituciones republicanas, había sufrido la misma decadencia que ellas. Hacía ya mucho tiempo que los pueblos se desligaban de aquellas creencias pueriles y vergonzosas. Abandonados por la religión oficial que no les daba consuelo ni esperanza, corrían al cristianismo que les abría un cielo nuevo. Luciano se reía de los extraños prosélitos que encontraba el nuevo culto; pero aquellas pobres gentes, aquellos esclavos que la sociedad pagana rechazaba y que la religión de Jesús llamaba a su seno, socorriéndoles en sus miserias, consolándoles en sus sufrimientos; aquellos miserables a quienes hacía hombres enseñándoles que la dignidad humana es, no la condición social ni las riquezas, sino la virtud y la caridad, animándoles de un piadoso entusiasmo ante la sincera esperanza de una vida mejor, en donde todos, iguales ya, serán recompensados según sus méritos; todos aquellos desdichados son la mayoría en el imperio y para ellos había llegado la buena nueva.

Como su divino Maestro la Iglesia dijo: "Dejad que los niños se acerquen a mí"; los niños y los débiles, esperando su triunfo sobre los fuertes por la inmensa superioridad de su dogma.

El mundo nunca había oído aquellas voces que partían del corazón, pues la voz de Marco Aurelio había quedado sin eco. De pronto se descubría un aspecto nuevo de la humanidad, hasta entonces oculto bajo las vanas y frías declamaciones de los retóricos y la lógica, estrecha, árida y casi siempre inútil de los filósofos. Hasta entonces casi no había habido, excepción hecha de los últimos retóricos moralistas, más que espíritu ó materia, orgullo de la inteligencia y sensualidad. Al soplo del Evangelio, el corazón del hombre se abrió como el de Cristo, y de él fluyeron todos los sentimientos dulces, todas las buenas pasiones, la caridad, el amor, la castidad, la humildad, la abnegación. Al culto de la vida y de los placeres groseros sucedió el culto de la muerte, porque al fin de este destierro, de este lugar de prueba, los cristianos vislumbraban su misión con Dios y los eternos goces.

Por eso el cristianismo hizo rápidos progresos, a pesar de las crueles alternativas por que los gobiernos imperiales le obligaron a pasar desde la primera persecución de Nerón en el 64, hasta la última y más cruel, la que Diocleciano y Galerio comenzaron en el año 303. Pero San Cipriano estimaba las persecuciones útiles para mantener a los fieles en la pureza de la fe y de las costumbres; y la sangre de los mártires, según Tertuliano, era una fecunda semilla de cristianos. En efecto, la doctrina de Jesucristo, a pesar de los verdugos se esparció por todas las provincias;

los filósofos la aceptaron (Modesto, Arístides, Minucio, Félix, Hermias, etc.), y los bárbaros que invadían las tierras del imperio fueron conquistados por la nueva religión. Mucho antes de Constantino esta religión contaba ya, desde el Ganges hasta el Atlántico con millones de fieles, no solamente unidos por los lazos de una común creencia, sino por los de una organización que hacía de los cristianos una sociedad aparte, dentro de la gran sociedad romana. Esta comunidad comprendía en los comienzos del siglo IV una minoría enérgica, en cuyo seno se había refugiado casi toda la vida espiritual del imperio. Ante la comprobación de su fuerza Constantino se decidió a protegerla. El emperador dio la paz a los cristianos; éstos le dieron el imperio.

En el año 313 promulgó Constantino en Milán un edicto de tolerancia para todos los cultos; restituyó a los cristianos los bienes que se les habían confiscado, y les concedió el derecho de desempeñar cargos públicos y de edificar templos. Pero conservó su título de soberano pontífice, al que estaban adscritos importantes derechos, y en sus monedas se grabaron durante mucho tiempo imágenes paganas. Cuando ya había fundado Constantinopla para dar al imperio una capital cristiana, hacía aún llevar al circo todos los años una estatua que le representaba; una mano de la efigie sostenía una imagen de la Fortuna. Esta mezcla de fe cristiana y de costumbres paganas, era una necesidad de aquel tiempo, en el que se elaboraba la mayor evolución de la humanidad.

Mientras vivió Licinio, adorador de los antiguos dioses, la política le aconsejaba aquella actitud, a la que renunció en cuanto fue el único dueño del imperio. En el 321, dos años antes de las batallas de Andrinópolis y Calcedonia, concedió a la Iglesia derecho para recibir donativos y legados; él mismo le colmó de dones a expensas del patrimonio imperial, garantizándole la posesión de ellos a perpetuidad. Transmitió a los sacerdotes cristianos todos los privilegios de que gozaban los pontífices del paganismo, esto es, el derecho de asilo para sus templos, de exención de cargos públicos e impuestos para ellos. Prescrito el descanso dominical, los esclavos gozaron de este mandato, que a ellos principalmente favorecía.

Constantino favoreció las conversiones dando a los cristianos las innumerables plazas de la nueva administración que organizó en el imperio, recomendando a los gobernadores paganos que renunciaran a su culto y otorgando privilegios a las ciudades que destruían los altares de los ídolos. Además, procuró extinguir la idolatría, al principio por medio de exhortaciones que dirigió a sus pueblos en numerosos edictos; luego, cuando vio al cristianismo triunfante y no eran de temer levantamientos peligrosos, por medio de órdenes severas que obligaban a cerrar los templos y derribar los ídolos, sin que por ello se derramase la sangre de los que

siguieron con el cuito antiguo. Constantino no quiso que el paganismo pudiese bajo su reinado reivindicar el honor de haber tenido también sus mártires.

Aunque Constantino no se decidió a recibir el bautismo hasta el último momento de su vida, demostró su celo cristiano con su conducta, con las leyes que en favor del cristianismo promulgó, con la elección que hizo de Lactancio, el Cicerón cristiano, para preceptor de su hijo Crispo, y por sus deferencias para con su madre, la piadosa Elena, al emprender, ésta su viaje a Palestina con el propósito de recuperar la cruz de Jesús y purificar los santos lugares. Constantino procuró impedir que se celebrasen combates de gladiadores, sin conseguir que cesaran; prohibió el látigo y las tortucas para con los deudores insolventes del Estado y renovó una institución de los Antoninos. Como quiera que los pobres abandonaban sus hijos recién nacidos, dio orden de que todos los que no pudieran mantener a sus hijos los entregasen a los oficiales imperiales designados al efecto, y los padres recibían además vestidos, víveres y limosnas en dinero. Los necesitados, las viudas y los huérfanos eran socorridos; se crearon hospitales para los enfermos, y los prisioneros no quedaron ya abandonados sin consuelo ni socorro a la desesperación ó al vicio.

El gran principio de la igualdad moral y de la fraternidad humana era incompatible con el mantenimiento de la esclavitud, pero el cristianismo no tenía por misión trastornar con violencias la sociedad civil. Le bastaba haber hecho más frecuentes y numerosos los libertos y haber endulzado la suerte de los esclavos, enseñando que ante Dios eran los iguales y los hermanos de los hombres libres. La Iglesia que encaminaba hacia el cielo el pensamiento de sus fieles y que tenía ya sus solitarios y sus monjes, debía honrar como un apartamiento de los asuntos terrenos al celibato que exigía a sus ministros. Constantino suprimió la ley Papia Poppeae, concebida con espíritu opuesto a tal tendencia. Pero al propio tiempo el matrimonio, lazo social é institución de orden, fue regido por una legislación cada vez más severa que debía proporcionarle toda su dignidad.

Habiendo llegado a ser la religión del Estado la religión cristiana, importaba mucho al Gobierno imperial que la paz reinase en el seno de la Iglesia. Los donatjstas la habían turbado. En el año 311 Caeciliano fue elevado a la silla episcopal de Cartago, recibiendo la imposición de manos de un obispo que figuraba entre los que la Iglesia había calificado de traidores, por haber abandonado los libros santos durante la última persecución, para salvar su vida. El obispo Donato, que quería rechazar de la comunión de los fieles a aquellos hombres cuyo celo se había debilitado, se negó a reconocer la elección de Caeciliano. El mundo cristiano se dividió, especialmente

en Europa y África. La paz pública se turbó y el gobernador de aquella provincia no pudo apaciguar los ánimos. Para poner un término a la situación, Constantino citó a Caeciliáno y a Donato ante un concilio, que se celebró en Roma y ante otro que al siguiente año se reunió en Arlés. Los donatistas, condenados, apelaron al emperador: éste se pronunció contra ellos y empleó la fuerza pública para obligarles a la obediencia. Este procedimiento dio mal resultado; estalló una guerra en Africa que, aunque dominada por Constantino, se reprodujo con furor cuando falleció el emperador y prosiguió, desolando el país basta la invasión de los vándalos.

La herejía de los donatistas no atacaba al dogma; la de Arrio lo puso en peligro. Este sacerdote de Alejandría nególe la divinidad del Verbo y sostenía que la naturaleza de Cristo era de una substancia análoga a la de Dios, pero no de su misma substancia. Esta doctrina que pretendía explicar el misterio de la Trinidad, atacaba la unidad de la Trinidad cristiana y conducía al deísmo puro. Desde la religión se cayó en la filosofía, a pesar de que éste había demostrado suficientemente su impotencia. Constantino, deseoso de poner un término a esta lucha que agitaba todo el Oriente, convocó a un concilio ecuménico, que se celebró en Nicea de Bitinia: 318 obispos, sacerdotes ó diáconos respondieron a este llamamiento. Fue un gran espectáculo el que ofrecieron estos venerables personajes, de los cuales algunos llevaban todavía huellas de su martirio, discutiendo los más graves asuntos que la inteligencia humana puede alcanzar, y erigiendo el símbolo de la fe que la Iglesia católica, después de quince siglos, profesa todavía.

Estaba concebido en estos términos: "Creemos en un solo Dios, padre todopoderoso, creador de todas las cosas visibles e invisibles y en un solo Señor Jesucristo, hijo único de Dios, engendrado por el Padre y consubstancial al Padre; por quien todas las cosas se han hecho en el cielo y sobre la tierra; quien por nuestra salvación descendió de los cielos, se encarnó e hizo hombre, sufrió y resucitó al tercero día, subió a los cielos y vendrá a juzgar a los vivos y a los muertos. Creemos también en el Espíritu Santo. En cuanto a los que afirman: hubo un tiempo en que nada existió, ó que pretenden que el Hijo de Dios es de otra substancia, la santa Iglesia católica les dice: Anatema." Todos los obispos firmaron este símbolo, y Constantino amenazó con la deportación y él destierro a los arríanos que no lo aceptaran.

El concilio fijó también el día de Pascua en el domingo que seguía a la luna llena más próxima del equinoccio de primavera, y dictó 20 cánones o reglas generales de disciplina.

Cuando terminó este concilio memorable que precisó el dogma y fortaleció la disciplina, el emperador escribió a todas las iglesias "para que se confirmasen con la voluntad de Dios expresada en Nicea". Ordenó que fueran destruidos los libros de los arríanos, conminó con la pena de muerte a todos los que los guardasen y desterró a muchos obispos. A pesar de ello, algunos años después el emperador, cediendo a las instancias de su hermana, levantó su destierro a Arrio y le defendió de las elocuentes acusaciones del arzobispo de Alejandría, San Anastasio. El heresiarca murió el año 336, pero su doctrina le sobrevivió y perturbó durante mucho tiempo el imperio en el reinado de los hijos de Constantino.

Había terminado la revolución en el orden religioso; el cristianismo era ya el culto dominante en el imperio y era necesario acabar también con el desorden que imperaba en el régimen administrativo. Diocleciano no hizo sino colocar una organización nueva para poner término a las revueltas que promovían las ambiciones de los soldados. Constantino comenzó por renegar de Roma, llena todavía de sus recuerdos republicanos y de sus antiguos dioses, y fundó otra capital a orillas del Bósforo, entre Europa y Asia, en la más admirable posición que puede ocupar una gran ciudad.

Constantinopla se elevó sobre el emplazamiento de la vieja Bizancio, bastante lejos de las fronteras orientales para que se pudiese temer un ataque del enemigo, bastante cerca de ellas para vigilarlas y defenderlas. El lugar estaba tan bien elegido que la invasión pasó durante diez siglos por el pie de sus muros sin arrollar a la ciudad. Comenzaron las construcciones en el año 326, y desde el 330 Constantino había consagrado a la nueva Roma — así la llamó— como capital del imperio. Estableció en ella un Senado, tribunas, curias; edificó palacios, acueductos, termas, pórticos, un miliario de oro, iglesias.

Tuvo para el pueblo distribuciones gratuitas; funesta importancia de una costumbre que tan adversos resultados había dado en Roma. Egipto envió a Constantinopla sus trigos, las provincias sus estatuas y sus más hermosos monumentos, y Roma, abandonada por su emperador y por las más acaudaladas familias, que fueron a establecerse al lugar en donde la corte vivía "quedó poco a poco aislada en medio del imperio, y mientras a su alrededor se edificaba, ella se reclinó a la sombra de su nombre esperando su completa ruina."

El imperio quedó entonces dividido en cuatro prefecturas, y éstas en catorce diócesis, que comprendían 119 provincias.

La prefectura de Oriente comprendía seis diócesis: Oriente, Egipto, Asia, Vicariato, Ponto y Tracia. Tenía 49 provincias.

La prefectura de Iliria tuvo dos diócesis: Macedonia y Dacia, con 11 provincias.

La prefectura de Italia, tres diócesis: Italia, Iliria y África, con 30 provincias.

La prefectura de las Galias comprendió también tres diócesis: España, Galia y Bretaña, con 29 provincias,

Las prefecturas estaban administradas por los prefectos del pretorio, investidos de todos los poderes civiles; las diócesis por viceprefectos ó vicarios, subordinados a los prefectos; las provincias por procónsules, consulares, correctores y presidentes, encargados bajo la vigilancia de los vicarios, de todos los asuntos de los habitantes relacionados con el poder imperial. Ninguno de estos magistrados tenía autoridad militar, ni siquiera los prefectos del pretorio. Galiano prohibió ya el servicio militar a los senadores. La autoridad militar pertenecía a los magistri peditum et equitum, que mandaban a los condes y a los duques. El principio de la nueva organización era, por consiguiente, la desmembración de las provincias, la diseminación de los mandos y la separación de las funciones civiles y militares, con el objeto de que los dos órdenes de funcionarios se equilibrasen, y que cada uno de los agentes de la autoridad imperial, reducida a un poder restringido y rodeado de una numerosa jerarquía no encontraran las facilidades que los poderosos gobernadores de otros tiempos habían tenido para promover revoluciones. Pero esta complicada administración, excesivamente minuciosa, quiso mostrarse y obrar incesantemente en sitios en donde los escasos agentes de la república y de los primeros emperadores nunca habían intervenido ni molestado a los habitantes; y la continua intervención que realizaba fue suficiente para que se le juzgase pronto opresiva y odiosa.

El ejército activo se componía casi exclusivamente de bárbaros: tropas mercenarias conducidas por jefes nacionales, que podían revolverse cualquier día contra el imperio, que tenían el encargo de defender, convirtiéndose en la vanguardia de la invasión. Las legiones, reducidas a 1.500 hombres, a excepción de los cuerpos llamados ripenses, formaban las guarniciones de las ciudades del interior. Los palatinos que desde la supresión de los pretorianos después de la derrota de Magenza, formaban la guardia particular del emperador, fueron los más considerados y mejor retribuidos; luego los soldados de las legiones del interior; en último término, y con un sueldo inferior en una tercera parte figuraban los de las fronteras, de suerte que la consideración y las ventajas estaban en razón inversa del peligro y de la importancia de los servicios.

"Los soldados llevaron sus vicios a las ciudades: en ellas se acostumbraron a la molicie. Las fronteras, en cambio, quedaron sin defensa." En su deseo de debilitar

a los jefes militares Constantino separó las armas de infantería y caballería, dándoles mandos distintos.

Para remediar un mal hizo nacer otro; los primeros emperadores habían dado preponderancia al poder militar sobre el civil. Constantino degradó el estado militar relegando a los jefes al último grado de la nobleza que constituyó; y ésto lo hizo cuando los enemigos exteriores de Roma se presentaban más amenazadores que nunca. Evitó, efectivamente, con estas medidas los levantamientos de las legiones y de los generales; pero si tales medidas dieron garantías a la seguridad del príncipe las quitaron a la del imperio. Fácil será juzgar lo que podían valer los soldados de aquella época recordando que para poder reconocer a los desertores se les marcaba en un brazo ó en una pierna con una señal indeleble. El legionario era mareado como un esclavo ladrón ó fugitivo; el ejército tenía el carácter distintivo de un presidio. La corte imperial, constituida con arreglo al modelo de las cortes asiáticas comprendía una tropa innumerable de oficiales de todas clases que rodeaban la sagrada persona del emperador. A su cabeza figuraban los ministros; el praepositus sacri cubiculi; el magister officiorum, jefe de cuantos desempeñaban cargos oficiales. A sus órdenes trabajaban 148 escribas, divididos en cuatro oficinas (scrinia); el quaestor, especie de ministro de Estado; el comes sacrarum largitionum, ministro de Hacienda; el comes rerum privatarum príncipis, ministro del Tesoro particular y del dominio del Estado; los cuatro prefectos del pretorio y los dos generalísimos. Además, había dos comités domestici, jefes de la guardia imperial, dividida en siete cuerpos (scholae) de 500 hombres cada uno, de los cuales dos hacían la guardia interior de palacio: el primicerius sacri cubiculi, los decani, todos los condes palatinos y cubicularii, distribuidos en cuatro secciones. Figuraba asimismo el comes castrensis, ó jefe de palacio; el primicerius mensarum; el primicerius cellariorum; el primicerius lampadariorum, el comes sacrae vestis, los silentiarii, los comités domorum, ó gobernadores de los dominios imperiales, los chartularii sacri cubicali, magistri memoriae, libellorum, epistolarum, etcétera, etc. (secretarios).

Todos estos cargos divididos jerárquicamente, otorgaban a unos la nobleza hereditaria ó por lo menos durante muchas generaciones y a los demás privilegios y títulos, tales como los de illustres, spectabiles y clarissimi. Había también perfectissimi y egregii. Los príncipes de la casa imperial gozaban del título de nobilissimi.

Roma continuó teniendo cónsules anuales, pero luego hubo de cederlos a Constantinopla. Conservó asimismo el patriciado, pero éste ya no constituyó nobleza hereditaria; el título moría con aquél que lo había recibido. Estas innovaciones entraron tan pronto en las costumbres ó por lo menos en las de la

corte, que los sucesores de Constantino declararon que el mantenimiento de las jerarquías y de las clases debía ser la principal misión del Estado, y que las usurpaciones de títulos debían considerarse como uno de los más graves delitos.

Esta divina jerarquía, como se llamó a tal organización en el lenguaje oficial, y este ejército de funcionarios acrecentó el esplendor de la corte, pero sin aumentar la fuerza del gobierno, pues aquella nobleza que sólo dependía del favor del príncipe, no podría echar raíces profundas en el país, para el que solamente fue un manantial de nuevas exacciones. Originaba enormes gastos aquel personal inmenso que se preocupaba más de satisfacer los caprichos del príncipe que de trabajar para el bien público. La administración necesitó una suma de recursos superior a la que antes se gastaba en ejércitos, vías militares y fortificaciones para las fronteras. Fue preciso aumentar los impuestos precisamente cuando la miseria general, resultado de la anarquía militar, del pillaje de los bárbaros, de la decadencia de la agricultura y de la concentración de las propiedades había llegado ya al corazón de las más ricas provincias. Entonces dio principio entre el fisco y el contribuyente una guerra llena de astucias y violencias, cuyas consecuencias principales fueron irritar a los pueblos y extinguir en ellos hasta el último resto del patriotismo.

El fisco (arca largitionum) obedecía las órdenes del ministro de Hacienda. Los agentes se distribuían en 10 oficinas. Cada provincia disponía de una Caja provincial, en la que ingresaban los rationales (recaudadores). Los proefecti thesaurorum velaban por los ingresos y los comités largitionum por los gastos. El excedente de ingresos iba a las cajas del Estado.

La recaudación de los impuestos era tan difícil y los agentes tan numerosos que los gastos de recaudación se llevaban una cuarta parte de los ingresos. El más odioso de todos estos tributos era indudablemente la contribución rústica permanente, de la que los propietarios pagaban una parte en especie, fijada con arreglo a la parte proporcional, por rentas, correspondiente a cada distrito. Se percibía este impuesto al fin de cada año. Se le llamaba jugatio ó copitatio, porque la contribución para cada provincia estaba dividida en un cierto número de partes llamadas cabezas de impuestos (capita). De aquí resultaba que un solo propietario podía representar varias cabezas, y que muchos pobres reunidos formaban una sola. La suma que correspondía donar a cada provincia estaba determinada por el emperador (indicebatur) con arreglo al catastro, en el que no sólo figuraban las tierras, sino también los esclavos, los colonos y los rebaños que existían en los dominios. Los gobernadores hacían el reparto por ciudad y los decuriones ó magistrados de las poblaciones, asignaban a cada contribuyente su cuota, que ellos mismos recaudaban para remitir completa a los oficiales imperiales la suma impuesta a la ciudad. El catastro era revisado cada quince años; si durante este tiempo una ciudad resultaba

con una pérdida equivalente a la mitad de sus propiedades, ya por haber sido invadida por los bárbaros, bien por otra calamidad cualquiera, pagaba lo mismo hasta la nueva revisión.

Existía también 1a capitatio plebeia vel humana impuesta sobre los que no eran propietarios, tales como artesanos, jornaleros, colonos y esclavos, cuya cuota era pagada por sus dueños. El aurum lústrale, la lustralis collatio ó el chrysargyre gravaba el comercio y la industria con tanto rigor que el más pobre artesano pagaba estos impuestos. Los labradores que llevaban al mercado los productos de sus campos, eran considerados a menudo como comerciantes, y como a tales se les obligaba a pagar su impuesto.

Una ley de Teodosio II que prohibe a los agentes del fisco esta exacción, demuestra que había existido. El aurum coronarium antes voluntario, cuando las ciudades enviaban a los cónsules ó a los emperadores coronas de oro en celebración de acontecimientos solemnes, se había convertido en un impuesto obligatorio.

A los indicados recursos es preciso unir un impuesto especial que pagaban los senadores, los productos de los dominios imperiales, el monopolio de la fabricación de telas de seda y lino, de púrpura y de armas; las rentas de las minas y de las canteras, de mármol y piedra; los derechos de aduana, el impuesto sobre los objetos de consumo, la vigésima parte del precio de los libertos, el veinte por ciento de las herencias y de las confiscaciones, etc.

Constantino declaró exceptuadas a las iglesias, como lo estaban los templos, del pago de la contribución rústica, excepción que no perduró. Los veteranos gozaban de igual excepción. La nobleza de la corte y los servidores de palacio estaban exentos de las cargas municipales pura ellos, sus hijos y sus nietos. Los profesores de artes liberales y- los médicos tuvieron asimismo esta ventaja. El peso de las cargas públicas gravitó, pues, únicamente sobre los propietarios del suelo y los habitantes ricos de las ciudades. Estos, colocados entre la nobleza administrativa (honorati) y los proletarios (plebeii) constituían un orden aparte, cuya condición fue empeorando desde el reinado de Constantino. Los notables (curiales, decuriones), es decir, todos aquellos que poseían por lo menos 25 jugera de tierra componían una corporación hereditaria, y la ley había establecido entre ellos solidaridad para las cargas y censos municipales. Sobre éstos y sobre los demás propietarios pesaban las contribuciones rústicas, los impuestos indirectos, los extraordinarios, las mal llamadas donaciones gratuitas y gran número de cargas. Si faltaba algo para completar la cuota de contribución que correspondía a la ciudad, los curiales debían pagar hasta liquidarla sin déficit. Si las tierras eran abandonadas por su propietario arruinado, ellos debían tomarlas a su cargo: de esta suerte sus dominios crecían

cargándoles con nuevas obligaciones, sin que sus capitales de explotación aumentasen, convirtiéndose en los mayores propietarios y en los más pobres al propio tiempo. Encadenados a su condición por reglamentos severísimos los decuriones no podían sustraerse a las cargas que les arruinaban. La Iglesia, el ejército, la administración, eran cuerpos vedados para ellos, y 192 leyes del Código Teodosiano preveían y condenaban las astucias con que pretendían desembarazarse de su oneroso título. Un emperador llegó a ordenar que se obligase a regresar a las ciudades a los que habían huido al desierto para librarse de la situación que soportaban. "Hay ciertos hombres cobardes y perezosos —escribía Valente en el 373— que procuran eludir sus deberes de ciudadanos buscando la soledad, y que so pretexto de sus ideas religiosas se mezclan a las congregaciones de monjes: ordenamos que la autoridad les arranque de su retiro y les llame al cumplimiento de sus deberes para con la patria."

Estos males que abrumaban a los curiales fueron creciendo con las desdichas y los desórdenes del imperio. El número de propietarios disminuyó de día en día en provecho de una nueva clase casi desconocida en la antigüedad y que constituirá la mayoría de la población en la Edad Media, los colonos adscritos a la explotación de los bienes raíces, ni absolutamente libres ni del todo esclavos; siervos de la gleba, como más tarde se les llamó, vendidos juntamente con la fierra que cultivaban, aunque con la condición impuesta al comprador de no separar al padre de los hijos ni el esposo de la mujer si la propiedad se dividía, y de hacerles partícipes de los frutos que el suelo por ellos cultivado producía. El número de estos colonos se aumentó luego con todos aquellos hombres a quienes la miseria forzó a renunciar a una libertad, para ellos honrosa.

Estos tres grandes hechos, el establecimiento del cristianismo como religión dominante del imperio, la fundación de, Constantinopla y la reorganización administrativa, llenan todo el reinado de Constantino. Desde la caída de Licinio en el 323, hasta su muerte en el 337 no aparecen en su historia más que las sangrientas tragedias del palacio imperial, en el que se dio muerte cumpliendo órdenes de Constantino, a su hijo Crispo, a su mujer la emperatriz Fausta y al joven príncipe Lacino, niño de doce años; las embajadas de los blemmios, los etíopes y los indios; las negociaciones con Sapor II para que dulcificase la condición de los cristianos en Persia y dos expediciones victoriosas contra los godos y los sármatas. Los primeros le dieron un cuerpo de 40.000 soldados federados; los segundos gran número de colonos que estableció en Panonia. En el año 337, habiendo reclamado Sapor las provincias transtigritanas, Constantino, a pesar de sus sesenta y cuatro años, hizo tales preparativos que el sasánida se apresuró a ceder. La muerte sorprendió a Constantino en medio de esta actividad. Cuando comprendió que se acercaba su última hora hizo que un obispo le bautizase.

La familia de Constantino, era numerosa. A sus tres hijos Constantino, Constancio y Constante y a su sobrino Dalmacio, les había conferido (335) el título de César con la posesión nominal y provisional de las provincias. Correspondió al primero la prefectura de las Galias; al segundo Asia, Siria y Egipto; al tercero 1a prefectura de Italia; al cuarto Tracia, Macedonia y Acaya. Anibaliano, que era su sobrino y yerno al propio tiempo, fue agraciado con el Ponto, Capadocia, y la pequeña Armenia, con el título de rey. Sus dos hermanos sólo obtuvieron cargos honorarios. Desde el advenimiento de Decio hasta el de Diocleciano, esto es, en un espacio de treinta y cinco años, los bárbaros habían invadido y devastado todas las provincias. Los emperadores ilirios Claudio, Aureliano, Probo y Caro rechazaron a los bárbaros y lograron destruir a los usurpadores. Estos hábiles capitanes salvaron la existencia y la unidad del imperio, sin que por ello pudieran darle una seguridad duradera. Dos hombres superiores, Diocleciano y Constantino, pensaron prevenir la repetición de tantas calamidades organizando la monarquía, pero creyeron que el mayor enemigo era la anarquía interior, y sólo contra ella tomaron precauciones. Desmembraron las provincias y los mandos y Constantino arrojó sobre el imperio la red de una vasta jerarquía y el lazo moral de una misma religión, que sin las herejías que el espíritu analizador de Grecia hizo nacer y predicando algo más el amor a la patria terrestre hubiera podido dar a las almas que regeneraba un poco de ese patriotismo que salva a los imperios. Desgraciadamente los soldados degradados, los generales ignorantes no supieron defender las fronteras, y no podía contarse seguramente con los habitantes de las ciudades y de los campos para detener a los invasores. Pocas fuerzas se necesitaron para espantar a aquella multitud que había perdido ya el habito del manejo de las armas, y a la que irritaba y oprimía una administración muy hábil para mantener el orden, pero más hábil todavía para agotar los recursos de los pueblos en su provecho y en el de una corte ávida y fastuosa. El mismo Constantino no pudo escapar a la influencia fatal que los cortesanos ejercían, y al propio tiempo que les colmaba de riquezas les decía: “Aunque tuvieseis todo el oro del mundo bien pronto no poseeriaís nada fuera de este estrecho espacio que es marco, si es que no os faltaba también”. Y diciendo esto trazaba con su lanza sobre la arena el espacio que ocupan los seis pies de tierra que han de ser nuestra última morada.

Los segundos Flavios (337-363).- La casa de Valentiniano y Teodosio (363-395.)

Asesinatos en la familia de Constantino.— Tres emperadores.- Muerte de Constantino II (340) y de Constante (350).—Usurpación de Magenza (353).—Constancio, único emperador.— Muerte de Galo (354).—Elevación (355) y revolución de Juliano (361).—Juliano (361-363).- Joviano (363).—Reparto del imperio entre Valentiniano y Valente (364).—Lucha de Valentiniano contra los bárbaros de Occidente (364-375).—Invasión de los godos en Oriente (375)—Batalla de Andrinópolis y muerte de Valente (378).—Graciano (375-383) y Teodosio (379-395).

La tetrarquía establecida por Diocleciano había sido una forma de gobierno transitoria; buena en el caso de que uno de los cuatro príncipes fuese bastante respetado y fuerte para que los otros tres quedasen convertidos en sus lugartenientes; mala si podía existir entre ellos rivalidades. Constantino cometió un gran error al reproducir en los últimos años de su vida este sistema, dividiendo el mando del imperio entre sus hijos y sus sobrinos. Viviendo él, el reparto no originaba ningún riesgo, pero después de su muerte ¿quién sabría mantener el equilibrio entre tantas celosas ambiciones? Esta falta fue cruelmente expiada por los mismos a quienes pareció favorecer. Los soldados excitados bajo mano, asesinaron a los dos hermanos y a los siete sobrinos de Constantino, entre ellos a Dalmacio y a Anibalino, Galo y Juliano; los hijos menores de Julio Constantino fueron los únicos que se libraron del furor de la soldadesca.

Los tres hijos de Constantino proclamados Augustos, hicieron entonces un nuevo reparto que ocasionó pronto guerras civiles y sangrientas catástrofes. Constancio se quedó con Oriente, Constante obtuvo la prefectura de Iliria y a Constantino II correspondió la de las Galias.

Constantino II, descontento de la parte que le había correspondido, quiso quitarle la Italia a su hermano Constante, pereciendo en una batalla cerca de Aquilea (340). El vencedor pasó seguidamente a la Galia, que los francos habían invadido, sin que después de dos años de guerra, pudiese arrancarles el territorio de Bélgica, el país de los bárbaros y el Norte de la Galia, en donde continuaron establecidos. Por su parte Constancio luchaba contra los persas que, envalentonados por la muerte de Constantino, habían restablecido su supremacía sobre Armenia y sitiaban Nisibe. Les venció cerca de Singara, en Mesopotamia (348); pero empeñado imprudentemente en perseguirles sufrió una derrota que inutilizó su anterior victoria. La ignorancia de los persas en el arte de sitiar y las precauciones tomadas

por Diocleciano rodeando de murallas todas las ciudades de esta región, impidieron felizmente a los persas que su victoria fuese afianzada. Sapor fue rechazado por una invasión de los masagetas, pero al propio tiempo Constancio hubo de abandonar el país para combatir en Occidente a dos usurpadores.

Constante, sobre quien pesaba la vergüenza de haber dejado una parte de Galia a los bárbaros, vivía en la molicie cuando sus guardias se sublevaron proclamando en Autun, en el 350, a Magenza, franco de origen, pero que merced a su valor y grado a grado había llegado a ser el jefe de los jovianos y herculanos. Constante, cuando huía hacia España, fue degollado por los revoltosos. El nuevo emperador, dejando la Galia a su hermano Decentius, a quien confirió el título de César, se dirigió a Italia. Un segundo usurpador, Nepociano, sobrino de Constantino, quiso defenderla haciéndose proclamar emperador en Roma, pero el conde Marcelino logró vencerle y persiguió cruelmente a sus partidarios. Las legiones de la Iliria aprovechando el caos que volvía a ofrecer el gobierno imperial, proclamaron a su vez a un anciano general, Vetranión. Tan grande era ya la rudeza de las costumbres, que este hombre, elevado al más alto de los honores, no sabía leer ni escribir. Elegido a su pesar no podía ser un adversario peligroso. Cuando el 25 de Diciembre del 350 llegó Constancio al frente de un numeroso ejército, engañó a Vetranión con falsas negociaciones, destrozó sus tropas y le ordenó que se despojase de la púrpura imperial y que licenciase a su corte, prometiéndole en cambio una pensión anual para que pudiese vivir el resto de sus días en el reposo y la obscuridad.

La necesidad de contener en Oriente a los persas y de combatir en Occidente al encarnizado enemigo de los Flavios, obligó a Constancio a sacar de su retiro a Galo, su primo, a quien educaba lejos de la corte. Le nombró César y le confió el cuidado de continuar la desgraciada guerra que hasta entonces había sostenido con Sapor. Tranquilo un momento por esta parte, partió con sus tropas, unidas a las legiones ilirias de Vetranión, contra Magenza, le ofreció repartirse con él el imperio y ante la desdeñosa respuesta de éste, le presentó batalla en Mursa (Panonia) derrotándole gracias a la defección del franco Silvanus (351): 50.000 soldados, los mejores del imperio, perecieron en este sangriento combate. Magenza se retiró a Italia y derrotó cerca de Pavía a un ejército imperial, pero demasiado débil para encerrarse en la península, en donde podía ser copado por las regiones trasalpinas, retrocedió a la Galia. Allí, abandonado por todos, se atravesó con su espada. Su hermano Decentius siguió su ejemplo (353). Entonces la Galia, España y Bretaña fueron objeto de horribles venganzas; las confiscaciones y los suplicios pronunciados contra todos aquellos que se creían que habían auxiliado al usurpador, llevaron el espanto a las tres provincias y ocasionaron inevitablemente una nueva revolución. Juliano supo aprovecharse de estas circunstancias.

El imperio se encontró otra vez bajo el mando de un solo emperador, pero el tímido y receloso Constantino se dejaba gobernar por las mujeres, los eunucos y los aduladores. Entregado completamente a las discusiones religiosas que el arrianismo originaba, sin que por ello profesase una fe cierta ni viva; absorto por las graves preocupaciones que le producía el mantenimiento de 1ª etiqueta en la corte imperial, Constancio no vio cómo se preparaba en Oriente una nueva revolución. Tanto absorbía su tiempo la etiqueta de la corte que según Amiano Marcelino (XVI, 10) cuando Constancio entró en Roma lo hizo en un carro, en el que sólo se veían oro y piedras preciosas y durante toda la marcha permaneció inmóvil como una estatua, sin mover la cabeza ni las manos, sin volver los ojos a ninguna parte. Esta inmovilidad divina era una de las mil reglas introducidas por los eunucos y de la gente para juzgar de todas. Entretanto la ambiciosa Constantina, mujer de Galo, animaba a éste ansiosa de ostentar el título de Augusta; pero su crueldad y sus vicios habían reducido el número de sus partidarios. Con el objeto de restarle a Galo el tiempo necesario para que llegara a ser peligroso, Constancio le llamó al Asia con halagadoras promesas. Galo, aunque a disgusto, se puso en camino. Cuando llegó a Petobio, cerca del Drave, en la Panonia superior, los mismos que le acompañaban le cargaron de cadenas y conducido a Pola en Stria, fue decapitado después de un corto interrogatorio.

Galo tenía un hermano, llamado Juliano que había vivido hasta entonces sujeto a una severa vigilancia. Relegado a permanecer en Atenas pudo abandonarse libremente a satisfacer su gusto por el estudio, haciéndose iniciar en las doctrinas de Platón por los numerosos filósofos que vivían en la capital de aquella antigua civilización. Las desventuras que la Galia sufría le llamaron a la corte. El hábil general Silvano, que residía en Colonia, en donde sus relaciones con los francos le habían hecho sospechoso ante el temor de las venganzas imperiales, creyó salvar su cabeza proclamándose emperador (355).

Ursino, enviado secretamente por Constancio, llegó a Colonia acompañado del historiador Amiano Marcelino y preparó, merced a obscuras intrigas, la caída de Silvano, quien fue a viva fuerza sacado de una capilla cristiana en que había buscado refugio, y destrozado por los soldados, pagados para que cometieran este asesinato. El usurpador había muerto, pero Constancio se sentía incapaz de gobernar el imperio por sí solo. Creyó que la presencia en la Galia de un príncipe de la casa imperial podría poner término a las continuas revueltas que en aquel territorio estallaban, y que, de ese modo, podría dedicar toda su atención al Oriente, en donde otra vez los persas se presentaban con aires de amenaza. El emperador hizo casar a Juliano con su hermana Elena y encargó a aquél que librase a la Galia de las incursiones de los germanos, que la habían invadido después de la muerte de Silvano.

Los francos se habían apoderado de Colonia: los alomamos habían destruido Straburgo y Magenze, 45 ciudades florecientes fueron saqueadas y tropas innumerables de cautivos galo-romanos habían sido llevadas a la ribera derecha del Rhin. Aunque sin experiencia alguna de la guerra, Juliano, guiado por el prefecto Salustio, se portó como un general experimentado. Dos pueblos ocupaban una parte de la Bélgica, los francos y los alomamos; venció a éstos en numerosos encuentros, especialmente en la batalla de Strasburgo (Agosto del 357), y gracias a esta victoria quedó limpio de bárbaros todo, el país comprendido entre Bale y Colonia. El rey de los alómanos, Clinodomar, fue hecho prisionero. En persecución de los fugitivos Juliano cruzo el Rhin, restableció las fortificaciones de Taunus y libertó a considerable número de cautivos galos, y legionarios prisioneros. Los francos se habían fortificado demasiado en el Rhin inferior para que pensase atacarles, pero supo inspirarles bastante respeto derrotando a algunos de sus bandos y tomó a sueldo a gran número de ellos. Al propio tiempo su hábil administración le hizo ganar el afecto de los galo-romanos.

Los cortesanos quisieron aprovechar esta ocasión para excitar contra Juliano los celos de Constancio, quien, por aquella época, tenía otra guerra contra los germanos del Danubio, y no recibía más que desagradables noticias del Oriente, en donde sus generales eran derrotados por los persas. Parecía que los más serios peligros amenazaban por este lado, aunque en realidad, y gracias a la especial naturaleza del gobierno persa y a las costumbres de sus pueblos, la verdadera amenaza para el imperio estaba en el Rhin y no en el Danubio. Constancio, después de conseguir algunas victorias sobre los quados y los dacios, quiso ponerse personalmente al frente del ejército de Siria, y pidió a Juliano una parte de sus tropas para realizar esta expedición. Esta lejana excursión asustó a las legiones galas, las cuales, en vez de obedecer, proclamaron a su general en París con el título de Augusto.

Por su moderación, por su justicia y por su habilidad, era ciertamente Juliano merecedor de aquel supremo cargo. Doloroso es que lo obtuviera merced a una sublevación, pero nada prueba que él hiciese algo por provocarla. Durante toda una noche resistió a los clamores de los soldados que le aclamaban, y hubiese resistido hasta el último extremo, si no se hubiera considerado perdido. Constancio no le perdonaría de ningún modo su peligrosa popularidad. Cuando por fin aceptó la designación, distribuyó entre los soldados el acostumbrado donativum, pero manteniendo al propio tiempo con toda severidad la disciplina, sin cobardes complacencias hacia aquellos que acababan de darle el imperio y sin perseguir, al propio tiempo, a aquellos que se habían mantenido fieles a Constancio. Quiso en principio entablar negociaciones. Constancio, que no tenía herederos, hubiese aceptado sin duda las proposiciones de Juliano, pero sus cortesanos irritaron sus

malas pasiones; rechazó las ofertas de aquél y se preparó a la guerra. Juliano tomó la ofensiva, pero antes de su partida, atacó a los bárbaros para que éstos, escarmentados, no se atrevieran a aprovecharse de su ausencia. Una marcha rápida y atrevida había colocado ya a su ejército en medio de la Iliria cuando Constancio, a pesar de no tener más que 45 años, falleció en Mopsucreria, cerca de Tarso, en la Cilicia, el día 3 de Octubre del 361. Olvidando sus rencores, Constancio designó por sucesor suyo a su rival Juliano, que era el últim6 miembro de la familia de Constantino.

Juliano, conocido por el Apóstata, apenas contaba seis años de edad cuando fueron asesinados todos los suyos. Educado en la religión cristiana, siguió al principio los ritos de esta religión; pero los maestros que más tarde se le dieron y los sofistas y los retóricos paganos de que estuvo rodeado en Atenas le inspiraron tan grande entusiasmo por la literatura de Grecia, que su fe se entibió muy pronto.

La Iglesia estaba a la sazón dividida por las doctrinas de Arrio. Constancio protegía a los sectarios y la persecución volvía a comenzar contra los obispos que se mantenían fieles al símbolo de Nicea. La monomanía de discutir acerca de los más arduos problemas, dominaba lo mismo a la corte que al pueblo. Todas las Iglesias pasaban por momentos de crisis y los partidarios del antiguo culto triunfaban y gozaban viendo a la nueva religión en lucha encarnizada consigo misma. Este espectáculo impresionó sin duda a Juliano; pero lo que seguramente ejerció una influencia seria en su imaginación ardiente y viva, fue la doctrina neoplatónica. mezcla de sutilidades metafísicas y de reminiscencias religiosas que intentaba velar procurando hallar el origen de ellas en los poemas de Homero ó de Hesiodo. Como filósofo se había propuesto reunir todos los sistemas anteriores en una vasta síntesis, y no queriendo encerrarse en los estrechos límites de una escuela filosófica, sino que convertida en una religión tuviese efecto positivo en la vida de los pueblos, la había impregnado, según el espíritu de aquellos tiempos, de vagos misticismos y éxtasis, de comunicaciones directas con los dioses, de evocaciones de almas, abarcando desde las supersticiones teúrgicas hasta las prácticas de la magia.

Esta fusión del espíritu filosófico con el misticismo, esta doctrina que no rompía con el pasado divinizando las obras maestras de la Grecia y dignificando por medio de explicaciones morales y racionales hasta cierto punto a los dioses del viejo Olimpio, durante tanto tiempo protectores del imperio, sedujo a Juliano, quien jamás había practicado sinceramente una religión que le fue impuesta por el asesino de su hermano y de toda su familia. En cuanto dejó Juliano penetrar sus secretas tendencias los sofistas crecieron, sorprendidos y felices al encontrar uno de ellos en un príncipe de la familia Flaviana, tan fatal para el paganismo. Juliano se encontraba todavía en Atenas cuando ya su condiscípulo San Basilio preveía que el cristianismo

iba a tener en él un peligroso enemigo. En efecto, en cuanto subió al trono, profesó públicamente el antiguo culto y ordenó la reapertura de los templos paganos. Esto era desconocer de un modo extraño la sociedad que iba a regir y una pretensión de volver a dar vida a aquello que la muerte había herido por tan legítimo modo. Si Juliano hubiese vivido más tiempo hubiera expiado sin duda y con verdadera crueldad aquella inopinada regresión a lo pasado. Tiene solamente en su abono que no intentó siquiera hacer triunfar la reacción ayudándose de la violencia: "Yo no quiero —escribía— que se haga morir a los galileos ni que se les moleste injustamente, ni que se les maltrate sea en la forma que sea; pero quiero de un modo absoluto que sean preferidos los adoradores de los dioses." En su consecuencia promulgó un edicto de tolerancia que permitió los sacrificios prohibidos por Constancio y llamó a todos los desterrados por los partidos religiosos. "Igualdad y justicia para todos", tal era su divisa. Dejó, en efecto, a los galileos, como llamaba a los cristianos, la misma libertad de conciencia que Constancio había dejado a los paganos; pero a pesar de esto puede reprochársele la promulgación de una ordenanza pérfida, por la cual se prohibía a los cristianos que enseñasen la retórica y las bellas letras, con el pretexto de que nada podían enseñar de una literatura llena de ideas y de creencias contra las cuales pronunciaban constantemente sus anatemas.

Al propio tiempo Juliano procuraba purificar el servicio de los dioses, obligaba a los sacerdotes del culto pagano a observar severas costumbres y fundaba algunas instituciones caritativas. Para que su tolerancia pareciese que a todo y a todos se extendía permitió a los judíos que reedificasen el templo de Jerusalén. Su muerte y un terremoto acompañado de erupciones volcánicas ó quizás mejor de explosiones de gases inflamables, interrumpieron los trabajos de reedificación.

Para sí mismo adoptó Juliano una sencillez extrema y algunas veces se mostró él como el más rígido estoico. Cuando entró en palacio encontróse con 1.000 oficiales de casa y boca, pertigueros, etc. Juliano despidió en seguida a todos estos domésticos inútiles y sumisos. Las economías que hizo en la casa imperial le permitieron disminuir seguidamente los impuestos de una quinta parte. Sus cartas, sus obras (el Misopogón, los Césares) prueban una grande y seria actividad de espíritu, dirigida siempre al bien.

El tribunal que estableció en Calcedonia para juzgar a los funcionarios prevaricadores, a los ministros y a los favoritos de Constancio fue acusado de haber dictado sentencias inicuas y de haber condenado a algunos inocentes; a pesar de esto, en una ocasión en que la severidad le estaba permitida mostró una paciencia y una humanidad que le honran. Ambicionaba Juliano el honor de vengar sobre los persas las antiguas injurias que habían inferido al imperio, y al frente de un ejército

se dirigió a Siria. En Antioquía, los habitantes, que eran fervorosos cristianos, se mofaron de su barba inculta y de su sencillez llegando a hacerle objeto de groseros insultos. El emperador podía castigar; el filósofo se contentó con responder por medio de una sátira, en la cual ponía al descubierto las afeminadas costumbres de sus provocadores (el Misopogón ó El Enemigo de la barba).

Al frente de 40.000 combatientes penetró hasta las inmediaciones de Ctesiphon, cruzó el Tigris y quemó su flota, que le era ya inútil. Pero muy pronto, falto de víveres, en un país que el mismo Sapor hizo devastar y no recibiendo los socorros que le habían prometido el rey de Armenia y sus generales Procopio y Sebastián, fue a su encuentro con su ejército. Una victoria que obtuvo le abrió el camino del Norte; más en un segundo combate cayó mortalmente herido. Juliano murió conversando con sus amigos sobre la inmortalidad prometida al alma de los justos. Tenía entonces treinta y dos años y había ocupado el trono menos de veintiún meses, tiempo excesivamente corto para que su reinado haya justificado ni los temores ni las esperanzas que había hecho concebir (26 Junio 363).

El ejército quedó en una situación peligrosísima y por esta causa se apresuró a proclamar a Joviano, el jefe de los protectores, después de haber rechazado reiteradamente la púrpura el sabio Salustio. Joviano prosiguió la retirada hasta el momento en que Sapor, perdida ya la esperanza de aniquilar a las legiones, consintió en ajustar los preliminares de la paz. El nuevo emperador abandonó a Sapor la supremacía sobre Armenia y la Iberia, las cinco provincias transtigritanas y quince plazas fuertes, entre las cuales figuraban Nisibe y Singara. Los habitantes de Nisibe pidieron en vano que se les dejase defender a ellos mismos sus murallas; no se les consintió y fueron conducidos a Amida. Este era el más humillante de los tratados que Roma había firmado. Joviano falleció a los ocho meses de haber sido proclamado emperador de Bitinia, antes de llegar a Constantinopla. Era cristiano. El favor imperial había dejado de sostener el paganismo, y falto de este apoyo cayó para no volver a levantarse (Febrero de 364).

Por segunda vez en el transcurso de un año se vio obligado el ejército a elegir emperador. Los generales convinieron en designar a un hombre venido de la Panonia, de espíritu poco cultivado y de carácter duro, pero de una capacidad probada: Valentiniano. Este, que era a la sazón tribuno de los guardias, recibió prontamente con la púrpura la imposición de que designase un colega, pues se sentía la necesidad de dar dos jefes al imperio. Valentiniano nombró entonces a su hermano Valente, y dejándole gobernar la parte oriental, tomó para sí la misión de velar sobre las riberas del Rhin y del Danubio.

Cuando Juliano se alejó de las fronteras, los bárbaros, contenidos durante algún tiempo por el temor que lograra inspirarles, volvieron a emprender el camino que conducía a las provincias romanas. Los alómanos y burgundios cruzaron el alto Rhin; los quados y los sármatas el Danubio; los francos salieron de sus acantonamientos del Rhin inferior y los piratas sajones cubrieron de nuevo el mar. En la Bretaña los pictos y escotos descendían de sus montañas. En África un jefe moro, Firmo, hacía estallar una sublevación. Parecía que todo el mundo bárbaro se levantaba para asaltar al imperio que se tambaleaba lleno de humillación. Valentiniano tuvo el valor necesario para hacer frente a tantos peligros; sus hábiles generales Jovino, Sebastián y principalmente Teodosio, le ayudaron en su ruda tarea. En el año 365 Valentiniano se estableció en París para velar más de cerca sobre los bárbaros; degradó a los cuerpos que se habían dejado quitar sus banderas, y más seguro después de éste rasgo de severidad que recordaba los tiempos antiguos, marchó con su ejército contra los alomanos, a los que derrotó cerca de Chalons (366). Dos años después uno de sus reyes, Rando, sorprendió un día de fiesta la ciudad de Maguncia y se apoderó de un rico botín llevándose gran número de cautivos. Expediciones parecidas se preparaban; la liga de todos los alomanos estaba en movimiento. El emperador adoptó la política de Diocleciano, de Tiberio y de Augusto y sembró la división entre los bárbaros. Los bugundios que habían adquirido ya cierto grado de civilización, entraron en tratos con los romanos y opusieron su fuerza a los alómanos. Luego Valentiniano franqueó el Rhin con un ejército numeroso y consiguió derrotar a aquellas inquietas tribus cerca de Salzbach (368). Una buena parte del siguiente año la dedicó a reparar las fortificaciones que guardaban los pasos del río y dio comienzo, sobre el Neckar, en las cercanías de Manheim, a grandes obras, a las que quería dar extraordinaria importancia. Para poner bien a las claras a los ojos de los bárbaros que el imperio estaba dispuesto a tomar frente a ellos una actitud agresiva, penetró en el amplio valle del Mein que se interna hasta el corazón de Germania. El rey alomano Macrian, intimidado, solicitó la paz y Valentiniano hizo su entrada triunfal en Tréves con su hijo Graciano, al regresar de esta feliz expedición. El poeta Ausonio, de Burdeos, que era preceptor del joven príncipe y Símmaco, el último orador de Roma, celebraron estas empresas que devolvían a Galia su seguridad.

Mientras se realizaban estas operaciones en el Rhin, los reyes del mar, los sajones, habían sido rechazados de las cortes que tenían costumbre de asolar, y el conde Teodosio, el padre del futuro emperador, lograba adquirir en la Bretaña un renombre parecido al que en otros tiempos consiguió Agrícola; pero Teodosio no tenía un Tácito por yerno. Consiguió librar a los bretones de los pillajes de los pictos, restableció la dominación romana, casi desconocida ya en la isla y la consolidó merced a su hábil administración. Poco después llevó a África idénticas mejoras altamente beneficiosas para el imperio. Las exacciones de los últimos

gobernadores y las crueldades de éstos hacia los donatistas habían excitado de tal suerte el desafecto que el moro Firmo pudo fácilmente conquistar una considerable parte del país. Teodosio reprimió esta revolución, y después de la muerte de Valentiniano devolvió el orden y la tranquilidad a la provincia, pero envuelto en una odiosa intriga, a pesar de su inocencia y de los grandes servicios prestados a Roma, fue decapitado en Cartago.

En el gobierno interior de las provincias Valentiniano era duro, muchas veces cruel; casi puede decirse que únicamente tenía un castigo para todos los delitos: la muerte. Si llegásemos a creer cierta sospechosa noticia, diríamos que albergaba en su palacio dos osos monstruosos a quienes arrojaba a los criminales para que los destrozase a su presencia. En los asuntos religiosos tuvo para con todas las creencias principios de tolerancia, aunque él pertenecía a la Iglesia ortodoxa; sólo los magicianos que por aquella época pululaban mucho, fueron vivamente perseguidos. Sus sabias leyes contra la exposición de los niños, para la disciplina de las escuelas, sobre los médicos y el establecimiento en las ciudades provinciales de patronos ó defensores de la población demuestran que Valentiniano no fue solamente un hombre de guerra. Desgraciadamente para el imperio murió pronto en una expedición que realizó contra los quados. Estos pueblos a los que quería castigar por una incursión que habían hecho en la Iliria, le enviaron en cuanto llegó a ellos la noticia de su proximidad, una humilde embajada, que el emperador se negó a escuchar. Cuando hubo devastado despiadadamente su país consintió en recibir a los diputados que le enviaban, y cuando les habló, lo hizo tan apasionada y calurosamente que se le rompió una arteria del pecho, expirando a los pocos minutos (375).

El sucesor de Valentiniano I fue su hijo Graciano, quien disfrutaba ya del título de Augusto, desde el año 367: no había cumplido todavía los diecisiete años. Graciano adoptó como colega a su hermano Valentiniano II, de cuatro años de edad, dándole las prefecturas de Italia y de Iliria.

Mientras se desarrollaban estos acontecimientos en Occidente, reinaba en Oriente un príncipe receloso y débil, Valente, que pudo dominar la sublevación de Procopio, primo de Juliano, a quien hizo decapitar (366). Valente, lejos de imitar la prudente reserva de su hermano, conmovió todo el Oriente con una cruel persecución contra los magos y contra todos aquellos que les consultaban y también por su parcialidad a favor de los arrianos. Los fieles de la Iglesia ortodoxa fueron inquietados nuevamente, los obispos arrojados de sus sillas episcopales y llegó al extremo de designar a un arriano para que ocupara el arzobispado de Constantinopla. Mayores persecuciones hubieran sufrido la Iglesia católica si la gravedad de los acontecimientos políticos que llenaron este reinado hubiesen dejado a Valente el

tiempo necesario para atender a todas las excitaciones de los heresiarcas. Sapor había arrojado de sus tronos a los reyes de Armenia y de la Iliria; Valente les restableció, obligando al gran rey a aceptar una tregua con el imperio. Esto era un triunfo, pero desgraciadamente se preparaba una catástrofe hacia la parte de Tracia.

Procopio, en su sublevación, había tomado a sueldo un cuerpo de 3.000 visigodos. Derrotado y muerto el usurpador, Valente quiso castigar a los bárbaros por el auxilio que le habían prestado. Después de una guerra de tres años se concertó un tratado por el que se enviaba a todos los bárbaros a la otra orilla del Danubio, se suprimían los subsidios que el imperio les pagaba y se designaban dos ciudades fronterizas para los cambios. Atanarico, uno de los principales jefes de los godos del Oeste ó visigodos que habitaban al Norte del Danubio inferior, aceptó para su pueblo éste convenio. El obispo Ulfílas acababa de convertir al arrianismo a gran número de godos: había traducido a su lengua los Evangelios, y este fue el primer monumento escrito en idioma godo. Un manuscrito de esa traducción se conserva en Upsala. Ulfilas tuvo que formar un alfabeto griego. E1 arrianismo iba, por lo tanto, a caer en el imperio, juntamente con los bárbaros, durante la invasión.

Esta, que venía preparándose desde dos siglos antes, ofrecía amenazador aspecto. El pueblo que la decidió era extranjero a la raza germánica. Era el formado por las tribus de los hunos, pertenecientes a la raza mongola, según parece colegirse de la descripción que nos han dejado los antiguos escritores respecto de los caracteres y costumbres de estas hordas feroces. Los hunos eran nómadas, y apenas si conocían los lazos sociales; sus tribus obedecían en sus expediciones a jefes particulares, quienes algunas veces se entendían y obraban de acuerdo para llevar a cabo empresas comunes. Atila, uno de ellos, fue el primero que supo hacer reconocer su autoridad a todas aquellas tribus. Los hunos eran todos jinetes y no tenían más vivienda que sus tiendas ó sus chozas. Áridos y crueles, como esos mongoles de la Edad Media, que a las órdenes de Djenguyz-Khan (Gengis-Khan) asesinaron a cinco o seis millones de hombres, arrebataban el oro y la plata, no para utilizarlos, pues desconocían su uso, sino con el exclusivo afán de poseerlos y para aumentar sus inútiles tesoros emprendían desastrosas expediciones contra los pueblos civilizados. Sus incursiones, rápidas e inesperadas, aterrorizaban mucho más que las de ningún otro pueblo bárbaro de aquel tiempo, porque por allá por donde cruzaban, lo destruían todo por el placer único de destruir. Atila, su gran jefe, se jactaba más tarde de que la hierba no volvía a crecer en donde ponía la planta su caballo; se decía que había nacido de 1a unión de demonios y hechiceras, y su crueldad para con las mujeres, que los germanos respetaban siempre en sus incursiones, parecía confirmar este origen impuro.

¿Qué país fue su primitivo asiento? ¿Qué causa les indujo a emigrar hacia el Oeste? Se ignora. Solamente se sabe que cuando comenzaron los movimientos de las tribus escandinavas y germánicas las hordas nómadas del Asia occidental, levantaron sus tiendas y se aproximaron al Oeste. Su marcha, mil veces interrumpida por la tenaz resistencia de algunas tribus, recobraba su curso en cuanto habían vencido la resistencia del pueblo que a su paso se oponía. Esto ocurrió también en tiempo de Valente. Los hunos franquearon los Urales y subyugaron a los alanos que habitaban el país comprendido entre el Volga y el Mar Negro. Una parte de este pueblo huyó a la tierra que existe detrás del Cáucaso, y allí habitan todavía sus descendientes: la otra siguió a los vencedores que después de atravesar los planicies de la Sarmacia se encontraron frente al gran reino de los godos.

Esta nación germánica que había descendido paulatinamente desde las bocas del Oder hasta el Danubio y el Ponto Euxino, estuvo en sus principios dividida y gobernada por numerosos jefes; pero Ermanarico logró reunir la mayor parte de las tribus que la formaban y fundó un Estado poderoso, el reino de los ostrogodos, ó godos del Este, que se extendía desde el Báltico hasta el Mar Negro. Gran número de pueblos se le habían sometido. Este reino hubiera contenido seguramente la incursión si en el momento de iniciarse ésta no hubiera estado ya también en plena disolución. Cuando el viejo Ermanarico supo que se acercaba el enemigo, a pesar de su avanzada edad, pues contaba a la sazón ciento diez años, hizo grandes preparativos para repelerla, pero las tribus vasallas del viejo rey demostraron poco calor en la defensa de su territorio. Dos jefes roxolános deseosos de vengarse de la muerte que había dado el rey a una hermana suya a la que hizo perecer a los pies de sus caballos porque su esposo se había negado a tomar las armas, intentaron asesinarle; otros jefes le negaron su obediencia: el viejo rey, desesperado, se atravesó con su espada. Su sucesor, Withimiro, fue vencido y muerto. Dejó un hijo, todavía niño, que debió su salvación a Alatheo y Saphrax, dos guerreros godos que habían servido mucho tiempo en las filas romanas. Dejando que la nación goda se sometiese a los vencedores, los dos guerreros, con el real niño, lograron huir haciendo hábil marcha en el interior del país y escaparon de la persecución de los hunos, ocupados en aquellos momentos en combatir a un nuevo enemigo.

Atanarico, jefe de los godos del Oeste, había avanzado hasta el Dniéster para impedirles el paso del río, pero la caballería de los hunos cruzó la corriente durante la noche y la atacó por la retaguardia. Precisado a retroceder, se situó cerca de Pruth; allí, Atanarico quiso construir varias fortificaciones que uniendo los Cárpatos al mar hubiesen detenido la arrolladora marcha de las salvajes hordas, pero su pueblo, descorazonado, prefirió abandonar el país y mendigar un asilo en las tierras del imperio. Aquel bravo jefe no quiso para sí tal vergüenza ó no se atrevió a confiar

en la hospitalidad de Valente, y se lanzó con un puñado de guerreros fieles a pelear en las montañas contra los invasores (375).

Cuando el emperador supo que los restos de la nación goda le tendían suplicantes sus manos, su orgullo le hizo olvidar toda prudencia, y abrió el imperio a aquella multitud, que contaba todavía con más de 200.000 combatientes. La única condición que les impuso fue que entregaran sus armas y que diesen en rehenes algunos de sus hijos, los cuales fueron enviados a las pequeñas ciudades del Asia Menor. Los bárbaros se sometieron a todo; pero los oficiales imperiales, viéndoles desarmados y abatidos, les entregaban solamente víveres a un precio subidísimo. Los recursos de los sometidos pasaron pronto a manos de los romanos, luego sus esclavos y luego sus hijos, a los que se vieron precisados a vender. Cuando nada les quedó tomaron por la fuerza lo que se les negaba y se dedicaron a merodear por el país. No habían entregado todas sus armas y además se fabricaron ellos mismos otras nuevas: Alatheo.y Saphrax, que por aquel tiempo forzaron el paso del Danubio, vinieron a reunirse con sus compañeros aumentando su número y su confianza. La Tracia entera fue entonces saqueada: los hunos y los alanos corrieron también a tomar parte en la devastación.

Valente reunió sus fuerzas para combatirles, y pidió ayuda a su sobrino. Graciano prometió enviárselas, y estaba dispuesto a hacerlo, pero un joven alomano que formaba parte de su guardia, y que se hallaba con licencia en su patria, habló entre sus compatriotas de estos preparativos, y los alómanos, creyendo favorable aquella ocasión, inmejorable pana atacar las desguarnecidas fronteras, intentaron forzarlas, obligando a Graciano con este movimiento a retener las tropas que destinaba a Valente. Mientras pasaba esto aumentaba el peligro de día en día. Todos los bárbaros establecidos en las provincias del Danubio, todos los cautivos germanos que los emperadores habían desterrado allí, corrieron a reunirse con sus hermanos. Durante más de un año, las legiones intentaron inútilmente contener esta devastación. Al fin, en el 378, Valente llegó con parte del ejército de Oriente: Graciano estaba también en marcha.

El emperador quiso evitar que los bárbaros se uniesen, y avanzó contra ellos antes de que esa temida unión se realizara, pero Fritigern, el jefe de los bárbaros, conoció su intención; le entretuvo durante algún tiempo con fingidas negociaciones y después, cuando hubo reunido todas sus fuerzas, atacó a Valente cerca de Andrinópolis, el día 9 de Agosto del año 378. La derrota sufrida por los romanos fue aún más desastrosa que la de Canas. Apenas pudo librarse de la muerte una tercera parte del ejército de Valente; éste, herido, fue transportado a una colonia, a la que los bárbaros prendieron fuego: el emperador murió entre las llamas. Toda la llanura, hasta las murallas de Constantinopla, sufrió los más horribles estragos. La

emperatriz Dominica defendió la capital con la ayuda de algunas tropas de sarracenos que llamó y que le enviaron desde el Asia. Los hijos del desierto de Arabia, se encontraron por vez primera frente a los hombres del Norte: dos siglos y medio después debían volver a encontrarse al otro extremo del Mediterráneo.

Graciano, más afortunado, derrotaba por aquella misma época a los alómanos cerca de Colmar. Pero el imperio de Oriente estaba sin jefe, y Graciano no podía pensar en unir esta pesada corona a la que ya llevaba; por esto, y para la dificilísima tarea de reparar el inmenso desastre que el imperio lloraba, se fijó en el hijo del valeroso conde, Teodosio. Después del desdichado fin de su padre, Teodosio se retiró a España, su patria. Allí permanecía cuando Graciano le llamó, en 19 de Enero del 379, para darle, con el título de Augusto, las prefecturas de Oriente y de la Iliria. Teodosio se puso atrevidamente a la obra. El Asia estaba a la sazón tranquila, gracias a una medida atroz. Todos los godos enviados como rehenes a aquellas provincias, habían sido convocados en una misma fecha en las metrópolis para recibir donativos en dinero y para repartir las tierras: las tropas les esperaban allí. Sorprendidos y sin medios de defensa, fueron asesinados. Sus padres y hermanos les vengaban en la Tracia. Teodosio tenía que reorganizar un ejército casi disuelto y necesitaba devolver a sus soldados el valor y la confianza que habían perdido. Lo consiguió procurándose ocasiones de librar mil combates de poca importancia, en los que siempre vencía gracias a su cuidado de alcanzar las mayores ventajas antes de trabarlos. Esta era la vieja táctica de Fabio Cunetator, en sus luchas contra Aníbal: táctica que esta vez tuvo más rápido éxito. Teodosio logró que no cayese ninguna plaza fuerte en poder del enemigo, cuyo número iba disminuyendo merced a las defecciones que provocaba. De esta suerte, sin haber ganado ninguna memorable batalla, obligó a los godos a que le hicieran proposiciones de paz, Fritigern, el vencedor de Andrinópólis, había muerto; el valiente Athanarico, su sucesor, se dejó atraer a Constantinopla y allí, desvanecido ante el esplendor de aquella pomposa corte, decidió a su pueblo a aceptar las condiciones propuestas por el emperador (Octubre de 382). Por lo demás, y en el fondo, Teodosio les daba lo que querían. Les estableció en la Tracia y en la Mesia con la misión de defender el paso del Danubio: 40.000 guerreros fueron admitidos en las filas imperiales. Esto era tanto como entregarles el imperio, porque aquellos godos, que siguieron a las órdenes de sus jefes nacionales, y con su organización militar, sintieron pronto despertar en ellos sus instintos de botín y la necesidad de emprender aventuras. Más adelante, algunos años después, después de haber asolado Grecia é Italia, se apoderarán de Roma, y la guerra que irá con ellos hasta el corazón del imperio hará caer las barreras que lo defendían, y sobre ellos pasarán las olas de la formidable invasión.

Pero, por el momento, Teodosio había puesto fin a una situación desastrosa y el imperio, que se creyó salvado, le mostró su reconocimiento. Los tristes acontecimientos de que el Occidente fue teatro y que retrasaron algunos días la reunión bajo su autoridad de toda la herencia de Augusto, aumentaron su renombre. Principalmente la Iglesia, desembarazada por él del arrianismo, vio en Teodosio un nuevo Constantino, y el epíteto de Grande se añadió al nombre del último dueño del mundo romano.

Graciano, a pesar de ser activo, inteligente y valeroso, fue derribado por un usurpador. Apasionado por la caza olvidaba frecuentemente los deberes de un príncipe y sólo se le veía rodeado de arqueros alanos. Los soldados se irritaron contra él por estas preferencias y las legiones de Bretaña proclamaron emperador a su jefe Máximo, uno de los hábiles compañeros del conde Teodosio. Máximo se dirigió a la Galia; Graciano, abandonado por sus tropas intentó cruzar los Alpes, siendo muerto cerca de Lion (25 Agosto 383). Para realizar esta expedición contra Graciano el usurpador había tenido que retirar las legiones que guarnecían la Bretaña; la isla quedó entonces sin defensa y pronto fue devastada por las correrías de los pictos y los escotos y las irrupciones de sajones y frisones.

Teodosio hubiera querido vengar a su bienhechor, pero en Oriente no había renacido la calma todavía y una guerra civil hubiese inutilizado toda su costosa labor. Reconoció al usurpador como dueño de la prefectura de las Galias con la condición de que cedería la de Italia al joven Valentiniano II (385). La madre de éste, Justina, que era arriana, procuró en seguida propagar la herejía por las provincias de su hijo. Pero los habitantes de aquellas regiones, especialmente los de Milán, opusieron una viva resistencia a los deseos de Justina. Ella quiso vencer con la amenaza de un destierro al arzobispo de la mencionada ciudad. San Ambrosio, y entonces la población en masa puso en fuga-a la guardia bárbara que en ella había. Máximo creyó propicia la ocasión para despojar a Valentiniano y atravesando los Alpes penetró en Italia. Valentiniano II huyó a Tesalónica a refugiarse en la corté de Teodosio (387).

Este príncipe se había pronunciado ya de una manera explícita contra los arríanos. En el año 380 había recibido el bautismo, promulgando más tarde edictos a favor de la doctrina ortodoxa y lanzando de su silla al patriarca de Constantinopla. Damófilo, a quien sustituyó por Gregorio Nazianceno. Un concilio que se reunió en Constantinopla (381), condenó nuevamente la herejía y confirmó el símbolo de Nicea. Justina, cuyas desgracias provenían de su excesivo celo a favor del arrianismo, confiaba, sin embargo, pues Teodosio se había casado con la bella Gala, hija de la emperatriz; y ésta, a pesar de sus imprudencias, podía contar con el apoyo

de su yerno. Teodosio dudó durante algún tiempo; pero cuando supo el descontento general que con sus duras medidas había levantado Máximo en Italia, se decidió a arriesgarse en la empresa.

Teodosio entró en la Panonia en el año 388, y logró encender la discordia entre sajones y francos, pero Máximo usó de iguales armas contra él y procuró que vacilara la fidelidad de las tropas bárbaras que formaban parte de su ejército. Si Teodosio no hubiese prevenido este peligro-merced a severas medidas las defecciones seguramente habían mermado sus fuerzas. Máximo, vencido a orillas del Save, fue entregado por sus propios soldados y condenado a muerte en Aquilea. Teodosio no guardó para si nada de su conquista que entregó íntegra a Valentiniano II. Hizo más para afirmar en el poder al joven príncipe y extirpar con la herejía los últimos restos del paganismo que aún se conservaba en las provincias occidentales, permaneció tres años al lado de su cuñado ayudándole en la organización y gobierno del territorio. Cuando se marchó le designó como primer ministro al franco Arbogasto, que acababa de arrojar a los germanos de la Galia, y que entregó casi todos los cargos oficiales a hombres de origen bárbaro. Valentiniano no quiso soportar esta tutela y retiró al conde todos sus cargos. "Yo he recibido mi designación de Teodosio —replicó Arbogasto ante toda la corte— y sólo él puede despojarme." Valentiniano, ciego de cólera, se arrojó sobre el conde espada en mano. Algunos días después encontraron muerto al emperador (15 Mayo de 392).

Arbogasto no podía esperar que Teodosio dejase este crimen impune. No atreviéndose a proclamarse emperador, entregó la púrpura al secretario imperial Eugenio. Teodosio, el vengador de la ortodoxia, disponía del clero católico; Arbogasto y Eugenio procuraron atraerse todas las fuerzas que le restaban al paganismo. Esta conducta sublevó contra ellos a todo el pueblo cristiano y una sola batalla que se libró en Aquilea, dio fin a aquella usurpación. Eugenio fue hecho prisionero y condenado a muerte; Arbogasto se suicidó (394). Esta vez el vencedor guardó para sí la conquista.

La nueva victoria redobló el fervor de Teodosio por la ortodoxia cristiana. Prohibió bajo severas penas el culto de los dioses, que expulsado de las ciudades se refugió en los campos (pagani), y quitó a los heréticos con el derecho de llegar a disfrutar de los honores públicos, el de disponer por testamento de sus bienes. Por otra parte, numerosas y sabias leyes ponían de relieve la continua preocupación del príncipe para curar algunos de los males que debilitaban aquella sociedad moribunda. No pudo vencerlos porque el mal era ya incurable, pero al menos logró honrar los últimos días del imperio dando desde el trono un ejemplo de virtud que pocas veces los pueblos pudieron presenciar. Ya hemos referido las pruebas de gratitud que otorgó a la familia de su bienhechor; hemos señalado su desinterés; añadamos que

la paz reinó siempre en el seno de su numerosa familia y que, si conservó los cortesanos, tuvo también amigos.

Antes de expirar (17 Enero del 395), repartió el imperio entre sus dos hijos Arcadio y Honorio; separación irrevocable que dura todavía en la religión y en la civilización diferentes de estas dos mitades del mundo antiguo. Un acto de suma grandeza honra a Teodosio. El pueblo de Tesalónica, en una sedición mató al gobernador y a muchos oficiales imperiales. En una circunstancia parecida, Teodosio había perdonado a los habitantes de Antioquía; pero esta vez se dejó llevar por su violenta cólera y dio órdenes tan severas que el castigo costó la vida a más de 7.000 personas. Tal mortandad produjo en todo el imperio un sentimiento de horror. Cuando Teodosio se presentó poco después a las puertas de la catedral de Milán, San Ambrosio tuvo valor suficiente para detenerle; le reprochó el crimen que había cometido en presencia de todo el pueblo y le prohibió que entrase en la iglesia y que se acercase a la sagrada mesa. Teodosio aceptó resignado la penitencia pública que el obispo le imponía en nombre de Dios y de la humanidad ultrajada. Durante ocho meses el emperador no cruzó el atrio del templo.

No nos detendremos ya aquí; la edad antigua termina y la edad media empieza. El paganismo acaba de morir, el cristianismo triunfa; el imperio está irrevocablemente dividido; los bárbaros desempeñan los principales cargos del imperio, figuran en el ejército, en los mandos de las provincias. La Iglesia, el espíritu nuevo, fuerza ya a los poderosos de la tierra a humillar la frente ante su palabra. San Ambrosio acaba de decir lo que poco después repitieron San Remigio y Gregorio VII: Mitis... depone colla.

Resumen

Diocleciano

El jefe de la guardia imperial, el dálmata Diocleciano, se ciñó la diadema imperial en los momentos confusos que siguieron a estos asesinatos. De origen humilde, duro, económico y valiente, ascendió a los primeros puestos por su clara inteligencia, prudencia y talento administrativo, más que por sus hazañas guerreras. Durante su gobierno (284-305) se dedicó con gran tenacidad a estructurar el régimen del Dominado, caracterizado por la implantación definitiva del absolutismo y por la reforma de la administración y de la burocracia. Las tribus bárbaras de la frontera del Rin cometieron depredaciones en la Galia, que se levantó contra los romanos, mientras otras tribus amenazaban por el Danubio y en Oriente los sasánidas restauraban el sentimiento nacional persa.

Ante tantas dificultades y para salvar al Estado a costa de sus componentes y el prestigio imperial mediante la división de la autoridad imperial procedió a poner en práctica su proyecto. Durante la primera etapa (285) elevó a la púrpura y tomó por colega a Maximiano Hércules, dividiendo el Imperio en una zona occidental latinizada con capitalidad en Milán y otro oriental helenística cuya capital fue Nicomedia, en Asia Menor, que fue la sede oficial de Diocleciano.

Batidos los bárbaros del Rin y restablecido el orden en Oriente, Diocleciano, volviendo al sistema de las adopciones, nombró para cada *augustus*, el *caesar* que había de sucederles en el cargo, siendo designados dos de sus generales más capaces (293) : Galerio para Oriente y Constancio Cloro para Occidente, quedando inaugurado el sistema que se ha llamado *tetrarquía.* Esto produjo ventajas inmediatas, fue recobrada la Bretaña, vencidos los bárbaros y los persas y pacificado Egipto y África, recobrando sus fronteras, su estabilidad y la tranquilidad el Imperio.

Después de una despiadada persecución contra los seguidores de Cristo (303), abdicó con Maximiano el gobierno (305), quedando como Augustos los dos Césares y como sustitutos de éstos Maximino Daya y Severo, amigos de Galerio y oficiales ilirios también, defraudando las esperanzas de Constantino y de Majencio.

Sucesores de Diocleciano

La obra de Diocleciano comenzó a destruirse con su retirada a su palacio de Espalato al fracasar el sistema por contradicciones internas de la política dinástica.

Muerto Constancio Cloro (306), el ejército proclamó César a su hijo Constantino, mientras Majencio, hijo de Maximiano, hacía lo propio en Roma, y el padre se declaraba de nuevo Augusto, con lo cual hubo seis emperadores y césares, pero poco a poco fueron desapareciendo los rivales de Constantino, quedando dueño único del Imperio (311 al 324). Maximiano fue ejecutado por conspirador, después,

Domicio Alejandro, candidato de África, vencido por Majencio, más tarde Galerio (311), que había conseguido mantener un cierto equilibrio con su autoridad. Entonces Constantino y Licinio se unieron contra Majencio y Maximino Daya y los vencieron (312-314).

La posesión de Occidente se libró en Italia en torno al problema de la libertad de los cristianos entre Majencio y Constantino. Éste, que había hecho enarbolar el estandarte de la cruz de Cristo, venció en el puente Milvio (312), apresurándose Constantino a dictar en Roma un edicto de tolerancia que había de tener valor ecuménico en Milán, al año siguiente, al publicarlo conjuntamente con su colega Licinio.

La política expansionista y anticristiana de éste produjo un conflicto con Constantino que se resolvió a favor de este último (324) en las batallas de Adrianópolis y Crisópolis. Con esto el Imperio, unificado de nuevo y centralizado, pasó a ser cristiano, pero el predominio de Oriente se consagra con el traslado de la capital a Constantinopla (330) antigua Bizancio, convertida en corte cristiana en contraposición a Roma (capital pagana).

Había transcurrido cerca de un milenio desde el tiempo en que los marinos de Megara habían fundado en la punta más extrema europea del Bósforo la modesta colonia de Bizancio (657 a. de Jesucristo) cuando se inauguró en este mismo lugar Constantinopla (330 de J. C.), la nueva capital del Imperio romano reformado, mandada construir por el hábil político Constantino. Aun cuando con este traslado de capitalidad quedaba fundado el Imperio de Oriente, el siglo IV fue sólo un preludio de historia bizantina y sólo al final de éste (395), cuando Teodosio el Grande divide sus territorios desmesurados entre sus hijos Arcadio y Honorio, que habían de reinar en Oriente y Occidente respectivamente, es cuando de hecho nace el Imperio bizantino, instituyéndose un nuevo equilibrio mundial al constituirse como un factor constante de salvaguardia para Occidente como llave y frontera oriental de la Cristiandad, al mismo tiempo que en un fuerte agente civilizador del Oriente manteniendo una cultura en parte de tradición grecorromana, si bien ésta, con el tiempo, se fue diluyendo en otras de carácter helenístico y oriental.

El derecho y la administración de los romanos, la lengua y la civilización de los griegos y las creencias y las costumbres cristianas, fueron los fundamentos culturales de Bizancio.

El 11 de mayo del año 330, *Constantino el Grande* trasladó la capital del mundo romano a *Bizancio,* ciudad situada en la entrada del Bósforo, junto al mar de Mármara, en la bahía del *Cuerno de Oro,* entre Europa y Asia y no muy lejos de África. Ese mismo día señala el comienzo del *lmperio bizantino.*
Aunque la unidad del Imperio subsistió, poco a poco, alrededor de Constantinopla, se forjó una *unidad monárquica* que, cuando el gran *Teodosio,* en 395, repartió sus

Estados entre sus dos hijos : *Honorio* y *Arcadio,* la separación entre Oriente y Occidente se consumó definitivamente.
La formación del imperio bizantino, se llevó a cabo entre los años 395 y 518, dos crisis comenzaron a dar su fisonomía propia a la parle oriental del Imperio.

1 " La crisis de la invasión de los bárbaros. Púdose creer que Bizancio, al igual que Roma, no podría resistir el embate de los visigodos de Alarico en el inicio del siglo V, de los hunos de Atila a mediados de este mismo siglo, y de los ostrogodos de Teodorico al finalizar el siglo V. Una casualidad feliz hizo que esas tres oleadas de barbaros se desplazaran hacia el Occidente, y mientras Roma se hundía, Bizancio permanecía en pie.

Herederos de Constantino

Constantino señaló a sus hijos y sobrinos como herederos de la dignidad imperial, repartiendo sus territorios dos años antes de morir bautizado (335) en cinco porciones, pero no tardó en ser eliminada brutalmente la línea colateral, quedando el Imperio en manos de dos de sus hijos: Constancio (337-361) en Oriente y Constante en Occidente. Esta fórmula diárquica duró diez años, hasta que una insurrección terminó con la vida de Constante (350), por lo que quedó Constancio, arriano y orientalizado, como único dueño del Imperio.

Rivalidades religiosas y el descontento en las tropas, hicieron que éstas proclamaran augusto a su general Juliano (361-363) gobernador de la Galia y primo de Constancio. Muerto éste, Juliano entró en Constantinopla con el propósito de restablecer el paganismo y devolverle su perdida hegemonía. Vencedor de los francos en la colosal batalla de Estrasburgo (360), quiso continuar el ejemplo del gran Marco Aurelio, pero no tuvo tiempo de desarrollar su buena política, pues en lucha contra el rey de los persas, Sapor II, murió en el campo de batalla (363).

Apóstata del cristianismo e influido de ideas neoplatónicas, intentó hacer triunfar un plan original de persecución basado en la tolerancia de todas las sectas con el deseo de que herejes y ortodoxos se destruyesen unos a otros. Con el Apóstata termina la dinastía constantiniana y con su muerte desaparece el último defensor de la cultura antigua antes del Renacimiento.

Los emperadores que siguen tienen que enfrentarse con el doble problema del arrianismo y el neopaganismo y con el creciente peligro exterior de las invasiones germánicas. Joviano (363-64), elegido por los soldados, firma la paz con los persas tras renunciar Roma a sus reivindicaciones en Mesopotamia. Valentiniano I (364-375) elegido por la corte eleva a la dignidad de Augusto y corregente a su hermano

Valente en Oriente, defendiendo las fronteras frente a los ataques de los bárbaros. El primero moría de apoplejía y Valente combatiendo al grueso del pueblo godo en la batalla de Adrianópolis (378). Aprovechando la catástrofe, los godos recorrieron los Balcanes, pasando todo el país a sangre y fuego.

Su sobrino Graciano, hijo y heredero de Valentiniano I, designó para suceder a su tío, al general español Teodosio, dux en Mesia, que daría al Imperio los últimos días de brillo. Fervoroso cristiano, dinámico y genial, venció a varios usurpadores paganos, dando por última vez la unidad al Imperio. Teodosio intentó hacer resucitar el cadáver mediante la aceptación del concurso del pueblo godo enemigo. Para ello, llegó a un acuerdo con los visigodos y los estableció en bloque, junto con los ostrogodos, dentro del territorio romano y les asoció al imperio.

Cuando Valentiniano II fue expulsado de sus dominios, Teodosio derrotó al usurpador y entregó a Valentiniano toda la mitad occidental (388). Al producirse una reacción pagana, éste fue asesinado y sustituido por Eugenio, que tenía a su servicio a Arbogasto, general de las tropas francas de Occidente. Entonces, Teodosio fue contra los rebeldes destrozándolos en la gran batalla de Aquilea que duró dos días (388). Decretada la obligatoriedad de la ortodoxia, el emperador español se convirtió en el apoyo político de la obra de unidad religiosa que estaban intentando los prohombres de la Iglesia como el papa Dámaso y el obispo de Milán, San Ambrosio.

Acabó con el paganismo de manera definitiva, a la par que arruinaba la herejía arriana por el edicto de Tesalónica y adoptaba como religión oficial el catolicismo (391).

En el año 395 moría, dejando el Imperio repartido entre sus hijos Arcadio (Oriente) y Honorio (Occidente). Con esto quedaba dividida para siempre la antigua unidad imperial. En Occidente el ministro de origen vándalo, Estilicón, defendió el reino de Honorio contra los ataques visigodos, a cuyo frente venían Alarico y Radagaiso, pero perdió la Britania y parte de Hispania invadidas por los bárbaros. Muerto Estilicón por orden del emperador (408), los godos de Alarico saquean Roma (10), mientras los franceses ocupan la Galia. Con su sucesor Valentiniano III (423-55), el hábil general Aecio detentó el poder por espacio de veinte años (433-454). Su espada puso cierto orden en el Imperio, venciendo a los burgundios y visigodos, siendo amigo de los hunos por haber residido entre ellos como rehén, hasta que rompió con Atila al invadir éste la Galia, venciéndole Aecio y sus aliados francos y godos en los Campos Mauriacos (451). Asesinado Aecio de propia mano del emperador (454), fue vengado al año siguiente por sus soldados. Con la muerte

de Valentiniano III termina la dinastía teodosiana y el Imperio de Occidente entra en la agonía. Nueve emperadores se suceden en veinte años.

El año 476, Rómulo Augustulo era depuesto por el jefe de los hérulos, Odoacro, llegando con este hecho a su fin el Imperio romano de Occidente. No se puede acusar ni a los bárbaros, que le asimilan, ni al cristianismo de la muerte física del Imperio. Las causas de su disolución fueron otras: el principio electivo, causa grave de disensiones, el estatismo y totalitarismo burocrático, la excesiva extensión y su larga duración, la general crisis económica, la insuficiencia moral y religiosa del mundo antiguo, la despoblación y la descomposición interior, el exceso de la masa provinciana y hasta bárbara sobre los puros romanos o ciudadanos romanizados, el aumento de población en las ciudades, unido al problema del hambre y de la falta de trabajo, la dislocación política del Bajo Imperio, el reclutamiento en las provincias de las clases directoras que no sentían el patriotismo y, la incapacidad de asimilar las masas a la organización de la ciudad-Estado, base del mundo grecorromano, fueron, entre otras, las causas que arrastraron fatalmente a Roma en su caída.

La extensión del Imperio bizantino coincide con la de la *pars Orientalis* heredada de Teodosio por su hijo Arcadio, esto es, todos los territorios que iban del Danubio a la primera catarata del Nilo, y que, limitando con el reino persa y con Arabia en el Este, tenía por límites en el Oeste la Dalmacia en Europa y la Gran Sirte en África. Todas estas tierras estaban divididas en dos prefecturas, siete diócesis y 60 provincias, que, en el siglo V fueron aumentadas a 64.

La sorprendente supervivencia del Imperio de Oriente en medio de las oleadas migratorias y, a pesar de que la mayor parte de sus emperadores no pasaron de medianías se debe, entre otras causas, a su situación geográfica y a las ventajas económicas que esta situación le reportaba. Los bizantinos supieron librarse del peligro de los godos y, Persia, durante más de un siglo de paz fue para ellos una retaguardia ideal, permaneciendo incólume el Asia Menor, núcleo esencial del Imperio. Su capital, Constantinopla, resistiendo todos los ataques, se hizo inexpugnable gracias a su situación, murallas y riquezas, y, mientras duró la capital, permaneció el Imperio. El comercio, la eficaz organización de la Hacienda y la progresiva helenización, fueron también causas de esta persistencia.

Diocleciano, dinastía constantiniana, teodosiana y leoniana

Diocleciano, nació el 233. .	284	Abdicó. 305 Murió 313.
Maximino Hércules, 286—395 y	306	308
Severo III, *César*.	305	306
Constancio Cloro, *César* en 292	305	307
Galerio, *César*.	305	311
Majencio.	306	312
Maximino II, *César* en 305.	307	313
Licinio.	307	323
Costantino I, nació el 276. .	306	337
Constantino II.	337	340
Constante I.	337	350
Constancio	337	361
Juliano el Apóstata, nació el 331.	361	363
Joviano	363	364
Valentiniano I.	364	375
Valiente.	364	378
Graciano	375	383
Máximo	383	388
Valentiniano II, nació el 371, emperador el 375.	383	392
Teodosio I, nació el 346. . .	378	395

IMPERIO ROMANO DE ORIENTE.

Arcadio, nació el 377. . . .	395	408
Teodosio II, el jóven, nació el 401.	408	450
Pulcheria, murió el 453 y *Athenais* (*Eudoxiá.*) murió el 460.		
Marciano	450	457
Leon I.	457	474
Leon II el Joven.	474	474
Zenon (*Basilisco*, 476.)	474	491
Anastasio	491	518

EL IMPERIO ROMANO DE ORIENTE (395-717)

I. — Causas de la duración del imperio de Oriente

Separación de los dos imperios.

La muerte de Teodosio (17 Enero del año 395) marca de una manera general el fin del antiguo mundo romano. Por una parte, el cristianismo había vencido, siendo de hecho la religión del Estado, mientras que el antiguo culto, despojado de su carácter especial y político, caía en el rango de religión proscripta; y por otra parte, la división de los dos imperios, varias veces practicada, llegó á ser definitiva. Teóricamente no formaban más que un solo todo (commune imperium divisis tantum sedibus); pero á pesar de las vanas fórmulas, y á pesar de los esfuerzos que más tarde intentara Justiniano, la unidad material estaba rota, y algunas de las más ricas provincias, ocupadas por reyes bárbaros, sólo volverán á unirse por un lazo ficticio. Los dos imperios, cuya separación acabó á fin del siglo IV, tuvieron desde el primer momento una fisonomía y un porvenir distintos.

Por qué sobrevivió el imperio de Oriente.

Mientras que el imperio de Occidente, debilitado en su interior, falto de jefes enérgicos y de un centro de acción real, no podía resistir las fuerzas exteriores que le amenazaban y acabó por desmembrarse rápidamente en reinos germánicos, el de Oriente, atravesando alternativas de decandencia y esplendor, se mantuvo hasta el final de la Edad Media. Luchará valerosamente, desenvolverá su comercio y su industria y será el centro de una brillante civilización que se sentirá á lo lejos, hasta en la Europa latina. Por eso ocurre preguntar: ¿Qué causas afianzaron su duración? Repetir, con algunos historiadores superficiales, que, acometido de una decrepitud senil, aquel Imperio sobrevivió por una serie de casualidades, es sólo pagarse de palabras.

Se ha insistido, con más fundamento, sobre su situación geográfica; pero ni ríos ni cadenas de montañas pueden apuntalar á un Estado cuando va á la ruina. Las barreras del Danubio y los Balkanes fueron forzadas más de una vez durante el siglo IV, é inmediatamente detuvieron el avance de tribus eslavas y finesas. Si no hubiera tenido otra protección que sus fronteras naturales, el imperio de Oriente no habría tardado en desaparecer.

Además, estas consideraciones geográficas van bien cuando se trata de la capital. Aquella ciudad, á la que Constantino dió su nombre, y de la que quiso hacer la nueva Roma cristiana, está emplazada perfectamente para servir de centro á un gran Estado. En los confines de dos mundos, unía sus elementos de fuerza y de riqueza; alejada de las fronteras, no estaba constantemente expuesta á los ataques por tierra, y situada á lo último de un mar cerrado, no se veía á merced de los asaltos navales. Vastas y sólidas murallas aumentaban estas ventajas, y por eso, á pesar de haber sido sitiada varias veces, sólo la tomaron cuando la situación general del Imperio hizo inútil toda resistencia. Comercialmente, Constantinopla era el puerto natural entre Oriente y Occidente, y durante la Edad Media los navios de todas 1as comarcas hallaron cabida en su vasto puerto y en el Cuerno de Oro (Chysokeras).

El helenismo.

La principal causa de la duración fue que, á pesar de su constitución viciosa y de la insuficiencia de sus jefes, el imperio de Oriente tenía un principio de vida y de unidad. La civilización romana, al uniformar las provincias de Occidente, no había borrado todas las diferencias. En Oriente, á pesar de la dominación de Roma, el helenismo subsistía.

El helenismo unía vastos y numerosos países de Europa y de Asia, manteniendo una comunidad de lengua, de ideas y de costumbres, no sólo en el mundo oficial y en las clases altas, sino hasta en el bajo fondo del pueblo. Durante la administración romana, la civilización griega se desarrolló con un nuevo esplendor, como más adelante por el helenismo se extendió en el mundo antiguo la religión cristiana. El helenismo conquistó al imperio de Oriente, que, aunque aparentó conservar la etiqueta romana, y sus jefes se intitularon emperadores romanos, en realidad fue griego desde sus comienzos y tomó su fuerza del helenismo, cuya fe ortodoxa llegó á ser su fórmula religiosa. El imperio de Oriente fué en adelante el imperio griego ó el imperio bizantino.

He aquí los hechos en que se tradujo esta influencia del helenismo. Las poblaciones no estaban dispuestas, en su mayoría, para resistencias heroicas; pero, al menos, hallábanse ligadas al Imperio, que personificaba su civilización y sus creencias, y á falta de un vivo patriotismo, sentían un espíritu de cohesión. Sería injusto juzgarlas por los relatos de los cronistas, que hablan de la plebe holgazana, corrompida y fanática de Constantinopla. Si esta hez de la capital y de algunas grandes ciudades se señaló por sus agitaciones y sus desórdenes, vivió en los campos y en los pueblos una clase trabajadora más numerosa y más tranquila, que no atrajo la atención de los escritores. Su actividad se tradujo en hechos económicos, los campos

adquirieron fertilidad, prosperaron muchas industrias, y el comercio griego, durante la primera parte de la Edad Media, no tuvo rivales. Esta clase sana y laboriosa tuvo el espíritu helénico, y en su literatura ocupó un señalado puesto el sentimiento nacional.

Además, los que dirigieron el imperio griego no adoptaron, en general, una concepción estrecha del helenismo; estimando que, en lugar de restringirse á una raza, debía asimilarse todos los elementos que pudiera. Bizancio quiso dominar, por sus tradiciones y por la superioridad de su civilización, á los pueblos que ocupaban el Oriente y luchaban entre sí: eslavos, búlgaros, húngaros, petcheneques, khazars, armenios, turcos y árabes. Trató de atraérselos, cuantas veces pudo, reemplazando con sus fuerzas nuevas las que había perdido. Debilitábase la raza griega, pero subsistía su civilización. Los emperadores trabajaban por helenizar aquellos toscos pueblos, y los extranjeros, antiguos enemigos, ingresaron en los ejércitos de Bizancio, y suministrándole generales, administradores y hasta emperadores. En este sentido se puede decir que el imperio bizantino «era una creación artificial que gobernaba veinte nacionalidades diferentes». (Rambaud).

Si los emperadores de Bizancio no siempre fueron grandes políticos ni grandes generales, hubo muchos que tuvieron una clara percepción de los intereses del Imperio. Mientras que en la Edad Media los emperadores de Occidente aparecen obsesionados por la aspiración de una monarquía universal, los de Oriente sólo formulan las mismas pretensiones por respeto á las ficciones oficiales, pero no agotan sus fuerzas en intentar realizarla. A excepción de Justiniano, sabían que su Imperio era griego, y apenas se preocupaban de reconquistar el Occidente. Al servicio de esta política pusieron también aquellos procedimientos griegos. Si alguno de aquellos emperadores fué valeroso soldado, todos recurrieron con preferencia á la maulería y á la sutileza. Durante los siglos V y VI desconcertaron á los bárbaros con su cautelosa política, tejida de intrigas, en que se enredaban aquellos espíritus groseros é impacientes. El embajador bizantino Prisco nos muestra á Atila, dudando largo tiempo entre el Oriente y Occidente, decidiéndose al fin á marchar contra la Galia, por creer que allí sería más beneficiosa la guerra. Si á esto se añade que el ejército estuvo, en general, bien organizado y bien dirigido, ha de asombrar menos que, con la ayuda de la diplomacia y de las armas, pudiese vivir tanto aquel Imperio y resistir á tan numerosos enemigos.

A estas causas, que actuaron de un modo permanente, vinieron á unirse otras de una importancia pasajera. Después de la caída del imperio de Occidente, los bárbaros mostraron un respeto supersticioso hacia los emperadores de Bizancio. Durante el reinado de Teodósio, al fin del siglo IV, el rey godo Atanarico decía en

Constantinopla: «Ahora veo el esplendor de esta ciudad, cuyas maravillas no podía creer”, y añadió: «El emperador es un dios terrenal, y quien levante la mano contra él está perdido.»

Más tarde habían de inclinarse también ante él los reyes bárbaros, dueños de las provincias de Occidente. Odoacro hizo llevar al emperador Zenón las insignias imperiales, solicitando «la dignidad de patricio y el derecho de gobernar las poblaciones italianas”. El Senado de Roma le pidió también que, en lo sucesivo, fuese el jefe común de los dos imperios. Teodorico se declaró súbdito (servus) del emperador. Obligados á combatir al emperador, los reyes ostrogodos imploraban, sin embargo, la paz. Clodoveo recibió entusiasmado las insignias de cónsul que le envió Anastasio. Los príncipes merovingios y los reyes borgoñones multiplicaron sus testimonios de sumisión. Más tarde, después de la disputa de los iconoclastas y cuando fué conferida á Carlomagno la dignidad imperial, el prestigio de los soberanos de Constantinopla se debilitó.

Sin embargo, aún se ve al poderoso Otón pedir para su hijo la mano de una princesa bizantina.

En resumen: el Imperio subsistió, no por una casualidad, sino porque llevaba en sí razones muy poderosas para existir y porque no hubo entre sus invasores ninguno dispuesto á perderle. Esta doble ventaja se había de modificar más tarde, lentamente; el Imperio se dividirá en porciones, y no sucumbirá en definitiva sino después de una larga serie de derrotas. Del siglo IV al XIII pasará por terribles pruebas; del siglo VIII al XI alcanzará su mayor brillantez, y en el siglo XI comenzará la decadencia definitiva.

Geografía y administración.

La Notitia dignitatum utriusque imperií da á conocer las divisiones territoriales del imperio de Oriente al comienzo del siglo V. En Europa estaba limitado por el Danubio. Al Nordeste, lo separaba del imperio de Oriente una línea que, partiendo de las bocas del Cataro, reunía el Drina y el Save. Comprendía en Asia, el Asia Menor y la Siria; en Africa, el Egipto, la Libia superior y Pentápolis. Estaba dividido en dos grandes prefecturas: la de Oriente y la de Iliria. El prefecto de Oriente, que residía en Constantinopla, gobernaba cinco diócesis: Oriente (posesiones más allá del Tauro, con la Isauria, la Cilicia y Chipre), Egipto; Asia (antigua provincia de Asia, reino de Pérgamo, Pamphilia, Licia, islas del mar Egeo); Ponto (región del Ponto Euxino y Armenia romana); Tracia (territorios comprendidos entre la Propóntida y el bajo Danubio). El prefecto de Iliria, que residía en Salónica (por excepción, en Sirmio del año 424-447), tenía á sus órdenes

dos diócesis: Dacia (país del Danubio) y Macedonia (región del Sur con Grecia, Peloponeso y Creta). Los prefectos eran verdaderos virreyes, pero carecían de podéres militares. Las diócesis estaban administradas por vicarios, excepto la de Egipto, cuyo gobierno desempeñaba un praefectus augustalis, y la de Oriente, que regía un conde. Estas diócesis se subdividían á su vez en provincias, con metrópolis, administradas por gobernadores. La capital, Constantinopla, poseía una organización especial, y al frente de ella estaba el prefecto de la ciudad (praefectus Urbi), cuya jurisdicción alcanzaba hasta á los arrabales. Estaban á sus órdenes el prefecto de los vigilias (policía é incendios), el conde de los acueductos (comes formarum, servicio de aguas) y los jefes de todos los servicios urbanos, cuya enumeración en este lugar resultaría demasiado extensa. El praefectus Urbi juzgaba, administraba, estaba encargado de asegurar la alimentación pública y la distribución del trigo. En la misma capital, la corte, sacrum palatium, formaba un dominio aparte, dirigido por el maestro de oficios (magister officiorum), que mandaba el reducido ejército de guardias palatinos (scolares), dirigía á multitud de funcionarios y de empleados de todas clases. También tenía á su cargo el servicio de correos (cursus publicus) y de las fábricas de armas. El gran chambelán (primicerius sacri cubiculi) estaba especialmente agregado á la persona del emperador. Una etiqueta minuciosa, implantada, sobre todo después de Diocleciano, y que había de desenvolverse en lo sucesivo, presidía todos los actos del emperador. En la administración central estaba comprendido el Consejo del emperador (consistorium principis), entre cuyos miembros figuraban los cuatro altos funcionarios: el maestro de ceremonias, el cuestor del palacio sagrado, el conde de las mercedes sagradas y el conde del dominio privado. El Senado, que era elegido entre la nobleza administrativa, tenía atribuciones más importantes que lo que se le ha supuesto. Proclamaba a los emperadores, intervenía en los conflictos políticos, se ocupaba en los asuntos extranjeros, en las relaciones y en las guerras con los bárbaros, y hasta en las cuestiones religiosas. Tenía además atribuciones municipales, como la caja frumentaria y la administración de la Universidad de Constantinopla, que le ponían en relación con el prefecto de la ciudad.

Los títulos honoríficos más importantes eran los de patricios y los de conde (éstos divididos en varias clases). Subsistían el consulado, la pretura, la cuestura, el tribunado, pero sólo eran magistraturas honoríficas.

Mandaban el ejército cinco jefes de la milicia, magistri militum, dos por la prefectura de Oriente, uno por la de Iliria y dos en Constantinopla, cerca del emperador (por lo cual llevaban el nombre de magistri militum praesentates). La categoría inferior á ésta era la de los condes militares, comités rei militaris, y los duques. Ya hemos visto lo que eran los scolae, ó guardias de palacio; los protectores

y domestici, ó guardias de corps; las legiones, las vexillationes, ó alas de caballería, y las tropas auxiliares. Se calcula que el total de las tropas debía de ascender, teóricamente, á 420.000 hombres; pero en la realidad, los efectivos estarían muy lejos de esta cifra. Los bárbaros, ya alistados, ya establecidos como aliados (foederati) en determinadas regíones, contribuían considerablemente á la defensa del Imperio. Cuatro flotas, la del mar Negro, que tenía á Constantinopla por centro; la. de los Cárpatos (á mitad de camino, entre Constantinopla y Alejandría); la de Seleucida ó Siria, y la de Egipto, aseguraban la defensa de las costas y el transporte de tropas. Una flotilla especial estaba destinada al Danubio.

II. — Emperadores de la casa de Teodosio y de la de Tracia

Arcadio

Si el Imperio no sucumbió en el siglo V no fué por la habilidad de los emperadores, cuya inteligencia era muy mediana y muy precaria su autoridad. Arcadio (395-408), cobarde é inepto, que apenas tenía diez y siete ó diez y ocho años al subir al trono, sólo fue un testaferro imperial, de quien podía disponer cualquiera. Cuando murió su padre estaba á su lado el aquitano Rufino, que llegó, gracias á sus intrigas, á la prefectura del pretorio. Arcadio le detestaba, pero no se atrevía á desembarazarse de él. En el momento en que iba a casar a su hija con el emperador, Rufino de alejó imprudentemente. El aunuco Eutropio ocupó su lugar y casó a Arcadio con Eudoxia, hija del general franco Bauto (Agosto 395). Rufino, para vengarse, según afirma una acusación, que ha sido muy discutida, llevó á los bárbaros al Imperio. Ya hemos hablado de la invasión de Alarico. Rufino fué asesinado en Constantinopla por el general godo Gaissas, en el momento en que iba á ser proclámado César por Arcadio (Noviembre 395). Entonces gobernó el eunuco Eutropio, de origen servil, que había ejercido los peores oficios, siendo despedido por todos sus amos por demasiado viejo y demasiado feo. Cuando se presentó en palacio fué la irrisión de los más humildes esclavos, para acabar siendo dueño del emperador. Mientras entretenía á Arcadio con festines, juegos y carreras, traficaba con todo, sublevando al Africa contra Estilicón y produciendo el hambre en Italia. En 389 fué proclamado cónsul. En el gineceo se organizó una conspiración contra él, teniendo por aliado, la emperatriz Eudoxia, á San Juan Crisóstomo, patriarca de Constantinopla. Eutropio fué destituido (399) y Gaissas heredó su influencia. Por último, después de otras perturbaciones, comenzó el reinado de Eudoxia, hasta que su muerte (404) libertó á Arcadio de aquella prolongada tutela. Arcadio murió cuatro años después.

Teodosio II.

Durante el reinado de su hijo, que fue emperador á 1ª edad de siete años, el palacio (según afirma entusiasmado el historiador eclesiástico Sócrates) se convirtió en un verdadero monasterio, dirigido por Pulquería, hermana y tutora del emperador. Allí se rezaba, se ayunaba, se cantaban himnos, y se gobernaba poco y mal. «Durante el reinado de Pulquería —escribió el pagano Eunapio, á quien, realmente, podría acusarse de parcialidad— se ponían á la venta las naciones entre aquellos que deseaban comprar las prefecturas, disputándoselas en las mesas públicas como las mercancías en el mercado.» La pueril educación dada por Pulquería á Teodosio, le convirtió en un pobre figurante. «Le enseñó á presentarse en las ceremonias con la actitud seria y digna de un emperador, á llevar sus vestiduras, á andar, á sentarse, á contener la risa, y, según el momento y el lugar, á manifestarse bondadoso ó temible.» (Sozomenes.) Esta educación dió sus naturales frutos. Siendo incapaz de reinar, Teodosio dejó que mandasen Pulquería ó los favoritos, como el eunuco Crisafo. Firmaba lo que le ponían delante, y hasta abandonó el cuidado de buscar mujer, encomendándoselo á su hermana, la cual eligió á Atenais, hija de un filósofo de Atenas, que fué repudiada después. Teodosio compartió su inútil existencia entre la iglesia y el circo; discutía con los obispos «como un sacerdote viejo», y formaba parte de las facciones del Hipódromo. Fué desconfiado y cruel. Condenó á muerte á Paulino, un amigo suyo de la infancia, á quien acusó de sostener relaciones con la emperatriz. Al prefecto Ciro, que había ensanchado y hermoseado la ciudad, le destituyó, por haber oído que le aclamaban en el circo. Entretanto, reinaba el desorden por todas partes. En Asia, los isaurios salieron de sus montañas, se apoderaron de Seleneida y devastaron la comarca circunveciña. Las fronteras fueron atacadas por todos lados; los persas se prepararon para la guerra; los sarracenos saquearon las regiones orientales; los vándalos asolaron las costas, y, por último, la invasión de los hunos amagó con destruir el Imperio. Ya antes de 434, Teodosio tuvo que negociar con Rona, huno, y pagarle tributo. Atila reunió bajo su mando todas las fuerzas de los hunos y devastó el Imperio, humillándole durante siete años. Teodosio pensó en asesinarle é intentó sobornar á Edecón, enviado de Atila, que se lo reveló todo á su rey. Prisco, agregado á la embajada que fué á visitar á Atila (448), no ha ocultado las humillaciones que tuvieron que soportar los enviados del Imperio. Atila, tan pronto les ordenaba que se quedasen como que se fueran; obligábales á largos viajes por regiones salvajes, y si les invitaba á su mesa, los colocaba junto á los bárbaros. Luego envió embajadores para que reprochasen á Teodosio su perfidia y su cobardía. “Teodosio —le dijeron— se ha hecho indigno del puesto de sus antecesores, se ha convertido en esclavo al pagar sus tributos. Respete, pues, á quien debe, en vez de conspirar, como un esclavo pérfido, contra la vida de su amo.»

Marciano.

Marciano, elevado al trono por Pulquería cuando murió Teodosio, consiguió libertarse de los hunos, que se alejaron hacia Occidente. Este salvador del Imperio, cuyas virtudes celebraron sus contemporáneos, era viejo y estaba aniquilado por las enfermedades, carecía de instrucción; pero, por lo menos, era moderado y deseaba restablecer el orden. Repatrió á las víctimas de las proscripciones de Teodosio II y quiso poner término á las disensiones de la Iglesia en el concilio de Calcedonia (451). Con Marciano desapareció la casa Teodosiana (457), á la que estaba unido por su matrimonio con Pulquería, que le había obligado á jurar que respetaría su virginidad.

León I el Tracio.

Como no había ley que regulase la transmisión de1 poder, los advenimientos tenían un carácter tumultuoso. La dignidad imperial estaba á merced de todas las aventuras. El patricio Aspar, general alano muy influyente, concedió la dignidad imperial al tribuno tracio León, ex mayordomo suyo, y que reinó en su nombre. Al cabo de muchos años de esclavitud, León fué libertado por la muerte de Aspar (471). En el exterior, la situación del Imperio no era menos inquieta. Italia pidió un emperador á León, que le envió á Antemio (467); pero como era también esclavo de un bárbaro, el patricio Ricimero, cuando quiso conducirse como amo, tuvo que sucumbir (Julio de 479), sin que León le hubiese defendido. Julio Nepote, marido de su sobrina, al cual quiso nombrar emperador de Occidente (474), fué expulsado por otro jefe bárbaro, el patricio Orestes. El vándalo Genserico le dictó órdenes desde Cartago, arrasó las costas del Imperio, y en 468, cuando León se decidió á enviar una flota contra él, su cuñado Basilisco logró traidoramente que fracasara su intento.

Zenón.

El Imperio cayó más abajo todavía cuando sucedió á León[1] su yerno Zenón (Febrero 474). Dos mujeres intrigantes y corrompidas, Verina, suegra de Zenón, y Zenonida, mujer de Basilisco, fueron las que gobernaron, guiadas únicamente por sus caprichos. Destituído por Basilisco (Febrero 476), Zenón tuvo que huir á la montañosa Isauria, de donde procedía, y no consiguió regresar á Constantinopla hasta después de más de año y medio (477). Otras revoluciones comprometieron

[1] León I había dejado un nieto de cuatro años, hijo de Ariadna y de Zenón, pero este niño, proclamado con el nombre de León II, desapareció bien pronto para dejar el puesto á su padre

luego su mando, que sólo empleó en satisfacer su crueldad y las más groseras pasiones. Cuando quiso intervenir en las turbulencias religiosas con el Henoticon ó Edicto de unión, lo único que logró fué agravarlas (482). Entretanto, en el Norte aumentaba el poderío de los ostrogodos, y ya hemos visto la política que siguió Zenón respecto á ellos.

Anastasio.

El favor de Ariadna, viuda de Zenón, elevó al Imperio (Abril 491) á un obscuro individuo llamado Anastasio, que desempeñaba las humildes funciones de silentiarius (ujier). Valía tan poco como su predecesor, pero no carecía de buenas intenciones. Quiso impedir las exacciones de los funcionarios y se preocupó de las clases inferiores. No por esto cesaron las intrigas en palacio ni las perturbaciones. Además, pretendió gobernar la Iglesia, y al querer introducir en la liturgia una fórmula nueva, denominada Trisagion, provocó una guerra civil.

La Iglesia.

Durante aquel lamentable período la Iglesia griega, cuya influencia fué tan grande en la política, no valía más que el Estado. Mientras que la Iglesia de Occidente, activa y práctica, servía de intermediaria entre el mundo antiguo y los bárbaros, la de Oriente gastaba su inteligencia y sus fuerzas en discusiones sutiles acerca del dogma y en míseras disputas. Intrigantes ambiciosos, anacoretas exaltados y sofistas la ocuparon y la gobernaron. Sus mejores jefes no supieron realizar nada útil. Durante el reinado de Arcadio, San Juan Crisóstomo, arrebatado á la soledad en que se exaltaba su imaginación con las prolongadas meditaciones místicas y las abstinencias, fué nombrado patriarca de Constantinopla, no despojándose de su espíritu monástico. Incapaz de gobernar á los hombres con arreglo á su temperamento, sólo fué admirable por sus virtudes y por su elocuencia. Las luchas que emprendió contra la sociedad que le rodeaba fueron estériles. La emperatriz Eudoxia, á la cual había ayudado contra Eutropio, se volvió después contra él y le derribó.

Ni los concilios, ni los escritos teológicos, lograron debates acerca de la naturaleza de Cristo. El arrianismo había negado á Cristo la condición divina, y reaccionando contra él, Nestorio (patriarca de Constantinopla en 428) consideró distintas la naturaleza divina y la naturaleza humana, negando á la Virgen el título de Madre de Dios. Esto era el nestorianismo.

Toda la Iglesia de Oriente se conmovió. Cirilo, patriarca de Alejandría, rival del de

Constantinopla, se puso á la cabeza de la oposición , y e1 concilio de Efeso (431) no pudo restablecer la paz. Los dos partidos recurrieron al emperador, quien sin adoptar ninguna decisión dogmática bastante clara, desterró á Nestorio. Poco después el monje Eutiques, al combatir el nestorianismo, negó la existencia de la naturaleza humana después de la Encarnación, para no admitir más que la naturaleza divina; esto era el monofisismo. Flaviano, patriarca de Constantinopla, le excomulgó; pero la Iglesia, la corte y el pueblo estaban divididos. El concilio de Efeso, en 449, se distinguió por las violentas escenas, á consecuencia de las cuales se le llamó «bandidaje de Efeso». Dirigidos por Dióscoro, patriarca de Alejandría, los partidarios de Eutiques se precipitaron sobre sus adversarios. Molido á palos por Dióscoro y sus dos diáconos, Flaviano de Constantinopla murió tres días después. En esto, como en la cuestión del nestorianismo, la Iglesia de Roma intervino para restablecer el orden é imponer su autoridad. En el concilio de Calcedonia (451), convocado por Marciano, sus legados ocuparon los puestos de honor y sus definiciones dogmáticas fueron aceptadas.

Abrumaba a la Iglesia de Oriente la pesadumbre del poder imperial. Los emperadores se consideraban investidos de autoridad religiosa, creyéndose cristianos, herederos del pontificado que sobre el paganismo habían ejercido sus antecesores. Definieron los dogmas y juzgaron en los debates. La Iglesia les animaba; en el sínodo de Constantinopla del año 448, los obispos acogieron á Teodosio II con esta aclamación: «Larga vida al gran sacerdote emperador.» Todas estas ingerencias provocaron nuevos desórdenes; ya hemos visto cómo desencadenó 1a guerra civil la política religiosa de Zenón y de Anastasio. Las discusiones teológicas degeneraban en luchas políticas. El poder imperial, al pretender gobernar á la Iglesia, se expuso á las mayores rebeliones.

El vecindario de las ciudades.

El populacho de las grandes ciudades favorecía aquel estado de constante agitación. Confiando en que lo mantendría el gobierno, se distraía promoviendo desórdenes. Porque en 407 tardaban en llegar los envíos de trigo, incendió el palacio del prefecto. El año 431 faltaron los víveres, y el mismo emperador fué agredido á pedradas. Aprovechaban para amotinarse cuantas ocasiones ofrecían las disputas religiosas. Cuando fué desterrado San Juan Crisóstomo, el tumulto destruyó la iglesia de Santa Sofía (404). La muchedumbre gozaba en el circo, donde se pasaba días y noches enteros, escandalizando con motivo de las competencias de los conductores de carros. Allí se golpeaban y se mataban. El circo había reemplazado al foro, y en él se publicaban los edictos. En Alejandría sucedía lo mismo que en Constantinopla. Prisco vió sublevarse al pueblo, exigiendo trigo, baños y teatros. El patriarca Cirilo se apoyó en esta hez cuando quiso expulsar á los judíos, contra la

voluntad del prefecto del pretorio. Llamó en su auxilio á 500 monjes de Nitria; el prefecto fué perseguido por las calles y herido; la célebre filósofa pagana Hipatia, honra de la escuela de Alejandría, fué descuartizada y quemada (414). Así fermentaba sin cesar en las grandes ciudades, centro de la autoridad, el espíritu de desorden y de insurrección.

III.—Emperadores de la casa Justiniana (518-610).

Justino y Justiniano: la nueva política imperial.

Después de la muerte de Anastasio, cambió de aspecto la política imperial. Fué su sucesor un aldeano de Iliria, al que se cree de raza eslava[2]. Llegado á Constantinopla en 498, se alistó en la guardia imperial y cambió su nombre bárbaro por el nombre latino de Justino. Sin ninguna instrucción, fue ascendiendo por su espíritu práctico y su gran energía. Cuando el pueblo y el ejército le proclamaron emperador, era senador y conde de los guardias. Inmediatamente rompió con las manías teológicas, y esforzándose por conseguir la paz, mantuvo la ortodoxia. Al mismo tiempo que se aproximaba al papa Hormisdas, declaró en un edicto que los que no aceptaran las doctrinas del concilio de Calcedonia, serían excluidos de la Iglesia, del ejército y de los cargos públicos. Desvaneció las esperanzas de los monofistas, atendidos y hasta protegidos en los reinados anteriores, y poco después, al ordenar el cierre de las iglesias arrianas, quebrantó la influencia de Teodorico en Italia.

Justino murió el día 1.° de Agosto de 527. Cuatro meses antes había adoptado á Justiniano, de treinta y cinco años, sobrino suyo, afinado por la educación griega, astuto y ambicioso, que se había apoderado del espíritu grosero de Justino. Convertido en emperador, se propuso continuar tenazmente aquella política que no carecía de grandeza.

Extraño, por su origen, al helenismo, no quiso aliarse exclusivamente á él, soñando con la reconstitución del imperio romano. Encaminó hacia este fin todas sus fuerzas, y durante algún tiempo pudo creer que lo había conseguido. Más adelante había de advertir lo efímero de aquel triunfo, ya que el antiguo Imperio no podía reconstituirse. Bastante era para el imperio de Oriente defender su vida y proteger sus fronteras, sin pensar en extender su territorio. Bajo el brillo engañoso de la obra de Justiniano aparecen las causas de su decadencia. La extraña mezcla de grandeza

[2] Justino y Justiniano, naturales de Taresio, cerca de Uskub, es posible que fuesen eslavos. Todo cuanto se ha dicho respecto á este origen, se funda en el testimonio de Juan Marnavitch (siglo XVII) que pretende haberlo encontrado en cierto Teófilo llamado el Bogomita. Véase Krumbacher.

y debilidad que caracterizó su reinado, está en las obras de su historiador, Procopio, secretario de Belisario, ensalza las conquistas y las guerras emprendidas por el emperador; enumera las fortalezas, los trabajos de utilidad pública y los monumentos, con que llenaba el Imperio; pero al mismo tiempo compone en la sombra un terrible libelo en que mancilla ignominiosamente á todos aquellos de quienes fué historiógrafo y panegirista.

Los retratos del emperador, hechos por sus contemporáneos, ofrecen contrastes que debían existir en la realidad. En su cerebro, mal equilibrado, se unían pensamientos elevados y sentimientos mezquinos; una idea exagerada del poder imperial acompañaba á su espíritu, débil é inseguro. Avido de gloria y de conquistas, desconfiaba de los generales á quienes se las debía, trabando sus empresas y soportando con impaciencia sus victorias. Déspota y celo o de su poder, cedía á las influencias de los que le rodeaban. Las dificultades imprevistas abatían repentinamente su orgullo; una vez se le vió dispuesto á huir ante un motín. Incapaz de ejercer con mesura y con tacto la autoridad imperial, le gustaba ocuparse en los menores detalles, gastando sin provecho su inquieta actividad.

Aquella naturaleza, mezcla de bueno y de malo, estaba frecuentemente dominada por perversas influencias. Pocos personajes históricos son tan difíciles de juzgar como la emperatriz Teodora. Nacida de la hez del populacho del circo, se arrastró en los más viles libertinajes antes de convertirse en mujer de Justiniano. Contra las acusaciones de Procopio se puede invocar unas veces el silencio y otras el testimonio de varios escritores. Como emperatriz, demostró Teodora una gran energía. Al comienzo del reinado, cuando los adversarios de Justiniano intentaron proclamar á Hipatio, sobrino de Anastasio, sublevando las facciones del circo y desencadenando la terrible sedición Nika (532), todos temblaron en palacio; el emperador se disponía á huir en un barco y Teodora fué quien lo impidió. “Huid —decía—, yo me atengo á las palabras del poeta: el trono es el sepulcro más hermoso que puede encontrar un rey.» Hábil, inteligente, pero despótica y desprovista de todo sentido moral, perturbó el Imperio, protegiendo á los más viles personajes que sabían conquistarla con una obediencia servil y persiguiendo sin piedad á los generales y á los mejores funcionarios que no se doblegaban á sus caprichos. Quiso gobernar la Iglesia como el Estado, y fué la inspiradora de algunas de las peores medidas.

Las guerras de conquista en Africa, en Italia y en España.

Justiniano se impuso como principal empresa arrebatar á los germanos las provincias del antiguo Imperio. Estas guerras políticas tuvieron también carácter religioso; intentó aliarse á los francos, que eran católicos, y combatió á los vándalos,

los visigodos y á los ostrogodos, que eran arríanos; sus expediciones fueron como cruzadas para expulsar á los herejes de aquellas comarcas en que los antiguos habitantes eran fieles al símbolo ae Nicea.

Hilderico, nombrado rey de los vándalos en 523, puso un término á estas persecuciones, favoreciendo á los católicos y simpatizando con Constantinopla; pero los vándalos le expulsaron, acusándole querer restablecer en Africa la dominación romana (530). Gelimer, elegido como sucesor, representaba al partido arriano y vándalo, opuesto á toda política de tolerancia. Había llegado la ocasión de que interviniera Justiniano. La mayoría de sus consejeros intentaron disuadirle, pero un obispo le decidió. "Escucha mis palabras: El cielo quiere que no abandones tu santa empresa y que libertes la Iglesia de Africa. El Dios de las batallas marchará delante de tus banderas y dispersará á tus adversarios, que son los de su Hijo.» Belisario, generalísimo del reino, que acababa de salvar á Justiniano, ahogando la sedición Nika, fué encargado de la expedición (Junio 533). En el mes de Septiembre, el ejército desembarcó cerca del promontorio de Caputvada, y después del combate de Décimo, el 13 del mismo mes, entró en Cartago. Los habitantes católicos acogieron con júbilo á Belisario, que se presentaba como su libertador, devolviendo á las iglesias sus privilegios y sus bienes y proscribiendo el arrianismo y el donatismo. Poco después, Gelimer, vencido otra vez en Tricamerun, se vió obligado á huir á Numidia, y bloqueado en el monte Papua decidió rendirse (Marzo 537). Fué llevado á Constantinopla y figuró en el cortejo triunfal de Belisario. El reino vándalo, antes tan formidable para los dos imperios de Oriente y de Occidente, se había derrumbado en pocos meses.

La lucha con los ostrogodos fué más larga. Italia, bajo el mando de Teodorico, había recobrado la calma y la prosperidad tanto tiempo perdidas. Los católicos no podían quejarse: Teodorico evitaba todo aquello que amenazase exaltar las pasiones religiosas, y hasta el año 523 las disensiones no fueron graves. En esta fecha ordenó Justino que las iglesias de los arríanos, muy numerosas é influyentes en Constantinopla, fuesen devueltas al culto católico. Aunque no nombró para nada á Italia, Teodorico comprendió que estaba amenazado. El partido católico italiano se separó de él. Teodorico cedió á la cólera y mandó matar ó varios senadores, acusados de estar en correspondencia con el Imperio. Una embajada, en la cual figuró el papa Juan I, fue enviada á Constantinopla (526) para procurar que fueran anuladas las disposiciones contra los arríanos. Justino aparentó colmar de honores al papa; pero al tratar la cuestión del arrianismo, en la cual el papa sólo á disgusto podía defender los intereses de Teodorico, no hizo más que concesiones parciales. Cuando Juan I regresó á Rávena, enfurecido Teodorico, mandó que le encarcelaran en unión de los senadores que le habían acompañado. El papa murió en la prisión

(Mayo 526) y se le consideró como un mártir. De este modo, la política imperial puso enfrente de los ostrogodos á la Iglesia católica, omnipotente en Italia. Estaban perdidos antes que se empeñase guerra alguna.

Después de la muerte de Teodorico (30 de Agosto 526), Amalasvinta, su hija, encargada de la regencia, trató de entenderse con Justiniano. En la guerra contra los vándalos permitió á las tropas imperiales aprovisionarse en Sicilia. Contra esta princesa inteligente, instruida y educada á la romana, se formó una reacción arriano-gótica. Teodahado, primo de Amalasvinta, asociado por ella á la realeza, buscó apoyo en aquel partido para suprimirla (535). Entonces intervino Justiniano, como vengador de Amalasvinta. Belisario, acogido en Sicilia como un libertador (ya Córcega y Cerdeña habían vuelto al Imperio), tomó por la astucia á Nápoles (fines de. 563). Los godos, que acusaban á Teodahado de traición, le reemplazaron con el valeroso Witiquis. Mientras tanto, el 10 de Diciembre entraba en Roma Belisario. Witiquis hizo un llamamiento á los francos, abandonándoles la Provenza, y durante un año, á partir de Febrero de 537, intentó inútilmente apoderarse de Roma. Desgraciadamente para Belisario, los generales á quienes dirigía, le obedecieron mal. La corte le opuso al eunuco Narses, inteligente, valeroso, pero intrigante. Los godos recobraron á Milán, y el rey franco, Teodoberto, atravesó los Alpes, á pretexto de socorrerles (539). Obligado á luchar contra los persas, á quienes Witiquis tuvo la habilidad de impulsar á otra guerra, Justiniano quiso negociar con el rey godo, sitiado en Rávena, y cediéndole la región transpadana. Belisario destruyó este proyecto. Los godos le habían ofrecido secretamente proclamarle rey y ponerle frente á Justiniano. Aparentó aceptar, y merced á esta perfidia se apoderó de Rávena. Witiquis, prisionero, figuró en la entrada triunfal de Belisario en Constantinopia á comienzos de 540.

Los godos lucharon aún. En 542, su rey, Totita, atacó al ejército imperial; en 543 volvió á tomar Nápoles, y en 546 entró en Roma, de la cual le arrojó Belisario en 547. Careciendo de tropas y de dinero, Belisario salió de Italia en 549. Totila volvió á Roma, reconquistó á Sicilia, Córcega y Cerdeña, y atacó también á Dalmacia, las islas Jónicas y el Epiro. Un desastre naval cerca de Ancona y el nombramiento de Narses, en 551, como general en jefe, modificaron la situación. La batalla de Taginas (Junio ó Julio de 553), en la cual sucumbió Totila, puso fin á la destrucción de los godos. Su sucesor, Teya, que se había fortificado al pie del Vesubio, murió también con las armas en la mano (comienzos de 554). Narses triunfó en las orillas del Volturno, en Casilino (555), del gran ejército franco-alamano. Los restos de los godos, que habían tomado por jefe á Aligerno, hermano de Teya, se decidieron á negociar, y entregaron á Cumes, donde se hallaban sus tesoros.

Italia había sido reconquistada, pero estaba arruinada. En un discurso que Procopio atribuye á Totila, dirigido á los senadores de Roma, el rey godo les reprochaba su ingratitud, comparando la paz y la prosperidad que gozaban en tiempo de la dominación goda con las desgracias producidas por la intervención de Justiniano. Campos y ciudades habían sido devastados. A despecho de la verdad y de las quejas de Totila, la pasión religiosa concentró todos los odios contra los godos.. Su nombre fué aborrecido; se les hizo responsables de las desgracias de Italia, y diez siglos después, la ignorancia popular les consideraba todavía como destructores de los monumentos antiguos.

Justiniano se ocupó en reorganizar á Italia mediante la pragmática-sanción del 13 de Agosto de 554, que concedió á los obispos, jefes populares y locales, una importante representación administrativa. Se introdujo en Italia la legislación justiniana. Los edictos de Totila fueron anulados, pero los de Teodorico, Amalasvinta y hasta algunos de los de Teodahado fueron mantenidos. Rávena llegó á ser la capital de la Italia bizantina y la residencia de un exarca, que fué su virrey.

Justiniano creyó que podía añadir España al Africa y á Italia. El rey visigodo Teudis, cuyo auxilio solicitaron los ostrogodos, había atacado á los bizantinos en Africa, apoderándose de Ceuta (544); pero vencido en seguida, no pudo conservar esta ciudad. Uno de sus sucesores, Agila (549-554), vió formarse un partido contra él, cuyo jefe, Atanagildo, llamó á los bizantinos. Justiniano se apresuró á intervenir; las tropas imperiales, mandadas por el patricio Liberio, fueron bien acogidas por las poblaciones católicas. Ocuparon á Cartagena, Málaga, Córdoba, y vencieron á Agila cerca de Sevilla. Atanagildo, nombrado rey en 554-, consiguió contener los progresos de sus aliados; pero no pudo quitarles los puertos y las ciudades que habían conquistado en la costa.

Las guerras defensivas: persas, hunos, búlgaros y eslavos.

Estas conquistas, que hicieron ilustre el reinado de Justiniano, costaron muy caras. Para realizarlas fué preciso desguarnecer las fronteras, abandonándolas á los ataques y á las invasiones.

El reino sasánida, fundado en Asia durante el siglo III, era enemigo natural del Imperio bizantino en política y en religión.

Fiel á las doctrinas del Avesta, al dogma de un dios bueno y un dios malo (Ormuz y Ahriman), y al culto del fuego, preparaba desde mucho tiempo la reconstitución del imperio de los Aqueménides, mediante la conquista del Asia anterior, Cosroes

I. Anushiruán, cuyo reino fué más largo aún que el de Justiniano (531-579), figura entre los monarcas sasánidas más hábiles y más enérgicos.

Justiniano, ocupado en las guerras de Occidente, desde 553, sólo pudo detenerle comprando la paz á peso de oro. En 540, Cosroes devastó la Siria y se apoderó de Antioco. Fue enviado contra él Belisario, que, aun con un ejército insuficiente, logró impedir una nueva invasión en 541. Se le hizo regresar á la corte, y á su partida siguieron otros desastres. En 545 se concertó una tregua de cinco años, á condición de que el Imperio abonara un tributo anual á Cosroes; en 551 y en 555 hubo nuevas treguas de cinco años, pagadas á peso de oro. Mientras tanto, se reanudaban las hostilidades en el Cáucaso, donde Persia y Bizancio se disputaban la posesión de la Lazica. Bassas, general griego, consiguió tomar á los persas la plaza fuerte de Petra, y en 562, una paz de cincuenta años, dejó á la Lazica en poder de Justiniano, pero obligándole á pagar anualmente 30.000 monedas de oro. Cosroes explotó también contra el Imperio las divisiones del cristianismo, protegiendo á las iglesias nestorianas, que eran muy numerosas en Persia.

La situación del Imperio en Europa era más grave todavía. Mientras Belisario y Narses conseguían victorias en Africa y en Italia, las provincias más próximas á Constantinopla eran saqueadas por los bárbaros. En 534 penetraron en el Imperio los eslavos y los búlgaros[3], después de haber matado á Chilbud[4], el hábil general que durante varios años había defendido el paso del Danubio. En 538, los búlgaros saquearon la Escitia y la Mesia, derrotando á las tropas enviadas contra ellos. En 539 á 540, los hunos entraron á sangre y fuego, desde el Adriático hasta las cercanías de Constantinopla, llevándose un considerable botín y 120.000 prisioneros. Algunas de sus bandas pasaron el Helesponto y saquearon las costas del Asia: otras devastaron á Grecia, llegando hasta Corinto. En 547, los eslavos asolaron la Iliria. Era tan grande el terror, que los habitantes abandonaban las plazas fuertes, huyendo á las montañas y á los bosques. Los jefes enviados contra los bárbaros iban tras ellos, sin acercarse. En 549 hubo otra invasión, llegando hasta el mar Egeo y deteniéndose á una jornada de Constantinopla. En 551 volvieron á Iliria. Los generales romanos, demasiado débiles para atacarles, se limitaron á seguirles, degollando á los rezagados. En 558, los hunos, aliados de los eslavos, llegaron hasta los muros de Constantinopla; sólo Belisario pudo salvar al Imperio una vez más. Esta numeración, en la que sólo figuran las principales invasiones, basta para

[3] Los búlgaros eran de raza uralo-altaica y así permanecieron junto al Volga. Al llegar al Danubio se mezclaron con los eslavos.

[4] Era de raza eslava, como otros generales de Justiniano. Los eslavos llegaron á los más altos cargos del Imperio y hasta el trono, como Justino y Justiniano

demostrar que eran el azote del Imperio, y que los bárbaros no dejaban en paz las provincias de Europa. Estas amenazas estaban previstas. Cuando Justiniano quiso atacar al Africa, se le advirtió, según asegura Procopio, que no se podría sostener en ella si no poseía á Sicilia, y que comprometería la defensa del Imperio y la de Constantinopla. ¿Qué podía esperarse de una política que dispersaba en conquistas lejanas las tropas que hacían falta para la salvaguardia del Estado? No fué solamente á los persas á quienes se tuvo que pagar tributos ó dar tierras, sino á los gépidos, á los alanos y á otros más.

Líneas de defensa del imperio de Oriente.

Justiniano se preocupó de levantar una línea casi continua de fortalezas que protegiera al Imperio. Anastasio, para defender á Constantinopla, había construido, a 40 millas del recinto, la Muralla larga, que se extendía desde el mar Negro al de Mármara, y cerrando la península en que se hallaba emplazada la capital. Advierte Procopio que era difícil colocar en un espacio tan largo suficientes soldados, y que los asaltantes siempre podían encontrar un punto débil; pero afirma el mismo autor que todo esto fué subsanado por Justiniano. En su obra acerca de los Edificios, describe Procopio los trabajos que se realizaron en las fronteras. Las provincias se llenaron de fortalezas, restaurándose las que ya existían. Su gran número parece indicar que no se trataba de obras muy importantes. La mayor parte sólo servían de refugio en caso de invasión. Se fortificó la entrada de Grecia por las Termópilas y se reconstruyeron las murallas de las ciudades principales. Por el lado de Crimea, una larga muralla protegía á las colonias griega y gótica, establecidas en el país. Desde allí hasta Trebisonda, fortificada de nuevo, otra serie de obras defendía las posesiones bizantinas. Por el Sur, la frontera estaba defendida, del lado de Persia, por Teodosiópolis (Erzerum), Martirópolis (Maifererta), Amida (Diarbekir), Dara, Ciresium (Carchemisch), etc. Más hacia el Sur, Palmira había de proteger la Siria contra los sarracenos. A estas fortificaciones hay que añadir gran número de puentes, acueductos, caminos, etc., si se quiere tener idea de la importancia de las obras públicas que fueron ejecutadas.

Mala administración del ejército.

Los bizantinos fueron siempre hábiles en el arte de las fortificaciones; pero para la seguridad del Imperio no bastaban las murallas. En tiempo de Justiniano, los ejércitos estaban mal organizados y peor administrados. Se componían, sobre todo, de bárbaros, que, sin una vigorosa disciplina, llegaron á ser peligrosos. 'Todo lo concerniente á la manutención de las tropas era objeto de escandalosas depravaciones. Durante la guerra de Africa, cuando se abrieron los sacos que contenían el pan destinado á los soldados, sólo se encontró una pasta agria. El

prefecto Juan el Capadocio, sólo lo había hecho cocer á medias, para que pesasen más y le diesen mayores beneficios. Aquello produjo una epidemia que en pocos días se llevó á 500 hombres, y á pesar de las quejas de Belisario no se castigó al prefecto. Alejandro el Logoteto se apropiaba una parte del sueldo de las tropas, y sus rapacerías motivaron numerosas deserciones. Se dejaba sin recursos á los mejores generales, y así se explica la larga duración de la guerra contra los ostrogodos. En 545, Belisario escribió al emperador que acababa de llegar á Italia «sin soldados, sin caballos, sin armas y sin dinero». No pudo reunir en Tracía y en Iliría más que un corto número de soldados bisoños; los que halló en Italia estaban desalentados porque no se les pagaba, y muchos se pasaron al enemigo. Era muy difícil mantener la disciplina. La desconfianza de Justiniano hacía sus generales y las disensiones que originaba entre ellos, hacían más grandes las diferencias entre los jefes y la insubordinación de los oficiales. Belisario, á pesar de su fidelidad servil, se hizo sospechoso y fué destituido más de una vez. Al fin de su vida, en 562, sus enemigos consiguieron envolverle en un complot. Justiniano le despojó de sus bienes, y sólo al cabo de siete meses consiguió justificarse y volver al favor imperial. Al final del reinado de Justiniano los ejércitos estaban en plena decadencia. Dice Agatías que debiendo contar con 645.000 hombres, sólo disponían de 150.000, dispersos por todas partes. En Tracia y en las provincias vecinas á Constantinopla, las plazas fuertes estaban abandonadas.

Legislación.

La fama de Justiniano se debe especialmente á su legislación. Las obras ejecutadas por su orden continúan sirviendo de base para el estudio del derecho romano. Componían este derecho, antes de Justiniano, multitud de documentos de diversa procedencia y de fechas distintas, todos sin orden, aunque ya había habido algunas tentativas de coordinación. Tertuliano habla de emperadores, «que á hachazos se habían abierto paso por el viejo y obscuro bosque de las leyes romanas». Pero era necesaria una codificación oficial. Justiniano quiso simplificar el estudio del derecho, determinando lo que debían aprender los estudiantes y lo que debían aplicar los jueces; en una palabra, resumir y revisar la herencia jurídica de Roma antigua.

Ya se había intentado en el Código Gregoriano, en el Código Hermogeniano, y en el Código Tcodosiano, reunir y clasificar las constituciones imperiales.

Justiniano quiso reanudar este trabajo, y en el año 527 encargó á diez jurisconsultos la redacción de un Código. Entre aquellos hombres estaba el que había de ser célebre entre todos: Triboniano. Se comenzó el trabajo en Febrero del 528, y en el mes de Agosto del 529 el Código estaba terminado, publicado y declarado

obligatorio. En el año 530, Triboniano se ocupó, con la ayuda de diez y seis colaboradores, en una compilación de los jurisconsultos antiguos. Al cabo de tres años estuvo terminada la obra, que fué denominada Digesto ó Pandectas. Como esta extensa colección no podía servir para los estudiantes, ordenó Justiniano, en 533, la redacción de la Instituía, un manual apropiado para la enseñanza, que contiene los principios y las definiciones del Derecho. Triboniano trabajó en él, con sus dos colaboradores, Teófilo y Doroteo, y lo terminó aquel mismo año. Una constitución publicada al mismo tiempo que el Digesto, ordenaba que sólo se enseñase Derecho en Roma, en Constantinopla y en Berita (Beyrut), ciudad fenicia célebre por sus escuelas. Los estudios habían de durar cinco años, señalándose el programa de cada uno de ellos. En 434 se publicó otra edición del Código, de acuerdo con el Digesto y con las constituciones promulgadas desde el año 529. A las constituciones ulteriores de Justiniano se les dió el nombre de Novelas.

La obra legislativa de Justiniano no ha sido unánimemente admirada por los historiadores del Derecho romano. «Si se consideran los trabajos de Justiniano desde el punto de vista de la utilidad —dice Giraud—, hay que reconocer que prestaron grandes servicios, porque en medio de aquellas revoluciones del Bajo Imperio, no había ya reglas de acción, y la jurisprudencia era un caos. Considerada en su aspecto científico, presenta otro carácter, pues conserva el vestigio de una deplorable decadencia. Esta colección de centones truncados, esparcidos aquí y allá, sin orden ni método, es una obra de arte lastimosa. Triboniano puso su mano bárbara sobre los admirables restos de la jurisprudencia de Roma, destrozando y mutilando la obra más hermosa romana, su derecho civil. Destruyó á Ulpiano, á Paulo, á Papiniano y á Gayo, para apropiar sus restos á las necesidades del imperio griego, utilizándolos en la construcción de un edificio arruinado. Acaso se deba á él la pérdida de los preciosos libros de aquellos jurisconsultos, que aún existían en su tiempo, pero que cayeron en el menosprecio y en el olvido después de la promulgación de las colecciones de Justiniano.» Todo justifica esta severa apreciación.

Triboniano, que dirigía aquellos trabajos, sólo fué un cortesano ambicioso, sin dignidad y sin conciencia. Justiniano le autorizó para modificar, en la redacción de las Pandectas, los textos antiguos que no estuvieran de acuerdo con el derecho nuevo. El hallazgo de obras ó fragmentos de los antiguos jurisconsultos, ha venido á demostrar que Triboniano utilizó con frecuencia este permiso.

La obra legislativa de Justiniano sólo alcanzó una efímera autoridad en el Imperio para que había sido hecha. Tenía el inconveniente de estar redactada en el idioma oficial, el latín, que ya no era la lengua usual. Justiniano hubo de publicar en griego la mayor parte de sus Novelas, y en griego también explicó la Instituía el célebre

profesor Teófilo. El descrédito se hizo cada vez mayor hasta que en los siglos VIII y IX otras colecciones más en armonía con la lengua y el carácter de las gentes, substituyeron á las de Justiniano. Estas sólo prosperaron en Occidente.

En resumen, hasta en esto se vió la imperfección que había de caracterizar todo aquel reinado. La idea era grande, y la ejecución fué débil. Queriendo reconstituir el territorio del antiguo Imperio, sólo pudo realizar Justiniano una obra frágil y poco duradera; proponiéndose coordinar las riquezas jurídicas de la antigua Roma, sólo hizo una obra, en gran parte destructora de aquel mismo pasado.

Administración.

La corte de Justiniano, gobernada por Teodora, abundó en malos ministros. El más famoso de todos fué Juan el Capadocio, de humilde nacimiento. Demostró en el poder una inteligencia vasta y desenvuelta, pero arruinó al Imperio con sus exacciones. Triboniano traficaba con las leyes y vendía la justicia. El pueblo se sublevó en 532, pidiendo que se les destituyera y fueron alejados del poder, pero se les volvió á llamar en seguida.

Juan el Capadocio cayó más tarde por haberse atraído el odio de Teodora. Sus sucesores valieron tan poco como él: Juan Barsamés, ex banquero sirio, explotó sin ningún escrúpulo al Imperio.

La ambición de los funcionarios aumentaba la carga de los impuestos, cada vez más pesada. Su recaudación era muy difícil. En una Novela de Junio de 545 recomendaba Justiniano á los recaudadores la mayor severidad. El epibole, medida anterior á Justiniano y que fué rigurosamente aplicada en su tiempo, adjudicaba á los propietarios los campos abandonados ó estériles para obligarles á pagar su tributo. Procopio citá en su Historia secreta otros impuestos creados por Justiniano, y no podía menos que así fuese. Había que subvenir á los gastos de las guerras, á los enormes dispendios que exigían las fortificaciones, la construcción de iglesias, etcétera, al lujo inaudito de la corte, á las dilapidaciones de los funcionarios, á los tributos que se tenían que pagar á los bárbaros y á los persas. Las provincias, asoladas por las invasiones, se veían agobiadas por el tributo de guerra que les imponía el enemigo, y cuando volvían las tropas imperiales, tenían que alojarlas y mantenerlas. El tesoro imperial se agotó algunas veces y se recurrió á todo para agenciarse dinero. Parece que hasta el mismo Justiniano. vendía los cargos, aunque en una Novela del año 535 exigiese á los funcionarios el juramento de no haber pagado nada por ellos.

El consulado, que sólo tenía un carácter honorífico, desapareció. Justiniano lo condenó en una Novela de Junio de 536, y á partir de 542, dejó de nombrar cónsules. El Senado, aunque había tomado parte en la sedición de Nika, fué asociado al consistorium, formando el tribunal de apelaciones ante el emperador. El número de sus miembros fué aumentado (537).

Justiniano reorganizó las provincias de una forma que había de generalizarse en seguida. En aquellas circunscripciones difíciles de gobernar, reunió el poder militar y el poder civil en las mismas manos. Así lo hizo en la Psidia, Licarnia, Tracia, Helenoponto, Paflagonia y Capadocia.

Política religiosa.

Para Justiniano, la ortodoxia era un deber del Estado, y esto explica sus persecuciones contra los paganos, los heréticos y los judíos. El año 529 cerró las escuelas de Atenas, y los filósofos que allí enseñaban fueron á pedir asilo á los cosroes. En 530 una ley excluyó á los paganos y á los herejes del derecho de testimoniar en justicia y de todos los actos jurídicos; otra ley les privó de todas las dignidades civiles y militares. Un edicto, que se supone promulgado el año 531, amenazaba con la muerte á aquellos que, después de haber sido bautizados, volvieran á caer en el error, y á los que fuesen convictos de haber realizado ceremonias paganas. Las condenas eran numerosas y alcanzaron á altos funcionarios. En 546 se encomendó á un obispo que averiguase si había muchos paganos en Constantinopla, y los encontró en gran número. Encargado de una misión semejante en Asia, se vanaglorió de haber convertido á 70.000. En 561 todavía fueron descubiertos muchos paganos en Constantinopla, y se les paseó, mutilados, por las calles, y se quemó sus libros y sus ídolos. Demuestran estos hechos que el culto antiguo no desaparecía fácilmente.

Ciertas persecuciones produjeron revoluciones terribles. Exasperados los samaritanos de Palestina, eligieron un rey y degollaron á los cristianos. Fué preciso enviar un ejército contra ellos (530), y si hemos de creer á Procopio, perecieron 100.000. En 556, los judíos se sublevaron en la Cesárea. En Frigia, los montanistas se encerraron en sus iglesias y las incendiaron[5].

[5] El montanismo es una de las más célebres herejías de la primera edad cristiana. Surgió en Frigia en el siglo II y tuvo partidarios hasta el siglo VI. Procede su nombre del fundador de la doctrina, Montano, nacido en Ardaban (Misia) en el siglo II. Era una especie de puritano, que condenaba las segundas nupcias y rehusaba la absolución á los pecadores reincidentes.

La Iglesia se vió perturbada también por la intervención de Justiniano, que, como sus antecesores, creía tener dominio en materia de fe. Pasaba largas vigilias estudiando con los obispos los libros santos; escribía obras acerca de la Encarnación y otros asuntos teológicos, y redactaba instrucciones contra los herejes. Los monofisitas, que eran muy numerosos, á pesar de la condenación del concilio de Calcedonia, conquistaron á la emperatriz, y merced á ella influyeron sobre el emperador, que nombró patriarcas en Alejandría y en Constantinopla á monofisitas disfrazados. El papa Agapito, que estaba entonces en Constantinopla (535-536), combatió á Antimo, patriarca de Constantinopla, que era uno de aquellos intrusos, y Justiniano le dijo: «Aprueba ó te destierro". Agapito triunfó; pero Silverio, su sucesor, que había abierto las puertas de Roma á Belisario, fué destituido y murió en el destierro por haber negado á Teodora la reposición de Antimo. Más adelante, en 544, Justiniano, sin atacar directamente la autoridad del concilio de Calcedonia, y á pretexto de reconciliar á los partidos contrarios, quiso satisfacer á los monofisitas. El concilio no había condenado ciertos escritos favorables á las creencias nestorianas, y cuyos autores eran los padres Teodoro de Mopsueta, Ibas de Edesa y Teodoreto de Cirro, considerados como heréticos por los monofisitas. Justiniano propuso que se les anatematizara (544), y esta fué la discusión de los Tres Capítulos ó de los Tres Padres. Bajo la presión del emperador, se adhirieron los obispos de Oriente; pero la Iglesia de Occidente protestó. El papa Vigilio fué l1amado á Constantinopla y reducido á prisión. Convocado un gran concilio en Constantinopla (Mayo 553), declaró que permanecía fiel á las decisiones de los concilios de Nicea, de Constantinopla, de Efeso y de Calcedonia; pero condenó las doctrinas de Teodoro de Mopsueta. El papa Vigilio, que se negó á adherirse á este acto, fué condenado, aunque advirtiéndose que aquello no significaba el rompimiento con la sede romana. A pesar de esto, el Occidente no cedió. El nuevo papa Pelagio, que se había sometido á la voluntad de Justiniano, fué mal acogido en Roma. En toda la Italia del Norte fueron rechazadas 1as decisiones del concilio de Constantinopla. Así se preparaba la escisión de la iglesia latina y de la iglesia griega.

Comercio é industria.

A pesar de las guerras y de las invasiones, las relaciones comerciales del imperio bizantino con el Oriente y el Occidente, adquirieron un gran desarrollo. En la época anterior, el comercio entre Roma y el Extremo Oriente se verificaba por el mar Rojo, por la Siria, por el Oxus, el mar Caspio y el mar Negro. Después de la fundación de Constantinopla, fué su centro lanueva capital. Los productos más buscados del Oriente, eran las sedas de la China, las especias y los perfumes de la India. En el siglo V, los romanos tuvieron que aceptar como intermediarios á los persas, sobre todo para el comercio de la seda. La isla de Taprobane (Ceilán) servía

de depósito. Los chinos llevaban sus sedas, que los persas transportaban hacia el Noroeste. En 410, un rescripto de Teodosio indicaba á Nisibe, Calinica y Artaxata, como ciudades en que habían de hacerse las transacciones con Persia; los comerciantes romanos no podían aventurarse más lejos. Como eran frecuentes las guerras con Persia, durante las hostilidades sólo se recibían los productos de Oriente por Etiopía[6]. Así fueron tan constantes las relaciones de Justiniano con los reyes etiopes. En 532, Justiniano envió una embajada al rey de Etiopía para Ceilán. Hacia el año 552, dos monjes, aconsejados por Justiniano, trajeron de la China, gusanos de seda. La cría de estos gusanos adquirió una gran importancia. Las fábricas de tejidos pudieron adquirir fácilmente, y en mayor abundancia, la primera materia. Creáronse nuevas fábricas, y Tyro, Berita, Constantinopla, Atenas, Tebas y Corinto, fueron centros activos de esta industria. Desde allí se extendieron por todo Occidente las hermosas telas bizantinas.

Esta expansión comercial se explica fácilmente en cuanto á Italia, que en cierto modo había vuelto á ser bizantina; pero no ocurre lo mismo con la Galia. Gregorio de Tours habla de los barcos que llevaban la seda, las especias, el vino de Gaza, etc. Habla también de los sirios establecidos en Burdeos, en Orleans, donde constituían una colonia y en París, donde uno de ellos llegó á ser obispo. El papiro fué llevado á Egipto por Marsella.

A pesar de todo, Procopio acusa á Justiniano, en su Historia secreta, de haber arruinado al comercio y á la industria con sus disposiciones vejatorias. Dice que se aumentaron los derechos de importación y de exportación, percibiéndose con tanta injusticia, que los comerciantes tuvieron que quemar sus buques y renunciaron al tráfico. Añade que el emperador se aprovechó del monopolio de la seda, vendiéndola á precios excesivos, y arruinó á los que practicaban aquel comercio. Es difícil determinar con precisión lo que haya de verdad en estas acusaciones de Procopio; pero se puede creer que los gastos excesivos en que se comprometió el emperador debieron impulsarle más de una vez á ciertas medidas fiscales perniciosas.

Las artes.

El arte bizantino, que había de influir en la Edad Media y en el arte occidental, adquirió en esta época su verdadera fisonomía. La cúpula, asentada sobre pechinas,

[6] Es aproximadamente la Abisinia actual. No hay que confundir á los abisinios con los etiopes de la antigüedad, que parecen haber sido los negros. El nombre de abisinio (habeschyn) significa «mezclados», y en efecto, son mezcla de egipcios (coptos), árabes y negros. El griego Frumentio habia llevado hasta ellos el cristianismo en 335. Adoptaron la herejía eutiquiana.

cuyos orígenes se hallan en las artes de Oriente, de donde pasó al Asia griega, se convirtió entonces en forma característica de la arquitectura religiosa. Justiniano construyó numerosas iglesias. Una de ellas, la de Santa Sofía, adquirió inmensa celebridad por sus dimensiones y por su esplendor. Habiéndose demolido la antigua iglesia cuando la sedición de Nika, quiso Justiniano que superase la nueva á cuanto se contaba del templo de Salomón. Empleáronse, con increíble profusión, los más preciosos materiales; despojóse de sus columnas á varios templos antiguos, y para subvenir á los gastos hubo que crear nuevos impuestos. Los arquitectos Antemio de Tralles é Isidoro de Maleto, originarios de aquellos países del Asia de donde venía la nueva arquitectura, levantaron audazmente una vasta cúpula de 31 metros de diámetro, flanqueada por dos medias cúpulas. El decorado no fué menos magnífico. Sobre las paredes se desenvolvieron grandes mosaicos decorativos, que, desgraciadamente, los turcos han destruido ó embadurnado en gran parte. En el altar y en los vasos sagrados prodigáronse el oro, la plata, los esmaltes, la pedrería y los mármoles preciosos. La dedicatoria se celebró el 27 de Diciembre del año 537. Justiniano exclamó: "¡Gloria á Dios que me ha juzgado digno de realizar esta obra! ¡Salomón, te he vencido!» Rávena, capital de la Italia bizantina, ha conservado cierto número de iglesias de aquella época. La más curiosa, tal vez, es la de San Vital. Entre los mosaicos que adornan el coro, hay dos que representan á Justiniano y á Teodora, que en medio de su séquito-, ofrecen presentes á la iglesia. Es una sorprendente evocación de la corte de Bizancio. En todas las obras de aquella época, el arte bizantino asombra por sus cualidades de simetría y de grandeza. Muchos de sus rasgos acusan su relación con el arte antiguo y que, en las plazas de Constantinopla, los artistas tenían ante sus ojos las obras maestras de Grecia.

Cuando murió Justiniano, el 14 de Noviembre del año 565, algunos meses después que Belisario, el Imperio había extendido sus fronteras, pero estaba agotado. Su obra política iba á hundirse rápidamente por ser contraria á la naturaleza y á la misión del helenismo. No hay que dejarse engañar por las apariencias de gloria y de grandeza de aquel largo reinado: entre sus contemporáneos, no fué Procopio el único que señalara sus debilidades y sus miserias.

Destrucción de la obra de Justiniano.

Después de Justiniano, el poder pasó sin dificultad á su sobrino Justino II. El poeta Coripo, en su De laudibus Justini Augusti minoris, describe la acogida hecha por el pueblo al nuevo emperador al presentarse en el circo. La pista había sido invadida por una multitud que gritaba: "¡Ten piedad de nosotros!», pidiendo que se les reintegrasen los impuestos forzosos exigidos por Justiniano; las mujeres imploraban la libertad de sus maridos y de sus hijos prisioneros; Justino atendió aquellas súplicas.

Mientras tanto, la situación era cada vez más grave. Lleno de una indignación tan generosa como imprudente, Justino se negó á pagar el tributo á los bárbaros, y á riesgo de verse comprometido en otra guerra, no quiso tolerar que los persas persiguiesen á los cristianos.

En el Norte se había formado la coalición de los ávaros y de los lombardos. Este poderoso pueblo de los ávaros que procedía de las orillas del mar Caspio, era de la misma raza que los hunos. Justiniano había negociado con ellos mediante el pago de un tributo, y Justino les suprimió e1 oro imperial. Acaso entonces establecieron en Panonia su famoso Ring ó campo, de donde partían para sus incursiones y adonde regresaban para amontonar su botín. Los lombardos habían descendido desde el Oder hacia el Danubio, derrotando á los hérulos, aliados del Imperio. Justiniano los había establecido en la Nórica creyendo encontrar en ellos aliados leales. Muerto Justiniano, rompieron su alianza con el Imperio, y entendiéndose con los ávaros, mientras éstos vencían á los romanos, los lombardos arruinaron la nación de los gépidos (567). Después, á principios de Abril del año 568, invadieron á Italia, y en 572 se apoderaron del valle del Pó, amenazando desde allí á las provincias del centro.

El Imperio no fué afortunado contra los persas. Los bizantinos fracasaron en el sitio de Nisibe, y Cosroes invadió la Siria, apoderándose de la importante plaza de Dara. Justino, desalentado, se asoció como César a1 jefe de sus guardias, Tiberio Constantino (Septiembre de 574), que ascendió á emperador en 578.

Animado de excelentes propósitos y deseoso de poner fin á las exacciones que había padecido el pueblo, Tiberio Constantino comprendió que era inútil el intento de mantener en todas sus partes la obra de Justiniano. Aunque Roma le envió una embajada y para decidirle á la intervención le ofreció una cantidad considerable, él se negó á realizar expedición alguna por aquel lado. En cambio, llevó vigorosamente la guerra contra los persas, y en una batalla cerca de Melitene, triunfaron los bizantinos. Cosroes tuvo que huir solo en su elefante (579). Tiberio recompensó á Mauricio, el general á quien debía aquella victoria, dándole á su hija en matrimonio y designándole como emperador. Murió en el mes de Agosto de 582.

Mauricio.

Esta vez el poder estaba en manos de un hombre inteligente y enérgico. En Oriente le favorecían las circunstancias. Hormisdas ú Ormuz II, sucesor de Cosroes, había sido destronado por una revolución (590), y su hijo Cosroes II Paruiz imploraba el auxilio del Imperio. Mauricio le restauró en el trono, pero haciéndole comprender

que se lo debía y exigiéndole la restitución de las ciudades conquistadas por los persas. En Italia, el papa Pelagio demandaba contra los lombardos el auxilio del exarca Longino, amenazado también en Rávena, cuyo puerto había ocupado el enemigo. Dirigióse al emperador, que le envió otro exarca. No pudiendo destacar hacia aquel lado un ejército numeroso, quiso utilizar Mauricio la alianza de los francos; pero la expedición combinada con ellos no dió el resultado que se esperaba. Por último, el emperador quiso rechazar á los ávaros y á los eslavos. En 577, cerca de 100.000 eslavos, divididos en varias bandas, habían asolado 1a Tracia hasta la muralla de Anastasio, y por el Sur, penetraron hasta Grecia. La guerra fué una continuación de éxitos y de reveses, y, desgraciadamente, las medidas á que había acudido el emperador para restablecer la disciplina en el ejército, se volvieron contra él. Según algunos cronistas, se negó á devolver al khan de los ávaros 12.000 prisioneros á cambio de 6.000 monedas de oro, y el pueblo y los soldados se indignaron, y hasta la capital se sublevó. El ejército proclamó á un humilde centurión, llamado Focas, y Mauricio, antes de ser ejecutado, tuvo que asistir al degüello de sus cinco hijos (Noviembre de 602).

Focas.

El nuevo emperador era un soldado grosero, de aspecto repulsivo, que vivía en el escándalo y en la embriaguez, y que se complacía en presenciar suplicios y cometer crueldades. Volvió á comenzar la guerra con los persas, y Cosroes intentó vengar á Mauricio. Los persas ganaron en 604 una gran batalla que les entregó el Asia, y vencedores también en la Pesarmenia, recorrieron la Capadocia y la Paflagonia, llegando á Calcedonia, frente á Constantinopla (609). Focas firmó una paz vergonzosa con los ávaros (604). En España fueron expulsados los griegos de la Bética. En Italia acampaban libremente los lombardos; Gregorio el Grande se convirtió en verdadero soberano de la Italia central. Focas fué detestado por sus crueldades y su cobardía, hasta que, apoyado por el Egipto e1 exarca de Africa, pudo enviar á Constantinopla, al mando de una flota, á su hijo Heraclio, que fué coronado emperador al mismo tiempo que era degollado Focas (Octubre 610).

IV.—Los emperadores de la casa de Heraclio (610-717)

Heraclio.- La guerra contra los persas.— La conquista árabe.

Al advenimiento de Heraclio, la situación del Imperio era terrible. Los persas continuaban sus conquistas: en Siria se apoderaron de Edesa y de Apamea, y llegaron hasta Antioquía; en otra campaña tomaron á Damasco, asolaron la Palestina, y, por último, entraron en Jerusalén (Junio de 614). El Santo Sepulcro fué mancillado por ellos, y la cruz cayó en sus manos. En los años subsiguientes

conquistaron el Egipto, y el Africa se vió amenazada. En el Norte, Cosroes II, dueño de Ancira y de Calcedonia, amenazó á Constantinopla (619-620). El emperador y los magistrados presentaron inútilmente las más humillantes proposiciones para obtener la paz. Heraclio hablaba ya de refugiarse en Africa y de instalar su gobierno en Cartago. Por otra parte, los ávaros volvían nuevamente á preocupar al Imperio.

Aquel emperador, hasta entonces inactivo y sin fuerza, despertó de pronto. El enérgico patriarca Sergio excitó su valor, haciéndole jurar que no cejaría en la lucha. La religión influyó hasta la exaltación en aquel temperamento nervioso y en aquella alma mística. «Lugarteniente de Dios», según la expresión de su panegirista, Jorge de Pisidia, quiso vengar á Cristo, que había sido atacado hasta en su propia tumba. Negoció con los ávaros y consiguió detenerlos (620). Libre por este lado, organizó un ejército poderoso, le instruyó sumariamente y tomó su mando (Abril de 622). Entró en Capadocia, derrotó á los persas, y después de diez meses de combatirles, regresó triunfante á Constantinopla. En otra campaña (623), recorrió la Armenia y destruyó en Tauris un famoso templo consagrado al sol. Los años 624 y 625 se señalaron por nuevas victorias. Por último, en 626, Cosroes realizó un enérgico esfuerzo, enviando á Constantinopla á su general Schahrbaraz, y trabajando por dirigir contra el Imperio á los ávaros, á los búlgaros y á los eslavos. El khan de los ávaros exigió insolentemente que se le entregase Constantinopla. El emperador puso en pie de guerra tres ejércitos: uno para defender á Constantinopla contra los ávaros; otro, acampado en Caledonia, para hacer frente á Schahrbaraz, y él mismo, con el tercero, fué á combatir en Persia. Hasta los habitantes de Constantinopla, de ordinario cobardes y holgazanes, se tornaron animosos y se dispusieron á defenderse. Los ávaros se retiraron después de un sitio que duró algo más de un mes (de 29 de Junio á 9 de Agosto). Quizá fué entonces cuando, para combatirlos, Heraclio llamó á los croatas, á quienes estableció en Dalmacia y que poco después se convirtieron al cristianismo, y á los servios, á quienes instaló en la Mesia superior, la Dacia inferior y la Dardania. A partir de esta fecha, los ávaros no volvieron á hostilizar al Imperio. Entretanto, Heraclio había atravesado el mar Negro y desembarcado en Trebisonda, y poco después la Persia fué invadida.

Un ejército reunido apresuradamente por Cosroes, fué vencido junto á las ruinas de Nínive (Diciembre de 627); el palacio de Dastagerdo, en el Norte de Bagdad, residencia favorita del gran rey, fue incendiado. Para rematar la ruina de Cosroes, Schahrbaraz, amenazado de caer en desgracia, se sublevó, negoció con el patriarca y con el hijo el emperador, y los soldados declararon destronado á Cosroes. Poco después, hasta en Persia se sublevaron los grandes. Cosroes fué preso en su palacio, y su hijo Siróes, proclamado rey, mandó que le asesinaran (Febrero de 628). La paz quedó concertada en seguida, y los persas abandonaron todas sus conquistas.

El cristianismo había vencido. Para Heraclio, para los soldados y para el pueblo, las imágenes milagrosas de la Virgen, llevadas al frente de los ejércitos, les habían dado la victoria. Cuando regresó el emperador, al frente de los vencedores, fué recibido en Constantinopla con cantos de salmos (Septiembre de 628). Al año siguiente restituyó á Jerusalén la verdadera cruz, reconquistada, y la volvió á colocar triunfalmente en la iglesia del Santo Sepulcro.

De este modo, durante seis años, Heraclio fué un héroe, y salvó al Imperio y al cristianismo. Después, cuando estaba en el vigor de la edad y cuando todo le favorecía, se extinguió su ardimiento y volvió á ser presa de la misma apatía que le caracterizó en los primeros años de su reinado. Diríase que la fiebre religiosa que le dió vida algún tiempo hubiera agotado sus fuerzas. En lo sucesivo, el «lugarteniente de Dios» no sería más que un emperador indolente. Tal fué su conducta cuando se desencadenó sobre el Imperio la conquista árabe. Ya no se le vió, como antes, al frente de sus tropas, y después de la batalla de Aiznadín y de la toma de Damasco (Julio de 634), huyó de Antioquía exclamando: «¡Adiós, Siria; adiós por última vez!» Volvió vencido á Constantinopla, y su espíritu místico y débil creyó ver en aquellos reveses el castigo de su prohibido matrimonio con su sobrina. Más tarde, al mismo tiempo que la batalla de Kadesia señalaba el fin de la monarquía sasánida, los griegos eran derrotados otra vez en las márgenes del Yermuk (Agosto de 636), Ornar entró en Jerusalén (Abril de 638), y toda la Siria fué conquistada rápidamente. Amrú invadió e1 Egipto, cuya conquista fué favorecida por las disensiones religiosas. En los campos , especialmente, la gente era monofisita ó jacobita, y perseguida por los ortodoxos, se sometió fácilmente á los vencedores. Para combatir á Ornar, los griegos recurrieron á ineficaces tentativas de asesinato.

Aquel Imperio que ya no sabía defender, lo desorganizó Heraclio con lamentables querellas teológicas. Los patriarcas de Constantinopla y de Alejandría acababan de idear el monoteísmo, que no admitía en Jesucristo más que una voluntad en dos naturalezas, y que era una concesión á los monofisitas. Como éstos eran numerosos en Egipto, Siria y Armenia, Heraclio, preocupado por el peligro que su hostilidad significaría para el Imperio, amenazado por los árabes y creyendo que así proporcionaba la paz á la Iglesia, quiso imponer el monoteísmo, y en 638 formuló la doctrina heterodoxa en un edicto imperial intitulado Exposición de la fe (la Ecthesis); pero no consiguió más que enajenarse la Italia y el papa, y, al morir, tuvo que desaprobar la Ecthesis. Este reinado, que durante algún tiempo fué tan brillante, concluyó en la vergüenza y en la ruina (Febrero de 641).

La anarquía.

Desde la muerte de Heiraclio hasta el advenimiento de la casa isáurica (717), el imperio bizantino ofrece el espectáculo de la anarquía más lamentable. Al principio se mantuvo el poder imperial en la casa de Heraclio, pero en medio de intrigas que sería inútil referir aquí. Eran frecuentes las usurpaciones: el ejército, la flota, el pueblo y hasta los bárbaros nombraban y destronaban á su gasto emperadores. Bajo el reinado de Justiniano II, los acontecimientos más trágicos acusan la impotencia y la inestabilidad del poder. Emperador á los diez y seis años (Septiembre de 685), levantó contra él á la aristocracia de Constantinopla, al pueblo y al patriarca Callinicor. En 695, se le destronó, se le cortó la nariz (de donde el sobrenombre de Rhinotmeta) y se le desterró á Quersoneso, proclamándose emperador al patricio Leoncio.

Tres años después, una flota bizantina, procedente de Africa, se insurreccionó, y Leoncio fué sustituido por su almirante Apsimaro, que tomó el nombre de Tiberio (698). Justiniano se fugó entonces de Quersoneso y arrastró á los búlgaros contra Constantinopla, donde entró en 705, triunfando en el circo y pateando á los exemperadores, mientras el populacho cantaba: «Marchas sobre el áspid y el basilisco; hollas á tus pies el dragón y el león.» En 711, los habitantes de Cherson proclamaron á Felipe Bardane, y Justiniano fué degollado en Sinope. Dos años después, Felipe Bardane fué, á su vez, asesinado. Sucedióle su secretario, bajo el nombre de Anastasio II; pero desapareció bien pronto para ceder el puesto al candidato de la flota, Teodosio III (715).

Guerras contra los lombardos, los búlgaros, los eslavos y los árabes.

¿Qué era del Imperio mientras que estos efímeros emperadores se reemplazaban y se mataban unos á otros? En Italia, los lombardos arrebataron á los griegos la costa de Liguria, consiguiendo, hacia el 638, en las márgenes del Panaro, una gran victoria que redujo el exarcado á estrechos límites. En el centro y en el sur ensanchábanse los ducados lombardos de Espoleto y Benevento, al paso que los exarcas eran impotentes para defender las posesiones bizantinas. Por la parte septentrional, si los ávaros eran ya menos temibles, los eslavos y los búlgaros se desbordaban sobre el Imperio. Heraclio se había aliado á los búlgaros contra los ávaros, y en 635 nombró patricio á su khan Kuvrato; pero los búlgaros no tardaron en mostrarse peligrosos. Vencedores de los ejércitos griegos, especialmente los de Constantino Pogonato (679), impusieron su dominación á las tribus eslavas que los emperadores habían admitido en las provincias. Justiniano II, para recuperar el poder, se alió con su khan, Tervel, á quien dio el título de César. Así se fundó aquel inmenso imperio búlgaro, que tan temible fué durante cuatro siglos.

El helenismo retrocedió ante el elemento eslavo hasta en aquellos países de Europa que el Imperio conservaba todavía. Salónica, la fortaleza del helenismo en Macedonia, tuvo que defenderse, en 675 y 677, contra los eslavos, los ávaros y los búlgaros.

Sin embargo, en el siglo VII fueron los árabes el enemigo verdaderamente temible para el Imperio. Después de la muerte de Heraclio habían continuado sus conquistas, apoderándose de Chipre (647-648), y de Rodas (653-654), y derrotando y matando á Sufétulo, el exarca de Africa. Las rivalidades con motivo del califato dividieron á los árabes, deteniendo por algún tiempo sus progresos. Constantino II, detestado en Constantinopla, quiso establecerse en Italia y tomar á Roma por capital para luchar á la vez contra los lombardos y los árabes de Africa. Al efecto partió en 661; pero murió en Sicilia sin haber hecho nada (668). Constantinopla fué sitiada por los árabes por primera vez bajo Constantino Pogonato, y durante varios años, de 669 á 678 (fechas que varían según las fuentes), continuaron los ataques, sin éxito, terminando con la destrucción de una flota árabe en las costas dePanfilia (678) y con que el califa de Damasco pagase un tributo anual al emperador. Desgraciadamente, Justiniano Rhinotmeta, ofendido de que se pagase en monedas árabes y no en monedas que llevaran la efigie imperial, rompió el tratado y fué derrotado en Cesárea (692). Mientras tanto, los árabes habían terminado la conquista del Africa, entrando en Cartago en 697. La ciudad fué destruida, y á su lado empezó á engrandecerse Túnez. En Asia conquistaron, de 707 á 713, á Tyana, Heráclea del Ponto, Samosata, Amasia, Antioquía de Pisidia, y en 714 asolaron la Galania. Parecía que sólo les quedaba poner mano sobre Constantinopla, cuando el advenimiento de León Isaúrico salvó el Imperio (717).

Caracteres del imperio bizantino al comienzo del siglo VIII.

La espantosa anarquía que reinaba en el interior del Imperio y las repetidas derrotas sufridas en el exterior, no deben hacernos cerrar los ojos ante las transformaciones realizadas durante el siglo VII. Ellas explican cómo pudo sostenerse un siglo más, á pesar de las nuevas luchas. Abandonada la obra cosmopolita de Justiniano, no hubo la preocupación de defender lo que quedaba de sus conquistas; pero atacados en todas las fronteras, la vida del Imperio se vió amenazada. Heraclio y aquellos de sus sucesores que intentaron luchar se apoyaron sobre el helenismo para organizar un estado griego. Un historiador contemporáneo de la Grecia, Mr. Paparrigopoulo, ha determinado muy bien este carácter del nuevo Imperio, que fué más restringido en su extensión, pero más intenso. «Desde Mauricio todas las leyes, todas las ordenanzas y todas las actas públicas se redactaron exclusivamente en griego. Las divisiones administrativas cambiaron su nombre de provincias por el de themas,

que se aplicaban también al cuerpo de ejército de cada provincia. Desde Heraclio, las medallas, enteramente latinas hasta entonces, comenzaron á reformarse, hallándose ya monedas de cobre que llevan inscrito en griego: Por este signo vencerás. «Todos los términos militares se tomaron de la lengua del país; llamóse á los longinos, chiliarcas; á los condes, estratejas. Según confesión de Constantino Porfirogeneta, los emperadores hablaban griego, abandonando el uso del latín. A la vez que el título romano de Imperator, los soberanos llevaban los títulos griegos de Basileus (rey, ó más bien, gran rey), Despotes (dueño), Autocrator (autócrata). El emperador era también lsapostolos (semejante á los apóstoles), doctor de la fe y propagador de ella entre los bárbaros.

"La Iglesia y las letras acentuaron cada vez más su carácter nacional.» De todas partes afluían extranjeros, pero para figurar en el Imperio necesitaban entrar por la puerta de la Iglesia. Se ha dicho muy bien que no era la raza la que hacía al romano de Bizancio.

De cualquier pueblo que fuese, bastábale entrar en el gremio de la Iglesia para entrar en el del Estado: el bautismo ortodoxo confería el derecho de ciudadanía.

BIBLIOGRAFÍA

Las fuentes de la historia bizantina están reunidas en: Scriptores historiae Byzantinae, edición del Louvre, 1645-1711, 38 volúmenes en folio (Venecia, 1727-1733, 23 volúmenes); Corpus scriptorum historiae byzantinae, bajo la dirección de Niebuhr, Bonn, 1828-1878, 49 volúmenes; Patrología Graeca de Migne, 1857-1866, 161 volúmenes. Para el período anterior á Justiniano, las principales fuentes son: el pagano Zósimo (siglo V), Historia nova; Prisco, Malco, Cándido, etc., de los que sólo restan fragmentos; Sócrates y Sozomeno, en sus respectivas Historias eclesiásticas. Para Justiniano y sus sucesores: Procopio, Guerras pérsica, vandálica, gótica; De los edificios; Anécdotas ó Historia secreta; Agathias, Del reinado de Justiniano (552-558); Teofilacto Simocatta, Historia universal (582-602); los fragmentos de Menandro; Juan Malala (siglo VII), Cronographia; Crónica pascual y un gran número de crónicas posteriores que han utilizado antiguos documentos. Jorge de Pisidia ha celebrado las victorias del reinado de Heraclio en tres poemas históricos sobre la guerra contra los persas, el sitio de Constantinopla por los ávaros y la Heracliada. Acerca de los historiadores bizantinos da amplios detalles Krumbacher, Geschichte der byzantinischen Litteratur, 1890 (nueva edición, Munich, 1897), que ha publicado igualmente la muy preciosa colección de la Byzantinische Zeitschrift (desde 1892) y del Byzantinisches Archiv (desde 1898).

Los estudios bizantinos han sido cultivados con gran éxito en Francia y en el siglo XVII por Ducange, Historia byzantina (1680), Constantinopolis christiana y una multitud de otras sabias obras.

Las más importantes obras generales sobre la historia bizantina son: Gibbon, History of the declin and Fall of the Román Empire, 1776-1789 (nuevamente editada por el muy competente erudito inglés Bury, Londres, 1896.)—Bury, A history of the later Román Empire from Arcadius to Irene, dos volúmenes, Londres, 1892.—Lebeau, Histoire du Bas-Empire (edición Saint-Martin), 1829-1833, 21 volúmenes (compilación útil todavía.) — Hopf, Geschichte der Griechelands im Mittelater (en Ersch's Enkyklopeidie), tomos LXXXV y LXXXVI. Paparrigopoulo, Istoria tou Ellenikou ethnous 1887-1888, tomos III y IV.—Brunet de Presle, La Gréce depuis la conqueste romaine jusqu'á 1453, 1860.—Finlay, A history of Greece from its conquest by the Romans to the present times, siete volúmenes, segunda edición, 1877.—Gfrórer, Byzantinischen Geschichte, 1872-1877, tres volúmenes.—Hertzberg, Geschichte des Griechelands seit dem Absterden des antiken Lebens (cinco volúmenes, 1876), y Geschichte der Byzantiner (en la Oncken s'Allgemeine Geschichte).—Grenier, L'Empire byzantin et son évolution sociale et politique, dos volúmenes, París, 1904 (buena obra de vulgarización, pero tramada con simples referencias).

Para la historia religiosa: Chastel, Histoire de la destruction du paganisme dans l'empire d'Orient, 1850.—Schultze, Geschichte des Untegangs der griechisch-roemischen Heidenthum, dos volúmenes, Jena, 1887-1892.—Lequien, Oriens Christinnus, tres volúmenes, 1740. — Hefele, Histoire des Conciles, traducción del abate Delarc.—Marín, Les moines de C. P., 1897.—Krüger, Monophysitichen Streiligkeiten in Zusammenhag mit der Reichspolitik, 1884.

Respecto al comercio: Heyd, Histoire du commerce du Levant au moyen age (traducción de Jurcy-Raynaud), dos volúmenes, 1885.

Para el arte: Bayet, L'art byzantin, 1883.—Diehl, L'art byzantin dans l'Italie meridionale, 1894. - Texier, Architecture byzantine, Londres, 1864.— Choisy, l´art de bátir chez les Byzantins, 1882.— Richter, Die Mosaiken von Ravenna, Viena, 1878.— Kondakof, Histoire de l'art byzantin (sobre todo miniaturas), en ruso, traducción francesa, dos volúmenes. París. 1886-1891. Los esmaltes bizantinos (en alemán), Francfort, 1892.

MONOGRAFIAS.

Güldenpenning, Theodosius der Grosse, Geschichte des ostromischen Reiches unter der Kaisern Arcadius und Theodosius, II, 1885.—Thierry, Saint Jean Chrysostome et l'imperatrix Eudoxie, 1872.—Nestorius et thychés, 1878. Puech, Saint Jean Chrysostome et les meurs de son temps, 1891.—Gregorovius, Athénais y Geschichte der Stadt Athen in Alittelalter, 1889.—Diehl, Justinien et la civilisation byzantine au VI siécle (con ilustraciones), 1901.—Isambert, Histoire de l'empereur Justinien, 1856. — Debidour, De Teodora, 1877. Théodora, 1885. — Houssaye, L'impératrice Théodora (en la Revue des Deux-Mondes, 1885).— Diehl, Théodora, impératrice de Byzance, 1904.— Dahn, Procopius von Caesarea, 1865.—Drapeyron, L'empereur Héraclius et l'Empire byzantin au VII siécle, 1869. Gasquet, De l´autorité imperiale en matiére religieuse á Constantinople, 1879. L'Empire byzantin et la monarchie franque, 1888.—Lécrivain, Le Sénat romain depuis Diocletien, 1888.—Hartmann, Untersuchungen zur Geschichte der byzantinischen Verwaltung in Italiem [540-750), Leipzig, 1889.—Rambaud, L'Hippodrome á Constantinople (en la Revue des Deux-Mondes, Agosto 1871). Empereurs et impératrices d'Orient (en la misma revista de Enero y Febrero de 1891).—El abate Duchesne, Vigile et Pélage (en la Revue des questions historiques, 1884).—Calisse, II gobernó dei Bizantini in Italia (en la Rivista Storica Italiana, 1885).—Diehl, L'Administration byzantine dans l'exarchat de Ravenne, 1889, L'Afrique byzantine, 1896.—Martroye, L'Occident á l'époque byzantine, Goths et Vandales, 1904. Couvet, La Palestine sóus les empereurs grecs, 1869.—Patniakan, Histoire de la dynastie des Sassanides, traducida del ruso (en el Journal Asiatique, Febrero-Marzo, 1866). — Nóldeke, Geschichte der Perser und Araber im Zeitalter der Sassaniden, 1879. — El abate Labourt, Le christiánisme dans l'empire perse sous la dynastie Sassanide, 1904.

Respecto á las relaciones con los germanos en España, en Italia y en Africa, consúltese especialmente la citada obra de Dahn.

Para el derecho: Mortreuil, Histoire du droit byzantine, tres volúmenes 1843-1845. — Zingenthal, Geschichte der griechisch-roemischen Rechts, quinta edición, Berlín, 1892.

EL IMPERIO BIZANTINO DEL SIGLO VIII AL XI

I.—Los emperadores de la casa Isauria

Advenimiento de la casa Isauria.

A principios del siglo VIII parecía que el Imperio griego tocaba á su ruina. En Europa lo invadían los eslavos, á quienes había llamado muchas veces, y lo asediaban los búlgaros, que eran más peligrosos que antes lo habían sido los ávaros. En Asia y en Africa, los árabes asolaban el Asia Menor y, después de apoderarse de Siria, Egipto y el Africa romana, se presentaban victoriosos frente á Constantinopla. Aunque el Imperio, renunciando á la defensa de Italia, se había replegado en sí mismo, tomando un carácter más concretamente griego, necesitaba para esta probabilidad de salvación, que hubiese al frente del Estado emperadores que lograran rechazar al enemigo de fuera, al mismo tiempo que gobernaran enérgicamente. Tal fué la misión de la casa Isauria, y su fundador, León III, demostró desde los primeros días de su reinado que estaba dispuesto á cumplirla. Oriundo de una de las clases más bajas, había probado su valor en ciertas audaces expediciones al Cáucaso, realizadas durante el reinado de Justiniano Rinothmeto. Nombrado por Anastasio general de las tropas de Oriente, le había sido fiel cuando la rebelión de Teodosio, y, ¡mérito raro en aquella época!, llegó al trono sin cometer ninguna traición (Marzo 717). Los árabes se habían aprovechado de la espantosa anarquía que minaba el Imperio, y apenas llegado León al poder, el general sarraceno Maslama, que había conseguido instalarse en Tracia, bloqueó á Constantinopla, mientras que el visir Solimán la sitiaba por mar. El ataque estuvo bien discurrido y bien guiado, pero León no se desalentó y obligó á los árabes á emprender una retirada desastrosa. Tan brillante triunfo le hizo popular hasta en Occidente. Colocado en las avanzadas orientales del mundo cristiano, el nuevo emperador se anticipaba á Carlos Martel.

La contienda de los iconoclastas; sus causas y caracteres.

En tiempo de León y de sus sucesores, habían de agitar el Imperio nuevas luchas intestinas, más terribles aún que las precedentes. La contienda de los iconoclastas, principiada en 726, no había de terminar hasta 842. Si interrogamos á los cronistas bizantinos, cuyas obras han llegado hasta nosotros, sólo veremos en la conducta de los emperadores iconoclastas una locura impía y sanguinaria para hacer la guerra á las sagradas imágenes sin detenerse ante ninguna violencia. Conviene advertir que los más importantes de estos escritores, como Teófanes y Nicéíoro, tomaron parte muy ardiente en la lucha y pertenecían al bando opuesto. Si sólo atendiéramos sus

relatos, nos asombraría que tiranos tan abominables pudieran tener tan gran influencia; pero observando las cosas con más atención, veremos que aquellos emperadores no estaban solos, que los apoyaba un partido poderoso, y que sus proyectos políticos se hallaban muy por encima de la cuestión de las imágenes. Los iconoclastas tuvieron sus panegiristas y sus historiadores; pero, desgraciadamente, aquellos escritos fueron destruidos cuando su partido quedó definitivamente derrotado. Se han descubierto y publicado en nuestro tiempo algunas de las leyes promulgadas por los emperadores del siglo VIII, como la Ecloga Leonis et Constantini encontrándonos con un Código cuyo conjunto revela la obra de espíritus inteligentes y generosos. Los emperadores iconoclastas, á pesar del nombre que se les acostumbra á dar, no se contentaron con hacer la guerra á las imágenes; trataron de reorganizar la sociedad y el Estado, dándole más independencia y energía, queriendo introducir algún orden en la incesante confusión de cuestiones políticas y religiosas, y, por último, limitar las invasiones del monaquismo, que cada vez absorbía más á la Iglesia y dominaba al mundo bizantino. Su propósito ha encontrado recientemente entusiastas apologistas, que acaso hayan exagerado sus méritos y atenuado sus violencias, pero tal alegato era necesario, y permite juzgar con más equidad todo un siglo de la historia bizantina.

Empecemos por recordar la situación del Imperio Oriental. La Iglesia era omnipotente, pero estaba muy dividida. Por ser inmensos, hallábanse mal definidos sus poderes. Dirigía á los emperadores, robustecía ó destruía su popularidad, pero sufría su intervención constante. El patriarca podía derribar al emperador, pero éste nombraba y destruía al patriarca. Todo esto contribuía á una desconfianza y á una lucha continua. El Estado perturbaba á la Iglesia y la Iglesia perturbaba al Estado.

La causa general de tales conflictos era el mismo dogma, siempre en tela de juicio. En Occidente hallábase sólidamente implantado; las herejías, escasas y anormales, se extendían muy poco, mientras que en Oriente eran una condición de la vida religiosa. El espíritu griego, sutil, curioso y apasionado por las discusiones, no podía llegar á soluciones definitivas. Se agitaba con tanta movilidad en el terreno de la teología como antes en el de la filosofía. A cada momento aparecía una nueva opinión sobre la naturaleza de Cristo. Patriarcas, obispos, emperadores, frailes y pueblo se lanzaban á discutir fogosamente, y en vano protestaba la iglesia occidental, y en vano el obispo de Roma se esforzaba en recordarles, con anatemas ó consejos, el respeto á las tradiciones.

Además, el verdadero poder no correspondía á los obispos, ni á la parte más ilustrada del clero, sino á los monjes. Estos monjes de Oriente no tenían la práctica de sus compañeros de Occidente. Exentos de los deberes de la vida civil, llevaban á cabo con minuciosa puntualidad interminables devociones; pero detrás de las

murallas de sus conventos sólo se ocupaban en sofismas ó en intrigas, alentando motines en que dirigían al fanático populacho. El cristianismo se había transformado en sus manos. Lo habían convertido en religión material, hija del paganismo, que no hablaba á la muchedumbre más que con sus formas exteriores y no con su espíritu. Desde el siglo IV, aquellas peligrosas tendencias aún se desarrollaron más. Los cronistas y biógrafos sólo hablaban de imágenes santas y de reliquias, de su poder y de los milagros que llevaban á cabo. Cuando Heraclio vencía ó cuando se salvaba el Imperio, había que agradecérselo á la santa imagen de Edesa.

Algunos pocos espíritus ilustrados se alarmaban por aquel culto material y lo censuraban. Ya á fines del siglo V, Xenaias, que fué durante algún tiempo obispo de Hierápolis, había predicado la guerra á las imágenes en los alrededores de Antioquía. En 660, en las cercanías de Samosata, un reformador llamado Constantino quiso volver á las formas primitivas de la cristiandad. Sus discípulos, que se llamaban Paulicianos, por su especial veneración á los escritos de San Pablo, rechazaron los dogmas que no les parecían claramente enunciados en el Evangelio, la jerarquía eclesiástica y las formas materiales del culto. Sus doctrinas tuvieron buen éxito en Asia, se esparcieron por las provincias de Europa, y la secta de los paulicianos se sostuvo durante toda la Edad Media. Había, pues, en ciertos espíritus, una tendencia hostil á la organización que el clero y, sobre todo, el monaquismo estaban dando á la cristiandad.

Este deseo de reforma se manifestó especialmente en Asia, donde la civilización era entonces más brillante y donde los entendimientos estaban más cultivados. Se ha observado muy atinadamente que los emperadores iconoclastas eran oriundos de Asia; que los obispos de Asia fueron los que principalmente les aconsejaron y apoyaron, y que en Asia se reclutaron las legiones que generalmente los sostuvieron. Se empezó por atacar á las imágenes porque eran uno de los medios de acción del monaquismo y la expresión más sensible de aquel culto material y supersticioso.

La contienda de los iconoclastas se divide en tres períodos. En el primero, que corresponde á los reinados de León III (717-741); de Constantino IV (741-775), y de León IV (775-780), los iconoclastas fueron los amos y llevaron á la práctica sus proyectos. De 780 á 813, sus adversarios alcanzaron ventaja, especialmente bajo la regencia, y luego durante el reinado de la ateniense Irene. En el tercer período, los iconoclastas recuperaron el poder con León el Armenio (813-820); lo conservaron con Miguel II (820-829), y con Teófilo (829-842) y, por fin, Teodora, viuda de Teófilo, restableció las imágenes.

León III y Constantino IV.

Los más notables de los emperadores iconoclastas fueron León III y su hijo Constantino IV, que empezaron la lucha y reformaron las instituciones. A pesar de las invectivas del partido contrario, ambos se nos presentan como emperadores inteligentes, activos, cuidadosos de la prosperidad del Estado y, en una palabra, muy superiores á cuantos en mucho tiempo había visto Oriente. León III, salvador de Constantinopla, llegado al poder gracias á su valor, no abandonó la lucha contra los árabes. Aunque éstos invadieron Bitinia, Capadocia, Paflagonia y Armenia, en 740 un ejército musulmán fué destruido casi por completo por el emperador cerca de Akroinon en Frigia. Constantino, que sucedió á su padre en Junio del año 741, no careció tampoco de valor.

Amenazado desde el principio de su reinado por la usurpación de Artabasdes, triunfó de esta insurrección y reconquistó á Constantinopla, de la cual se habían apoderado los rebeldes. En 746 recuperó de los árabes varias ciudades de la Comagena; en 748, fué completamente destruida una escuadra musulmana que había querido apoderarse de Chipre; en 751 y 752, reconquistó Malatia y Erzerun, y en 756, el gobernador árabe de Siria, que había invadido á Capadocia, con 800.000 hombres, se retiró en cuanto supo que llegaba el emperador. En Europa rechazó á los búlgaros y llegó á franquear el Danubio. Aunque sufrió reveses durante los años 759 y 760, en 763 obtuvo una brillante victoria cerca de Anchiale, y en 774, los búlgaros pidieron la paz. Estos hechos bastan para demostrar que los nuevos emperadores eran buenos generales y valientes soldados.

Según los relatos de algunos cronistas, León III prometió en su juventud á unos judíos que le habían vaticinado el Imperio, que al llegar al poder destruiría las imágenes. Es una fábula que no tiene ningún valor. Estaba tan lejos de atender á los judíos, que cuatro años antes de su primer edicto iconoclasta, les había mandado bautizarse. Se ha supuesto (y ello no es más que una mera conjetura) que la aversión de los musulmanes hacia las imágenes había podido influir de algún modo. Precisamente en 723, el califa Yezid II había dispuesto que se suprimieran en las iglesias de sus Estados. Realmente los iconoclastas sentían las burlas de los infieles respecto á aquella forma del culto cristiano; pero lo cierto es que Constantino, obispo de Nacolea, inició la lucha, condenando las imágenes en un sinodo. En 726, León hizo publicar un edicto declarando que quería suprimir el culto de las imágenes, porque daba origen á una verdadera idolatría. Cuidaba de advertir que el emperador, jefe de la religión lo mismo que del Estado, tenía derecho á reformar semejantes abusos. A1 principio, excepto en Grecia y en Italia, no parece que fué muy grande la resistencia. En este primer edicto, según un testimonio que no es muy seguro, León se limitó á disponer que las imágenes se colocasen á mayor altura

á fin de que no se las pudiera besar, ni se las prodigaran pruebas de una adoración excesivamente material. En 728, otro edicto más riguroso las suprimió en absoluto. También se prohibió el culto de las reliquias y las oraciones dirigidas á los santos. Germán, patriarca de Constantinopla, protestó. Requerido ante el Senado, se negó á firmar el edicto y renunció á la dignidad patriarcal (730).

Una parte del episcopado, los jefes militares y las clases elevadas, eran favorables, en general, á los proyectos de León. La oposición más ruda era la de los monjes y la del pueblo, y por eso han hablado de motines populares algunos escritores. Encima de la puerta del gran palacio imperial había una imagen de Cristo que era objeto de especial veneración. León quiso quitarla, pero se amotinaron las mujeres que estaban en la plaza, atropellaron al oficial encargado de ejecutar aquella orden, y apedrearon al patriarca Anastasio, sucesor de Germán. Hubo que sofocar el motín, y esto ocasionó la muerte de algunas personas, practicándose arrestos y ejecuciones. Cronistas muy posteriores han acusado á León de haber mandado prender fuego á la Biblioteca pública de Constantinopla, porque los monjes de su iglesia se negaban á aceptar sus doctrinas. No parece muy verosímil esta acusación, pues el emperador bien podía expulsar á los monjes sin tener que quemar el edificio. Además se cree que no hubo tal incendio. Los menologios griegos y los documentos hagiográficos encomian á los monjes y á los fieles que murieron víctimas de aquella persecución; pero estos documentos son sospechosos. Un partido, siempre que se le oprime, siente la necesidad de multiplicar sus lamentaciones, y atribuye fácilmente al opresor todas las violencias y todas las crueldades. Hechos concretos y de carácter histórico dan á entender que León no era tan sanguinario. En 727, los habitantes de Grecia y de las Cicladas se sublevaron con motivo del primer edicto y nombraron emperador á Cosmas. Dos jefes llamados Agallianos y Esteban, que mandaban una escuadra, fueron derrotados cerca de Constantinopla por la armada imperial. La ocasión no podía ser más favorable para que León satisficiese la crueldad de que le acusaban sus adversarios; pero se contentó solamente con la ejecución de Cosmas y Esteban. Agallianos había perecido en el combate.

Además, los enemigos de León no siempre están de acuerdo respecto á los excesos que le atribuyen. San Juan de Damasco, uno de sus adversarios más terribles, dice que al patriarca Germán, después de abofetearle, se le desterró, como se había hecho con un gran número de monjes y de obispos. Frente á esto, los cronistas Teófanes y Nicéforo, adversarios de los iconoclastas, afirman que Germán se retiró á la casa paterna después de renunciar al patriarcado, y que allí pasó el resto de sus días. Los hagiógrafos llegan todavía á más. Dicen que exasperado el califa por una falsa acusación del emperador, mandó cortar una mano á San Juan de Damasco, ferviente defensor de las imágenes, y que la recobró gracias á la mediación milagrosa de la Virgen. Pero ni los cronistas, ni el mismo Juan Damasceno hablan de semejante

milagro. ¿No demuestran estos ejemplos cuántas leyendas han debido formarse contra la memoria de los emperadores iconoclastas?

Más numerosas son, y acaso estén más justificadas, las acusaciones contra Constantino IV, á quien dieron sus adversarios el sobrenombre injurioso de Coprónimo[7]. La resistencia que encontraba el emperador excitaba su ánimo y le impulsaba á verdaderos excesos. Los monjes, que eran los que dirigían la oposición, fueron las principales víctimas de aquella resistencia.

Otros eran los sentimientos que animaban al alto clero. En 754 Constantino se dirigió á todos los obispos convocándoles á un gran concilio en que había de resolverse definitivamente la cuestión; 338 obispos respondieron al llamamiento. Es muy fácil decir, como lo hace Lebeau, que eran esclavos del favor ó del miedo. No se ve que votaran muy apresuradamente lo que quería Constantino. El concilio duró desde el 10 de Febrero hasta el 8 de Agosto, y esto denota que fueron muy serias las deliberaciones. Se proscribieron las imágenes; pero contra lo que, al parecer, deseaba Constantino, se conservó la invocación á la Virgen y á los santos. Germán, ex patriarca de Constantinopla; Jorge, metropolitano de Chipre, y Juan Damasceno fueron anatematizados.

Otras medidas adoptadas por el emperador demostraron su hostilidad contra los monjes. Se cerraron muchos conventos de Constantinopla, que se convirtieron en cuarteles ó en edificios públicos. Los gobernadores de las provincias recibieron orden de proceder en igual forma. León y Constantino pensaban indudablemente que el número de monjes y la importancia de sus propiedades eran una amenaza para la sociedad, á la cual quitaban tierras, brazos y dinero. Sin llegar á la afirmación de que quisieran establecer un Estado laico, se puede asegurar que pretendieron reducir la influencia de la Iglesia en la marcha de los negocios públicos. Si poseyésemos todas sus constituciones, encontraríamos indudablemente la expresión de esta política. Por lo pronto, en el Código rural y en el civil que fueron promulgados en tiempo de León III se advierten los sabios esfuerzos realizados para modificar la situación de la sociedad civil y libertarla de algunos de sus males. Las comunidades rurales tienen su protección. Para nada se habla ya del patronato, tantas veces citado por la legislación justiniana, aquel patronato en virtud del cual los pequeños terratenientes tenían que pagar, además del impuesto al fisco, un canon á los grandes propietarios cuya protección buscaban. El siervo ya no parecía

[7] De xopros, κόπρος, estiércol, όνομα, nombre. Entre las más diversas explicaciones de este sobrenombre, la más conocida es la que lo acusa de haber ensuciado la pila bautismal, pero la más probable es la que lo atribuye á la afición de Constantino por los caballos. Se afirmaba que vivía en la cuadra.

estar adherido al terruño. Al aldeano libre que se escapaba, no se le volvía á llevar á la tierra; estaba en libertad para ir donde quisiese. Se fortalecía la constitución de la familia. El concubinato, admitido por la legislación justiniánica, no se toleraba ya al lado del matrimonio. Se admitían los derechos de la madre, se limitaba la patria potestad y se restringían los casos de divorcio. Tales disposiciones, además de estar conformes con el espíritu del cristianismo, eran ventajosas para la sociedad. Hay que tener en cuenta la cordura de esta legislación al juzgar á los emperadores iconoclastas, sin que esto sea decir que deba aprobarse el conjunto de sus proyectos. Aun prescindiendo de los excesos á que fueron arrastrados se ve que incurrieron en los mismos defectos que pretendían corregir. Deseando evitar la constante confusión entre la Iglesia y el Estado, se arrogaron, como sus antecesores, el derecho de dirigir la Iglesia. Entonces se encontraron frente á frente dos religiones: la de los que querían suprimir las formas que consideraban idolátricas y la del pueblo que, bajo la influencia de los monjes, era cada vez más hostil á los proyectos imperiales. León y Constantino cometieron el error de no tener en cuenta las tradiciones y las costumbres. La afición á las artes aplicadas á la religión había pasado del paganismo al cristianismo y estaba de tal modo arraigada en el espíritu griego, que le era imposible concebir un culto sin imágenes. Por eso, aquellos emperadores, al atacar demasiado bruscamente los sentimientos populares, no hicieron más que exasperarlos.

Esta política peligrosa tuvo otro resultado memorable. Separó á Oriente de Occidente. La Italia católica se insurreccionó; sus milicias derrotaron á los soldados del exarca de Rávena y el Papado, al mismo tiempo que contra los lombardos, buscó allende los Alpes un protector contra los iconoclastas. Hizo rey á Pipino, como más adelante había de hacer emperador á Carlomagno.

Los fracasos de León y Constantino y la oposición con que tropezaron, parecieron desalentar á su sucesor. León IV, si no desaprobó á los iconoclastas, no prosiguió la lucha con tanta energía. Su mujer, la ateniense Irene, que estaba al frente del otro partido, colocó imágenes hasta en palacio. Irritado el emperador, mandó encarcelar á los altos funcionarios que la habían ayudado y desterró á Irene en Febrero de 780. León IV murió seis meses más tarde á consecuencia de un carbunclo en la cabeza, después de haberse puesto una corona cosagrada en Santa Sofía por el emperador Mauricio.

La reacción; el concilio de Nicea; Irene.

Estalló entonces una violenta reacción. Constantino V no tenía más que diez años é Irene reinó en su nombre. Su gobierno no fué muy afortunado en el exterior. Después de varias derrotas tuvo que firmar una paz con el califa Harún-el-Raschid

comprometiéndose á pagarle un tributo anual de 70.000 monedas de oro (783). Los iconoclastas fueron despojados de los altos cargos. Tarasio, nombrado patriarca de Constantinopla, se encargó de convocar en ella un concilio ecuménico y entonces los hechos vinieron á demostrar que las ideas de León y de Constantino contaban con numerosos partidarios. Muchos de los obispos reunidos condenaron el uso de las imágenes. Los soldados de la guardia imperial se amotinaron la víspera de la primera sesión. «¡Abajo las imágenes!—gritaban. ¡Abajo el concilio!, ¡Muera quien desee atacar el que reunió nuestro difunto emperador!» Al día siguiente entraron en la sala de sesiones y dispersaron á los obispos. Irene tuvo que licenciar la guardia y convocar el concilio en Nicea (Septiembre, Octubre de 787). Esta vez logró su objeto; los obispos iconoclastas abjuraron de la causa que habían defendido. Se restablecieron las imágenes, pero se prohibió adorarlas. De todos modos, la autoridad de Irme no se pudo arraigar. Indignaba la sujeción en que tenía á su hijo, é indignaba también la privanza del eunuco Stauraces, que le había asegurado la celebración del concilio de Nicea. En 790 se sublevaron las tropas y le arrebataron el poder. Restaurada por su hijo (Enero 792), que había fracasado en dos expediciones contra los búlgaros y los ávaros, se armaron nuevos motines contra ella. Así continuaron las cosas hasta el día en que aquella mujer inteligente, en quien la ambición parecía haber extinguido 1os demás sentimientos, recuperó la plenitud del poder mandando sacar los ojos á su pobre hijo (Agosto de 797). Su nuevo reinado fué corto, perturbándolo las sublevaciones. Al fin fué destronada por el gran logoteta Nicéforo, que se convirtió en Nicéforo I (Octubre de 802).

El nuevo emperador pareció representar á un partido moderado que, sin admitir las violencias de los iconoclastas, quería sostener sus reformas políticas y civiles. Los bienes de la Iglesia, que hasta entonces sólo habían pagado la contribución territorial, fueron sometidos á las mismas cargas que las demás propiedades. Algunos de aquellos bienes fueron confiscados. Combatió repetidas veces á los monjes que querían recobrar su antigua influencia, especialmente cuando nombró patriarca á Nicéforo, que aunque partidario de las imágenes, era impopular entre ellos. Ni este reinado, ni el de sus sucesores Estauracio (811) y Miguel I Rangabé (811-813), tuvieron gran importancia para la historia de los iconoclastas. Miguel I, favorable á las imágenes, se reconcilió con Roma, pero no renunció por esto á la lucha el partido contrario. El emperador tuvo que proceder enérgicamente contra los paulicianos, cuyas doctrinas se habían extendido mucho. Tracia y Macedonia estaban llenas de iconoclastas que conspiraban contra él. Agitábanse en la misma Constantinopla y hubo que expulsarlos, al mismo tiempo que se persuadía al ejército que se les mostraba favorable. Llegaron hasta provocar un motín junto á la tumba de Constantino IV, fingiendo creer que salía de ella para defender al Imperio contra los búlgaros (813). Por la parte de Occidente, la alianza entre el papa y los

francos se fortalecía á expensas del Imperio. Para nada habían servido las atenciones prodigadas por la ortodoxa Irene al papa Adriano; en vano había pensado aquella emperatriz casar á su hijo Constantino con Rothruda, hija de Carlomagno (781). El año 800, el papa León III coronó emperador á Carlomagno. Se ha dicho que éste, para consolidar su situación, pensó casarse con Irene; pero los cronistas francos no hablan de tal proyecto, y antes de que pudiera dar ningún resultado la embajada que se envió á Constantinopla, ya había sido destronada la emperatriz. En 803 fracasaron las negociaciones con Nicéforo. Carlomagno tomó entonces una actitud hostil. Protegió á Venecia y á las ciudades de Dalmacia que se emancipaban de Constantinopla. Cuando Venecia quiso volver al Imperio, marchó sobre ella Pipino para obligarle á la sumisión, pero una escuadra griega le impidió proseguir sus triunfos (809-810). Por último, en 812, se acordó la paz con Miguel Rangabé. La corte de Constantinopla reconocía á Carlomagno el título de emperador, Basileus, y le dejaba dueño de la Dalmacia interior. Venecia, aunque dependiente del Imperio de Oriente, había de pagar un tributo anual al rey de Italia. Arsafio y otros dos embajadores griegos marcharon á Aquisgrán, donde Carlomagno firmó el tratado. Amalhar, arzobispo de Tréveris, y el abad Pedro fueron enviados á Constantinopla para recibir el ejemplar que había de suscribir el emperador bizantino. El advenimiento de un nuevo soberano ocasionó otras complicaciones, y el tratado no se confirmó definitivamente hasta el tiempo de Luis el Bondadoso. Al Sur de Italia, los duques lombardos, que hasta entonces habían procedido de acuerdo con la corte de Constantinopla, tuvieron que declararse tributarios de Carlomagno.

En la carta que éste dirigió á Miguel I, empleaba los términos de Imperio de Occidente é Imperio de Oriente. Los griegos nunca aceptaron definitivamente aquella humillación. Más adelante, Basilio I disputó el título imperial á Luis II, y Nicéforo Focas á Otón. Cuando la cancillería imperial no tenía que humillarse, en lugar de llamar Basileus al emperador de Occidente, le llamaba Rex.

Fin de la contienda de los iconoclastas.

Con León V el Armenio (813-820), se reanudó la lucha en Oriente. Se depuso al patriarca Nicéforo, que se negaba á ceder. Teodoro, abad de Studium, jefe de la resistencia á los iconoclastas, fué desterrado. Se prohibió á los obispos partidarios de las imágenes que se reunieran, y un concilio nuevo, convocado en 816, adoptó las decisiones del de 754. Sería poco interesante entrar en pormenores de unos sucesos cuyo carácter general no variaba. León V fué asesinado en 820. Miguel el Tartamudo, su sucesor, trató de suspender la lucha. La reanudó su hijo Teófilo y esta vez no se guardó ningún miramiento. Exasperado el emperador, decretó el cierre de conventos en todas las poblaciones (836). La persecución fué muy

violenta, pero tantos excesos, en lugar de triunfar, originaron una especie de cansancio. Al morir Teófilo, su viuda, Teodora, dueña del poder, restableció las imágenes. A principios del año 842 se celebró con una gran fiesta el término de la lucha y la derrota de los iconoclastas. Los monjes del monte Olimpo, del monte Ida y del monte Athos acudieron á Constantinopla. Se celebró el oficio en la iglesia de Santa Sofía, magníficamente adornada, y los obispos se reunieron en un gran banquete con la emperatriz. La secta iconoclasta aún subsistió como había de verse en el octavo concilio ecuménico celebrado en Constantinopla (869-870), pero vivió sin fuerza, y como secta, perseguida.

Sin embargo, la obra de los iconoclastas no desapareció por completo. Sus reformas civiles no fueron suprimidas del todo. El partido monástico, á pesar de la victoria, no reconquistó inmediatamente su exclusivo dominio. Las sacudidas que agitaron al Imperio habían contribuido á que penetrase en él nueva vida, preparando un verdadero renacimiento político, militar, literario y artístico.

II.—Los emperadores de la casa Macedónica.

La transmisión del poder tiende á regularizarse.

Entre las causas que contribuyeron á fortalecer en el siglo IX, en el X y á principios del XI la vitalidad del Imperio bizantino, hay que mencionar la transmisión más regular del poder imperial. Hasta entonces, el principio hereditario, aunque consagrado por numerosos ejemplos, nunca había podido implantarse de modo duradero. La corona había estado á merced de todas las aventuras. Nadie se creía imposibilitado de llegar al poder por su nacimiento ó por su condición, ¿no lo habían alcanzado carniceros, pastores y porqueros? De ahí un perpetuo brotar de ambiciones novelescas y de supersticiones, muy provechosas para los fabricantes de horóscopos. Llenas están las crónicas de gente á la cual frailes, judíos y gitanas habían profetizado el Imperio. Ni leyes, ni suplicios pudieron destruir aquella manía. León VI, que dictó pena de muerte contra los adivinos, compuso un libro de oráculos. Hombre hubo que, después de vivir obscura y tranquilamente, perturbado de pronto por tales predicciones, no soñaba más que con el poder, y se metía en maquinaciones y motines. Se ha calculado que desde el reinado de Arcadio hasta la toma de Constantinopla, en 1453, de 107 personajes que fueron emperadores ó asociados al Imperio, 12 abdicaron de grado ó por fuerza, 12 murieron en el convento ó en la cárcel, tres de hambre, 18 fueron mutilados ó cegados, 20 asesinados de un modo ú otro, ocho en la guerra ó por accidente, y sólo 34 fallecieron en su lecho.

En el siglo VI se había ensayado el sistema de la asociación ó de la adopción, empleado ya con los emperadores romanos. En el siglo VIII, durante cuatro reinados, el poder se había transmitido con regularidad en la casa Isauria. En la primera mitad del siglo IX, la casa Frigia, fundada por Miguel II, había contado tres emperadores. En Septiembre de 867, Basilio el Macedonio llegó al poder por el asesinato de Miguel III, que le había nombrado César. Aunque más adelante los biógrafos oficiales quisieron hacerle descender de Constantino el Grande y de Alejandro Magno, éste, fundador de la casa macedónica, era de origen humilde y no debió el trono más que á su habilidad y á su audacía. Mas afortunada que las anteriores, la dinastía de que fué fundador conservó el poder desde 857 hasta 1057, ó sea durante ciento noventa años[8]. No es esto decir que lo poseyese tranquilamente; pues no faltaron revueltas, usurpaciones ni tragedias palatinas, como el asesinato de Nicéforo Focas por Juan Zimisces (969). Dominó, sin embargo, la idea de que el poder estaba unido á una familia determinada, y de que de una ú otra manera, por herencia ó por casamiento, no debía salir de ella. Hasta las mujeres eran aptas para heredar el trono, pues sus maridos ó las personas adoptadas por ellas se convertían en emperadores. Los primeros príncipes de la casa macedónica no se contentaban, como los anteriores, con asociar á su hijo mayor al Imperio; asociaban sucesivamente á todos sus hijos, casi inmediatamente después de nacer. Constantino Porfirogeneta afirma que Basilio adoptó este sistema para "echar en el Imperio raíces más potentes y numerosas». Aquellos asociados no compartían e1 peder como en la época de Diocleciano; eran meros herederos designados para cuando muriera el emperador. Basilio quiso también instituir una señal de nacimiento reservada á los infantes imperiales. El título de Porfirogeneta indicó que habían nacido en palacio, en la Cámara de pórfido. Sin embargo, con la tradición de la herencia coexistió en cierto modo la de la elección. El nuevo emperador era reconocido por el Senado y por el pueblo.

En el siglo IX se advirtió el progreso de la legitimidad con el caso de Romano Lecapeno, suegro de Constantino VII, que usurpó el poder, se nombró emperador

[8] La dinastía macedónica comprende los reinados siguientes: Basilio I (867-886); Constantino VI y León VI (886-912), hijos suyos; Constantino VII Porfirogeneta (912-959), al cual fueron asociados su suegro Romano Lecapeno (920-944), y los tres hijos de éste; Romano II (959-963), hijo de Constantino VII; Nicéforo Focas (963-969), que se casó con Teófana, viuda de Romano II ; Juan Zimisces (969-975), que casó con Teodora, hermana de Romano II; Basilio II (975-1025), hijo de Romano II; Constantino VIII (975-1028); Romano Argyro (1028-1034), que casó con Zoa, hija de Constantino VIII; Miguel IV el Paflagonio (1034-1041), segundo marido de Zoa; Miguel V el Calafate (1041-1042), adoptado por Zoa; Constantino IX, Monomaco (1042-1055), tercer marido de Zoa; Teodora (1055-1056), hermana de Zoa; Miguel VI, Stratiótico (1056-1057), designado emperador por Teodora. Todos estos soberanos estaban, pues, enlazados con la dinastía macedónica, por filiación, adopción, tutela ó casamiento. Casi todos sucedieron legítimamente.

y nombró emperadores á sus hijos, aunque sin atreverse á suprimir al heredero de la casa macedónica, ni á quitarle la dignidad imperial. Todas sus ambiciones tropezaron con la oposición popular y por fin cayó del poder. Cuando murió Romano II, dejando dos hijos de corta edad, Nicéforo Focas se apoderó del gobierno, pero casándose con Teófana, madre de ambos niños y declarándose tutor suyo. Más adelante, Juan Zimisces asesinó á Nicéforo, pero para legitimar su poder, se casó también con una princesa porfirogeneta (Teodora), y se abstuvo de discutir los derechos de los hijos de Romano II, que cuando él murió fueron emperadores (975). Confirmáronse las mismas ideas al siglo siguiente con la historia de Zoa, hija de Constantino VIII. A cuatro emperadores: Romano Argyro, Miguel el Paflagonio, Miguel el Calafate y Constantino Monomaco, dió sucesivamente legitimidad, por casamiento ó por adopción. El pueblo aceptaba los amos que le imponían los caprichos descarados de la vieja porfirogeneta, y si uno de aquellos emperadores indignos trataba de deshacerse de Zoa, estallaba en favor de ésta una revolución. La casa macedónica debió al mérito de algunos de sus emperadores la autoridad de que disfrutó. Su fundador, Basilio I, fué célebre per sus victorias contra los árabes y por sus leyes; Constantino VII, por su amor á las letras y á las artes; Nicéforo Focas, luchó valientemente contra los árabes y les arrebató algunas de sus más brillantes conquistas; Juan Zimisces, victorioso en Asia, rechazó hasta Europa una invasión rusa, y Basilio II destruyó el Imperio búlgaro. Aquellas repetidas victorias hicieron popular á la dinastía. Parecía que la salvación y la prosperidad del Imperio estuviesen unidas á su destino.

Luchas contra las invasiones.

Aunque los esfuerzos de León III y de Constantino IV habían contenido las invasiones, su amenaza continuaba y se puede decir que la lucha no fué interrumpida jamás. Basilio I arrebató Samosata á los árabes (873), y después de dos campañas afortunadas en Capadocia y en Cilicia (877-878), volvió victorioso á Constantinopla. Las incursiones de las escuadras árabes contra la Eubea, el Peloponeso y las islas Jónicas fueron rechazadas por los almirantes Nasar y Nicetas (880-881). En el reinado de León VI ocurrieron muchos reveses. El general Nicéforo Focas atajó una invasión en Capadocia; pero, en cambio, los árabes se apoderaron de Seleucia y de Lemnos. Una escuadra procedente de Trípoli amenazó á Constantinopla, arrojóse después sobre Salónica, saqueó 1a ciudad y se retiró con 22.000 prisioneros (904). Una escuadra bizantina fué destruida por 1os sarracenos cerca de Samos (911). Durante los reinados de Romano Lecapeno y Constantino Porfirogeneta la situación se modificó. Mientras quebrantaban el califato de Bagdad las disensiones políticas y religiosas, los bizantinos, que habían estado en paz con

los búlgaros, volvieron á adquirir ventajas en Asia. Dirigían los ejércitos hábiles generales como Juan Curcuas ó Gourgen, que en veintidós años (920-942) se apoderó de más de mil fortalezas y llevó la lucha á las orillas del Eufrates y el Tigris. La destrucción de la escuadra árabe en Lemnos (923), la toma de Teodosiópolis (Erzerum) (928), de Melitene (934), de Dara, de Nisibes (942), de Amida junto al Tigris (957) y de Samosata junto al Eufrates, fueron los hechos principales de aquellas sangrientas guerras cuyos incidentes sería prolijo relatar. Creta, donde en 824 se habían establecido los sarracenos de España, era el gran arsenal de las escuadras árabes, el gran mercado para sus cautivos y su botín. El Imperio había intentado reconquistarla seis veces. Nicéforo Focas, el primer general de aquel tiempo, lo logró en 961, reinando Romano II. Añádese que luego pasó á Asia, tomó en una sola campaña 60 ciudades y reconquistó á Alepo. Llegado al trono en 964, se apoderó de Adana, Anazarbe, Mopsueste y Tarse (965). Chipre fué anexionada al Imperio, y esta brillante serie de victorias se coronó con la entrada en Antioquía (969). Nicéforo pretendía, á fin de estimular los ánimos, que se venerase como mártires á los soldados de Cristo que muriesen combatiendo á los infieles, pero la Iglesia no lo consintió.

Juan Zimisces prosiguió las conquistas, y su sucesor Basilio II acabó de someter la Siria, exceptuando Tiro y Damasco (995). Alepo se había emancipado otra vez, pero de todos modos el mapa de Asia había sufrido una transformación. El Imperio bizantino parecía próximo á llegar á los antiguos límites del Imperio romano. Sus escuadras dominaban el mar. Constantinopla presenciaba el desfile de prisioneros árabes que atravesaban el circo, mientras que los coros celebraban la gloria divina y la derrota de los agarenos[9]. Esta situación prosiguió hasta el día en que la invasión turca, comenzada en tiempo de Constantino Monomaco, acabó con la obra de los emperadores del siglo X.

En Europa, los bizantinos tuvieron que luchar esforzadamente contra los búlgaros. Fueron sus enemigos más terribles. Desde el siglo VII estos nómadas de raza finesa prosiguieron victoriosamente su marcha hacia el Sur. Ciudad tras ciudad devoraban al Imperio, que en Tracia y en Macedonia quedó reducido á una angosta faja de terreno á lo largo de la costa. Más abajo se extendieron basta Tesalia y se apoderaron de Janina. El Imperio búlgaro arrojaba al mar al Imperio bizantino. Su Khan ó Krom amenazó en 811 á Constantinopla, mató á Nicéforo I, y con su cráneo hizo una copa en la que bebieron él y todos sus grandes. Estos bárbaros, merced al contacto con los eslavos, á quienes habían sometido, fueron civilizándose. En el siglo IX, durante el reinado de Boris, se hicieron cristianos. Las poblaciones eslavas

[9] Nombre dado prr los bizantinos á los árabes, como descendientes de Agar, criada de Abraham y de su hijo Ismael.

acabaron por imponer hasta su idioma á los vencedores, convirtiendo á aquellos fineses en eslavos. Esta asimilación 1os hizo más temibles todavía. Crearon un Estado y tuvieron un zar que buscó en Constantinopla el modelo para su corte de Preslav. En el siglo X el zar Simeón, que se había educado en Constantinopla y protegía las letras griegas, tomó el título de Basileus y alcanzó del papa la corona imperial.

Ya era muy fuerte Bulgaria cuando en 889, León VI le declaró la guerra con motivo de unas cuestiones de comercio. Al sufrir la primera derrota llamó á los húngaros y éstos invadieron el Imperio búlgaro. Las represalias habían de ser sangrientas. Un ejército bizantino fué derrotado por los búlgaros en 892. En 913 los bárbaros acamparon frente á Constantinopla; en 914 se apoderaron de Andrinópolis, y en 917 ganaron la victoria de Archiale. Cuando Simeón «el Carlomagno búlgaro» se presentó nuevamente delante de Constantinopla, llegó á creerse que habían llegado los últimos días del Imperio. Ocurrió entonces un suceso bien extraño. El zar búlgaro, después de una entrevista con el emperador Romano Lecapeno, se retiró sin firmar la paz. A los pocos años, Pedro, sucesor de Simeón, se casó con la nieta de Romano Lecapeno, y estas relaciones pacíficas entre ambos Imperios prosiguieron hasta fines del reinado de Constantino Porfirogeneta. Reanudáronse las hostilidades cuando Nicéforo Focas, negándose á pagar tributo á Bulgaria, llamó en su auxilio á los rusos. Durante el reinado de Basilio II esta guerra se convirtió en lucha á muerte. El zar Samuel había instalado su capital en Prespa, y después de invadir la Tesalia y la Grecia, propiamente dicha, amenazaba á Salónica y al Peloponeso. El general Nicéforo Uranos ganó una gran victoria en Tesalia á orillas del Sperchios (996); Basilio II, al frente del ejército, penetró en el Imperio búlgaro, se apoderó de Berhea, Servia, Vodina y Viddin (1002). Después de algunos años de descanso dirigió otra expedición, obligó á huir al zar Samuel y le devolvió 15.000 prisioneros después de haber mandado que les sacaran los ojos, dejando con vista á uno de cada cien para que guiase á sus compañeros (1014). La guerra adquiría un carácter atroz. Samuel se murió de pena á los dos días de recibir la noticia del desastre. Basilio trasladó á muchos búlgaros y eslavos á Armenia é instaló en Bulgaria colonias armenias y griegas. Por fin en 1018 se sometió Bulgaria, desalentada y perturbada por la anarquía. María, viuda de Ladislao, del último rey, se retiró á Constantinopla con sus hijos. Basilio II recorrió las provincias reconquistadas, y en el Partenon transformado en iglesia de la Virgen, dió gracias á la Panaghia[10]. Con estas victorias, que le dieron el sobrenombre de Bulgaroctono (matador de búlgaros), se duplicaron las posesiones bizantinas en Europa.

[10] La toda Santa, la Virgen.

Los soberanos de Constantinopla habían invocado á veces contra los búlgaros el apoyo de otro pueblo, perteneciente también á la raza uralo-altaica: los húngaros ó magiares que a fines del siglo IX se habían instalado al Norte del Danubio, en la antigua Dacia. Sus tribus reconocían en tiempo de guerra la autoridad de un jefe militar supremo, y este poder acabó por vincularse, en la casa de Arpad. Capaces de formar ejércitos de 200.000 jinetes, los húngaros fueron el terror de la Europa Central. En Oriente hicieron temblar á sus vecinos bárbaros, y empezaron por rechazar á los búlgaros al Sur del Danubio. Los emperadores comenzaron por considerar auxiliares suyos á aquellos recién llegados, pero cambiaron de opinión al verles atravesar la Bulgaria, para invadir las provincias bizantinas. En 934, 943, asolaron á Tracia, y hubo que comprar su retirada. Cuando fueron vencidos en Alemania, los emperadores de Bizancio enviaron felicitaciones á los emperadores germánicos.

En 958, 961 y 962 los generales griegos rechazaron sus incursiones. Estas invasiones magiares, aunque bastante numerosas, no fueron más que un peligro intermitente para el Imperio.

Al Norte del curso inferior del Danubio y hasta más allá del Dniéper, se extendían los pechenegos de raza turca, que á fines del siglo IX llegaron de las regiones del Ural y del Volga.

Eran tremendos bárbaros, que carecían de poblaciones y vivían como nómadas en tiendas de campaña. La diplomacia bizantina los trataba con mil consideraciones, para poderlos oponer á los rusos, á los húngaros y á los búlgaros; pero los pechenegos hicieron más de una vez causa común con los invasores.

En 934, acompañaron á los rusos contra Constantinopla, y en 1036 devastaron á Tracia y Macedonia. A los doce años, los generales bizantinos triunfaron de una invasión formidable. Los pechenegos vencidos fueron alistados en el ejército imperial, pero aquellos peligrosos auxiliares se sublevaron, derrotaron á las tropas mandadas contra ellos, y hasta 1053 no se acordó una tregua de treinta años. Aquel pueblo de salteadores no estaba destinado á fundar un dominio permanente, y desde el siglo XII ya no se volvió á hablar de ellos.

Los cazaros[11] al Norte del Mar Negro, entre el Dniéper y el Volga, eran vecinos menos molestos. Instalados allí desde el siglo VI, su poder había decaído en el IX y en el X, y la llegada de los pechenegos redujo sus posesiones. Tenían ciudades é

[11] También de raza uralo-altaica como los avaros, los magiares, los búlgaros del Volga y las demás naciones turcas.

instituciones regulares; habían recibido la influencia de la civilización bizantina, y existía entre ellos el cristianismo y el judaismo. Casi siempre fueron fieles aliados de los emperadores. En el siglo VIII, Heraclio prometió su hija Eudoxia á Ziebel, khagan de los cazaros, al cual arrastró contra los persas. Justiniano Rinothmeto, expulsado de Constantinopla, se casó con una princesa cazara, llamada Teodora. En el siglo VIII, León III casó á su hijo Constantino IV con la hija de un khagan, y de este enlace nació León IV, apellidado el Cazaro. Entre ellos reclutó soldados el Imperio. Hasta 1016 no se los encuentra en guerra con los bizantinos, y aun entonces la lucha dió por resultado su sumisión inmediata.

Al Norte de los pechenegos y de los cazaros se habían instalado en Novgorod, á mediados del siglo IX, los rusos ó varegos, mandados por Rurik (862-879). En el siglo siguiente, avanzaron hacia el Sur, se apoderaron de Kiev y dominaron la cuenca superior del Dniéper. En Kiev se reunían sus escuadrillas de barcas angostas, hechas de un tronco de árbol (monoxilo). Para saquear las costas bizantinas tenían que contar con los pechenegos que siempre estaban dispuestos á arrebatarles el botín cuando regresaban. Los rusos estaban en relaciones con Constantinopla á la cual llamaban Tsarigrad, y le enviaban embajadores desde el siglo IX. En 865 una escuadra rusa le atacó sin resultado. En 907, Oleg impuso un tratado á León VI. En 941, Igor, al frente de una expedición formidable, fué derrotado. Volvió á los tres años y hubo que comprar su retirada.

En 956 ó 957, Olga, viuda de Igor, llegó á la Corte de Constantino Porfirogeneta, y se hizo bautizar. Su conversión no ejerció gran influjo entre sus compatriotas. A los diez años, el emperador Nicéforo Focas, en lucha contra Bulgaria, pidió imprudentemente auxilio á uno de los sucesores de Igor, llamado Sviatoslao.

Los rusos, después de haber derrotado á los búlgaros, devastaron el Imperio. Juan Zimisces logró por fin expulsarlos, y firmó con ellos un tratado cuyo texto ha sido conservado por Néstor, el más antiguo de los cronistas rusos (971). En tiempo de Basilio II, Vladimiro, hijo de Sviatoslao, se apoderó en 988 de la ciudad imperial de Querson[12] (1), vanguardia de la civilización bizantina en el Mar Negro, y obligó al emperador á que le diera á su hermana Ana en matrimonio. En cambio, se hizo bautizar, y con él penetraron definitivamente en Rusia el cristianismo y la influencia bizantina. Este acontecimiento, aunque aproximaba á Rusia al Imperio, no suprimió de raíz las guerras. En 1043, reinando Constantino Monomaco, y á consecuencia de una contienda de mercaderes, se dirigió contra Constantinopla una expedición formidable, mandada por Vladimiro, hijo de Yaroslao el Grande, pero sufrió una

[12] En Crimea. Donde estaba esta ciudad, se ha edificado la parte SO. de Sebastopol. No se confunda con el Kherson actual, junto al Dniéper.

completa derrota. La anarquía que devastó á Rusia desde el siglo XI hasta el XIII aseguró por aquella parte la seguridad del Imperio.

Instalación de los eslavos en el Imperio.

Aunque el Imperio resistió en Europa á las invasiones, no pudo evitar la infiltración de los elementos bárbaros. A veces tuvo que instalar en sus tierras á aquellos cuya alianza le parecía preferible á su enemistad. Tal fué el caso de los eslavos, á quienes quiso el Imperio imponer el servicio militar, la contribución y jefes á gusto del soberano. En 659 se encontraban tribus eslavas en los alrededores de Salónica. Algo más tarde, las había en Tesalia, en el Epiro, en el Atica y en todo el Peloponeso, formando lo que se llamaba sclavinias. Se extendieron por todas partes, y en particular en las regiones que despoblaban los ataques de la invasión.

Fueron, para los emperadores, unos huéspedes irreductibles, celosos de su independencia, dispuestos á la rebelión, y sobre los cuales no se podía ejercer más que una soberanía ficticia. De 675 á 681, Salónica se vió continuamente sitiada por eslavos y búlgaros. Constantino Pogonato y Justiniano II lucharon para someter á los eslavos de Tracia y Macedonia. En 688 fueron llevados á Asia treinta mil para que poblasen varias regiones. Más adelante, Irene intentó dominar á los de Grecia; Estauracio recorrió la Tesalia, la Hélada y el Peloponeso para obligarles á pagar tributo (789), pero el año 807 se sublevaron nuevamente y sitiaron á Patras, de acuerdo con los sarracenos. Según los cronistas, salvó á la ciudad la intervención de San Andrés, así como la protección de San Demetrio defendió á Salónica. En lo sucesivo siguieron siendo frecuentes las revueltas en el Peloponeso. En Tracia y en Macedonia, cuando se afianzó el Imperio búlgaro, fueron súbditos suyos los eslavos de aquel país.

A consecuencia de aquellas invasiones, se alteró mucho la etnografía de las provincias de Europa. En una frase célebre y muchas veces discutida, dice Constantino Porfirogeneta: «Todo el Peloponeso quedó eslavizado.» Apoderándose de esta expresión general, muchos sabios contemporáneos han llegado á sostener que la raza eslava había sustituido por completo á la raza griega. Un historiador griego contemporáneo que ha reaccionado con gran ciencia y vigor contra semejantes exageraciones, ha tenido también que reconocer que fueron graves las pérdidas del helenismo. Especialmente en las provincias del Norte, en Tracia y Macedonia «el helenismo fué relegado al litoral. Los nuevos colonos se convirtieron en dueños de todas las comarcas del Norte. Pueblos, aldeas y fortalezas y hasta la mayor parte de las ciudades recibieron denominaciones eslavas. Tanto se multiplicaron con el tiempo estos nombres, que casi borraron las huellas de la antigua preponderancia helénica» (Paparrigopoulo). Encontrábanse eslavos en

Epiro; en Tesalia contaban con dos grandes tribus: los veligostas y los berzitas. En el Atica, los había en Eleusis, á las mismas puertas de Atenas. En el Peloponeso se habían instalado varias tribus suyas, especialmente los milingos y los ezeritas. Sin embargo, «en las provincias del Sur nunca dominaron como en las comarcas del Norte del Imperio» (Ib.) Hubo entre los inmigrantes eslavos y los antiguos pobladores una especie de reparto, cuya proporción varió según las comarcas. En general los eslavos se instalaban en.los campos. El litoral y las ciudades siguieron siendo de los griegos. Salónica, la segunda ciudad del Imperio, sitiada sin cesar y siempre dispuesta á resistir; Larisa, Tebas, Atenas, Patras, Corinto, Monembasia y Lacedemonia no dejaron de ser centros helénicos florecientes[13].

Los emperadores procuraron ejercer inmediatamente sobre todos aquellos pueblos una influencia religiosa conforme con la misión sagrada que se arrogaban y con los intereses del Imperio. Al llamarse "semejantes á los apóstoles», habrían faltado al deber que Dios les imponía si no hubiesen tratado de cristianizar á los paganos. El Basileus organizó misiones y se esforzó en convencer con la fe á aquellos á quienes combatía con las armas. Pronto penetró el cristianismo entre los eslavos de Grecia. Cecilio y Metodio convirtieron á los moravos en el siglo IX, después de haber predicado á los cazaros. También se verá el encarnizamiento con que el Papado disputó á Constantinopla la dirección de las nuevas iglesias de Moravia, de Bohemia y de Bulgaria. Cuando se separaron las iglesias de Oriente y de Occidente, los eslavos instalados en el Imperio permanecieron fieles á Bizancio.

La Italia bizantina. Sarracenos y normandos.

En el siglo VIII, la dominación bizantina, expulsada del Centro de Italia, se refugió en el Sur, en Apulia, Calabria, Pulla y Sicilia. Gracias á una feliz contradicción, León III y Constantino IV no molestaron en aquellas comarcas á los adoradores de imágenes, por lo cual muchos de éstos emigraron de Oriente y robustecieron en Italia al elemento griego. De admitir recientes cálculos, 50.000 fieles, monjes ó laicos, buscaron allí refugio. Sólo en Calabria se fundaron 200 monasterios basilianos. El emperador subordinó al patriarcado de Constantinopla los obispados de aquel país, y los monasterios, convertidos en centros de cultura literaria, propagaron la civilización bizantina.

Las invasiones sarracenas, que ya habían empezado en los siglos VII y VIII, comprometieron el resultado de aquella labor. A fines del siglo VIII, los sarracenos se apoderaron de las Baleares. En 827, llamados por Eufemio, jefe de las tropas de

[13] En la obra de Rambaud, Constantino Porfirogeneta, páginas 222 y siguientes, se encontrará una enumeración de los establecimientos eslavos.

Sicilia, desembarcaron en Mazara, tomaron á Palermo y se hicieron dueños de toda la mitad occidental de la isla (832). Los emperadores trataron de atajar la conquista. Basilio e1 Macedonio consiguió algunos triunfos; pero Siracusa cayó en poder de los sarracenos en 878, y Taormina en 902. A mediados del siglo X, sólo pudo salvarse Rametta. Nicéforo Focas envió á Sicilia una gran expedición mandada por los patricios Nicetas y Manuel; pero fué destrozada, y Rametta tuvo que rendirse (964-965). En 1038 se hizo una nueva tentativa: Jorge Maniaces, que se había distinguido en las guerras de Siria, pudo recuperar Siracusa y algunas otras ciudades, pero cayó en desgracia, y después de su destitución se sucedieron los reveses. Mesina, á pesar de la enérgica resistencia del protospatario Catacalon, sucumbió también. Aunque Sicilia no volvió á pertenecer al Imperio, la civilización bizantina dejó allí huellas profundas que se encuentran principalmente en la historia de las letras y de las artes, bajo la dominación árabe y bajo la dominación normanda. Más al Oeste, la toma de Caralis, en 1002, entregó la Cerdeña á los árabes.

No tardaron los sarracenos en pasar de Sicilia á la Italia meridional. En 839-840, se arrojaron sobre Calabria, se apoderaron de Tarento, invadieron la Pulla, rechazaron á los venecianos, que querían detenerlos, y los persiguieron hasta el Adriático. Bari cayó en sus manos. En 846 llegaron hasta Roma, y saquearon, fuera de la ciudad, las basílicas de San Pedro y San Pablo. Luis II trató de unir contra el temible sultán de Bari á los príncipes y á las ciudades de la Italia del Sur, y como nada consiguiera se dirigió á Basilio el Macedonio y se alió con él. Esta alianza no duró mucho. Muerto Luis II, Basilio emprendió un enérgico ataque. El estratega Gregorio ocupó á Bari, después de haber destruido una escuadra árabe en las costas de Grecia. El almirante Nasar desembarcó en Calabria y ganó otra victoria en el cabo Stilo (880). Tarento fue recuperada, y Nicéforo Focas, nombrado general en 885, acabó de conquistar toda la Calabria y parte de la Pulla.

Los emperadores bizantinos procuraron entonces devolver la prosperidad al país.
Para reparar las pérdidas de población, enviaron numerosas colonias. Basilio estableció en Calabria, después de emanciparlos, á 3.000 esclavos que había heredado de Danielis, rica matrona del Peloponeso. Los sarraceños reaparecieron aún muchas veces.

En 902 atacaron á de una iglesia de Parenzo Cosenza. Se establecieron en un campo fortificado junto al Garigliano y sembraron el terror, hasta que una liga formada por la emperatriz Zoa, el papa Juan X, Berenguer de Friul y los príncipes y las ciudades del Sur destruyó aquella guarida de bandidos. De 919 á 927 hubo nuevos ataques; Tarento fué destruida. En 955 y en los años siguientes, costó muchísimos esfuerzos rechazar otra invasión árabe. Más adelante, Nicéforo Focas y Basilio II tuvieron que defender, contra las acometidas de los emperadores alemanes, las posesiones

bizantinas. A pesar de tantas dificultades, pudo sostenerse la dominación imperial. En Calabria especialmente fué grandísima la influencia del helenismo. “La Calabria del siglo X era completamente griega de corazón, de lenguaje y de costumbres» (Fr. Lenormant). Las recientes investigaciones sobre la historia de aquel país tienden á comprobar esta circunstancia. Allí fueron muy raras las rebeliones, á pesar de la rapacidad de los gobernadores bizantinos. En cambio eran frecuentes en la Pulla. La Italia bizantina estaba administrada por un catapán ó catepán, gobernador general residente en Bari.

Desde principios del siglo XI, aquellos países del Sur llenáronse de aventureros normandos que iban á buscar fortuna, alistándose al servicio de quien los pagara. En 1017, aliados con el lombardo Meles, que quería emancipar del Imperio á la Italia del Sur, derrotaron á los griegos en Arenula y en Vacaricia, pero sucumbieron en 1019, cerca de Cannes, vencidos por el catepán Basilio Bojoannes. Los tres hijos de Tancredo de Hauteville, Guillermo Brazo de Hierro, Guillermo y Hunfredo, después de haber acompañado al catepán Jorge Maniaces en una expedición á Sicilia, se pelearon con él por el reparto del botín. Refugiáronse en la Pulla, siempre rebelde para los bizantinos, llamaron á sus compatriotas dispersos por el Sur de Italia y derrotaron á los griegos en Venosa, en Cannes (1041) y en Monte Peloso. Esta lucha originó rápidamente el final de la dominación griega; Bari, la última posesión bizantina, cayó en manos de los normandos en 1071; Sicilia fue conquistada por Roger, y Roberto Guiscardo, duque de Pulla y de Calabria por la gracia de Dios y de San Pedro, no tardó en mandar una expedición contra Corfú y la costa griega del Adriático. En medio de todo, los príncipes normandos no trataron de destruir el helenismo ni en la Italia del Sur ni en Sicilia. Respetaron las creencias y los usos de las poblaciones que habían sojuzgado. Su objeto era llegar á ser los dueños del Imperio. Roberto ostentaba orgullosamente los títulos de «duque, rey y emperador».

Los vasallos del Imperio.

Cuando el Imperio trataba de sostener sus posesiones en las fronteras ó de reconquistar los territorios perdidos, le ayudaban los Estados vasallos que con hábil política supo agrupar á su alrededor. Los príncipes y los Estados que reconocían la soberanía del emperador, tenían que cumplir ciertas obligaciones. Inscribían su nombre en el encabezamiento de los documentos públicos, le pagaban tributo, le suministraban soldados y buques y se suponía que obedecían sus órdenes. En cambio, Bizancio les garantizaba su protección. Los príncipes recibían la investidura imperial á su advenimiento, y se les confería un título: un cargo cortesano. Verdad es que no siempre se observaban con gran escrupulosidad aquellos convenios recíprocos.

En Italia, los príncipes lombardos de Capua y de Salerno eran, generalmente, aliados poco seguros, más dispuestos á conquistar que á proteger las posesiones bizantinas. Las regiones comerciales que tenían factorías en el Oriente griego, y que disfrutaban en ellas privilegios muy provechosos, eran clientes más fieles, como las repúblicas de Nápoles, de Gaeta y de Amalfi, pero especialmente la de Venecia. Hasta la época de las Cruzadas, el destino de Venecia estuvo siempre unido al del Imperio. Le dió tropas auxiliares y, sobre todo, escuadras, que le ayudaron á luchar contra los sarracenos. En el siglo VIII, apremiados por Pipino para que se declarasen vasallos de los francos, los venecianos habían contestado: «Somos esclavos del Basileus de los romanos y no tuyos". Venecia era el emporio del comercio de Occidente y de Oriente. Con los productos del Imperio penetraban allí las costumbres bizantinas. Los dux, orgullosos con llevar los títulos honoríficos de cónsules ó de protospatarios, imitaban los trajes y ceremonias de los griegos; enviaban sus hijos á Constantinopla y á veces lograban casarse con princesas imperiales. En Venecia, las artes y la civilización estaban impregnadas de orientalismo.

En la costa opuesta del Adriático se extendía la Dalmacia. Allí se erguían ciudades importantes y prósperas como Ragusa, Spalatro y Zara, donde subsistían antiguas poblaciones latinas. Habían constituido el tema de Dalmacia, y después, en el siglo VIII, se habían emancipado, pero amenazadas por los sarracenos por la parte del mar, y por los croatas y servios por tierra, volvieron otra vez al Imperio. Sin embargo, la Dalmacia no figura en la lista de los temas de Constantino Porfirogeneta. Más adelante, Basilio II encomendó á Venecia el protectorado de las ciudades dálmatas. Correspondióle también la misión de proteger el Adriático contra los piratas narentanos, croatas y sarracenos que lo infestaban.

Si pasamos de las costas al interior del país, al triángulo comprendido entre el Drave y el Danubio al Norte, el Adriático al Suroeste, y el Pindó al Este, veremos que aquellos croatas y servios vivían en una semi-independencia. Ambos pueblos eslavos se dividían en cantones que tenían sus jupan, jefes particulares, bajo el mando general de un duque ó un rey. La Croacia estaba más unida y el poder era más estable, mientras que en Servia se sucedían las revoluciones y los disturbios. Los croatas eran temibles; según Constantino Porfirogeneta podían armar un ejército de 100.000 infantes y 60.000 jinetes, y disponían de una escuadra. Servios y croatas instalados en el Imperio por Heraclio, eran siervos suyos; sus jefes recibían del emperador los títulos de patricios y protospatarios; contribuían á reforzar los ejércitos bizantinos, y fueron unos auxiliares muy provechosos en las luchas contra Bulgaria. Este concurso les originó terribles represalias. Reinando León VI, el zar Simeón se apoderó de Servia y destruyó una parte de la población.

Poco después se restauró Servia con la protección de los emperadores y les demostró su agradecimiento con su fidelidad. Hasta el año 1040 permaneció adicta al Imperio.

En las orillas septentrionales del Mar Negro, desde la desembocadura del Danubio hasta el Cáucaso, habían florecido en otro tiempo colonias griegas potentes y gloriosas: Olbia, Panticapea, Fanagoria, Tanais, etc. Estas avanzadas de la civilización helénica tuvieron que sucumbir ante el brutal empuje de las invasiones. En el siglo X no quedaba más que la de Querson en Crimea, aislada en plena barbarie. Aunque Constantino Porfirogeneta habla del tema de Querson, esta ciudad, más que súbdita era vasalla; sus habitantes vivían como en república al mando de un magistrado supremo, y el estratega que les enviaban de Constantinopla venía á ser una especie de embajador. Querson, situada en medio de un mundo bárbaro y en relaciones comerciales con todos aquellos pueblos, era muy provechosa para Bizancio. El príncipe ruso Vladimiro se apoderó de ella en 988, pero la restituyó en seguida.

En Asia también tenía vasallos el Imperio: al Norte, entre los jefes de los pueblos del Cáucaso, y al Sur, entre los emires árabes; pero los más importantes fueron los reyes y príncipes armenios. Colocada Armenia entre el Imperio bizantino, el Imperio persa y el Imperio árabe, se vió complicada en todas sus luchas. Entre Armenia y Bizancio existieron constantes relaciones políticas y diplomáticas. Los pagrátidas eran los príncipes armenios más poderosos. En la primera mitad del siglo IX, los árabes invadieron el país, se apoderaron del príncipe Sampad y lo llevaron prisionero á Bagdad, donde murió en un calabozo (856). Su hijo Aschod, sometido al califa que le había coronado rey, compró con un tributo le relativa independencia de su país. Durante el reinado de Basilio I, la influencia bizantina penetró de nuevo en Armenia. Aschod tuvo que pedir á Bizancio la confirmación de su poder. En el siglo X los emperadores bizantinos sostuvieron al heredero de 1os pagrátidas Aschod III (921-928), á fin de sostener en la categoría de vasallos á los príncipes armenios que formaban por bajo del rey un feudalismo poderoso. Lo mismo hicieron en Iberia y en Georgia. A todos estos clientes de Bizancio se les otorgaban pensiones ó se les prodigaban títulos: el rey de Iberia era curopalato honorario del palacio imperial; otros eran magistri, patricios ó protospatarios.

Sin embargo, entre Bizancio y Armenia existían graves disentimientos religiosos. Los patriarcas de Armenia no habían aceptado, por completo, las decisiones del concilio de Calcedonia (451). A consecuencia de esto hubo conflictos entre el rito griego y el rito armenio, que originaron disturbios, persecuciones y hasta guerras. En el siglo X, Basilio II redujo la independencia de aquel país; y, por fin, Constantino Monomaco (1042-1055) anexionó la Armenia al Imperio. Fué una

conquista desgraciada. Armenia, mientras era independiente, había podido rechazar las invasiones; convertida en provincia imperial y teniendo que esperar socorros de Bizancio, se vio á merced de cualquier invasor. La lucha contra los turcos iba á demostrárselo al Imperio.

Tal era el sistema de Estados vasallos: formaba la vanguardia de las provincias imperiales, como una primera línea de defensa que amortiguaba el choque del enemigo. Esta prudente combinación política contribuyó á sostener el Imperio. Cuando se prescindió de ella, cuando se modificó la situación de Armenia y cuando Venecia y Servia anhelaron mayor autonomía, empezó una era de decadencia y de reveses.

Relaciones con el Imperio germánico y el Papado.

En Occidente, el Imperio se encontró ante dos potencias que dominaban el mundo latino: el Pontificado y el Imperio germánico. El Pontificado, que había conseguido emanciparse de su autoridad y se había provisto de territorios á costa suya, sólo podía pasar á sus ojos como una potencia rebelde.

La otra, suscitada contra él, no podía ser más que una usurpadora. Y, sin embargo, era tanta su influencia, que aún odiándolas y anhelando su perdición tenía que contar con ellas. Esto viene á explicar la política bizantina, pues si obligada por los acontecimientos pareció ceder é inclinarse ante los hechos consumados, nunca olvidó en el fondo la humillación que se le había impuesto. En el siglo IX, Basilio I y el emperador Luis II se aliaron contra los árabes; pero su inteligencia no duró mucho tiempo. Una carta de Luis II dirigida á Basilio, conservada por un cronista italiano, nos dice que también en aquella ocasión se trataba del título de Basileus: «No se asombre vuestra fraternidad, decía Luis, de que usemos el título de emperador de romanos y no de francos. De los romanos proceden nuestro nombre y nuestra dignidad. Hemos recibido el gobierno de este pueblo y de esta ciudad, y la misión de defender y exaltar á esta madre de todas iglesias, que ha conferido á nuestra familia la autoridad real y después la imperial... Por la rectitud de nuestra fe y de nuestra ortodoxia hemos merecido alcanzar el gobierno del Imperio romano; los griegos han dejado de ser emperadores de romanos por sus malas doctrinas y su espíritu de herejía; han abandonado, no sólo la ciudad y la residencia del Imperio, sino también la nación y la lengua romanas para emigrar á otra ciudad, á otra nación, á otro país y á otro idioma.» No fueron menos ásperas las contiendas en el siglo siguiente. En el capítulo IX hemos hablado del fracaso de Luitprando, obispo de Cremona, enviado á Constantinopla por Otón I, para pedir la mano de la princesa Teófana. Después de la muerte de Nicéforo Focas, Teófana se casó con el futuro Otón II (972); pero esta boda no consiguió reconciliar á los dos Imperios. Otón II

sólo pensaba arrebatar á los griegos la Italia del Sur. Más adelante, Enrique II intentó otra expedición (1022), sin gran resultado. Mucho tiempo después, reinando Enrique IV, el Imperio germánico se anexionó la Italia meridional y Sicilia, que eran entonces normandas. Pero entre los dos Imperios, entre aquellas dos razas no podía extinguirse la hostilidad. Tenía que estallar, poderosamente, en la época de las Cruzadas.

Las relaciones con el Papado eran más frecuentes, pero no menos difíciles. En vano se habían retractado los emperadores, restableciéndose el culto de las imágenes; casi inmediatamente habían surgido nuevos conflictos, como si ya fuese imposible la unión religiosa entre Oriente y Occidente. Mientras que gobernaba la Iglesia latina, Nicolás I (858-867), Focio, político astuto, sabio erudito muy ambicioso y muy inteligente, fué nombrado patriarca de Constantinopla en lugar de Ignacio, que no había querido dar la comunión al César Bardas (857). Focio consiguió sobornar á los legados de Roma encargados de una pesquisa sobre su elección; pero Nicolás I lanzó el anatema contra él en el concilio de Letrán (863). Como el emperador interviniera en la contienda, el papa le contestó sin ningún miramiento, recordándole sus numerosos antecesores herejes y discutiéndole el título de emperador de romanos. Parece que Miguel III había llamado bárbara á la lengua latina. «Dejad de llamaros emperador de romanos —le escribía el papa— puesto que estos romanos no son, á vuestro juicio, más que unos bárbaros.» Rechazaba además las pretensiones tantas veces sostenidas por los obispos de Constantinopla, y después de aludir á los patriarcas de Antioquía y de Alejandría, agregaba: «En cuanto á los obispos de Constantinopla y de Jerusalén, también se los llama patriarcas, pero no tienen la misma autoridad. Ningún apóstol instituyó la iglesia de Constantinopla y el concilio de Nicea no la menciona. Sólo porque se llama á Constantinopla la nueva Roma, y más por efecto del favor de los príncipes que de la razón, ha tomado el obispo el título de patriarca.»

La conversión de Bulgaria y las misiones de Cirilo y de Metodio agravaron más la lucha. Nicolás I quitó al Oriente la dirección de aquella propaganda religiosa, porque los búlgaros, enemigos de los griegos, se amparaban de Roma. Focio protestó violentamente convocando un concilio en Constantinopla (867). Ya se habían señalado también las disidencias entre Oriente y Occidente, respecto á la procedencia del Espíritu Santo[14], y en ciertos puntos de disciplina, como el celibato de los sacerdotes.

[14] Ya había adoptado la Iglesia de España, en el siglo V, la inserción de la fórmula Filioque en el símbolo de Nicea, y la Iglesia franca había seguido su ejemplo en el siglo VII.

Cuando Basilio I se apoderó del trono, empezó por reponer á Ignacio. ¿Sacrificaba Á Focio para reconci1iarse con Roma, ó le castigaba por haberle negado la comunión después del asesinato de Miguel? Sea de ello lo que fuere, la corte de Bizancio se disculpó ante Adriano II (867-872), sucesor de Nicolás I, y un nuevo concilio (octavo ecuménico), reunido en Constantinopla, lanzó el anatema contra Focio y sus partidarios (Octubre 869, Febrero 670).

La hostilidad entre ambas iglesias estalló inmediatamente después. Agraviaba á los obispos de Oriente la omnipotente intervención de los legados del papa. Griegos y latinos se disputaban otra vez la dirección eclesiástica de los búlgaros. Su rey Boris había enviado embajadores á Roma en 866, significando así su adhesión á la Iglesia latina. Basilio, poco más tarde, negociaba con los búlgaros para que sustituyeran al clero latino con el griego (870). Focio, después de recobrar el favor imperial, trató también de reconciliarse con el papa Juan VII (872-882). Un nuevo concilio (Noviembre 879, Marzo 880), reunido en Constantinopla, le proclamó patriarca, pero Focio, no contento con esta victoria, agregó á las actas la supresión del Filioque en la fórmula del símbolo, y el reconocimiento de la primacía de Constantinopla, con lo cual se reanudó la guerra. Juan VIII pronunció otra vez el anatema contra Focio, y León VI depuso al patriarca (886), que murió en 891.

Aunque por lo pronto pareció restablecida la inteligencia, subsistían las desconfianzas. En el siglo XI, reanudada la lucha, se llegó á la separación definitiva. El patriarca Sisinios reprodujo en 995 los ataques de Focio contra Roma. Sergio, su sucesor, borró el nombre del papa en los dípticos de la iglesia de Constantinopla. En cambio Basilio II y el patriarca Eustatho pidieron al papa Juan XIX «que la iglesia de Constantinopla fuera llamada ecuménica in suo orbe, en su esfera, así como la iglesia de Roma se llamaba ecuménica en toda la cristiandad». Finalmente, Miguel Cerulario llegó en 1043 á la sede de Constantinopla, declaró la guerra y cerró las iglesias y los conventos latinos de la capital. En una carta á Juan, obispo de Trani en Apulia, escrita de concierto con León, arzobispo de Ocrida en Bulgaria, enumeraba todas sus quejas contra la iglesia latina. Le echaba en cara el uso del pan ázimo para la eucaristía, el ayuno del sábado durante la cuaresma, el permiso para comer animales ahogados y no sangrados. El emperador Constantino Monomaco y el mismo Cerulario entablaron negociaciones con León IX para restablecer la paz de la Iglesia; pero el cardenal Humberto, uno de los legados de Roma enviados á Constantinopla en 1054, cometió la falta de emplear en los debates un tono agresivo y sarcástico que los agravó. El patriarca usó de represalias y las negociaciones se rompieron. El 16 de Julio, los legados pontificios depositaron en el altar de Santa Sofía una sentencia de excomunión contra Cerulario, y á los cuatro días regresaron

á Roma. El patriarca excitó los ánimos contestando con alegaciones contra la Iglesia latina, que en parte eran falsas.

Las consecuencias de este conflicto, en el que todos habían cometido faltas, fueron irreparables. El cisma acababa de estallar. Cuantos esfuerzos se hicieron para restablecer la unión fracasaron. No hay que detenerse ante los aparentes pretextos que motivaron la ruptura. Detrás se ocultaba un hondo antagonismo entre las dos iglesias, un hondo antagonismo de espíritu que se había manifestado desde muy pronto, y que de siglo en siglo se fué haciendo más violento. Desde el siglo XI, el Oriente y el Occidente cristianos se miraron como enemigos mortales, y bien se demostró cuando las Cruzadas. Aquellas expediciones que podían haber asegurado la defensa del mundo cristiano contra el musulmán, tanto se dirigieron contra el Imperio bizantino como contra los infieles. Los latinos debilitaron y desorganizaron la potencia que habría debido ser su aliada natural. Ninguna otra causa influyó con tanta intensidad en los destinos del Imperio de Oriente. La toma de Constantinopla fué, en parte, la consecuencia directa del cisma del siglo IX.

III.—Organización del Imperio

El emperador y la corte.

Durante todo el período que hemos estudiado, al mismo tiempo que el Imperio demostraba su fuerza en las guerras exteriores, una administración sabia y complicada tenía á su cargo el régimen interior. No es fácil trazar un cuadro de esta organización administrativa. Hay asuntos muy importantes, como el de los impuestos, que acaso nunca se conozcan bien. De todos modos, el principio de gobierno, la misión de los principales funcionarios y las reglas de la administración local pueden determinarse con bastante fijeza.

El emperador era un monarca absoluto, cuyo poder carecía de limitación legal. Ostentaba oficialmente los títulos de Autócrata, Basileus y Despotes. En su vida y en sus relaciones con la humanidad, todo estaba calculado para fortalecer aquella idea de respeto y de admiración que había de ser inherente á su persona. No era un simple mortal, sino un ser santo cuyo menor movimiento y cuyo acto más insignificante había de tener un carácter de majestad que impresionase las imaginaciones. Su morada se llamaba el Palacio Sagrado. Su existencia era una comedia solemne y continua, en la cual los funcionarios, los grandes, las facciones del circo y el pueblo hacían el papel de comparsas. El ceremonial determinaba todos los pormenores de la representación escénica, los trajes que el emperador se había de poner según las circunstancias, el modo de recibir, el de salir y las aclamaciones que había de oír á su paso. Hasta el entusiasmo estaba sometido á fórmulas, y el

pueblo tenía que ajustarse á aquellas reglas para expresar su júbilo. Al ser admitido ante el emperador, había que prosternarse y besarle las rodillas. Salía en días determinados para visitar tal ó cual iglesia, y desde la víspera los heraldos anunciaban por la ciudad el gran acontecimiento. Se limpiaban las calles, se alfombraban con flores y se llenaban de perfumes. A la hora designada se reunían en palacio los altos dignatarios, los funcionarios y las guardias. Penetraban los chambelanes en el santuario imperial y revestían con deslumbrador traje de ceremonial á la persona sagrada. Después aparecía el Basileus, precedido por una inmensa comitiva formada por su corte, que desfilaba por orden jerárquico. A su paso resonaba la letanía de las felicitaciones oficiales. Los juegos del circo, cuya moda se sostuvo hasta el siglo XII, también se sujetaban á la etiqueta oficial. El hipódromo formaba, digámoslo asi, parte del palacio, y el emperador no tenía que salir de casa para llegar á él.

Las dos grandes facciones de Verdes y Azules eran corporaciones oficiales (demoi) con sus bienes y rentas, y figuraban en las ceremonias imperiales. Sus jefes, que llevaban los nombres de demócrata o demarca, eran funcionarios. Los emperadores de la casa macedónica, más cuerdos que los de los siglos VI y VII, evitaron demostrar á cualquiera de ambos bandos una predilección que hubiera convertido al otro en partido oposicionista y habría podido provocar motines.

Hay que leer la obra de Constantino Porfirogeneta sobre las ceremonias de la corte para comprender hasta qué punto se llevaba aquella manía etiquetera fastuosa y pueril. Se exageraba el lujo cuando se quería asombrar la vista y el espíritu de los embajadores extranjeros. Liutprando, en su Antapodosis, ha contado su recepción, cuando en 948 le envió á Constantinopla el rey Berengario. Cerca del trono del emperador rugían y meneaban la cola dos leones dorados; en un árbol dorado cantaban aves, doradas también. Semejantes prodigios no podían menos de maravillar á los enviados búlgaros y rusos. Liutprando pretende que no se dejó engañar, á pesar de que cuando adoró al emperador, le vió elevarse por el aire con su trono y reaparecer de pronto con otro traje, sin que se pudiera descubrir cómo se verificaban aquellas mutaciones á la vista. La etiqueta bizantina era muy aficionada á estas tramoyas, siendo trascendental la misión de los maquinistas en tales magias imperiales.

Esta era la parte necia y ridicula de la monarquía bizantina. Semejante ceremonial, monótono y costoso, no evitó ninguna revolución ni consolidó el poder de un solo emperador. Divertía á los papanatas y asombraba á los bárbaros, pero no engañaba á nadie. Hasta el espíritu popular estaba acostumbrado á despojar al ídolo oficial de todo aquel vano esplendor y á enterarse de lo que valía realmente.

La Administración central. Senado. Nobleza administrativa.

En Constantinopla, alrededor del emperador, se agrupaba una administración central, subdividida en numerosos servicios. Los dignatarios que la componían se clasificaban con arreglo á una jerarquía minuciosa, y muchos desempeñaban á un tiempo funciones cortesanas y gubernativas[15].

El logoteta del Dromo ó de la Carrera, encargado primeramente del correo, se convirtió en gran logoteta. Dirigía la administración financiera y la civil; tenía á sus órdenes á una legión de logotetas de orden inferior, encargados de los diferentes servicios: tesoro privado del emperador, correos, etc. Unía á sus funciones de gran tesorero las de gran canciller, y estaba encargado de la correspondencia oficial y de las crisobulas (bulas con sello de oro). El protobestiario, gran maestro de ceremonias y administrador del palacio, estaba encargado de las audiencias públicas y privadas. En otro tiempo, estas atribuciones habían correspondido al curopalato, cuya dignidad subsistía, pero reducida á un título meramente honorífico. El gran primicerio desempeñaba el cargo de gran chambelán. A la cabeza del ejército estaba el gran doméstico. Este nombre de doméstico tenía, en el lenguaje administrativo de la época, el sentido de jefe ó comandante, cuando se aplicaba á una función militar. Después de él venía el protostator, caballerizo imperial que era en cierto modo el lugarteniente general de los ejércitos. El gran estratopedarca dirigía el servicio de administración militar, y el condestable mandaba los auxiliares francos.

El gran drongario de la vela, encargado de la custodia del campamento, respondía de la policía del palacio. La marina estaba á las órdenes del megaduque ó gran duque (dignidad que no apareció hasta el siglo X), después del cual figuraba el gran drongario de la escuadra. Por bajo de estos grandes personajes que formaban el consistorio ó consejo del emperador, se escalonaba una multitud de funcionarios asignados á la corte, y que llenaban el palacio y las oficinas.

Por su calidad de juez supremo, recibía el emperador, en su tribunal imperial, compuesto de altos funcionarios, las apelaciones de las diversas jurisdicciones. Desempeñaba la presidencia que, estando él ausente, correspondía al eparca, y más adelante, después de mediado el siglo XI, al drongario de la vela. Las peticiones que se le dirigían eran examinadas primero por los doce jueces del velum ó del hipódromo, investidos de una jurisdicción particular. La administración judicial de Constantinopla dependía del eparca (al cual sustituía también el drongario de la vela) y del cuestor, cuyas atribuciones desaparecieron á mediados del siglo XI. De

[15] Estos títulos y funciones, son los mencionados en los capítulos I y IV.

orden inferior eran los tribunales de los pretores, del parthalasita (jurisdicción marítima) y de los jueces de las regiones. Subsistía el Senado, que se sostuvo hasta los últimos días del Imperio. Durante el sitio de Constantinopla en 1453, Constantino Dragases recibió en él á los embajadores de Mohamed II. Muy vagas son las noticias que poseemos de este organismo, que se compondría probablemente de funcionarios de las altas clases de la administración. Aunque León VI le había quitado el poder legislativo, todavía se le presentaban las leyes de mucha importancia. Judicialmente, entendía en los crímenes políticos, en las conspiraciones y en las causas contra grandes personajes ó senadores. Deliberaba á veces acerca de las negociaciones con el extranjero y de las guerras. Intervenía en la elección del patriarca y en los asuntos religiosos, y tomaba parte en las elecciones imperiales, ó las confirmaba al menos. Su influjo era bastante grande para poner en peligro el poder de los emperadores á quienes era hostil. Por eso ha podido decir un historiador, que «acaso representara en realidad un papel más importante que el que dejan entrever los textos» (Lecrivain).

Inferior al Senado era el orden senatorial, que se componía de los principales funcionarios activos ó jubilados, de sus descendientes y de la nobleza provincial, reclutada según los mismos principios. Los miembros de esta aristocracia administrativa eran numerosos (más de diez mil, según cierto documento). Disfrutaban determinados privilegios y no dependían más que de la jurisdicción del Senado ó del emperador. Estaban divididos en distintas clases, pues sobre toda la sociedad bizantina pesaba una jerarquía no menos minuciosa que la etiqueta imperial. Inmediatamente después del emperador se encontraba, á veces, el César. El título de despotes no se concedía más que á miembros de la familia imperial ó á príncipes vasallos. Los de nobilísimos, sebastas, pansebastas y protosebastas, etc., también se reservaban á la familia imperial ó á personajes elevadísimos. Venían luego los patricios, protospatharios, spatharios, spatharocandidatos, cubicularios, spatharocubicularios, condes, procónsules, cónsules, etc. Los protospatharios, spatharios y spatharocandidatos eran guardias honorarios de la persona imperial, una especie de «Legión de honor», según comparación de un sabio contemporáneo.

La Administración provincial. Los temas.

El Imperio bizantino había empezado por conservar la división que se encuentra en la Notitia dignitalum, á principios del siglo V. Diócesis, provincias y ciudades. Tenían estas divisiones carácter civil, pues los emperadores del siglo IV se habían dedicado á separar los poderes civiles y los militares, antes confundidos. Como esta organización provocaba conflictos entre las autoridades civiles y militares, le pareció perjudicial á Justiniano y confió á las mismas personas, en ciertas provincias, las atribuciones civiles, militares y financieras. Sus sucesores siguieron

la misma política. En el siglo VIII, reinando Constantino Pogonato, se introdujo la división del Imperio en temas, cuyo cuadro, no tan claro como fuera de desear, se encuentra en los escritos de Constantino Porfirogeneta.

La división en temas tiene un carácter militar, pues tal nombre se aplicaba indistintamente á la provincia y al cuerpo de tropas que la guardaba. Los temas eran gobernados por estrategas, generales y gobernadores á un tiempo, investidos de poderes considerables, y que correspondían directamente con el emperador. El número y límites de aquellas circunscripciones variaron según las épocas. En su libro De los temas, Constantino Porfirogeneta cuenta 12 en Occidente y 17 en Oriente.

Aquellos temas se subdividían en turmae, y éstas en vexilla ó bandi. El turmaca era un funcionario civil y militar, subordinado al estratega. En algunos temas, en vez de la expresión estratega, se usaban otras como conde del Opsikion, domésticos de los optimates, catepán ó catapán. Además, ciertos países tenían una organización especial y no formaban temas. Bulgaria, conquistada por Basilio II, estaba administrada por duques ó pronoetas. También había duques de Antioquía, recuperada en 969, y en Edessa, es decir, en ciudades y territorios militares de la frontera. Por eso se han comparado aquellos duques bizantinos con los margraves ó condes de las marcas de Occidente. No todos los estrategas tenían la misma importancia. Se dividían en varias clases, que se diferenciaban en la cuantía del sueldo (el más elevado venía á importar unas 200.000 pesetas). Algunos de ellos no lo tenían, ó cobraban de las rentas de su tema. La duración de sus funciones no estaba sujeta á otra regla que á la voluntad del emperador, que unas veces nombraba estrategas con título y otras meros delegados.

Junto al estratega se agrupaba su estado mayor; el doméstico del tema, que era como su lugarteniente; el. cartulario del tema, que desempeñaba las funciones de intendente militar y dependía á un tiempo del estratega y del logoteta de la milicia de Constantinopla, y el conde de la tienda de campaña, que vigilaba el servicio del cuartel general. En los temas marítimos había un drongario de la escuadra. Existían también numerosos funcionarios de segundo orden: los turmacas, los drongarios (que solían mandar mil hombres), los condes, los centarcas, los castrofilacos ó clisurarcas (comandantes de plaza), etcétera. En el orden civil, los condes de los acueductos, los inspectores de minas, los directores de fábricas imperiales, los curadores de palacios y posesiones del emperador, los comerciarios, encargados de cobrar los impuestos sobre el comercio y la agricultura, etcétera. Además, en cada tema existía un funcionario que no pertenecía á las primeras clases de la nobleza administrativa, pero cuyas atribuciones eran muy extensas: el protonotario del tema, independiente (al parecer) del estratega, dependía del cartulario del sacellum, gran

tesorero del Imperio. Estaba encargado de la hacienda; cobraría, probablemente, la mayor parte de los impuestos; vigilaría los gastos y proveería de víveres al ejército. A veces se le daba también el título de juez del tema, y por lo tanto había de estar investido del poder judicial.

El feudalismo en el Imperio griego. Grandes propietarios.

En las provincias tropezaba el poder central con la influencia preponderante de los grandes propietarios. En Oriente, lo mismo que en Occidente, se había formado una poderosa aristocracia territorial, á expensas de la clase de hombres libres y pequeños propietarios; pero, de todos modos, en el Imperio bizantino carecía de algunos de los caracteres esenciales del feudalismo latino.

Llamábanse estos grandes propietarios arcontes, filarcas (jefes de tribu) ó dinates (poderosos). Más adelante, al instalarse los francos en el Peloponeso, reconocieron á los sires (señores), y aquella oligarquía oriental, después de haber empezado por luchar contra los barones latinos, se puso de acuerdo con ellos para oprimir á los pequeños propietarios.

Estos dinates extendían sus dominios comprando las tierras de los pequeños labradores, ó usurpándoselas violentamente. Muchas veces, los pequeños terratenientes se recomendaban á ellos para alcanzar su patronato, convirtiéndose en meros usufructuarios. Así llegaban los poderosos á poseer distritos, y en ocasiones hasta provincias enteras. Los funcionarios, los jefes militares, á quienes las Novelas consideran también como dinates, solían hacer causa común con aquellos usurpadores. Alarmado el poder imperial, quiso proteger á los pequeños propietarios. Basilio I, á fin de que no les retrajase en su derecho la importancia de las costas que devengaban los pleitos con los poderosos, creó rentas para atender en parte á tales gastos. Unas Novelas de 922, reproducidas más adelante, prohibieron á los ricos la adquisición de bienes de pobres y de militares en aquellos municipios donde no tuvieran ya tierras. Como esta prohibición no se respetase. Constantino VII dictó disposiciones severísimas, mandando que los poderosos que desde su advenimiento al trono hubieran comprado bienes de pequeños labradores, contra 1o dispuesto en las leyes, fuesen expulsados de ellos sin indemnización. Nicéforo Focas y Basilio II lucharon también contra aquellas intrusiones. Entre los poderosos que así comprometían la existencia de la pequeña propiedad hay que citar en lugar preferente las iglesias y los monasterios, especialmente éstos, que se apoderaban á un tiempo de la tierra y de quien la cultivaba. Romano Lecapeno prohibió en una Novela de 934 que al hacerse fraile algún aldeano regalase sus fincas al convento. Nicéforo Focas, reanudando las tradiciones de los emperadores iconoclastas, publicó dos Novelas prohibiendo en una la construcción de nuevos monasterios, y

en otra que las iglesias adquirieran nuevos bienes. “Los frailes —decía— no poseen ninguna de las virtudes evangélicas. Siempre están pensando en adquirir nuevos bienes terrenales.» Es tanto más denotar este lenguaje, cuanto que Nicéforo era devoto; antes de ocupar el trono había sido amigo de San Atanasio, que tanto contribuyó á fundar en la península del Athos aquella extraña república monástica que sobrevivió .al Imperio. Juan Zimisces adoptó medidas análogas; pero estas tentativas no dieron resultado y Basilio II volvió al derecho antiguo.

La diplomacia.

Para negociar con los enemigos é introducir divisiones entre ellos y para sujetar á los vasallos á la obediencia, necesitaba Bizancio una diplomacia muy avisada, hecha á observarlo todo. Reclutábase entre los funcionarios de la corte, pero los documentos no hablan de una organización administrativa especial, de un cuerpo diplomático. Cuando se enviaban embajadores, se les exigía que explicasen la conducta que pensaban seguir, y se les daban instrucciones. Constantino Porfirogeneta indica en su tratado sobre la Administración el sistema que los enviados debían emplear con cada pueblo. No les detenían los escrúpulos. La intriga, la mentira y la traición, eran armas legítimas. La diplomacia veneciana se derivó de la bizantina y toda la diplomacia italiana del Renacimiento se formó por dicho modelo.

Embajadores de todos 1os países visitaban constantemente á Bizancio. Eran recibidos muy cortésmente, pero con grandísima desconfianza. Aparentándoles hospitalidad se les sometía á un verdadero secuestro. Vigilábanse sus idas, sus venidas y sus relaciones. No se les enseñaba más que lo que pudiera deslumhrarles y convencerles de la riqueza y del poderío imperial.

La política exterior de Bizancio no abandonaba en teoría ninguna de sus antiguas pretensiones. Para ella seguía existiendo el Imperio romano, con las mismas fronteras. En el siglo X aun escribía Constantino Porfirogeneta que Roma, aunque gobernada por el papa, dependía de Constantinopla, y que el emperador era el dueño del Mediterráneo hasta las columnas de Hércules. Para afirmar esta supremacía se recurría muchas veces á artificios pueriles. Se conservaban los nombres de los temas de Sicilia y Lombardía, á los cuales ya no correspondía ningún dominio y se prodigaban generosamente títulos de dignidades bizantinas. De todos modos, la historia ha venido á demostrar que estas ficciones no carecían de valor. En Oriente había más de un principe eslavo, ruso, turco, armenio ó árabe á quien halagaba mucho ocupar un puesto en la jerarquía imperial.

El ejército.

La organización de los ejércitos bizantinos que tantas guerras sostuvieron y tantas victorias alcanzaron, había de preocupar á los emperadores.

Aquellos ejércitos adolecían de un defecto capital: se componían en gran parte de mercenarios. No quiere esto decir que sólo los formasen soldados reclutados del exterior, sino que la contribución de sangre no recaía sobre todas las partes del Imperio. No había quintas ni servicio obligatorio. Existían la clase civil y la clase militar.

Para reclutar la clase militar fue necesario concederle privilegios, originando la institución de los feudos militares. El Estado concedía tierras (stratiotica ktémata) á personas que se comprometían á servir en e1 ejército. Generalmente estas personas no eran de raza griega, sino más bien colonos eslavos, árabes ó armenios, pero siempre súbditos del emperador.

Numerosas Novelas del siglo X reglamentaron la condición de estas tierras, que solían llamarse "tierras imperiales". Tenían un valor determinado y podía ser desposeído de ellas quien no observase fielmente el contrato. Se inscribían en catastros especiales, llamados registros militares, y desde aquel momento eran inalienables y ni siquiera el fisco podía embargarlas. Se transmitían por herencia, pero seguían sujetas á la contribución de sangre, y no se las podía adquirir sin someterse á las obligaciones que les eran inherentes. Se prohibió su compra á los funcionarios, á los clérigos y á los grandes propietarios. No se conoce exactamente el número de estos feudos. Ciertos temas de los más importantes debían tener 4.000 y otros unos 2.000. Esta organización guardaba bastante semejanza con el sistema feudal de Occidente, y en el siglo XIII llamó la atención de los latinos que consideraron nobles á aquellos terratenientes. Entre ellos y los barones latinos había, no obstante, la diferencia esencial de que dependían directamente del emperador. No se encontraba en Oriente aquella jerarquía de soberanos y vasallos que quitaba al rey de Francia gran parte de su poder y de las fuerzas militares del reino. Según hace observar Zacarías de Lingenthal, el historiador más sabio del derecho bizantino, «como el espíritu oriental no se prestaba á la idea de la ley feudal recíproca y hereditaria, la institución del feudo no pudo arraigar hondamente en aquel país».

La institución de los beneficios militares ya existía en el antiguo Imperio, y los soberanos bizantinos se apresuraron á restaurarla. El tema Optimate, en Asia, debió su nombre á los soldados godos (optati ú optimates) que allí habían recibido en otro

tiempo beneficios militares. Justiniano trasladó á muchos búlgaros como terratenientes militares á Armenia y al Lázico (530). Constantino Pogonato repartió á 25.000 mardaítas del Líbano entre diversas provincias. Justiniano trasladó al Asia Menor á 30.000 eslavos (687). Teófilo (829-842) instaló á 14.000 turcos en Macedonia y á 30.000 persas en diversos temas. Constantino Porfirogeneta, en su libro De las Ceremonias, reglamentó la admisión de los prisioneros sarracenos como colonos militares. Cuando habían recibido el bautismo, se les concedían tierras y se facilitaba su casamiento con mujeres del país, pero tenían que sujetarse al servicio militar.

Casi todas las nacionalidades estaban representadas en los ejércitos bizantinos; pero esto no importaba á los emperadores, que estaban dispuestos siempre á confiar á extranjeros los más altos cargos militares. No todos los generales ilustres de los siglos IX, X y XI eran de sangre griega. Había muchos armenios, eslavos y hasta turcos y árabes. Los emperadores se cuidaban de dar á sus ejércitos la ciencia militar, redactando manuales de táctica, como los compuestos por Mauricio, León VI, Constantino VII y Nicéforo Focas. Los bizantinos disponían de ingenios de guerra muy perfeccionados y poseían secretos muy temidos, como el del fuego griego. Gozaban de una gran reputación en el arte de atacar y defender las plazas fuertes y su arquitectura militar había de influir más adelante en la de los cruzados. Hubo grandes hombres de guerra, algunos de los cuales llegaron al trono, y en ciertas familias, como las de los Focas, los Curcuas, los Doucas, los Bryennos y los Comnenos, se heredaban los prestigios militares. Desgraciadamente, abundaron las rivalidades entre aquellos generales y los emperadores no trataron gran cosa de evitarlas, para ponerlos en oposición á unos contra otros. Más de una derrota fué consecuencia de estas disensiones. Además, costaba gran trabajo sostener la disciplina y evitar el pillaje. Los emperadores tenían que ganar con donativos la fidelidad de sus soldados, muchas veces relativa.

Los cuerpos de tropa estaban distribuidos en los temas bajo el mando de los estrategas. Cuando se reunían todas las fuerzas de Oriente ó de Occidente al mando de un jefe único, se le llamaba doméstico, archegeta ó stratilato de Oriente o de Occidente. Fuera de estos ejércitos acantonados en los temas, la guardia imperial formaba en Constantinopla un cuerpo escogido con cuatro cohortes: los excubitarios, los hicanates, los numeri y los scholae. Comprendía también extranjeros de todas las procedencias (persas, cazaros, normandos, ingleses, húngaros, sarracenos, etc.), divididos en tres hetairias, y mandados por el gran heteriarca. Ciertos cuerpos tenían jefes especiales, como los francos el condestable, y los Varegos el acólito.

Ibn-Khordadbeh calcula que las fuerzas bizantinas, en el siglo X, ascendían á 120.000 hombres. Generalmente, los ejércitos que figuraban en las campañas constaban de 35.000 á 40.000. Constantino Porfirogeneta publicó los estados detallados de varias expediciones. Cada vez no se llamaba más que á las tropas de ciertos temas. Por ejemplo, para la reconquista de Creta, en 902, León VI pidió contingentes á los estrategas de los cibyrrheotas, de Samos y del Mar Egeo. Estas tropas, á las cuales se agregaron 700 rusos, ascendían á 28.300 soldados. Además se habían sacado de varios temas 6.037 jinetes. En cuanto á la organización de la marina militar, aún no se han estudiado suficientemente los documentos para poder deducir ninguna conclusión exacta.

Los emperadores consideraban como uno de sus medios de defensa más seguros el célebre fuego griego. Constantino VII, en su libro sobre la Administración del Imperio, se extiende en largas consideraciones sobre la necesidad de guardar esmeradamente el secreto. Si algún pueblo extranjero lo preguntase, se le debía contestar que un ángel había revelado su composición á San Constantino, primer emperador cristiano, prohibiéndole expresamente divulgarla. En estos modos de despachar cortésmente á la gente sobresalía la diplomacia bizantina. En otro capítulo de la misma obra cuenta el Basileus escritor[16], que un tal Calinico, de la ciudad de Hierápolis, aprendió á preparar el fuego griego durante el reinado de Constantino Pogonato. Para arrojar el fuego se utilizaban sifones sujetos á la proa de los navios ó granadas de barro. Las noticias que dan algunos escritores bizantinos acerca de la composición del fuego griego, y las investigaciones llevadas á cabo sobre este asunto por los sabios modernos, han demostrado que se trataba de una mezcla de salitre, azufre, carbón y materias resinosas.

IV.—La civilización bizantina.

Prosperidad del Imperio. El comercio.

Desde mediados del siglo IX hasta la mitad del XI, el Imperio bizantino llegó, como hemos visto, á su más alto grado de prosperidad. Constantinopla era entonces, según opinión unánime, la primera ciudad del mundo. Después, desgraciadamente, la capital bizantina ha desaparecido casi por completo. No quedan más que una parte del recinto y algunas iglesias transformadas en mezquitas, como Santa Sofía. Para formarse idea aproximada de su extensión y del número de edificios que formaban los 14 distritos de que se componía, hay que acudir á los textos. Du Cange, en su Constantinopolis christiana (siglo XVIII), ha tratado de reconstituir la topografía de

[16] La misma versión da Teófanes, cronista del siglo IX, fechando dicha invención en el cuarto año de Constantino Pogonato.

la ciudad que, en algunos puntos, se ha completado con nuevas pesquisas. No podemos entrar aquí en tantos pormenores; pero conviene hacer notar que ciertas instituciones que creemos propias de nuestras ciudades modernas, funcionaban ya en Constantinopla, como, por ejemplo, el servicio de beneficencia pública, que contaba con gran número de hospicios, asilos de huérfanos y escuelas, bajo la dirección del gran orfanotrofo. Cuando llegaban los extranjeros á Constantlnopla, les producían sincera admiración los palacios imperiales, que abarcaban barrios enteros; las iglesias, que deslumbraban con el resplandor de los mosaicos, del oro y de la plata, y las calles y las plazas, adornadas con las obras maestras de la escultura antigua. No hay análisis que equivalga al relato de un testimonio directo. El judío Benjamín de Tudela, que recorrió el mundo durante el siglo XII, escribía: «Vienen á Constantinopla mercaderes de todas partes: de Babilonia, de Sinear, de la Media, de Persia, de todo el reino de Egipto, de la tierra de Canaán, del reino de Rusia, de Hungría, de Pátzinacia[17], de Bulgaria, de Lombardía y de España. La ciudad está pobladísima, á causa de la afluencia de mercaderes, de modo que, salvo Bagdad, no hay ciudad en el mundo que pueda comparársele.» «No hay templo en el universo que contenga tantas riquezas como éste», dice al hablar de Santa Sofía. Y añade, al mencionar los juegos del hipódromo: «No se ve espectáculo semejante en todo el mundo.» Este autor, que suele pecar de extremadamente seco, entona un verdadero ditirambo al evocar el recuerdo de las riquezas de Constantinopla: «Los tributos de toda Grecia van á parar al palacio, cuyas torres están llenas de trajes de seda, de púrpura y de oro. Dícese que sólo el tributo de la ciudad de Constantinopla asciende á 20.000 florines de oro diarios, tanto de lo que procede de impuestos sobre los establecimientos, hospederías y plazas de abastos, como de lo que pagan los mercaderes, que acuden en tropel de todas partes, por mar y por tierra. Los griegos que habitan en el país poseen grandes riquezas en oro y pedrerías; visten trajes de seda adornados con flecos de oro y con bordados; quien los vea ataviados así y montados en sus caballos, podrá tomarlos por hijos de reyes. El país es muy vasto y abunda en pan, en carne y en toda clase de productos. No hay en el mundo quien los iguale en riquezas.»

Cuando los latinos de la cuarta Cruzada llegaron frente á Constantinopla, sintiéronse á la vez asombrados y temerosos. “Debéis saber, dice Villehardouín, que contemplaron largamente á Constantinopla aquellos que nunca la habían visto. Suponían que no podía existir ciudad tan rica en todo el orbe, al contemplar los elevados muros, las ricas torres que la cierran á la redonda, y aquellos magníficos palacios y altas iglesias, que abundan tanto, que solo podrá creerlo quien lo vea, y la longitud y anchura de esta ciudad, soberana de todas.»

[17] País de los pechenegos.

La segunda población del Imperio era Salónica, á la cual acudían también mercaderes de todas las naciones, especialmente en la época de las fiestas de San Demetrio, patrón de la ciudad. La industria había adquirido en ella gran desarrollo, y se rendía culto á las letras y á las artes. Ciudad guerrera y comercial á un tiempo, constituía en aquellas regiones el centro de resistencia contra los bárbaros. Más al Sur, se multiplicaban las ciudades ricas é industriosas. Tebas, Corinto y Patras poseían fábricas de seda y de otros tejidos. Atenas no estaba entonces obscurecida y medio desierta, como han aventurado algunos. Sus escuelas eran célebres, y en el reinado de Basilio II, un rey de Georgia, enviaba á ellas cada año 20 jóvenes de su reino para que se instruyesen. Hay textos que hablan de estudiantes de Inglaterra y de París que iban a Atenas a perfeccionar sus estudios. El Imperio bizantino estaba en relaciones comerciales con todos los pueblos que le rodeaban. Recibía de Damasco y Alepo las mercancías del Extremo Oriente. Cuando los griegos reconquistaron á Antioquía, celebraron un tratado con el príncipe de Alepo (969 ó 970). Se estipuló en él la libertad de tráfico para las caravanas y los mercaderes griegos, dando á entender que si Antioquía recibía artículos de Oriente, que desde allí pasaban á Occidente, en cambio se exportaban al territorio árabe artículos de la industria bizantina, particularmente telas. Al Norte, Trebisonda había alcanzado mucha importancia como depósito comercial de Levante. «Trebisonda (escribía en el siglo X el geógrafo árabe Istakhri) es la ciudad fronteriza de los griegos, y á ella acuden todos nuestros mercaderes. Todas las telas de fabricación griega, todos los brocados importados á nuestra tierra, pasan por Trebisonda.» Arze, que fué destruida en 1049 por los turcos seldjukidas, era también un centro importante de cambios. Después de su ruina, los mercaderes emigraron á la antigua Teodosiópodis, que se convirtió en Erzerum (Arzen-Rum, Arx Romanorum). Por otra parte, los mercaderes griegos estaban en continuas relaciones con Alejandría. A principios del siglo IX, León V había prohibido á los griegos que fuesen á Egipto y á Siria, pero semejante prohibición no podía prevalecer. Las mercancías orientales, especias de la India, perfumes, piedras preciosas y tejidos de seda árabes, afluían á Constantinopla, á Salónica y á Querson para extenderse desde allí por el Imperio y por los pueblos vecinos.

Hacia el Norte, los cronistas rusos más antiguos hablan de un camino de Constantinopla al Báltico, que tenía su punto de partida junto al Mar Negro, en la desembocadura del Dniéper y acababa en la del Neva, después de haber pasado por las grandes ciudades de Kiev y Novgorod. Los mercaderes bizantinos lo frecuentaban menos que los escandinavos y los rusos. Numerosos mercaderes rusos llegaban á Constantinopla, pero eran muy vigilados; tenían que vivir en un barrio de las afueras de la ciudad, y no se les permitía la residencia en invierno. Llevaban pieles, miel, cera y esclavos, y volvían con tejidos de seda, brocados de oro y plata

y vino. Los productos bizantinos parece que no llegaban á Alemania más que por mediación de Venecia, los eslavos ó los búlgaros. Había mercaderes búlgaros establecidos en Constantinopla, y para satisfacer la rivalidad de los mercaderes griegos se les quiso obligar á que transportaran su comercio á Salónica, y esto fué origen de la guerra entre León VI y el zar Simeón. En Francia se recibían los artículos bizantinos, que eran muy solicitados, por mediación de Italia. Varias ciudades italianas como Bari, Amalfi y Venecia, tenían un comercio muy activo con Oriente. Los genoveses y los pisanos carecían de relaciones comerciales con Grecia antes de las Cruzadas.

Se ha censurado á los emperadores el no haber comprendido las ventajas de una «amplia política comercial», puesto que adoptaron ciertas medidas restrictivas. Los comerciarios ó aduaneros bizantinos no dejaban penetrar en el Imperio las mercancías extranjeras sin haberlas visitado y registrado minuciosamente. El marchamo ó bula de plomo que ponían en los fardos indicaba que habían pagado los derechos de entrada. También se vigilaba la salida de los productos griegos. Los tejidos de lujo eran el principal artículo de exportación á Occidente, y los emperadores no querían que saliesen 1as telas más hermosas hechas en las fábricas imperiales, porque las reservaban para el palacio, para Santa Sofía y para los magníficos presentes que ofrecían á los soberanos extranjeros. También se les censura haber abandonado excesivamente el comercio en manos de los extranjeros, especialmente de los italianos, y haber impuesto derechos excesivos á la exportación de mercancías, calculados en un 10 por 100. No se debe olvidar que estos derechos, que no ahogaron al comercio, proporcionaban al Imperio gran parte de los recursos que le eran necesarios. Carecemos de noticias exactas sobre el conjunto de las rentas del Estado bizantino; pero por datos parciales se ha supuesto que por la época de la cuarta Cruzada debían de ascender á un total equivalente á unos tres mil millones de pesetas. Muy alta es la cifra; pero, según Benjamín de Tudéla, sólo Constantinopla daba al Tesoro una cantidad que casi representaba la sexta parte. Sabemos, además, que ciertos emperadores, gracias á su prudente administración, dejaron grandes cantidades en el Tesoro. Después del reinado de Basilio II, la reserva era de doscientos veinte millones, que valdrían hoy mil. Cuando los emperadores, además de abonar los gastos ordinarios, hacían semejantes ahorros, forzoso es creer que eran inmensas las rentas del Imperio.

Las letras y las artes.

No sólo era grande el Imperio bizantino por la fuerza militar y por la riqueza; contaba también, hasta cierto punto, con la gloria literaria. Hubo en Bizancio, del siglo IX al XII, un impulso de renacimiento, que si no produjo genios ni talentos de gran originalidad, despertó á lo menos la afición á las especulaciones del espíritu y

á las investigaciones eruditas. A esta época pertenecen la mayor parte de los manuscritos que nos han permitido conocer las obras de la literatura griega.

Los estudios habían decaído en Oriente desde que Justiniano mandó cerrar las escuelas de Atenas y suprimir la enseñanza del Derecho, salvo en Constantinopla y en Beiruth. La gran Universidad de Constantinopla, fundada en 425 por Teodosio II, era el único centro importante de estudios, y aun allí la enseñanza estaba bastante descuidada. La literatura había tomado un carácter casi exclusivamente monástico desde el tiempo de Justiniano. Después de la contienda de los iconoclastas, el césar Bardas, hermano de la emperatriz Teodora, reorganizó la escuela del palacio de Magnauro, y, aunque adversario de los iconoclastas, puso al frente de ella á León, arzobispo de Salónica, que había dimitido al restablecerse las imágenes. Enseñábanse allí la Filosofía, la Gramática, la Geometría y la Astronomía. Los profesores fueron elegidos entre los hombres más sabios de la época, y los estudios eran gratuitos. Quienes trabajasen, estaban seguros de lograr el favor imperial, que nunca fué para ellos una protección pasajera. Las escuelas de Constantinopla hallábanse en plena prosperidad en tiempo de Constantino VII. Los personajes más elevados del Imperio figuraban entre sus maestros y los documentos oficiales hablan del Principe de los retóricos y del Cónsul de los filósofos. Los estudiantes podían tener la esperanza de que su saber los hiciera llegar á los puestos más altos. Según cierto historiador de Constantino VII, el emperador admitía en su mesa á estudiantes, hablaba, con ellos, los alentaba y entre ellos escogió funcionarios y obispos. En el siglo XI, reinando Constantino Monomaco, la Universidad de Constantinopla recobró todo su esplendor, gracias á Miguel Psellos, uno de los sabios más célebres de la Edad Media bizantina. Reorganizó la Universidad y explicó en ella la Filosofía, mientras su amigo Xifilino enseñaba el Derecho. Comentaba los filósofos y los grandes poetas de la antigüedad. A su cátedra asistían hasta árabes. Estos triunfos alarmaron á la Iglesia y al emperador; cerróse la Universidad, y Psellos se retiró á un convento, pero recobró su influencia en los reinados siguientes.

Los mismos emperadores daban ejemplo de cultura, y muchos de ellos forman entre los escritores. Basilio I, además de ser un militar afortunado, se propuso honrar el derecho de Justiniano con dos Manuales: el Prochiron, publicado entre 870 y 879, y la Epanagogé, entre 879 y 886, aunque no se promulgo oficialmente. Su hijo mayor, Constantino, escribió un tratado de táctica, y su segundo hijo, León VI, fué poeta, teólogo y escritor militar; prosiguió la obra jurídica de su padre, y publicó la vasta recopilación de las Basílicas, en 60 libros. Constantino VII dirigió el movimiento literario de su época. Escribió la Vida de Basilio, fundador de la dinastía. En su libro de los Temas trazó, aunque deficientemente, la geografía política del Imperio. Su tratado sobre la Administración del Imperio, un manual de

diplomacia, dedicado á su hijo, se ocupa de los pueblos relacionados con Bizancio, describe sus instituciones y explica 1a política que con ellos se debía seguir. Los últimos capítulos dan algunos pormenores acerca de la organización interior. En su obra sobre las Ceremonias de la Corte de Bizancio, junto á la regla de la etiqueta imperial aparecen documentos de todas clases, incluso la lista de gastos de varias expediciones. No se perdieron estas costumbres durante el siglo XI. El césar Nicéforo Bryenno escribió una historia de su tiempo, mientras que su mujer, la sabia y ambiciosa Ana Cornneno, encomiaba en su Alexiada el reinado de su padre Alejo I.

Lo que más caracterizaba á esta literatura era su erudición. Ante el tesoro de conocimientos y de obras que la antigüedad les había legado, los griegos de Bizancio se deslumbraban, haciendo abstracción de su personalidad. Sólo pensaban en recoger todas aquellas riquezas y en formar su inventario mediante colecciones inmensas de extractos, notas y resúmenes. Focio, el más ilustre de los sabios bizantinos, fué un recopilador. Parece que había leído toda la literatura helénica para componer su Myriobiblos, vasta recopilación de análisis y trozos selectos. Constantino Porfirogeneta y el grupo de escritores que trabajaba bajo su dirección, fueron recopiladores incansables. Juzgaba Constantino que era tan abrumador el número de obras históricas, que nadie se atrevería á internarse en aquel montón, pues “sólo hablar de él espantaba». Para «ayudar á la ciencia, que corría peligro de ahogarse», reunió todas aquellas obras, las mandó extractar y resumir en 53 libros: dos consagrados á las embajadas, uno á las conspiraciones, otro á las tomas de ciudades, otro á las sentencias, etc. No queda más que una parte muy escasa de aquella inmensa colección. Otra recopilación llamada Las Geopónicas, en veinte libros, contiene extractos sobre agricultura. Otros se refieren á la moral, al arte militar, á la medicina y á la veterinaria. Simeón Metafrasio, alto funcionario de Constantino VII, hizo una célebre colección de Vidas de Santos. Se anticipó á los bolandistas, pero fué un bolandista sin crítica. En la segunda mitad del siglo X, y á principios del XI, floreció Suidas, autor del Léxico que ha popularizado su nombre; fue también un recopilador. Estas extrañas enciclopedias han tenido la culpa de que se perdiesen muchas obras antiguas. Al disponer de tales extractos, se prescindió, muy frecuentemente, de leer y copiar los originales.

Aunque este fué el espíritu dominante en aquella literatura, no siempre se atuvieron servilmente las inteligencias á la tradición. Focio, en sus sermones, aplicó más de una vez al cristianismo las doctrinas de Platón.

Reconoció el derecho á examinar libremente los textos de la Sagrada Escritura. Se negó á creer que los terremotos y los huracanes fuesen manifestaciones de la cólera divina que castigaba á los hombres ó desaprobaba los acontecimientos.

En su diálogo Filopatris ó El amigo de la patria, que durante mucho tiempo se ha atribuido á Luciano, aunque corresponde á la segunda mitad del siglo X, los interlocutores, uno de los cuales defiende opiniones paganas, discuten libremente sobre religión y política.

Este escrito parece destinado á defender las disposiciones de Nicéforo Focas contra los monjes. Los historiadores y cronistas que abundaron en este período fueron, en general, más exactos y más inteligentes que los de la época anterior.

Los principales son: Teófanes, cuya crónica llega hasta 813, y fué proseguida por varios continuadores hasta 961; Jorge Hamartolos, que alcanzó hasta 842; Genesios, cuya historia abarca desde el reinado de León V hasta el de Basilio I inclusive, y León Diácono, que relata los sucesos de 959 á 975. En el siglo XI merecen mención Juan Scylitzes, Miguel Ataliota y Cedreno. Ciertas obras de Psellos dan una idea muy clara de la sociedad del siglo XI, y en parte se hallan escritas en estilo muy animado. Finalmente, la poesía produjo epopeyas, inspirándose en hechos contemporáneos. Vinieron á ser las canciones de gesta de Oriente. Las luchas contra los árabes produjeron relatos heroicos y maravillosos, la tragudia ó cantilena que algunas veces convertía en poemas un autor más culto. Tal es la epopeya, recién descubierta, de Digenis Akritas, defensor del Imperio en el siglo X, terror de los sarracenos, pero débil ante el amor. El héroe de este poema, en que se juntan las fantasías guerreras y gratas, existió realmente, y se llamaba Pantherios. Muchas canciones populares de la Edad Media griega han llegado hasta nosotros, de generación en generación.

También fué esta una hermosa época para el arte bizantino. Aquellos emperadores construyeron gran número de edificios. Constantino VII era aficionadísimo, no sólo á las letras, sino también á las artes, pintaba y dirigía á escultores y orífices. El palacio imperia1 de Constantinopla se amplió hasta extenderse por todo un barrio inmenso. Los textos en que los sabios modernos han buscado la reconstitución de sus planos hablan de un esplendor que deslumhra.

La arquitectura religiosa, fiel al sistema de la cúpula, trató de renovarse, dando á las iglesias más elegantes proporciones, que se pueden juzgar todavía en la iglesia de la Theotokos (Madre de Dios), en Constantinopla, y en las de los Santos Apóstoles, San Elias y la Virgen, en Salónica. Respecto á la pintura, aunque la mayor parte de los hermosos mosaicos y de las decoraciones murales de aquel tiempo ha desaparecido, quedan algunos manuscritos miniados, como el Salterio del siglo IX ó X de la Biblioteca Nacional de París, que señalan un singular esfuerzo por desprenderse de la influencia monástica, buscando inspiración en las obras y en el estilo del arte clásico, aunque se trataran asuntos cristianos. Parece que no tardó

en debilitarse esta tendencia; pero, á pesar de todo, aquella iconografía sagrada se distinguió por ciertas cualidades de ejecución, y por una composición admirablemente ordenada. La estatuaria había caído en desuso. Los artistas bizantinos labraban cofrecillos y dípticos de marfil, que admiran por lo delicado del trabajo, y, á veces, por la elegancia y belleza de las figuras. La orfebrería produjo soberbias piezas de oro y de plata, adornadas con esmaltes. Muchas de ellas, cogidas en la toma de Constantinopla, enriquecieron las iglesias, y, después, los museos de Occidente. Citaremos un ejemplo. El tesoro de San Marcos de Venecia lo forman, en gran parte, obras bizantinas, siendo la más hermosa el magnífico retablo conocido con el nombre de la Pala de Oro (suntuosa muestra de la orfebrería bizantina) adornado con ochenta y tres macizos y figuras de esmalte. Ya hemos hablado de la gran aceptación que alcanzaron los tejidos bizantinos. Por su ornamentación, eran verdaderas obras de arte muchos de ellos. La dalmática imperial, conservada en San Pedro de Roma, presenta varias escenas religiosas y un triunfo de Cristo, en el que figuran cincuenta y cuatro personajes.

Se puede afirmar que hasta el siglo XI el arte bizantino fué el único arte cristiano verdaderamente original. Su influencia se extendió á lo lejos. El arte ruso se formó en su escuela; pues los sucesores de Vladimiro, cuando construían y decoraban sus iglesias, procuraban dar á Kiev el mismo aspecto de Constantinopla. El arte de Armenia y de Georgia conserva cierto parecido de familia con el arte griego, y hasta los árabes, tan enemigos del Imperio y del nombre cristiano, fueron en esto tributarios de Constantinopla. Los califas de Damasco y de Córdoba le pedían artistas. Sicilia, Italia del Sur, Roma, Venecia y otras ciudades de Occidente conservan numerosas y persistentes huellas del arte bizantino, y también las hay en Francia, donde la arquitectura románica tiene rasgos de la bizantina, y donde todo un grupo de iglesias de Perigord, del Agoumois y de la Saintonge, presentan el tipo de la cúpula oriental.

Como resumen: en la historia de la civilización medioeval, antes del siglo onceno, Bizancio desempeñó igual papel que Atenas y Roma en la antigüedad y que París en los tiempos modernos. Influyó en todo el mundo, siendo la ciudad por excelencia.

V. Los primeros emperadores de la casa de Comneno

Decadencia del Imperio en la segunda mitad del siglo XI.

A los días de poderío y de esplendor sucedieron los de decadencia. Aquella casa macedónica que á pesar de las revoluciones y á pesar de los reinados indignos había asegurado una relativa estabilidad política, desapareció definitivamente en 1057.

Empezó entonces una espantosa anarquía, cuya historia habría de resultar tan inútil como fastidiosa. De 1057 á 1081 se sucedieron cinco emperadores: Isaac I, Comneno (1057-1059), Constantino Doucas (1059-1067), Romano IV Diógenes (1068-1071), Miguel VII (1071-1078) y Nicéforo Botoniata (1078-1081). Todo se desorganizó en medio de aquellos disturbios, mientras que para mayor desdicha el peligro exterior se agravaba. Servia, á la que torpemente se quería someter al sistema de impuestos bizantinos, se sublevó en 1040 al mando de Esteban Bogislao y en 1043 destruyó un ejército enviado por Constantino Monomaco. El mismo año, los rusos, á las órdenes de Vladimiro, realizaron una gran expedición contra Constantinopla, realmente sin resultado. Los pechenegos causaron inmensos destrozos (1049-1052). En 1064-1065, un nuevo pueblo bárbaro, los uzos, en número de 600.000, según asegura un cronista, atravesaron el Danubio, derrotaron á los griegos y llegaron hasta Salónica. Afortunadamente, desaparecieron en seguida, quedando únicamente en el país los que, sometiéndose al emperador, consiguieron tierras en Macedonia. En Asia ofreció grandes peligros el formidable ataque de los turcos seldjukidas, hordas guerreras reunidas bajo e.l mando de Seldjuk para arrojarse á un tiempo sobre el Imperio griego y el Imperio árabe. Hacia 1030, mandados por Arslan, hijo de Seldjuk, atravesaron el Oxo, conquistaron el Korasan, extendiéronse por el Imperio de los ghaznevidas é invadieron Armenia, donde se encontraron con los bizantinos (1048). En 1064 eran dueños de Ani. Romano Diógenes, fiel al valor tradicional de la casa macedónica, quiso defender personalmente el Asia Menor, y luchó con fortuna en tres campañas; pero sus ejércitos carecían de cohesión. En 1071 fué vencido y hecho prisionero por Alp-Arslan, biznieto de Seldjuk, que le trató generosamente, concediéndole la libertad mediante un rescate. Diógenes, al volver á sus Estados, se encontró con otro emperador. Quiso reconquistar el poder; pero tuvo que rendirse y le sacaron los ojos.

El advenimiento de los Comnenos.

Con Alejo Comneno empezó á reinar, en 1081, la nueva dinastía, descendiente de una familia noble de Paflagonia, que ya había ocupado el trono al reinar Isaac I Comneno (1057-1059). Alejo se había distinguido luchando victoriosamente contra Oursel de Bailleul, que al frente de caballeros francos y normandos se había separado del imperio. Por su valor é inteligencia, Alejo hubiera restablecido el orden, pero no pudo obrar libremente contra los turcos. Roberto Guiscardo, dueño de la Italia Meridional, deseaba ensanchar sus dominios á costa del Imperio, y acaso apoderarse de la dignidad imperial. Durante el reinado de Miguel VII, había negociado con este emperador, cuyo hijo, Constantino, había de casarse con Elena, hija de Roberto. Queriendo aparecer como vengador de su antiguo aliado, apoyó á un impostor que se hacía pasar por Miguel VII. El papa Gregorio VII, en virtud de

los resentimientos del Papado contra los griegos, le otorgó la investidura de sus conquistas futuras.

Treinta mil normandos sitiaron á Durazzo. Alejo buscó aliados en Occidente, excitó contra Roberto á su sobrino Hunfredo y envió á Enrique IV de Alemania 144.000 sueldos de oro y 100 piezas de seda, ofreciéndole un gran subsidio si atacaba á la Italia del Sur á fin de que Roberto tuviese que defender sus Estados.

Los venecianos, fieles á su política, enviaron una escuadra contra los normandos, mandada por el dux Domenico Selvo, obteniendo en cambio la exención de todo derecho sobre sus mercancías y la posesión de un barrio autónomo en Pera. Alejo, á pesar de haber reunido 70.000 hombres, fué derrotado.

Los normandos, después de apoderarse de Durazzo, invadieron el Epiro y la Tesalia. El emperador apeló entonces á todos los medios. Mandó fundir los objetos de oro y plata pertenecientes á las iglesias y aceptó auxiliares turcos que le enviaba Solimán. Los normandos, sitiados en Castoria, tuvieron que rendirse. Roberto, que había tenido que regresar á Italia para defender los intereses del Papado, intentó en 1084 otra expedición, pero le sorprendió la muerte (1085). Alejo pudo recuperar á Durazzo y se dirigió contra los pechenegos, que habían invadido la Tracia; les derrotó, pero á su vez fué completamente vencido en 1088. Auxiliado por los kumanos, pudo deshacerse de ellos, ganando la batalla de Lebunión (1091). Los kumanos le atacaron después, pero los derrotó en Taurokomon (1094).

Entonces pudo reanudar la guerra contra los turcos, que no cesaban de extenderse por el Asia bizantina. Malek-Shah (1072-1082) había confiado á Solimán la dirección de la guerra contra los griegos, permitiéndole constituir una especie de Estado independiente, Miguel VII abandonó á Solimán todas las provincias conquistadas en Asia. Los turcos se apoderaron de Cizica y de Nicea (1081), donde Solimán estableció su capital, hallándose ya frente á Constantinopla. Más adelante, Alejo pudo recuperar á Siriope y otras ciudades, pero no tardaron en sobrevenir nuevos reveses. El emir Tzachas, sucesor de Solimán, conquistó Clazomena, Focea, Chios, Lesbos, Samos, Rodas y Esmirna.

Tal era la situación cuando Alejo había podido conjurar los peligros de Occidente. El Imperio seldjukida, después de la muerte de Malek-Shah (1092), estaba dividido, y estas luchas podían favorecer la política del emperador, que quiso contar con la alianza de la Europa latina. Al efecto, envió una embajada al concilio convocado en Piacenza, por Urbano II. Los embajadores bizantinos pidieron el auxilio de la cristiandad latina contra los turcos, según afirma Bernoldo de Constanza, el autor

contemporáneo mejor enterado de lo que ocurrió en aquella asamblea. Al poco tiempo, cuando el conflicto de Clermont, Urbano II predicó la cruzada.

Si atendiéramos á otro documento, resultaría que Alejo descendió hasta las gestiones más humillantes. Se ha tenido como suya una carta dirigida á Roberto, conde de Flandes, en la que para conseguir el apoyo de los caballeros francos se habla de los tesoros del Imperio y de la hermosura de las mujeres griegas; pero sea cual fuere el origen de tal documento, hoy es unánime el parecer de que se trata de una burda invención. Alejo no se veía reducido á ruegos tan indignos, ni pensaba entregar el Imperio á ninguna horda de salteadores, sino en reconstituirlo, aprovechándose de las circunstancias.

Buscó, por mediación del papa, aliados en Occidente, pero no tardó en arrepentirse de aquel paso, según parecen demostrar documentos de reconocida importancia. Su hija Ana declara en la Alexiada que le alarmó la llegada de los cruzados, conociendo su violencia, su circunstancia y la facilidad con que quebrantaban los tratados, y que por eso reunió tropas para estar apercibido ante el caso de que tuviese que luchar con ellos. Estos temores no fueron infundados. El primer contacto de cruzados y bizantinos vino á demostrar que el divorcio entre aquellas dos partes del mundo cristiano era definitivo. Todo les separaba.

Entre ambos, según atestiguan los cronistas, no cupo otro sentimiento que el desprecio y la desconfianza. Desde este punto de vista, las Cruzadas no tuvieron otro resultado, que llevar á Oriente nuevos enemigos del Imperio bizantino, dividiéndolo, debilitando las fuerzas que hubiera podido emplear en la lucha con los turcos, y precipitando su decadencia y su ruina.

BIBLIOGRAFÍA

Véase en el capítulo IV la indicación de las fuentes é historias generales del Imperio bizantino. Además, para este período: Schlosser, Geschichte der Bildersturmenden Kaiser, 1812.—Marx, Der Bilderstreit, 1859.—Schwarzlose, Der Bilderstreit, Gotha, 1890.—Hergenroether, Photios, Erzbischof von Konstantinopel, 1867-69, tres volúmenes. A. Rambaud, L'Empire grec au X° siécle, Constantin Porphyrogénéte, 1870, cuadro muy completo de la etnografía y organización del Imperio bizantino en este período; Le sport et l´hippodrome á C. P., Rev. des Deux Mondes, 15 Agosto 1871; Empereurs et imperatrices d'Orient, ibid., 16 Enero y 15 Febrero 1861; Hellénes et Bulgares, ibid., 15 Septiembre 1900.—Tafel, Komnenen und Normannen. 1852. — Hirsch, Byzantinische Studien, 1876.—Fischer, Studien zur byzantinischen Gesch des X. Jahrhundert, 1884.—Krause, Die Byzantiner des Mitlelalters, 1869 (sin seguridad).—Neutnann, Die Weltsteüung d. biz. Reichsvor

d. Kreuzzügen, Leipzig, 1894; Die byz. Marine, en la Histoire Zeitsch., 1898. — Skabaianovitch, El Imperio y la Iglesia bizantina en el siglo XI (en ruso), Petersburgo, 1884.—Schlumberger, Sigillographie de l'Empire byzantin, 1884; muy útil para el conocimiento de las instituciones; Un empereur byzantin au Xe siécle, Nicéphore Phocas, 1891; L´épopée byzantine, tres volúmenes en 4." (magníficamente ilustrados). 1896-1904. — Chalandon, Essai sur le régne d'Alexis I Comnéne, 1900.

Para la Iglesia y sus relaciones con el Papado: Hefele, Histoire des conciles, trad. Delarc.—Pichler, Gesch. der kirchlichen Trennung zwischen Orient und Occident, 1865.—Lequien, Oriens Christianus, 1740.—Bréhier, Le schisme oriental du XIe siécle, París, 1899.

Respecto á las relaciones con Italia: Armingaud, Venise et le Bas-Empire, Archives des missions scient., segunda serie, tomo IV.—Amari, Storia dei musulmani in Sicilia, tomo I y II, 1854.— Fr. Lenormant, La Grande Gréce, 1881; A travers l´Apulie et la Lucanie, 1883. — Delarc, Les Normands en Italie, 1883.—Engel, Rech. sur la numismatique et sigill. des Normands de Sicile et d´Italie, 1882. — L. v. Heinemann, Gesch. Der Normannen ín Unteritalien und Sicilien, Leipzig, 1894.— H. Hirsch, Il ducato di Benevento, etcétera, traducción del alemán, Turín, 1890.— Schulz, Denkmaler d. Kunst in Unteritalien, tres volúmenes.—Ch. Diehl, L'art byzantin dans l'Italie méridionale, 1894. — Bertaux, L'art dans l´Italie méridionale, tomo I, 1904.—L. M. Hartmann, Untersuch. zur Gesch. der byz. virwallung in Italien, Leipzig, 1899. — J. Gay, L'ltalie méridionale et l'Empire byzantin, 1904.—Gasquet, L'Empire byzantin et la monarchie franque, 1898.— Mystakiues, Byz.-deutschen Beziehungen zur Zeit. d. Ottonen, Sttugart, 1881.

Para la literatura: Krumbacher, Gesch. der byzantinischen Litteratur. — Constantin Sathas, Bibliotheca graeca medii aevi, París, desde 1872; Collections des documents inédits relatifs á l'histoire de la Gréce au moyen âge, en 4. Desde 1880, París-Atenas-Londres, etc.—Psellos, Chronographie, editada por C. Sathas, Londres, 1899.— Respecto Psellos, artículo de Rambaud, Revue historique, 1877.

Respecto al derecho: Mortreuil, Histoire du droit byzantin, 1843.— Heimbach, Byzantinische Recht, en la Encyclopédie d'Ersch y Grüber.—Zachariae von Lingenthal, Gesch. des griechisch-rümischen Rechts, Berlín, 1852, y Jus graeco-romanum, Leipzig, 1855-1870.—Mortreuil, Zum militar. Gesch. des (Kaiser) Leo (en Byz. Zeitsch.), 1893, tomo II.

Respecto al comercio: Heyd, Histoire du commerce du Levant au moyen âge, 1885, traducción francesa.

Para la geografía: Krause, Geographie des Griechenlands wührend des Mittelalters, en la Encyclopédie d'Ersch y Grüber.—Kiepert, Carte de la Gréce au Xe siécle, 1883.

Respecto á la topografía y monumentos de Constantinopla: Ducange, Constantinopolis Christiana, 1680. — Banduri, Imperium oriéntale sive antiquitates Constantinopolitanae, 1711. — Byzantios, Kostantinoupolis, 1869.— Paspati, Byzantinai meletai, 1878 y Ta Byzantina anacrora kai ta peris auton idrumata, Atenas, 1885.—Labarte, Le Palais impérial de Constantinople, 1861.

Respecto á las letras y las artes, véanse las obras citadas en el capítulo IV. —C. Sathas y E. Legrand, Les exploits de Digénis Akritas, épopóe byzantine du Xe siécle, París, 1875.

IMPERIO ROMANO DE ORIENTE.

Arcadio, nació el 377. . . .	395	408
Teodosio II, el jóven, nació el 401.	408	450
Pulcheria, murió el 453 y *Athenais* (*Eudoxiá.*) murió el 460.		
Marciano	450	457
Leon I.	457	474
Leon II el Joven.	474	474
Zenon (*Basilisco*, 476.)	474	491
Anastasio	491	518
Justino I.	518	527
Justiniano I, nació el 483. .	527	565
Justino II.	565	578
Tiberio II.	578	582
Mauricio, nació el 539 . . .	582	602
Focas	602	610
Heraclio, nació el 575 . . .	610	641
Heraclio Constantino	641	641
Heracleonas	641	641
Constante II.	641	668
Constantino III	668	685
Justiniano II.	685	695
Leoncio.	695	698
Absimaro Timero.	698	705

Justiniano II, reintegrado en el poder	705		711	
Filepico Bardano	711		713	
Anastasio II.	713	Depuesto.	716	Murió 719.
Teodosio III.	716	Abdicó.	717	
Leon III el Ysauriense. . . .	717		741	
Constantino IV Copromino.	741		775	
Leon IV, Chazaro.	775		780	
Constantino V.	780		797	
Yrene, *su madre*.	780	Depuesta.	802	Murió 803.
Niceforo.	802		811	
Estauraceo.	811	Abdicó.	811	Murió 812.
Miguel I Curopalato, Rhangabé.	811	Depuesto.	813	Murió 845.
Leon V el Armenio.	813		820	
Miguel II el Balbuciente. . .	820		829	
Teofilo	829		842	
Miguel III el Beodo.	842		867	
Basilio el Macedonio.	867		886	
Leon VI el Filósofo.	886		911	
Alejandro.	911		912	
Constantino VI Porfirogeneto	911	Depuesto.	919	
Romano I, Lecapeno y sus tres hijos Cristobal, Esteban y Constantino VII Porfirogeneto.	915 919 920 928 Depuestos 944 y 945			
Constantino VI, otra vez. . .	945		959	
Romano II, el jóven.	959		963	
Nicéforo Focas.	963		969	
Juan Zimisces	969		976	
Basilio II y Constantino VIII.	976—1025 y 1028			
Romano III, Argyro.	1028		1034	
Miguel IV, el Paflagonio. . .	1034		1041	
Miguel V, Calafate.	1041	Depuesto.	1042	
Zoé y Teodora; Constantino IX Monomaco.	1042		1054	

Teodora, hermana de Zoé. . .	1054		1056
Miguel VI, Stratiótico.	1056	Abdicó.	1057
Isaac Comneno.	1057	Abdicó.	1059
Constantino X, Ducas.	1059		1067
Eudocio y Miguel VII, Parapinazo, Andrónico y Constantino XI, *sus hijos*. . . .	1067		1068
Romano IV, Diógenes.	1068		1071
Miguel Parapinazo, *solo*. . . .	1071	Abdicó.	1078
Nicéforo Botoniate y Nicéforo Brienne.	1078		1081
Alejo I Comneno, nació 1048	1081		1118
Juan Comneno, nació 1088. .	1118		1143
Manuel Comneno, nació 1120	1143		1180
Alejo II Comneno, nació 1167	1180		1183
Andrónico I, Comneno. . . .	1183		1185

LA EUROPA DEL SUDESTE DURANTE EL PERÍODO DE LAS CRUZADAS
(1095-1261)

I.—El imperio griego hasta 1204.

La dinastía de los Comnenos.

Constituyeron la dinastía de los Comnenos príncipes enérgicos y activos, avisados en política, valientes en la guerra y tenaces en ambos empeños. Hemos visto al incansable Alejo I luchar primero en las riberas del Adriático contra los normandos de las Dos Sicilias; después en Tracia, contra los pechenegos, los uzos y los kumanos: triunfar luego en Asia Menor sobre los turcos seldjukidas y librarse por fin del peligro con que le amenazaba la primera cruzada.

El hijo de Alejo I, Juan I (1118-1143) apellidado Calojuan ó Juan el Bueno, heredó sus energías y su actividad y recorrió las fronteras de Asia hasta las de Europa, derrotando á los pechenegos cerca de Berrhoea, destruyendo el cerco enemigo con la imagen de la Virgen al frente de sus columnas (1122). Después de la derrota de los servios (1123), y los húngaros (1124), volvió á su patria para recobrar lo conquistado por los seldjukidas (1126-1137) y los armenios (1137). Murió durante una campaña en Cilicia.

Su hijo Manuel (1143-1180) le superó todavía en virtudes militares. Apenas coronado, emprendió la campaña contra los seldjukidas persiguiendo al sultán hasta Iconium. Les atacó en sus mismas tierras arrojándose casi solo en medio de ellos, revestido con las insignias imperiales y sin armadura. En la retirada, durante la noche del combate más encarnizado, fué herido por sus enemigos (1146). Después de esquivar los peligros de la segunda cruzada, puso sitio á la ciudadela de Corfú, que le habían tomado los normandos. Audaz y valeroso, ocupaba siempre los puestos de mayor peligro. En cierta ocasión, un proyectil de catapulta rompió los ríñones al megaduque Contostefanos, que estaba á su lado (1149).

Al año siguiente le sorprendió una turba de pechenegos, y logró salvarse sin más daño que una herida en la mejilla. En 1164, al atravesar el Danubio, vió zozobrar una de sus barcas, y se tiró al río para salvarla. En 1176, durante una expedición contra Iconium, se internó temerariamente en el desfiladero de Myriocéfalos, cerca

de las fuentes del Meandro; las flechas de los turcos sembraban el pánico y la muerte en la caballería ó infantería griegas; perecieron casi todos los jefes, y Manuel sufrió el dolor de ver la cabeza de su sobrino Juan Vatazes, clavada en una pica turca; pero el emperador no desmayó por esto, y dió el ejemplo á su ejército, hundiéndose en lo más recio de la pelea. Tales proezas servían para demostrar á sus aliados los latinos y á los cruzados, que éstos no poseían el monopolio de la bravura ni siquiera de la temeridad, desmintiendo la leyenda de una Grecia degenerada y pusilánime. Tan ardiente como sus enemigos, y más perseverante aún que ellos, no descansó en toda su vida de la guerra santa que los cruzados sostenían antes por fanatismo de Cristo que por innata valentía. Heroico como un paladín de las canciones de gesta, era de los primeros en lo que entonces constituía un deporte puramente latino, donde se ganaba el verdadero maestrazgo de la caballería.

Cuando el torneo de 1156 en Autioquía, Manuel bajó á la liza con los príncipes de su familia. En aquel combate, donde se veían «caer á unos de espaldas encima de la grupa del corcel con los pies en alto, desplomarse á otros sobre el cuello del caballo, perder á los más los estribos, y huir no pocos frente al relampagueo de las lanzas, tapándose la cara con el escudo; donde las banderas, agitadas en el rudo galopar de los caballos, ondeaban á impulso de la carrera; en aquellos juegos tan llenos de variedad y elegancia, que evocaban la momentánea alianza de Venus y Marte, de Belona y las Gracias, entre la ardiente emulación de los griegos, ansiosos de superar á los latinos, y de éstos, enardecidos por la idea de la derrota en la justa de las lanzas, el emperador Manuel derribó de una vez á dos caballeros occidentales.» (Nicetas.)

Los torneos de Occidente no tardaron en rivalizar en el Hipódromo con los juegos de circo y con las luchas de las facciones que distrajeron y perturbaron durante tantos siglos á las metrópolis del Imperio.

Manuel armó á su ejército con las armas de los latinos: los vastos escudos que protegían todo el cuerpo, sustituyeron á los broqueles redondos, y las lanzas largas á las azagayas cortas y frágiles.

El Imperio griego tendía cada vez más á parecerse al Occidente, salvo en la religión. Estaba muy lejano el tiempo en que el Basileus rechazaba los enlaces con gente bárbara. Manuel Comneno se casó con Berta de Sulzbach, cuñada del emperador alemán Conrado III, á la cual dió el nombre helénico de Irene, y cuando murió ésta pidió la mano de una princesa latina de Trípoli, eligiendo, por último, á María, princesa de Antioquía. Prometió su hija María á Bela, hermano del rey de Hungría, y después la casó con Reniero, segundo hijo de Guillermo, marqués de Monteferrato. Cuando su hijo Alejo tenía dos años, pidió para él la mano de una

hija de Federico Barbarroja, y cuando aquél llegó á los doce, le casó con Inés (ó Ana), hija de Luis VII de Francia, que tenía ocho años (1180). De este modo entró á formar parte la dinastía de los Comnenos de la gran familia de las monarquías occidentales.

Gracias al valor de los primeros Comnenos y á su hábil diplomacia, que triunfó más de una vez de las sutiles añagazas venecianas y de la astucia normanda, las fronteras del Imperio quedaron casi intactas, y en ciertos sitios recobraron el terreno perdido. Se llegó á no conceder importancia á la conquista de la Italia del Sur y de Sicilia. Nápoles, la última ciudad italiana del Imperio, abrió sus puertas á los normandos en 1138. Croacia había pasado al dominio de los húngaros, que disputaban á los venecianos la Dalmacia; Servia conservaba su independencia, pero Bulgaria seguía sometida y el Danubio constituía aún la frontera del Imperio. Todo el mar Egeo, todas sus islas, hasta Creta, Rodas y Chipre, pertenecían á Bizancio. De Bizancio eran también las riberas orientales y meridionales del Mar Negro, desde Querson (Crimea) hasta el Cáucaso, del Cáucaso á Samsun (único punto del litoral ocupado por los seldjukidas), y desde Samsun hasta el Bosforo. El Asia Menor griega, aunque sus fronteras por la parte de Iconium variasen con frecuencia, se extendía hasta Amastris, pasaba de Brussa y de la corriente del Meandro. Todavía se disputaba la Cilicia á los armenios.

En el interior la unidad del imperio permanecía incólume. Tal vez los skipetaros de Albania, descendientes de los primitivos pelasgos más antiguos que los griegos; quizás las tribus eslavas, mainotas, zaconianas del Peloponeso y las tribus vlacas de los Balkanes, de Rodope ó del Pindó no pagasen regularmente el impuesto; pero todos reconocían la soberanía del autocrator. Hasta los gobernadores de la lejana Trebisonda le prestaban obediencia.

Usurpación de Andrónico.

Una revolución interior destruyó bruscamente esta situación. Al morir Manuel (1180) heredó la corona su hijo Alejo II, que tenía doce años, bajo la regencia de la joven María de Antioquía. No faltaron á ésta, como es natural, los cortejos y solicitudes de sus cortesanos: pero ella eligió entre todos al protosebasta Alejo, haciéndole dueño del Imperio. Entonces los príncipes y princesas de la familia real urdieron una conspiración. Fueron denunciados, y para salvar la cabeza sublevaron al pueblo y sostuvieron el sitio en Santa Sofía, hasta que solucionaron el conflicto con hábiles negociaciones que dieron lugar á una amnistía.

Estos desórdenes animaron á Andrónico Comneno, primo del difunto Basileus y príncipe enérgico y valeroso, como casi todos los de su raza, y compañero de

Manuel en muchas de sus campañas. Una ambición sin escrúpulos, el libertinaje y la crueldad desvirtuaban estas buenas cualidades. Manuel se vió obligado á alejarle de la corte, conflándole primero un gobierno en los límites de Croacia (1151), y después otro en Cilicia. Se le había nombrado César para que pudiera casarse con Constanza, viuda de Raimundo de Antioquía, pero él prefirió á Felipa de Antioquía, hermana de la emperatriz María, á la cual abandonó por Teodora, viuda del rey de Jerusalén. Intentó asesinar dos veces á Manuel. Conspiró sucesivamente con los húngaros y con los turcos. Fué perdonado de nuevo y nombrado gobernador de Oenoeon, á orillas del Mar Negro. Con los años pareció enmendarse, y Andrónico adquirió el aspecto de un hombre grave y religioso, ó incluso llegó á componer Tratados de Teología. Cuando se enteró de los disturbios de Constantinopla, en los que intervinieron activamente sus dos hijos Manuel y Juan, se presentó como defensor de la moral ofendida por la mala conducta de la emperatriz, y como protector del joven Basileus, oprimido por el amante de su madre. La escuadra imperial se puso de su parte, y la sublevación del populacho le abrió las puertas de la capital. Lo primero que hizo, después del triunfo, fue mandar que sacaran los ojos al protosebasta Alejo y arrodillarse á los pies del joven príncipe, regándolos con su llanto. También lo vertió on el sepulcro de Manuel, y á pesar de que Alejo II había sido coronado en vida de su padre, Andrónico dispuso que le coronaran de nuevo, llevándole él mismo en brazos hasta la iglesia. Inmediatamente acusó á la emperatriz de haber solicitado la invasión húngara, ó hizo firmar al joven soberano la sentencia de muerte de su madre, que fué estrangulada y echada al mar. No terminó con esto la serie de castigos: María, hija de Manuel, y su marido el César Juan, fueron envenenados; se sacaron los ojos á los jefes de la nobleza. Incluso llevó su severidad hasta el punto de matar á los mismos que le ayudaron en su empresa. El usurpador dejaba al joven Basileus las apariencias del poder, rodeándole de toda clase de comodidades, placeres y... guardias. Bajo la presión del populacho, el Senado hubo de reconocer á Andrónico como emperador regente; Andrónico se negó hipócritamente al principio. Luego se dejó coronar en Santa Sofía, contra su voluntad, al parecer; en aquella ocasión repitió su juramento de proteger y sostener á Alejo II. A los pocos días, amaneció éste ahogado en la cama. Dícese que su cadáver fué pisoteado por Andrónico, decapitado y arrojado al mar, al son de instrumentos músicos (1183). El Sínodo, aterrado, otorgó al asesino absolución completa.

El tirano sexagenario casó entonces con Inés de Francia, niña de once años, hermana de Felipe Augusto y prometida de Alejo II. Nuevos suplicios espantaron y exasperaron á la aristocracia. Los Estados vecinos estaban llenos de emigrados que los excitaban á la lucha contra el usurpador,reclamando desesperadamente el auxilio del rey de Sicilia, del Papa, del emperador alemán, del rey de Hungría, del sultán de Iconium y de los príncipes latinos de Palestina. Frente al peligro, se

recrudecieron la energía y la crueldad de Andrónico. Isaac Angelos (el Angel) fué sitiado en Nicea; Andrónico prometió amnistía á los habitantes, pero en cuanto entró en la ciudad ordenó matanza general, sin perdonar más que á Isaac el Angel y al obispo. Las ciudades de Brussa y Lopadion sufrieron la misma suerte. Le sacaron los ojos á Alejo, hijo natural del emperador Manuel, y quemaron vivo á su secretario Mámalos. Mientras tanto, los húngaros y los sicilianos devastaban las provincias. Un tal Isaac Comneno, declarándose independiente en la isla de Chipre, se calzó los borceguíes de púrpura. Enfurecido por tal audacia Andrónico, publicó un edicto de proscripción, en virtud del cual todos los prisioneros de la guerra civil debían perecer, lo mismo que aquellos á quienes ya se habían sacado los ojos, y sus parientes y amigos. No se comprende cómo perdonó á su prisionero de Nicea Isaac el Angel. Sin duda sirvió á éste la indolencia de su carácter, que tranquilizaba al tirano, á pesar de que un ermitaño de Set, que se dedicaba á la magia, le vaticinó que su sucesor había de ser el mismo Isaac, antes que terminara el mes de Setiembre de 1185. Andrónico se rió de la profecía; pero su principal consejero Hagiocristoforita aprovechó una ausencia de Andrónico para intentar prender á Angel. Ante la inminencia del peligro, Angel supo despertar sus energías, y para defenderse, cogió una espada; separando á los guardias que le rodeaban, se arrojó sobre Hagiocristoforita y le partió la cabeza. Después se refugió en Santa Sofía y logró sublevar al pueblo. Mandó abrir las cárceles y poner en libertad á los nobles encerrados por la tiranía de Andrónico. Sobre un caballo de las cuadras imperiales y cubierto con un manto de púrpura, proclamaron emperador á Angel. Andrónico acudió apresuradamente y trató de sostener inútilmente un sitio en su palacio. Derribada la puerta y vencidos sus defensores, intentó huir en una barca; pero fué cogido y entregado por Isaac al furor del pueblo. Sólo el excepcional vigor de Andrónico pudo resistir durante varios días lo espantoso de su suplicio. Le arrancaron las barbas, le rompieron los dientes, le cortaron una mano, le sacaron un ojo, y después de montarle en un camello pelado, le pasearon por toda la ciudad. La gente le apedreaba, le echaba encima agua y aceite hirviendo, y, por último, le llevaron al Hipódromo y le colgaron por los pies. Llevándose á la boca el brazo sin mano, no dejaba de repetir: «¡Señor, tened compasión de mí! .-¿Por qué destrozáis la caña rota ya?» Así acabó la gloriosa dinastía de los Coméenos (1185).

Dinastía del Angel.

La doble revolución que elevó y derribó á Andrónico Comneno, asestó al Imperio un golpe mortal. El populacho de Constantinopla había saboreado bastante la sangre para olvidarla demasiado pronto; en las provincias se habían roto los vínculos de la obediencia. Las matanzas de 1182 armaron á húngaros, normandos y venecianos contra el Imperio. Sólo un emperador enérgico hubiera podido dominar aquella universal disolución. Pero Isaac el Angel no tuvo más que un chispazo de valor para

disputar su vida á los verdugos. Diez años después, y mientras dirigía la tercera campaña contra los búlgaros y los vlacos sublevados, estalló una nueva revolución.

Su hermano Alejo había logrado sobornar al ejército. El emperador, refugiado en Estagira, fué cogido y llevado á Constantinopla. Le sacaron los ojos y se le encerró con su hijo Alejo en una torre de palacio.

Alejo III (1195-1203) entregó el Imperio á los revoltosos para que lo saquearan en recompensa de sus servicios. Su reinado fué una verdadera anarquía; prodigó las dignidades hasta el punto de envilecerlas; las conspiraciones y las rebeliones se multiplicaron; el pueblo proclamó á un tal Contostéfano el Astrólogo, y después á un Comneno, llamado Juan el Gordo, «barrigudo como un tonel», según Nicetas. Juan el Gordo, en vez de tomar medidas para su defensa y salvación, se pasaba las pocas horas de respiro que le dejaba Alejo, en quejarse de la sed, en beber, en limpiarse el sudor que «le corría como un río por el corpachón». Mientras tanto, el pueblo saqueaba los templos, los palacios de los nobles y las casas de los ricos. Finalmente, intervino la guardia varangiana; la cabeza de Juan el Gordo rodó hasta los pies del emperador.

Tal era la vida de Bizancio, cuando se presentó el ejército de los latinos.

Los latinos pusieron en libertad á Isaac II, que regentó el reinado de su hijo Alejo IV. Su reinado fue bien efímero. Elevados al trono el día 1° de Agosto de 1203, fueron destronados en el mes de Enero de 1204. ¡Seis meses estuvieron en el trono!

El nuevo usurpador Alejo Doucas, apellidado Murzuflo (cejas juntas), reinó menos de tres meses con el nombre de Alejo V. Alejo IV fue estrangulado. Isaac II murió del susto. La segunda toma de Constantinopla por los cruzados puso fin á las tragedias de familia. Alejo III y Murzuflo, los dos emperadores destronados y proscritos, se encontraron en Mosynópolis de Tracia, y Alejo se apoderó de Murzuflo por traición, le sacó los ojos y le entregó á los latinos, quienes le tiraron desde lo alto de la columna de Teodosio (1204).

Un rastro de crímenes y fratricidios señala el paso de la dinastía de Angel el Indolente: Isaac II asesina á Andrónico, y muere á manos de Alejo III; Alejo IV lleva á los latinos á Constantinopla para destronar á Alejo III; Murzuflo estrangula á Alejo IV, y Alejo III saca los ojos á Murzuflo.

La intervención popular.

Lo más curioso de estas revoluciones de fines del siglo XII es que ya no son, como en otro tiempo, obra del Senado, de la nobleza ó de la Iglesia y del ejército, sino del pueblo. El pueblo, ó más bien, el populacho de Bizancio, representaba el papel principal. El fué quien favoreció la usurpación de Andrónico; él fué quien, asqueado de su favorito, ayudó á la usurpación de Isaac el Angel; prolongó la muerte de Andrónico con espantosos suplicios y se amotinó contra Alejo III. Después del populacho, el segundo lugar corresponde á las tropas, y principalmente á las extranjeras, latinas y caucásicas.

Debilitación del patriotismo romano bizantino.

La mayor prueba de la decadencia del patriotismo romano-helénico es que nunca, hasta entonces, se había solicitado la intervención extranjera. Hemos visto trabajar á los emigrados después de la usurpación de Andrónico: en tiempo de Isaac II, unos rebeldes solicitaron con insolencia la amnistía, amenazando con pasarse a los bárbaros y «ayudarlos á combatir contra los romanos»; después del destronamiento de Isaac II, su hijo Alejo IV alentó la Cruzada, que era el mayor azote del Imperio. Tal estado de cosas era además consecuencia de las alianzas matrimoniales con Occidente, que siguieron en tiempo de la dinastía del Angel, puesto que Isaac II casó con Margarita, hija del rey de Hungría Bela III, y tuvo por yerno á Felipe de Suabia, futuro rey alemán.

Entre los súbditos no existía el menor sentimiento de solidaridad; cuando Constantinopla fué saqueada por los latinos, Nicetas nos habla de los campesinos que insultaban á los desdichados ciudadanos, rescatando sus despojos de los vencedoies y procurando enriquecerse con la común desventura, en espera de que les tocase á ellos recibir la visita de los latinos «comedores de bueyes».

Hasta el propio helenismo, lazo nacional hasta entonces entre las provincias del Imperio, estaba en plena decadencia. En Europa ya no ejercía ninguna presión sobre los ex bárbaros, constituidos en Estados y en Iglesias de autónomas. Lejos de progresar á expensas búlgaros, servios, skipetaros, vlacos, eslavos y otros alógenes del Imperio, disminuía gracias á ellos en muchos distritos.

En la parte oriental del Bosforo había perdido las provincias de Capadocia, de Paflagonia, de Galatia y de Siria, que dieron tantos Padres á la Iglesia ortodoxa, tantos príncipes valerosos al Imperio, y fueron durante largo tiempo la fuerza principal de la nacionalidad y la más saneada riqueza del Estado. Reducido á las

provincias de Europa, mermadas ó empobrecidas por las razas extranjeras, el Imperio Bizantino había perdido su verdadero carácter. Cuando quiso salir de sus ruinas a fines del siglo XIII, para anexionarse de nuevo todas la provincias poseídas por los Comnenos y hasta por la dinastía del Angel, se encontró sin fuerzas y sin energías.

Vicios de la constitución Bizantina.

Estaba ya muy lejano el tiempo en que una sola dinastía, fundada por Basilio I el Macedonio, podía ocupar el trono sin interrupción desde 867 á 1057, durante ciento noventa años, y fracasaban todas las tentativas de usurpación de los que lograban imponerse como emperadores asociados á los porfirogenetas, cuando la aristocracia y el pueblo respetaban un relativo principio de legitimidad. Entonces aún se podía lamentar que el Imperio careciera de una ley de sucesión bien determinada, ya fuese la herencia de padres á hijos como en Inglaterra y Francia, ó la elección regular como en el Sacro Imperio ó el Estado pontificio. Lo único que persiste intangible á través de los golpes de Estado de todas clases, es el derecho del emperador á designar su sucesor, prescindiendo, incluso respecto de sus hijos, del derecho de primogenitura. Juan el Bueno, uno de los mejores príncipes de la dinastía de los Comnenos, dispuso de la corona en favor de su segundo hijo Manuel, excluyendo á Isaac, que era el mayor. Esta dinastía ocupó el trono desde 1081 hasta 1180, durante más de cien años, logrando rivalizar en estabilidad con la de Basilio I. El asesinato de Alejo II por Andrónico provocó una profunda perturbación de la conciencia pública, un desencadenamiento de brutalidad y de cruel destrucción. Sus consecuencias fueron irreparables y el prestigio de la realeza quedó para siempre quebrantado.

Nunca, sin embargo, desplegó el poder imperial mayor ferocidad con los rebeldes. Por la menor sospecha de conjuración se prendía, se torturaba, se mutilaba, se sacaban los ojos. Antes que la de un emperador cristiano parecía aquella corte la de Tamerlán ó la de Selim el Feroz. El día quo llevaron á Isaac II la cabeza del rebelde Vranas, mandó que se la sirvieran á la mesa, chorreando sangre, contraída la boca por una siniestra mueca de agonía; los cortesanos jugaron con ella á la pelota, la convirtieron en blanco de sus flechas, y acabaron por llevársela, clavada en una pica, á la desdichada mujer de Vranas. Pero no por esto se acobardaban los conspiradores y los rebeldes.

El Imperio, á pesar de sus vicios constitucionales, que podía defenderse cuando sus adversarios eran únicamente las hordas nómadas ó Estados de organización rudimentaria, no le ocurría lo mismo cuando tenía por enemigos al reino de Hungría, al de Sicilia, la República de Venecia, y cuando la invasión de los cruzados

seguía derramándose por todas las provincias, cuando aparecían en los confines del Asia Menor hordas más formidables que las anteriores. El Imperio, atacado por la más espantosa anarquía, corría peligro de perecer.

Prematura desmembración del Imperio.

Apenas sucedió el gobierno anárquico de la dinastía del Angel á la vigilante administración de los Comnenos, se manifestaron por todas partes pretensiones á la autonomía local. Prescindiendo de la insurrección búlgara y vlaca, se dió el caso de un Comneno, llamado Isaac, sostenerse como emperador en la isla de Chipre. Se abocetaba en la región póntica un Estado de Trebisonda. Los skipetaros, los eslavos del Peloponeso, los mainotas, y los zaconianos se emanciparon. Ciudadanos poderosos ó funcionarios imperiales compraban los principados en el país. León Chamaretos se hizo casi dueño de Lacedemonia; los melisenos en Mesenia y Fócida, la familia de sguros en Nauplia; el arzobispo Miguel Acominates en Atenas; los alifas (de Auls) en Etolia; los vramas, en Apron; los cantacuzenos en otra parte de Tracia. Era el mismo fenómeno que se manifestó en el Imperio Carlovingio cuando el poder central fué impotente para proteger á sus súbditos y buscaron éstos la seguridad bajo el mando de potentados locales. Los cruzados habían de tener más adelante frente á sí, no ejércitos ni fortalezas imperiales, sino funcionarios imperiales que aspiraban á la soberanía, arcontes, primados, toparcas, stratiotai, kaballarioi, (casi caballeros en el sentido feudal de la palabra), ciudades y comunidades que estipulaban el mantenimiento de sus privilegios (probeleukia), tribus montañesas independientes mandadas por su filarcas.

Estado social.

Una larga evolución social precedió á este fenómeno. Ya hemos visto los esfuerzos de los emperadores del siglo X para evitar que los grandes propietarios provinciales (dinatoi), se apoderaran de las tierras de los pequeños propietarios (penetes), ya por usurpación directa, ya en forma de recomendación; para atajar la invasión del terreno por los bienes de las iglesias y monasterios; para evitar, en fin, la desaparición de aquella clase media de los stratiotai nombrados imperialmente señores de pequeños feudos á cambio de la obligación de prestar el servicio militar, y que constituían la principal fuerza del ejército nacional. Conforme se debilitaba el poder, aumentaban, lógica y naturalmente, las intrusiones. Si respecto de los emperadores de los siglos X y XI sabemos que pudieron cuidar de que se observaran las leyes protectoras, de la dinastía de Comneno ni de Angel no existen novelas relativas á este asunto.

Al contrario; su constante preocupación fue asegurar y confirmar las propiedades, privilegios é inmunidades de iglesias y monasterios. Alejo I concedió la isla de Patmos al monje Cristodulos para fundar un convento (1088). Manuel, aun exigiendo que los monasterios e iglesias no tuvieran derecho á extender ó aumentar sus posesiones actuales, quiso que tales propiedades continuaran incorporadas perpetuamente á sus dominios, sin tener en cuenta los derechos ó títulos que pudieran alegar sus poseedores. Así se liquidaba el pasado, pero á costa de los propietarios laicos, sobre todo de los pequeños propietarios, de los campesinos despojados de sus bienes ó de su libertad. De este modo se consagraban las usurpaciones, las violencias, los fraudes y las falsedades (Novelas de 1148 y 1158). Cuando los «descriptores de tierras», al inventariar los inmuebles de Santa Sofía, asignaron al fisco algunos de ellos, Manuel mandó que se los dejara á la Iglesia (1159). Vatatzes prohibió á todo jefe provincial y agente del fisco que penetraran en los dominios de los metropolitas ú obispos fallecidos (Novela de 1229). Todos aquellos príncipes comprendían la necesidad de contar con el poder eclesiástico[1]. Y como las tierras de la Iglesia seguían exentas de contribuciones, su extensión era causa incesante de empobrecimiento para el Tesoro, y con grave perjuicio del ejército y del pueblo.

Colonos y esclavos.

La situación del campesino no era la misma en las distintas provincias del Imperio.Donde predominaba la ley era algo semejante á los antiguos colonos romanos. Donde la voluntad del señor tenía más fuerza que la ley, su condición era aproximadamente la misma que la del siervo de Occidente, ó la del siervo de Rusia en el siglo XVIII. Los conquistadores occidentales encontraron la tierra helénica cultivada por una clase de hombres que identificaron sin vacilar con los villanos de Francia[2]. Las iglesias, especialmente la de Tesalónica, tenían sus esclavos ó hierédulos. Además del labriego, más ó menos sujeto al terruño, existían verdaderos esclavos. La trata de los cautivos orientales, eslavos ó latinos, favorecía en el Imperio la esclavitud; así como la venta de cautivos latinos griegos la fomentaba en los países musulmanes, y la de los cautivos orientales ó griegos en los países latinos, como Venecia[3]. También contribuía á ello la aceptación voluntaria de la

---

[1] Véanse las Novelas y Bulas de Oro de Manuel de 1144, 1146, 1159, 1161 ó 1166 y 1176; y la de Alejo I, que confirmaba todas las disposiciones de su padre, de 1181.

[2] Cartas de Inocencio III al arzobispo de Patras, III cp. 150. Buchon, Nuevas investigaciones, tom. II, págs. 143, 256, 296, 297.

[3] Durante la guerra civil que sostuvo en el siglo XIV Ana de Saboya, tutora de su hiijo Juan V Paleólogo, contra el usurpador Cantacuzeno, firmó un tratado con Urkhan, sultán de los osmanlíes, que autorizaba á los auxiliares musulmanes suministrados por éste á transportar á Asia como

servidumbre (según Cinnamus, algunos se vendían por tres óbolos) y la venta de los hijos por sus padres.

Los emperadores, siguiendo las tradiciones del derecho romano bizantino, procuraban suavizar la condición de los esclavos y daban toda clase de facilidades para la emancipación. Una Novela de Alejo I (1094) dispone que, si algún esclavo reclamase su libertad, todo testimonio en contra suya se considerará nulo, y en cambio los testigos que presente á su favor serán creídos bajo su juramento. La misma ley declara que la Iglesia deberá bendecir los casamientos de los esclavos, puesto que la condición servil no puede privar á nadie de los beneficios de la religión; y en caso de que los amos prohibieran á los esclavos que se bendijera su casamiento, se entendía que renunciaban tácitamente á todo derecho sobre ellos.

Una ley de Manuel, citada por Cinnamus, libertó á todos cuantos esclavos ya existían entonces; bien porque la miseria les obligara á venderse á sí mismos, ya porque la necesidad les constriñera á cultivar tierras ajenas para vivir en condición servil. Este emperador «quería reinar sobre romanos libres y no sobre esclavos». Gracias á semejante ley debió cambiar radicalmente la suerte de millones de hombres.

Todo esto demuestra que, bajo el influjo de la ley romana Bizantina y de las ideas cristianas, la sociedad helénica evolucionaba dignamente en la Historia. Llevaba el mismo paso que los más avanzados países occidentales, sin otra dificultad que las constantes violencias y desmanes de la piratería, la trata de esclavos y las invasiones de los bárbaros.

Administración municipal.

Había desaparecido el aspecto curial de las ciudades romanas; León VI las despojó de todas sus atribuciones administrativas, en beneficio del poder central, sin tener en cuenta que este poder no era capaz de administrar, ni siquiera de proteger.

Durante el siglo X, tanto en la ciudad como en el campo, se habían formado especies de municipios, análogos á los de Francia en el siglo XI. Las clases medias (oi mesoi), los propietarios pobres (oi penétei), se asociaron para resistir á la presión de ricos y poderosos. Estas luchas sociales sólo han llegado á nosotros como algo vago ó impreciso. En Tesalónica se llamaba á aquellos mesoi del siglo XI,

---

esclavos á todos los partidarios de Cantacuzeno que pudieran coger. Los genoveses acostumbraban á vender como esclavos á los habitantes de la Rusia Meridional, y ciertas decisiones de la Repriblica de Génova limitaban la exportación de esclavos, procedentes de aquellas regiones.

burgueses (bourgesioi). En Corfú, el año 1147, una clase urbana popular, llamada «los desnudos» (gymnoi), entregaron la fortaleza á los sicilianos, por odio á los arcontes ó grandes. En los campos se agruparon varios pueblos alrededor de una cabeza de distrito, elegida por ellos (metrokomia), y las Novelas acabaron por dar á esta palabra valor legal. Se les reconoció á los concejos urbanos ó rurales el derecho de elegir jefes, llamados, según las localidades, proestoi, demogerontes, arcontes, ó epitropoi. Los electores habían de ser miembros del concejo, es decir, hombres libres. Estos magistrados tenían además á su cargo la administración de justicia y el cobro de las contribuciones.

La Iglesia.

La Iglesia seguía subordinada estrechamente al emperador, quien procuraba mantener en ella una jerarquía rigurosa. Cierta novela de Alejo Comneno (1082) recuerda que la vigilancia del patriarca se extiende á todos los monasterios enclavados dentro de sus diócesis, y á los bienes temporales lo mismo que á las cosas espirituales; los donativos hechos al convento deberían inscribirse en el Breviario de éste, previa la autorización del patriarca, aunque los higumenos (abades) tuvieran anteriormente derecho á recibirlos, sin esa autorización. Otra Novela (1087) prohibió elevar un obispado á la categoría superior de arzobispado ó metrópoli, sin que diera antes su opinión el patriarca. En otras dos Novelas, Alejo I se esforzó en sostener cierto orden en los nombramientos y elecciones eclesiásticas, y en reglamentar la enseñanza religiosa en el Imperio. Quería que en las elecciones se atendiera antes á los mejores y á los más instruídos, que á los jóvenes y á los menos recomendables. Para ello mandó formar una lista de todos los clérigos, que se distinguieran por su ciencia y su moralidad, excluyendo á los demás de la corporación eclesiástica. Los maestros y doctores habían de recibir tres libras de plata y cincuenta medidas de trigo, pero tenían obligación de enseñar al pueblo la fe ortodoxa y la moral.

Isaac el Angel dispuso en 1187 que las elecciones eclesiásticas no serían válidas cuando no se hubiera convocado á todos los clérigos residentes en la ciudad. La votación debía ser personal. Manuel (1173) prohibió á los prelados de provincias que permanecieran en la capital, amenazándoles con la expulsión en caso de que no obedecieran sus mandatos.

De ello, se deduce que todavía había elecciones, pero cuando se trataba de nombrar al patriarca, aunque se reuniera el Sínodo y se afectara la observación de las formas, es evidente que lo que preponderaba era la voluntad del soberano, ante la cual el Sínodo se inclinaba humildemente. .¿No le hemos visto absolverá Andrónico del asesinato de su pupilo Alejo II?

La Iglesia era rica y poderosa; sus dignatarios llegaban á veces á ser los jefes del pueblo en las provincias, como el metropolitano Eustates, presidente de una especie de república tesalónica; como Miguel Acominates, que dirigió la defensa de Atenas contra León Sguros, y dispuso las máquinas en las murallas. Sin embargo, á pesar de las disposiciones de Alejo, la Iglesia no contribuyó lo más mínimo á la instrucción del pueblo, que en ciertos distritos siguió siendo pagano.

Como años después la Iglesia rusa, se complacía en los ritos, en lo puramente externo y ceremonioso, prescindiendo del espíritu.

Las discusiones teológicas que apasionaban á los griegos en el siglo de los Comnenos, no tenían la menor importancia trascendental. La mayoría se limitaban á averiguar si el cuerpo de Cristo seguía siendo incorruptible bajo las especies de la transubstanciación.

Persecuciones contra los herejes.

Esta Iglesia no era mucho más tolerante que la de Occidente, y recurrió al brazo seglar contra la heregía maniquea ó bogomílica. Hubo crueles persecuciones en tiempo de Alejo I. Ana Comneno nos describe las hogueras encendidas en el hipódromo, «con sus llamas que llegaban al cielo», y la muerte en medio de ellas del heresiarca Basilio (1110).

Mateo de Edesa, cronista armenio, dice que diez mil herejes fueron echados al mar, entre ellos la misma abuela de Alejo I. En virtud de esas hazañas de gran inquisidor, Ana Comneno otorga á su padre el título de «décimotercio apóstol, más grande que Constantino». En 1143, reinando Manuel, un concilio dictó de nuevo la pena del fuego contra los bogomilos.

Los frailes bandoleros.

Mientras tanto la mayor parte de los religiosos vivían en la ignorancia y en la ociosidad, destruyendo los manuscritos más hermosos, incluso los de los Padres de la Iglesia, por considerarlos inútiles para los frailes. Otros, no contentos con las tres mil penitencias catalogadas por Cristodulos, se entregaban á maceraciones excéntricas, como verdaderos fakires de la ortodoxia, y se enterraban vivos hasta las rodillas, «para asemejarse á columnas». Pero, al fin y al cabo, éstos eran inofensivos. Los más temibles eran los que, huyendo de la clausura conventual, se constituían en pie de guerra y, recorrían la Macedonia, el Peloponeso y las islas Jónicas, haciendo propaganda religiosa á su manera, sosteniendo una «guerra

santa» contra los indígenas paganos ó maniqueos, como prólogo de otra contra los latinos. En vano mandó Alejo I que les escribiera el fraile Cristodulos, recordándoles su Novela sobre las elecciones eclesiásticas y los cánones relativos á los frailes vagabundos. No menos inútiles fueron los mandatos de Eustates de Tesalónica, en tiempo de Alejo II, ordenándoles que volvieran á sus celdas y citándoles los ejemplos dados por los santos monjes de Bizancio y de las islas de la Propóntida. Según una memoria del mismo Eustates, estos grupos errantes llegaron á constituir para provincias una verdadera «peste de Egipto».

Aquella gente de hábitos negros (melanchlenos), armados con arcos y mazas de hierro, montados en corceles árabes, con el halcón en el puño y precedidos de perros feroces, cazaban á los hombres, cabalgando á través del Imperio como «verdaderos demonios».

Mataban á cuantos les parecieran sospechosos de paganismo ú herejía, y con preferencia á los que posoían propiedades contiguas á las suyas. Despojaban y esclavizaban á los campesinos. Alardeaban de menospreciar la autoridad de los sacerdotes, y principalmente de los obispos, á los cuales llamaban papades, calumniándoles ante el pueblo como seres inútiles y usurpándoles sus dominios y atribuciones. Engañaban á la gente sencilla, vendiéndola el Paraíso á cambio de bienes, y alucinándola con falsos milagros y visiones. No tardaron en reclutar todo un ejército de vagabundos, tejedores, marinos, sastres, caldereros, mendigos, ladrones y hasta sacrilegos y excomulgados, y al frente del cual se extendieron por la comarca, «como funesto nublado».

En la Iglesia lo mismo que en el Imperio veíase junto al mayor refinamiento la más indómita barbarie.

La industria y el comercio.

La industria del Imperio griego era la más activa y próspera de todos los Estados de Europa y Asia. Las fábricas de Constantinopla, Tesalónica, Atenas, Tebas y Corinto, tenían una gran importancia.

Tebas y el Peloponeso se enriquecían con la industria de la seda. Pero se había efectuado una desagradable transformación en las condiciones del trabajo nacional. Los emperadores, celosos de su autoridad, acabaron de destruir las antiguas corporaciones. Los comerciantes, industriales y artesanos, privados de toda organización, quedaron entregados sin defensa á las exacciones de los empleados imperiales, y á la competencia de sus rivales extranjeros. Llegó el momento en que el súbdito bizantino no pudiera aprovecharse de su propio comercio. Los beneficios

eran para otros, para los genoveses, venecianos, písanos y amalfitanos que habían acaparado poco á poco el comercio del Imperio[4]. Establecidos en la misma Constantinopla, en barrios fortificados, lograban imponerse al mismo emperador y reducían considerablemente las ganancias del productor bizantino. Como consecuencia de ello, habían llegado á arruinar la marina mercante bizantina y todas las industrias que de ella vivían.

Los contribuyentes del Imperio, además de soportar tan pesadas cargas fiscales, tenían que mantener una corte fastuosa, una complicada jerarquía de funcionarios, una diplomacia pródiga de oro y un ejército enorme é inútil. Su situación respecto de las libres repúblicas comerciales de Italia, era la misma en que se encuentra nuestra vieja Europa respecto de la joven América. La competencia industrial y comercial entre bizantinos y venecianos favorecía á los últimos. No hacía falta dar el asalto á Bizancio. Bastaba la acción, lenta pero destructora de las leyes económicas. Tampoco favorecía al Estado bizantino esta explotación de sus súbditos por competidores extranjeros. Los venecianos habían logrado que les eximieran de todos los derechos arancelarios, y los písanos y genoveses apenas los pagaban.

Exigencias fiscales.

Agotada así la fuente principal de sus ingresos, los emperadores se vieron obligados á satisfacer las exigencias del fisco contra sus súbditos. Y como los bienes inmensos de la Iglesia estaban exentos del pago de tributos, y cierto número de poblaciones se eximían de ello por la fuerza, las exigencias fiscales recaían únicamente sobre el pequeño propietario, sobre el campesino, sobre el artesano, es decir, sobre el hombre de raza griega, lo cual había de originar á la larga la ruina del elemento helénico.

Era tan riguroso el sistema de impuestos, que los habitantes de los confines del Imperio, se apresuraban á pasar la frontera, esperando que los bárbaros sabrían tratarles mejor. En 1198, ciudades enteras de Asia se entregaron al sultán seldjukida de Iconium. Cuando los cruzados invadieron los países griegos, encontraron tan poca resistencia, gracias á que el pueblo confió en ellos como en un futuro enemigo del régimen fiscal. El Imperio bizantino de los siglos XI y XII padecía del mismo mal que el Imperio romano de los siglos III y IV. Inclinaba á sus súbditos hacia la dominación de los bárbaros.

[4] En 1189, los venecianos lograron que Isaac II les diera los establecimientos ocupados por franceses y alemanes.

Exacciones de los funcionarios.

A las exigencias legales del fisco había que añadir las exacciones de los empleados imperiales que en 1092 provocaron la rebelión de los cretenses y cipriotas. El funcionario bizantino no se distinguía por su moralidad. Nicetas habla de un ministro de Isaac II que tomaba cuanto le dieran, y aceptaba hasta manzanas y melones. Juan Lagos, prefecto del pretorio de Alejo III, se entendió con los ladrones á quienes recluía en la cárcel con objeto de soltarles durante la noche para que saquearan la ciudad y repartir con ellos el botín. También se apropiaba las limosnas que las personas piadosas remitían para los presos. Constantino Francopulos, encargado de reprimir la piratería en el Mar Negro, atacaba á los buques mercantes que iban á Constantinopla, arrojaba al mar á la tripulación y se apoderaba de los cargamentos. Cuando los supervivientes iban á palacio á quejarse, no podían obtener la restitución de las mercancías robadas, porque ya el fisco había cobrado su parte, y se habían archivado los expedientes.

Miseria económica del Imperio.

No era únicamente el pueblo la víctima de la ruina económica y moral del Imperio. También la corte sufría sus consecuencias. En medio de aquella magnífica decoración de la monarquía, dentro de aquel palacio suntuoso con artesonados de oro, con áureos mosáicos, bajo el peso de aquellas vestiduras imperiales, cubiertas de bordados de oro y recargadas de pedrería, bajo aquella corona de gemas deslumbradoras y sobre aquel trono sostenido por rugientes leones de oro, el emperador padecía el mismo mal que sus subditos. Era como el descendiente de una casa antigua y opulenta, que conservara intactas las joyas de la familia, la vajilla preciosa, las galerías de obras de arte, pero que estuviese arruinado y viviendo bajo la constante amenaza de la deuda. Los extranjeros seguían creyendo que su fortuna era inmensa, desmesurada, incalculable. Los venecianos y otros cruzados le exigieron en 1203 una cantidad fabulosa. Y sin embargo, Alejo I, para sostener la guerra contra los normandos, se vió obligado á desenterrar las joyas de los sepulcros de las emperatrices, y á quitar sus ornamentos á las iglesias. Para adornar un santuario, Alejo III tenía que despojar otro. Los templos y palacios antiguos permanecían aún incólumes, pero no se edificaban otros nuevos. Los tiempos de Justiniano, el gran constructor, ya no volverían más.

La única circunstancia que contrasta con semejante empobrecimiento general, es que las monedas bizantinas, desde la caída del Imperio de Occidente en 476 hasta la toma de Constantinopla por los cruzados, se acuñaron siempre con el mismo peso y con la misma ley (Finlay). Por eso la moneda bizantina, hasta el siglo XIII, no

tiene rival, y ha sido el modelo de todas las demás monedas; tenía premio en todo el mundo, y las efigies de los emperadores, «defendidos por Dios», se grababan siempre en oro y plata de la mayor pureza. Y sin embargo, tal vez contribuyera también al empobrecimiento de la monarquía este alarde de lealtad y orgullo, lo único que no había sufrido transformación lo mismo que las demás condiciones de la vida económica.

La marina militar.

De igual suerte que el número de los buques mercantes, había de disminuir el de las naves de guerra en Bizancio: la población marítima de la cual se reclutaban las tripulaciones de unos y otros, sufrió también las consecuencias de la crisis económica, y abandonó la navegación, temerosa de verse diezmada por los ataques de los corsarios de varias naciones. Bien claro demuestra semejante debilidad la historia del pirata genovés Caffaro, que en 1198 saqueó á Adramytta y asoló las Islas del mar Egeo. Alejo III tuvo que enviar contra él al pirata calabrés Stirione y no pudo vencerle sin el auxilio de los navios písanos. Nunca hubiera podido Isaac Comneno sostenerse como emperador en la isla de Chipre, si la marina imperial hubiese conservado su antiguo poderío. En otros tiempos fué la primera escuadra del mundo cristiano, casi la única. Pero se crearon en Europa nuevas potencias marítimas; las oscuadras de Venecia se hicieron dueñas del mar, y Alejo III no pudo impedir el desembarco de los cruzados.

El Ejército.

Según se iba debilitando en el Imperio el elemento verdaderamente helénico, y los stratiotai y kaballarioi, entrampados y despojados de sus feudos, ya no podían reclutar los ejércitos nacionales, empezó a figurar el elemento extranjero como el más importante de todos. Siempre los emperadores habían tenido auxiliares y mercenarios extranjeros, pero á la sazón, la salvación del Imperio dependía casi exclusivamente de ellos. Justiniano tuvo antes junto á sí godos, hérulos, longobardos, vándalos, armenios y hunos. En el siglo X hubo húngaros, rusos, khazacos, búlgaros, armenios, caucásicos y árabes En el siglo XI aparecieron los daneses, anglosajones, vlacos, lombardos, los normandos de Italia y los alemanes. Alejo Comneno tuvo generales francos como Ervabios (Hervé), Roussel de Bailleul[5], Crépin ó Crispín, Pedro Alifas (Pedro de Aulps), Hillebrand, Randolphe, un Francopulos, un Humbertopulos, y un español llamado Guzmán. Hubo pechenegos, humanos y seldjukidas, y de ahí el nombre de Gran Turcople dado á

[5] Véase el estudio de Schlumberberger acerca de Hervé y Roussel de Bailleul (llamado también Oursel por los escritores bizantinos), en la Revista Histórica de Julio-Agosto de 1891.

uno de los más altos dignatarios del ejército. Ana Comneno, refiriendo una de las batallas dadas en tiempo de su padre, dice que el ala derecha del ejército imperial se componía de turcos, el ala izquierda de alanos, y la línea de exploradores de «escitas». La sabia princesa incluye bajo el nombre de «celtas» á los francos de Francia y á los normandos de Italia, y reconoce, ecléctica, su valor, mostrándoles como los únicos que en el ejército protestaban contra la inactiva paz, y reclamaban furibundos el combate. Su armamento consistía en una larga lanza, cota de malla y un escudo bruñido que rechazaba contra el enemigo los dardos mejor disparados, y lo cegaba con sus reflejos. Ana Comneno les llama Catafractas y reprocha á los latinos el ser «una raza venal, que por su desenfrenado amor al dinero, está dispuesta á vender lo que más quiera por la esperanza de una ganancia sórdida».

El elemento extranjero llegó á ser imprescindible. El emperador tenía una guardia particular compuesta de varangianos, es decir, de escandinavos é ingleses expulsados de su país por la conquista normanda. Usaban como armas la gran hacha sajona, merced á la cual los griegos les llamaban pelekaphoroi. Su jefe usaba el nombre de acolouthos, porque no se apartaba nunca del emperador. Y así como Andrónico contaba dentro de su alcoba para su seguridad personal con el perro, en el umbral tenía á sus guardias varangianos.

Los francos, á las órdenes de su condestable (kontostaulos), eran más numerosos que nunca. Alejo I, á quien costó tanto trabajo tomar Nicea á los cruzados, alistó desertores franceses ó normandos del ejército de Bohemundo. Juan Comneno, en un combate contra los seldjukidas, se entusiasmó tanto con las hazañas de un caballero latino, que ordenó á su sobrino le cediera su propio caballo. Después de todo era bien lógica esta preferencia de los emperadores en favor de los latinos. En los días de revolución, como eran ajenos á las facciones, y apenas entendían la lengua del país, seguían siendo fieles á quienes les pagaba, y no escatimaban nunca su sangre.

A propósito de esto, cuenta Roberto de Clary una anécdota que debía ser muy conocida en los campamentos, y que demuestra hasta qué punto estuvo siempre rodeado de latinos, y les repartió feudos de stratiotai. Cuando se dió el asalto á Corfú, los cuatro hijos de Pedro de Aulps fueron los primeros en subir por las escalas. Cuando el tremendo lance de las gargantas de Myriocefalos, Balduino de Antioquía, cuñado del emperador, pereció con casi toda el ala derecha, compuesta de caballeros franceses. Isaac el Angel alistó á los que le quisieron servir de sus cuatro mil prisioneros normandos. Hubo un momento en que los montañeses del Cáucaso, iberianos y georgianos, lazos y abazos, formaron el contigente mayor. Su número llegó hasta diez y ocho mil sólo en Constantinopla.

La decadencia militar de Bizancio se manifestó también en el descuido de las artes guerreras. En tiempo de la dinastía de Angel ya no se restauraban las fortalezas, y como no se decidían á arrasar las consideradas ya como indefensas, los vlacos se apoderaron de ellas para atrincherarse. Los griegos seguían limitados en el arte de sitiar las plazas y de abrir minas. El fuego griego ya no asustaba á los cruzados. Los carros inventados por Alojo I, las trampas que quiso emplear contra la caballería normanda (1083) eran inútiles. En todo se demostraba la inferioridad griega respecto de los occidentales. Gunther dice que los sitiados de Constantinopla no se atrevían á hacer salidas, «principalmente por causa de nuestras balistas: el desconocimiento de ellas aumentaba con terribles proporciones su peligro. La caballería ligera de los griegos no podía sostener el empuje de la nuestra. Uno solo de nuestros corceles derribaba á quince de los suyos».

La civilización bizantina.

Como no se edificaba, no surgían nombres de grandes arquitectos. Desde la contienda de los iconoclastas, ya no existía la estatuaria bizantina; la pintura de iconos se había detenido. Desaparecieron las grandes escuelas de legislación. La cultura se limitaba á las Basílicas y sólo muy escasas Novelas nos quedan de aquella época. No existía ningún jurisconsulto comparable con aquellos Miguel Psellos y Miguel Attaliota de la época anterior. El historiador Zonaras, Hagioteodorita, Teodoro Balsamon, cartofylax en tiempo de Manuel y obispo de Antioquía reinando Isaac el Angel, Demetrios Comateno, arzobispo de Bulgaria en 1219, y algunos otros, eran antes simples canonistas que jurisperitos en derecho civil.

En cambio, hay un verdadero renacimiento en la literatura durante los siglos XII y XIII. Se manifestó principalmente en la manera de escribir la historia bajo la forma de memorias. Claro es que este nuevo género literario coincidió con las primeras obras de la misma índole, escritas en francés, por Villehardouin y Roberto de Clary. Figuran en primera línea cuatro historiadores, cuyas obras, de un acento muy personal, forman contrasto con la sequedad de los cronistas y analistas anteriores: el César Nicéforo Brieno, que intervino en las guerras y negociaciones del reinado de su suegro Alejo I y autor de memorias consideradas como simples apuntes históricos (hylé historias); su mujer Ana Comneno, cuya Alexiada había de completar la obra de su marido; Juan Cinnamus ó Kinnamos, historiador de Juan y Manuel Comneno, y Nicetas Acominates de Chone, que continuó la Alexiada desde la época en que la dejó Ana Comneno (1118) hasta 1206.

Como cronistas merecen mención Juan Zonaras, Miguel Glycas, Constantino Manasés y el fraile Juan Doucas, que contó sus viajes á Siria y Palestina.

A los grandes nombres de los historiadores de aquel siglo tan fecundo para la literatura, hay que añadir el de Nicéforo Blemmydes, que se negó á ser patriarca, y los de cuatro prelados, que interrumpieron sus trabajos teológicos para dedicarse á los profanos: Eustrates, metropolita de Nicea, estudió la filosofía de Aristóteles; Gregorio, metropolita de Corinto, fué gramático; Miguel Acominates, metropolita de Atenas, retórico y poeta; Eustates, metropolita de Tesalónica, fué humanista, erudito y narrador patético de las desventuras de su ciudad episcopal. Teodoro Pródromos cultivó á la vez la poesía ligera, la sátira y la novela (Rodantes y Dosiclea): Eustates Macrembolita escribió una novela en prosa (Hysmino é Hysminias) y Nicetas Eugenianos una novela en verso (Drosilla y Cariclea). Bizancio tuvo incluso dramaturgos: Miguel Plocheiros, que escribió un sainete, en el cual intervenían un aldeano, un sabio, la fortuna, las musas, etc. Teodoro Pródromos y Juan Kamateros, autores de poemas astrológicos dedicados respectivamente á la princesa Irene Comneno, y al emperador Manuel.

Claro es que todos estos autores escribieron en la lengua erudita, muy distinta de la vulgar; pero también el pueblo tenía su poesía oral: cantos épicos, por el estilo del poema de Digenis Akritas, del cual hablamos en el tomo anterior: cantos líricos, de amor, de baile, de funerales, de primavera, de cosechas. Sólo han llegado hasta nosotros fragmentos muy breves y confusos, como la canción del Hijo de Andrónico y la de Armuris, que deben de corresponder al período de Comneno.

Hasta el período siguiente ó de los Paleólogos, en que tuvo consciencia de sí mismo el Renacimiento helénico, no abandonaron los griegos su nombre de romanos para recuperar el de helenos. Frente al griego bizantino se había de manifestar como lengua literaria el romaico, es decir, el griego vulgar, que como lengua popular era más antiguo que el Imperio.

No sin razón proscribió la Iglesia oficial los vocablos verdaderamente nacionales de Hélade y Helenos, y siguió considerando sinónimos los términos de heleno y pagano. Los viejos pueblos helénicos, los montañeses libres de Zaconia, el Magno y el Pindó, hasta los siervos de la llanura, conservaban todas —incluso las paganas— las tradiciones del espíritu griego. En la canción de Armuris, el héroe combate á los sarracenos de Capadocia, invocando su dios, el Sol. “En ninguna de las epopeyas populares que han llegado hasta nosotros, encontramos la menor alusión al cristianismo[6]; hasta en los poemas cretenses, que son arreglo moderno de textos más antiguos, un silencio absoluto envuelve á la religión dominante». (Sathas). Cuando el monje Cristodulos, reinando Alejo I, desembarcó en la isla de

[6] Hay que exceptuar, por lo menos, a Digenis Akritas.

Patmos, se encontró de pie una estatua de Diana. Cuando su contemporáneo el fraile Meletios fué á construir un convento en el monte de Miopolis (entre Tebas y Atenas) tuvo que bautizar casi á la fuerza á los campesinos. Muchos militares de raza griega ó albanesa, stratiotai, y armatolos, profesaban, como el pueblo, las añejas creencias y supersticiones.

Esplendor de Constantinopla.

Ya hemos hablado en el tomo anterior de la admiración que la capital del Imperio inspiraba á dos visitantes tan distintos como Villehardouin y Benjamín de Tudela. Todos cuantos peregrinos han hecho públicas sus impresiones, demuestran el mismo estupor. Por carecer de frases con que expresarlo, abundan en exclamaciones: «¡Oh, qué ciudad! ¡Qué noble! ¡Qué agradable! ¡Qué llena de iglesias y palacios de maravillosa labor!» (Gesta francorum Hierusalem expugnantium.) Foucher de Chartres añade: «¡Cuánta obra admirable en las plazas y en las calles! Sería imposible hacer el inventario de tanta opulencia en toda suerte de riquezas, de oro, de plata, de trajes de formas diversas, de santas reliquias... Lo menos hay veinte mil eunucos.»

El único de estos viajeros que se expresa con alguna precisión es Roberto de Clery, caballero de Amiens y que aprovechó los ocios entre dos sitios, para visitar detenidamente la ciudad soberana. Se detenía frente á las tiendas de cambiantes y orífices para ver «los grandes montones de besantes y de piedras preciosas». Visitó el gran palacio de Bucoleon, que constituía, como el Kremlin de Moscú, un conjunto de palacios é iglesias dentro de un recinto fortificado. Allí había ciento cinco «casas», treinta capillas de varios tamaños, y destacando sobre todas la Santa Capilla.

«Tan rica y suntuosa—dice Roberto de Clery— que todos sus goznes y cerrojos eran de plata; todas sus columnas de jaspe, ó de pórfido, incrustadas de brillantes gemas, y el pavimento de mármol blanco, claro y liso como el cristal.» En el Monasterio de Santa Sofía, «cada columna curaba do alguna enfermedad á los que se restregaban contra ella; la mesa del altar, de catorce pies de larga, era de oro y piedras preciosas, todo ello fundido junto; cada uno de los cien candelabros se componía de 25 lámparas, y cada una de éstas valía dos cientos marcos de plata. Por todas partes había estatuas ecuestres, en bronce, de los emperadores». En la spina del Hipódromo «había imágenes, en cobre, de hombres y mujeres, de caballos, bueyes, camellos, osos, leones y otras muchas clases de animales, tan bien hechas y naturalmente formadas, que no habrá maestro pagano, ni cristiano que mejor pueda retratar ni formar imágenes». Estas «imágenes», que «se movían por ensalmo», son las obras maestras cuyo catálogo formó Nicetas y cuya destrucción

lamentó amargamente. Todas las ciudades de Grecia, europea ó asiática, contribuyeron durante largo número de años á aumentar las riquezas de este incomparable museo del Hipódromo. Allí estaba Belerofonte, cabalgando en el Pegaso de alas desplegadas; allí el Hércules del gran escultor Lisimaco que, cubierto por la piel del león, con el codo en la rodilla y la barba en la mano, meditaba sobre su rudo destino; allí esfinges llevadas desde las orillas del Nilo; allí Elena, la del cuerpo esbelto, brazos blancos y piernas hermosas.

Sin embargo, los bizantinos empezaban á perder el sentido del arte antiguo. Para ellos, Belerofonte era Josué parando al sol, y destruyeron una Minerva porque señalaba con una mano hacia Occidente, y aquellos «inmundos imbéciles» la acusaban de haber llamado al ejército latino. (Nicetas.)

No eran solas estas riquezas las que tentaban á nuestros cruzados. Además de las obras maestras del mundo antiguo, Constantinopla coleccionaba las reliquias del mundo cristiano. En la Santa Capilla de Bucoleon, Roberto de Clery admiró pedazos de la Vera Cruz «gruesos como la pierna de un hombre y de media toesa de largo»; la punta de la Lanza Santa; dos de los clavos que clavaron á Cristo; el frasco de cristal en que se recogió la sangre del costado herido por Longinos; «la bendita corona con que se le coronó»; el traje de Nuestra Señora, la cabeza del «Señor San Juan Bautista»; el Santo Sudario, la Santa Túnica»... Roberto de Clery no fué el único que las contempló con ojos codiciosos. La historia de la peregrinación de aquellas reliquias, después del saqueo, forma toda una literatura.

II.—Los vecinos y los enemigos del Imperio.

Los turcos seldjukidas.

La guerra, á pesar de sus intermitencias, no había cesado en Oriente desde que las hordas seldjükidas se apoderaron, desde el reinado de Romano Diógenes hasta el de Miguel VII, de casi todas las provincias del Asia Menor, sin excluir á Cyzica y Nicea, y de casi todas las islas del litoral. Con el tiempo los seldjükidas se fueron civilizando. Los turcos y bizantinos, que intentaron más de un encuentro, comprendieron que disponían de los mismos elementos y de iguales fuerzas. Cada campaña no solía dar más resultado que la pérdida ó reconquista de un castillo sin importancia. Empezaron á pensar en el establecimiento de un Convenio entre ambas razas. Los emperadores tenían miedo á los terribles aliados occidentales y á los sultanes de las nuevas hordas nómadas que los amenazaban por el lado de Oriente. Entre Iconium y Bizancio había intervalos de paz, combinaciones políticas, incluso alianzas. Una colonia de mercaderes seldjukidas se había establecido en Bizancio; se les permitió que poseyeran una mezquita, y cuando la destruyó un incendio, no

fueron griegos los culpables, sino una turba de cruzados de Flandes, ebrios y groseros.

Las razas turcas de Europa.

A orillas del Danubio seguían los encuentros contra otras hordas que, de siglo en siglo y con nombres diferentes (pechenegos, kumanos, uzos), continuaban la bélica tradición de los hunos, los ávaros y los khazaros. Pero los más peligrosos de estos turcos eran entonces los que, convertidos al cristianismo y sometidos á la Santa Sede romana, hacían á los griegos una guerra de semicivilizados, alternando hostilidades y tratados, uniéndose con los emperadores por medio de casamientos, basando en éstos un derecho á inmiscuirse en los disturbios civiles, y arrebatándoles la supremacía sobre los países croatas, servios y dálmatas. La Hungría cristiana era más difícil de vencer y dominar que las antiguas hordas de magyares paganos.

Croatas y Dálmatas.

Los eslavos de Croacia que, durante el siglo X, fueron vasallos del Imperio bizantino, tenían en el XI un reino de escaso poder regido por Cresimiro y después por Zvonimiro, coronado en 1076 por el legado del Papa en Spalato. Formaban una provincia de la corona de San Esteban. El rey de Hungría y los venecianos se disputaban las ciudades marítimas de la costa adriática. Sólo Dubrovnik (Ragusa) era la única autónoma y la que representaba el centro de la civilización eslava. Bajo el influjo germánico ó húngaro, todos estos países conservaban la comunión con Roma, pero la herejía bogomílica se había introducido en ellos.

En cuanto á la parte oriental del país croata con Bosnia, resistía á la conquista magyar, siguiendo la suerte de Servia.

Servia.

Servia se dividía en varias regiones históricas: Servia danubiana ó syrmiana, en la cuenca del Morava, con Belgrado; Herzegovina, Dioclea (Montenegro) y Zenta ó Albania, del Norte. Entre estas regiones, como lazo de unión, se extendía otra región montañosa, llamada la Rascia, cuya capital era Rascia, junto al Raska (hoy Novi Bazar).

Los servios que, en tiempo del gran Simeón, rechazaron á los conquistadores búlgaros, fueron luego considerados como vasallos por el Basileus. Su independencia no tenía más defensa que el equilibrio de fuerzas entre los dos Imperios búlgaro y bizantino. En cuanto Basilio II conquistó á Bulgaria, redujo

también á los países servios, por lo menos á los no protegidos por las fragosidades de las montañas.

Cuando se debilitó el Imperio griego, la primera tentativa de renacimiento nacional se manifestó en la Dioclea. Estéfano Bogislao expulsó en 1040 al gobernador bizantino y derrotó á los griegos. Su hijo el gran jupan Miguel, comprendiendo que ya no podía poner a Bulgaria frente á Bizancio, buscó apoyo en Roma, y el papa Gregorio VII le concedió una corona con el título de rex sclavorum, el año 1078. Entonces Miguel envió á su hijo Constantino Bodino á intentar la conquista de Bulgaria.

El nuevo Estado entró casi en seguida en lucha con la otra Servia, que por su parte se había hecho independiente, y el final del siglo XI presenció la guerra de Bodino, sucesor de Miguel en el trono, contra los jupanes de la Rascia. A las luchas externas sucedieron las íntimas, de familia: Bodino, instigado por su esposa, una italiana llamada Jakvinta, exterminó á todos sus parientes. La dinastía real se extinguió, y Vikan, jupan de Rascia, se apoderó del trono, viéndose obligado á sostener contra los bizantinos una guerra de montaña, de desfiladeros, de emboscadas, como la que los montenegrinos habían de sostener siglos después contra los otomanos. El silencio de los cronistas griegos y nacionales envuelve en oscura sombra toda esta época. Ni siquiera conocemos la serie de sus príncipes.

En 1120, un tal Bela Uroch (la segunda parte del nombre significa ave ó dragón), que no sabemos si pertenecía á la dinastía de Bodino ó á la de Vikan, se dió á sí mismo el título de rey.

Según parece, su mujer, Ana, fué una «franca» ó francesa. Se alió con los reyes de Hungría contra Bizancio, perdiendo Belgrado, que le quitó Esteban II, y entregando su hija Elena á Bela II. Aquella política era peligrosa. Chedomil, uno de los dos hijos de Bela Uroch, pereció en una batalla contra las tropas de Miguel Comneno, y el boyardo Beluch, yerno de Uroch, y su hermano Pribislao, le quitaron la corona. Estos dos últimos fueron expulsados á su vez por Chemonil, hijo de Bela Uroch, que trató de conservar su independencia entre Hungría y Bizancio; pero fue destronado por el emperador Manuel, como castigo á su simpatía por los magyares. Uno de sus hijos ó nietos, llamado Estéfano Nemanya, fué reconocido gran jupan de Rascia hacia el año 1165.

Estéfano Nemanya.

Constitución de la unidad servia.

Estéfano Nemanya era un príncipe guerrero que procuró reunir en un verdadero Estado las tribus servias, aisladas en su montaraz independencia. Para ello tuvo que luchar contra su misma familia, viendo perecer á uno de sus hermanos en una de las batallas. Aunque protegido en un principio por Manuel Comneno, sus conquistas en Croacia y Dalmacia obligaron al emperador á salir personalmente contra él. Estéfano no quiso luchar con su protector y se sometió á él (1173), esclavo de su fidelidad. Sin embargo, una vez muerto Manuel (1180), se consideró desligado de todo compromiso; empuñó de nuevo las armas. La victoria le acompañó. Después de tomar Nisch (Naissus) á los griegos, extendió su imperio por Dalmacia hasta las bocas del Cattaro, por Herzegovina, por Montenegro y la Servia danubiana, pero no pudo vencer á la Bosnia, defendida por los húngaros.

En 1189, tuvo una entrevista con Federico Barbarroja en Nisch, pidiéndole que le auxiliara contra los griegos y autorización para casar á su hijo con la heredera de la corona de Dalmacia. El César alemán no aceptó tal alianza: Germania comprendió el peligro que representaba para el Sacro Imperio un gran Estado eslavo. Posteriormente, Estéfano Nemanya luchó con Isaac el Angel, y después de derrotarle, se casó con una sobrina suya.

Dentro de su región logró imponer su autoridad sobre las ambiciones de los jefes locales y sobre las tendencias separatistas de las tribus. Los jupanes dejaron de ser propietarios de sus jupanías para convertirse en funcionarios del Estado. Combatió á los paganos rebeldes y á los bogomilos, comprendiendo que el paganismo y la herejía constituían los más firmes sostenes del particularismo. Fundó varias iglesias y monasterios, de los cuales fueron los más célebres el de Kilandjar, en el monte Athos, y el de Tsarska-Lavra, en Studenitza, que había de ser su sepultura y la de sus herederos. Entró en él como fraile en 1195, y en él murió en 1200. Los servios le veneran con el nombre de San Simeón.

Estéfano I y San Sava. El reino de Servia.

Rastko, el tercer hijo de Estéfano, también fué fraile y hoy se le conoce por San Sava, el gran taumaturgo, padre de la Iglesia nacional y uno de los promovedores del movimiento literario. El patriarca de Constantinopla reconoció á esta Iglesia como autocéfala, y San Sava fué su primer arzobispo en Ujitsa (1221). De este

modo conquistó Servia su autonomía política y religiosa: casi al mismo tiempo tuvo un arzobispo (autocéfalo) y un kral (rey).

Estéfano Nemanya se había conformado con el título de gran jupan, que los occidentales traducen por el de conde, pero su hijo Estéfano[7] fué el primero que usó el título de kral[8]. Hubo una doble coronación: en 1217, Estéfano I fué coronado por un legado del papa «rey de Servia, Dioclea, Terbunia y Dalmacia»; en 1222, recibió la unción regia de su hermano San Sava, y fué coronado por éste con una diadema llevada de Constantinopla. Así como en el orden político Servia se sostenía entre el Imperio griego por una parte, y el Imperio alemán y el reino de Hungría por otra, en el orden religioso se encontraba entre el pontífice de Roma y el patriarca de Bizancio. Era un pueblo de Oriente, pero abierto á las influencias de Occidente; una nación ortodoxa, donde, sin embargo, se protegía al catolicismo.

En Zitcha, se erigió la iglesia de San Pedro y San Pablo, y en ella se celebraron las coronaciones reales. La obra política de los primeros Nemanya fué, sin duda alguna, grande: sirvió de preparación al poderío del tsarat de Servia en el siglo XIV. Aún resultó más grande y más duradera su obra religiosa; llegaría una época en que el feudalismo y el particularismo eslavo suplantaríanla de nuevo en el poder central; pero cuando ya no hubiese monarquía, veríase siempre subsistir una Iglesia de Servia. El prestigio de los Nemanya procedió más de su santidad que de sus conquistas; cuando cayó el Imperio, la memoria de San Simeón Estéfano I, que también se hizo monje en 1224, y los milagros de San Sava, muerto en 1236, quedaron como tutelares de su pueblo, le consolaron y sostuvieron bajo el yugo otomano, ó impidieron que pereciese el alma servia.

Los Búlgaros.

La conquista de Basilio II, en el siglo X, había puesto fin al temible Imperio búlgaro que disputaba la supremacía al Imperio griego, y que bajo el tsar Simeón, llegó á amenazar seriamente su existencia. El último tsar, Vladislao, había sido muerto ante Durazzo (1018). Los últimos boyardos independientes se vieron forzados á buscar refugio en sus nidos de águilas del Tomor y del Vrakhotos. Otros, á cambio de su sumisión, recibieron la confirmación de sus bienes y privilegios con títulos de dignidades bizantinas. Se suprimió el patriarcado, pero había en Ochrida un arzobispo de Bulgaria. Destruidos el Estado y la Iglesia autocéfalos, no subsistieron

[7] Por eso se le suele llamar Estéfano I

[8] Karol ó Korol en las demás lenguas eslavas; palabra, que acaso proceda de Carolus, Carlos el Grande, Carlomagno, el rey por excelencia.

más que señores, más ó menos dóciles, en la montaña, y aldeanos corveables y contribuyentes en la llanura de Mesia.

No olvidaba, sin embargo, la Bulgaria que había sido una grande y gloriosa nación. Ni aun después de las matanzas de Basilio el Bulgaróctono, jamás fué un país tranquilo. Ya, en 1040, un cierto Deliano tomó el título de tsar, enviando cuarenta mil insurrectos á sitiar á Tesalónica; fué derrotado y hecho prisionero, sacándole los ojos (1041). En 1073, cuando Bodin, el hijo del primer rey de Servia, invadió la Bulgaria, el país le acogió como libertador, proclamándole tsar. Derrotado cerca de Nisch, su palacio tsarino y el monasterio de San Aquiles, en el lago de Prespa, fueron saqueados por los mercenarios francos al servicio de Bizancio; el boyardo búlgaro Voitech murió á consecuencia de la pena de azotes que hubo de sufrir en Constantinopla.

El movimiento búlgaro recobró nueva energía en el reinado de Isaac Angel, después de las exacciones á que dió lugar su casamiento con la hija del rey de Hungría. Insurreccionáronse los aldeanos eslavos, cuyos grandes rebaños de bueyes y de cerdos tentaban la codicia del ñsco y de los agentes imperiales. Pero á este movimiento búlgaro se mezclaron elementos extranjeros, que exigen una explicación previa.

Los rumanos: sus orígenes.

El acontecimiento capital del siglo XII, en la Europa del Sudeste, es la revelación de un gran pueblo de raza latina y de idioma neo latino, al que los contemporáneos designan con el nombre de vlacos ó válacos y al que nosotros hemos restituido su verdadero nombre: los rumanos (romanos).

Cuando Trajano hubo vencido á los dacios, que en cierto modo se asemejan á los antiguos tracios, estableció en el país conquistado (Hungría oriental y Transilvania) numerosas colonias: Ex toto orbe romano infinitas eo copias hominum transculerat ad agros et urbes colendos (Eutropo, VIII, 3). Esta multitud, sin duda cruzada con los restos de la raza vencida, dio al país una vida romana muy intensa, atestiguada hoy por numerosos monumentos.

Pero estas colonias, á pesar del ex toto orbe romano, no eran todas de sangre latina. Las inscripciones votivas, halladas en la comarca, en honor de Isis, de Horo y de Júpiter de Heliópolis, revelan la presencia de egipcios; los africanos han debido dedicar las de la Dea Coelestis de Cartago; Júpiter de Comageno, Júpiter de Prusias, descubren á los frigios; Júpiter de Tavia, á los galatos; Nehalenia, á los galos ó

germanos. Además, hay huellas de palmíreos, dálmatas y darios. Sin embargo, predominan la sangre y el idioma del Lacio (entiéndase el latín rústico).

Ya en el reinado de Adriano se habló de abandonar esta Dacia romana, que costaba gran esfuerzo defender contra las invasiones góticas. Los consejeros del emperador hieiéronle variar de plan, ne multi cives romani barbaris traderuntur (Vopiscus). Hasta el reinado de Aureliano no se decidió el abandono (274): sublato exercitu et provincialibus reliquis... abductosque ex ea populos in Moesia collocavit (Vopiscus). Entonces es cuando encontramos el nombre de la Dacia, aplicado á una parte de la Mesia; muy pronto hubo al Sur del Danubio y de la Sava, una diócesis de Dacia que abarcaba cinco provincias.

El texto de Vopiscus ha sido objeto de numerosos comentarios. Queríase determinar hasta qué punto este abandono de la Dacia Trajana se efectuó bajo Aureliano. Las rivalidades nacionales influyeron en tales discusiones; se han formulado tres tesis:la alemana, la húngara y la rumana.

Los alemanes y los húngaros, cuyos compatriotas se hallaban establecidos en Transilvania, creen tener interés en demostrar que el abandono de la Dacia Trajana fué completo, y que los colonos magyares, szeklers ó germanos no encontraron al establecerse allí ninguna población latina. Según esto, sería en una época muy posterior cuando los rumanos, trasplantados por Aureliano al Sur del Danubio, hubieran reaparecido en los Cárpatos y en la cuenca del Theis. Por consiguiente, no son los húngaros y los alemanes quienes han despojado á los rumanos; son estos mismos rumanos quienes irrumpieron en medio de las poblaciones madyares y germánicas; ellos son los intrusos en la antigua Dacia; nada tiene de extraño que su población se viese reducida al estado de servidumbre y que todavía actualmente se halle privada de la mayor parte de sus derechos políticos. Con el mismo ardimiento los rumanos sostienen que sus antecesores no han cesado de habitar la Transilvania desde los tiempos de Trajano y Aureliano; ni siquiera excúsase como un derecho histórico la usurpación política de los alemanes y de los madyares. En el primer sistema, el texto de Vopiscus se interpreta en el sentido de abandono total y del traslado en masa de los colonos al Sur del Danubio; en el segundo significa únicamente que Aureliano retiró el ejército y los funcionarios (provincialibus); pero, exceptuando una escasa parte de los colonos que pudo ser trasplantada á Mesia, el núcleo de la población continuó en la Dacia Trajana, defendiendo y sosteniendo contra todo evento su patria. Si ya, bajo Adriano, los ciudadanos romanos parecían lo bastante numerosos en el país para no resignarse á abandonarlo á los Bárbaros, su número debió ser mayor en el reinado de Aureliano, puesto que la ocupación romana de la Dacia había durado del año 106 al año 274, es decir, durante ciento sesenta y ocho años. Los escritores rumanos insisten en lo absurdo

de un sistema basado en la hipótesis de que tan gran población haya sido trasplantada entera á Mesia, y luego, algunos siglos después, haya reemigrado en masa de la península de los Balkanes al vasto circo formado por los Cárpatos.

En el período de las invasiones, cuando, durante varios siglos, las hordas del Asia se sucedieron en las llanuras, los hijos de los colonos de Trajano tuvieron que retirarse del país llano y buscar un refugio en las altas comarcas. Al reaparecer con el nombre de Vlacos, se los señala primero en las regiones montañosas; luego, restablecida la seguridad, bajan á poblar las llanuras de Transilvania, de Bukovina, de Besarabia, de Moldavia y de Valaquia.

Debemos declarar que la tesis rumana tiene en su favor los más concluyentes argumentos. Si la toponimia de la llanura y de las corrientes de agua en Transilvania es casi toda magyar ó germánica, la de las tierras altas ha seguido siendo latina. M. Xénopol, uno de los modernos historiadores de los orígenes rumanos, acumula las citas proporcionadas por las crónicas, las epopeyas y las cartas. Es Néstor, el monje ruso del siglo XI, afirmando que los húngaros, cuando por primera vez atravesaron los Cárpatos, hallaron á los vlacos al mismo tiempo que á los eslavos (año 898) y que, en lo sucesivo, los eslavos prosiguieron conviviendo con los vlacos. Es el «Notario anónimo del rey Bela», mencionando esta lucha de húngaros contra los vlacos por la conquista de Transilvania. Es el arcediano Tomás, atestiguando que el país dicitur antiquitus fuisse pascuae Romanorum.

Es Simón Kéza (1205), declarando que los vlacos, «antiguos pastores y colonos de los romanos», permanecieron espontáneamente en Panonia. Sobre este hecho, pues, hay una tradición constante entre los antiguos historiadores magyares. El poema de los Nibelengos nos muestra también á los vlacos (Vlachen) habitando con su duque Ramungo (el Romano), en la vecindad de Polonia. Las cartas procedentes de los reyes de Hungría, fechadas en los siglos XII y XIII, nos presentan á los vlacos ocupando desde tiempo inmemorial á Transilvania: a tempore humanam memoriam transeúnte per majores, avos atavosque... possessa (carta de 1231). Desde 1260, hubo vlacos en el ejército del rey Bela IV. No todos los vlacos eran pastores ó siervos adheridos á la gleba; entre ellos distinguíase una aristocracia de su raza, los voievodos, los Knezés ó jueces de aldea, ricos propietarios que se hacían confirmar sus bienes por los reyes de Hungría, asambleas de condados (congregationes), comunidades (universitates), que reivindicaron derechos y privilegios; de esta aristocracia rumana, escasa en número, subordinada á la madyar y tendiendo á madyarizarse, surgirían un día los Juan Hunyado y los Matías Corvino. Los rumanos tuvieron una civilización, emplearon un alfabeto que enseñaron á sus vecinos los széklers y que, evidentemente, es el alfabeto paléo-eslavo, el de su

lengua de Iglesia, que habían recibido, con el cristianismo, de su antiguo fronterizo, el Imperio búlgaro.

Que los vlacos de los siglos XI y XII eran los descendientes de los colonos de Trajano está confirmado por la lengua que ellos hablan hoy; á pesar de las interpolaciones llevadas á cabo en los idiomas de los invasores, la gramática es completamente latina y más de las seis décimas partes del vocabulario derivan del latín (tres décimas partes son de origen eslavo y el resto griego, turco, húngaro y alemán). Los rumanos recuerdan todavía á su primer fundador, convertido en dios ó héroe epónimo; lo han dado á conocer á sus vecinos. En la vieja epopeya rusa de Igor hay un Troiano. No sólo os muestran el puente de Trajano, los pasos de Trajano, la ruta de Trajano y la pradera de Trajano, sino que para ellos la vía láctea es el camino de Trajano, el relámpago su espada, y el trueno su voz. Os cuentan la antigua leyenda de Trajano, despojando con Dacia. En sus fiestas, sus casamientos y sus funerales, se han conservado casi todos los antiguos usos romanos. El tipo de hombre más común en su país es el de la campiña romana.

¿Cómo se ha mantenido, se ha desarrollado y se ha propagado la raza? A causa de su Trajano; es fecunda como ella; resiste á la malaria que diezmó á los alemanes y á los magyares. ¿Por qué han pasado sobre ella tantas tempestades é invasiones sin destruirla? A esta pregunta se os responderá con la frase: «El agua pasa, el guijarro queda.»

En los siglos XII y XIII reaparece ocupando toda la Transilvania, y se extiende sobre las vertientes orientales de los Cárpatos. Allí se fundan pequeños principados, cuya reunión formará un día la Valaquia y la Moldavia. En 1290 establece el primero de éstos un cierto Radu Negru ó Rodolfo el Negro, que fijó su capital en Campu-Lungu. En cuanto á la Moldavia, se rebeló en 1349 con un tal Bogdano, que se instaló en Suciava.

No son éstos los únicos grupos de «vlacos» que se encuentran en la Europa del Sudeste. Otros ocupan el Rhodopo (Despoto Dagh), el Hemus (Balkan) y el Pindó. Difundiéronse por la península de los Balkanes, allí donde se hizo un vacío en la población helénica, hasta en Beocia, Atica y Morea. La Tesalia, en el siglo XII, sólo era conocida por el nombre de Gran- Vlaqnia; en la Etolia y la Acarnania había una Pequeña-Vlaquia; en el norte del Epiro (Albania), una Vlaqnia superior.

No todos los vlacos de la península descendían de los colonos de Trajano. La costa de Dalmacia fué también colonizada en otro tiempo, con las ciudades romanas, Apolonia, Dirracio, etc. Cuando sobrevinieron las invasiones, los romanos del Adriático imitaron á los dé la región danubiana, refugiándose en las montañas. Entre

éstos y aquéllos, como habían sufrido distintas influencias, subsistieron diferencias dialectales. Los del Pindó, de Epiro y de Tesalia, recibieron de sus vecinos, según las localidades, los nombres de Zinzari ó de Morlacqui (válacos negros). A sí mismos llamábanse Armini (Romanos), como los de la región danubiana se decían Romini.

Relaciones de los Vlacos con Bizancio.

Durante mucho tiempo, los cronistas bizantinos no saben nada de ese pueblo ni bajo el nombre de romanos que ellos se atribuyen, ni por el de vlacos. Con fecha de 579, cuenta Teófano que, en una campaña en Tracia, se produjo un pánico en el ejército bizantino, y uno de los soldados gritó: Torna, torna, frate. Era un rumano y ese el primer monumento que poseemos de esa lengua.

Con fecha de 976, Cedreno dice que un jefe búlgaro fué muerto entre Prespa y Kastoria por los nómadas de la nación vlaca. Cinamo añade: «Asegúrase que los vlacos descienden de antiguos colonos de Italia.» En 1033, el tsar Manuel, en sus mismas comarcas, edificó fortificaciones en un lugar llamado Kimba Lungu; éste es un nombre rumano. Después de conquistar la Bulgaria, Basilio II, citando al arzobispo de Okhrida, estipuló que se le someterían «los vlacos de toda la Bulgaria». En 1091, en la Maritsa, Alejo I recibió un refuerzo de cinco mil búlgaros y vlacos. Desde entonces los cronistas menudean las citas sobre ese pueblo. Aparécesenos en todas partes; en los Cárpatos, en el Rodopo, en los Balkanes, en el Pindó, en Tracia, en Macadonia, en Tesalia y en Bulgaria; pero siempre en las montañas. Se habían apoderado de los castillos construidos por Justiniano y abandonados por los Angel, recobrando los terrenos limítrofes á ellos, atacando á Jas tropas aisladas y hasta á las bandas de Cruzados que atravesaban el Imperio. Benjamín de Tudela, que visitó la Tesalia en 1170, describe á los vlacos que encontró en ella; Nicetas menciona especialmente á los de los Balkanes; pero todos se identiflcan. Los vlacos eran ágiles como las cabras, saltando como éstas por encima dé los escarpados; sus aldeas se hallaban casi todas instaladas «sobre hondos precipicios é inaccesibles alturas»; allí se fortificaban, rehusando combatir en la llanura; «nadie hubiera osado atacarlos y ningún rey hubiera sabido dominarlos». Negros de pies á cabeza, sin duda por ir vestidos con pieles de cabra, su aparición aterró á los griegos tanto como si fueran diabólicos espectros. Benjamín dice que se les conocía por los nombres de David, Moisés, etc., pero los consideraba aún como paganos. Ciertamente que eran cristianos ortodoxos. Es el único pueblo neo-latino que se haya encontrado fuera de la comunión de Roma; esta es una de sus originalidades.

Fundación del imperio vlaco-búlgaro.

En el siglo XII, los Balkanes y hasta la Mesia estaban fuertemente ocupados por ese pueblo del que Nicetas nos dice: «En otro tiempo llamábanse los habitantes mesienos y hoy son los vlacos.» La llanura, según parece, quedó en poder de los eslavos-búlgaros. Cuando Isaac Angel pretendió imponer nuevos tributos al país, dos hermanos de raza vlaca. Asan y Pedro, expusieron sus quejas al emperador, que acampaba en Cipsela. Pidieron para su pueblo la reducción del impuesto, y para ellos un grado militar y un feudo en los Balkanes. Fueron rechazadas todas sus demandas, y como Asan, el más atrevido de los dos hermanos, elevara su voz, el sebastocrator Juan mandó que se le azotase. A su regreso á la montaña los hermanos dieron la señal de la insurrección. Como sus compatriotas se resistían, hicieron actuar la influencia religiosa. Edificaron una iglesia á San Demetrios en Tirnovo. Convocaron á los «demoníacos» ó videntes, quienes, en un delirio profético, anunciaron que Dios había decidido la liberación de los búlgaros y de los vlacos; por esto San Demetrios, que acababa de abandonar la ciudad de Tesalónica al saqueo de los normandos, había querido establecerse en Tirnovo. Sublevóse todo el país. Pedro, uno de los dos hermanos, ciñó la corona imperial y calzó los borceguíes de púrpura. Sin duda adoptó el título de tsar. Los rebeldes fracasaron ante Preslao, pero se esparcieron por las llanuras de Bulgaria y de Tracia, arrebatando los ganados y haciendo cautivos.

Contra ellos marchó el emperador en persona, forzando los pasos de los Balkanes. Después, renunciando al intento de apoderarse de sus aldeas fortificadas de las montañas, se contentó con arrasar las cosechas y tornó á Bizancio (1186). Los jefes del movimiento habían vadeado el Danubio, buscando refugio en el país de los Kumanes. Sostenidos por la caballería de los nómadas, conquistaron la Bulgaria é invadieron la Tracia. El emperador los derrotó cerca de Barrhoea (Eski-Zagra); pero esta vez no pudo forzar los desfiladeros de los Balkanes. En su ausencia hicieron nuevos progresos los insurrectos. Aliáronse con Estéfano Nemanya de Servia y creciendo sus ambiciones, decidieron «restablecer el imperio de los mesienos y de los búlgaros, tal como había sido en otro tiempo», es decir, en la época del gran tsar Simeón. Una tercera campaña (1187) de Isaac no produjo resultados positivos, pues perdió tres meses de sitio en Lobitza. Sobrevino una tregua y Juannitsa, el joven hermano de Asan y de Pedro, fué entregado como rescate al emperador. Cuando en 1189, Federico Barbarroja atravesó su país, Asan y Pedro como Estéfano Némanya solicitaron su alianza; ofreciéronle un cuerpo auxiliar de cuarenta mil hombres á condición de que les reconocería sus títulos de tsares. Tales negociaciones inquietaron al basileo. Después del paso del ejército alemán, se reanudó la guerra entre griegos y vlaco-búlgaros (1190); éstos lograron una gran victoria en Berrhoea,

donde el basileo se salvó penosamente, matando á los caballos y hasta á los soldados griegos que embarazaban el camino. Los vencedores saquearon á Varna, Anquialo, Nisch, Filipópolis, Sofía y Andrinópolis. En Sofía encontraron las reliquias de San Juan de Ryl, que fueron transportadas á Tirnovo, capital del tsarato. En la anarquía que siguió al destronamiento de Isaac, obtuvieron nuevas victorias los vlaco-búlgaros y causaron nuevos estragos las hordas kumanes. Se intentó negociar con ellos, pero impusieron al usurpador Alejo condiciones inaceptables. Pero el estado social en el tsarato no era mucho más favorable al soberano que en Bizancio. Sólo por el terror había dominado Asan á los boyardos. Uno de ellos, Ivanko, le asesinó apoderándose de Tirnovo y proclamándose emperador. Pedro decidió reconquistar la capital y el trono de su hermano. Asoció al imperio á su hermano menor, libre del cautiverio de los griegos; es Juannitsa, llamado Juanicio por los latinos y Juannikios por los griegos; sus súbditos le denominaron también Kalijantcho (Calojuan, Juan el Bueno) y los bizantinos Skylojuanes (Juan el Perro).

El tsar Juannitsa.

También Pedro fué asesinado y Juannitsa reinó solo. Habíase desposado con una kumana. Retenido durante mucho tiempo en Constantinopla, donde sirvió como escudero á Isaac, había recibido un barniz de educación griega, pero igualmente el odio á los griegos. Fué una guerra de exterminio la que emprendió contra ellos; después de la toma de Varna, mandó precipitar á los habitantes en los fosos de la ciudad, y los aplastó bajo los escombros. Basilio II había sido el Bulgaroctono; Juannitsa se glorió con el título de Romaioctono (matador de romanos, es decir, de griegos). Los videntes que acompañaban á su ejército creían que no le era preciso conservar sus prisioneros y que debía degollarles sin pensar en el rescate. Juannitsa detestaba sobre todo á los sacerdotes griegos y raras veces les perdonaba. «Su muerte, decía, es agradable á Dios.» Si era cristiano, su ortodoxia parece dudosa; toleró á los Bogomilos, sin despreciar las mercedes del papa. Apesar de todo, después de haber saqueado alguna ciudad griega, no dejaba nunca de hacer trasladar las santas reliquias á Tirnovo, donde eran recibidas en procesiones de sacerdotes y boyardos.

Alejo III trató de apoyarse, contra Juannitsa, en sus súbditos rebeldes. Había en Macedonia un boyardo, sin duda búlgaro, Dobromiro Strez, quien, atrincherado en su nido de águilas de Strumnitza, un castillo de ciclópeas murallas perdido en las nubes, desafiaba á la vez al tsar y al basileo. Alejo, después de inútiles asaltos, concertó con él una alianza, y aunque ya estaba casado, le concedió la mano de una de sus sobrinas. Por otra parte, el usurpador Ivanko se había refugiado en Bizancio; le confiaron tropas con las cuales derrotó á sus compatriotas; después, habiéndose

apoderado de las fortalezas del Rodopo, se declaró independiente, y más tarde se alió con el tsar y fue preso por los griegos (1200).

En esta anarquía Juannitsa aumentó su poder. Venció á los servios y guerreó contra los húngaros. Sus conquistas se extendieron hasta Belgrado. Ambicionaba que Inocencio III le reconociera su título de tsar. A cambio de esto le prometía la unión de su pueblo con Roma. Después de muchas idas y venidas de los emisarios del tsar y del papa, el legado León, cardenal de Santa Cruz, se encaminó á Tirnovo. Detenido en el camino por los húngaros, sólo le pusieron en libertad ante las amenazas de Inocencio III. Llevó á Tirnovo dos cosas: una corona para el tsar y un palio de primado (pero no de patriarca) para el arzobispo Basilio. El 7 de Noviembre de 1204, fué éste consagrado, juntamente con los dos metropolitanos de Belbuzd y Preslao y los obispos de Viddino, Branitchévo, Nish y Skopia. Al día siguiente, Juannitsa fue reconocido por el papa como dominus Blacorum et Bulgarorum, y le coronó el legado en Tirnovo.

Es muy curiosa su correspondencia con el papa sobre toda esta negociación. Inocencio III declara haber inquirido que los predecesores de Juannitsa descendían «de la ilustre línea de Roma». Juannitsa, glorificando á «sus predecesores, de grata memoria, los emperadores búlgaros Simeón, Pedro y Samuel», alude también á dicha descendencia romana: in memoriam sanguinis et patriae nostrae, a qua descendimus.

En realidad, ¿qué sangre corría por las venas de los fundadores del Imperio vlaco-búlgaro? Los eslavistas pretenden hacer de ellos los eslavos-búlgaros. M. Uspenki identifica el nombre de Asan con el de Hassan, suponiendo que son de origen kumano. Nicetas aporta un testimonio decisivo; cuenta que un sacerdote, hecho prisionero, fué conducido ante Asan “Como él sabía el vlaco, se arrojó á sus pies implorando su perdón.» Parece, pues, que el rumano fué la lengua materna de la familia de los Asan. Presto formaron los búlgaros á la mayoría de sus súbditos, y la dinastía quedó bulgarizada.

Relaciones de Bizancio con Roma.

Desde la disensión del patriarca Cerulario y del legado Humberto (1054), las dos Iglesias de Oriente y Occidente seguían separadas. Para los latinos, los griegos eran cismáticos; para los griegos, no cabía discutir la heterodoxia de los latinos. Desde entonces todos los rencores concentrados en el corazón de los griegos por una serie de amenazas ó de ataques contra la seguridad de su monarquía, que ellos recibían de los venecianos, de los franceses y de los alemanes; todas sus quejas, hasta las Cruzadas, el monopolio y la piratería sintetizáronse para ellos en una sola palabra:

el latinismo. Las controversias religiosas prestaron una fuerza nueva á los conflictos políticos ó económicos inoculándolos su veneno. Mientras la querella fué exclusivamente dogmática, una sencilla polémica entre el patriarca de Bizancio y el antiguo obispo de Roma; mientras que éste, desde el punto de vista temporal, sólo fué el soberano de un insignificante Estado de Italia, no era muy grande el peligro que el cisma hacía correr á Bizancio. Pero, desde la reforma de Hildebrando, el papado se transformó en un poder cada vez más temible. Ya no se reducía al pequeño Estado romano; reinos enteros pertenecían á San Pedro, como los de Inglaterra, Hungría, las Dos Sicilias, etcétera. A medida que acrecía el poder político del pontificado, aumentaban también sus exigencias, su intolerancia. Pudiendo, á pretexto do herejía exterminar á los pueblos, ¿cómo hubiese tolerado que el cisma continuara desaflándole?

Durante todo el siglo XII y comienzos del XIII se dedicó evidentemente á debilitar á Bizancio. Sus primeros éxitos diplomáticos fueron la conquista de la Transilvania rumana y ortodoxa por los húngaros, y la conquista de las Dos Sicilias por los normandos, quienes reemplazaron al clero ortodoxo por un clero católico. Disputó reñidamente á Bizancio las naciones limítrofes de las dos Iglesias, vlacos, búlgaros y servios. Les ayudó á emanciparse del yugo político de Bizancio, á condición de que habían de reconocer la supremacía religiosa de Roma; ya hemos visto con qué facilidad otorgó las coronas á Zvonimiro de Croatia, á Miguel de Servia y á Juannitsa de Bulgaria. Eran otros tantos puntos de ataque que se aseguraba contra Bizancio. La vieja Roma latina estrechaba el bloqueo á «la nueva Roma».

Contra el Imperio cismático no fulminó el papado únicamente los rayos, para aquel inofensivos, del anatema religioso; también esgrimió dos armas temporales. Una de ellas, la espada ágil, siempre presta á salir de la vaina del rey normando-siciliano, su vasallo muy humilde y muy audaz, rey «por la gracia de Dios y de San Pedro»; la otra esa enorme catapulta, tan lenta en ponerse en movimiento, tan difícil de manejar, pero de incalculable fuerza de destrucción: la cruzada.

Ya hemos expuesto, durante la cuarta cruzada, las incertidumbres de Inocencio III, condenando lo que quizá anhelaba, sancionando los hechos consumados, y quien, después de excomulgar á los que «desviaron» de su objeto la piadosa expedición, les hizo aceptar este imperio arrojado á sus pies.

Los Venecianos.

Hubo un tiempo en que la ciudad de las lagunas consideraba tutelar la autoridad de Bizancio, en que sus ciudadanos se decían esclavos (duloi) del basileo y obedecían sus órdenes (Keleuseis), en que el dogo era un dignatario de la jerarquía bizantina, honrándose con los títulos de hypatos (cónsul), de protospatario, de protosebasto. A partir del siglo X, esta sumisión redúcese á una alianza de igual á igual fundada sobre intereses comunes, entre los dos Estados; si las flotas de Venecia contribuyen á la defensa de las ciudades griegas del Adriático contra los eslavos y del «theme de Longohardia» contra los árabes, es porque su negocio está interesado en sostener la seguridad en esas ricas comarcas. Se ve á los dogos desposarse con hijas ó sobrinas de basileos, entrar en la familia imperial. Muy pronto sólo se mantiene la alianza á fuerza de privilegios comerciales concedidos por el emperador con detrimento de sus súbditos griegos. Los venecianos defienden al Imperio, porque se han asegurado el monopolio de su tráfico; por las mismas razones con que obligaron más tarde á los ingleses á adoptar «el dogma de la integridad del Imperio otomano».

Las ambiciones de Venecia aumentaban al par que su riqueza. En el continente italiano, quedó reducida á sus lagunas, contenida por el poder de las repúblicas ó de los tiranos de la vecindad. Entonces se extendió sobre la costa oriental del Adriático, en otro tiempo territorio griego, sometió á las ciudades del litoral, fundó su Imperio dálmata. Ya dirigió una mirada de codicia hacia las islas del mar Egeo. Sin embargo, todavía no le interesaba desmembrar el Imperio. Como rechazara la alianza de Roberto Guiscardo y hasta apoyase contra éste al basileo, Alejo I la concedió la bula de oro (nosotros diríamos hoy: la capitulación) de 1082. Por ésta tuvo Venecia todo un barrio de Bizancio con un muelle (scala; de donde procede la palabra escala). Es la primera colonia ó nación establecida en la capital del Imperio; en su barrio fortificado, edificó su iglesia, mantuvo á su clero, que no dependía más que del patriarca del Grado, en Venecia, el jefe de la nación, el baile ó podestá, era el juez que decidía las diferencias entre sus conciudadanos, el administrador de la común fortuna, el órgano infatigable de sus reclamaciones cerca del gobierno imperial. Los venecianos obtuvieron igualmente escalas en otros puertos. Abusaron de un modo desmedido de su monopolio, mezclando al tráfico la piratería, la trata de esclavos y la cruzada, es decir, la guerra contra los infieles, hasta con los que vivían en paz con el Imperio.

Juan Comneno intentó libertarse del monopolio veneciano. Negó al dogo Dominico Miguel la confirmación de los privilegios, expulsó á los venecianos de sus escalas, trató de arrebatarles el país dálmata (1119) y pactó la alianza con los genoveáes

(1120). Entonces los venecianos hicieron la guerra al Imperio; saquearón á Rodas, Chíos, Samos, Andros y Lesbos, arrebataron cautivos en la costa de Morea, destruyeron las fortificaciones de Modon, sitiaron á Corfú y se establecieron en Cefalonia. El Comneno observó que esta guerra era más ruinosa que el mismo monopolio, é hizo la paz, restituyendo las escalas.

No atreviéndose á desembarazarse de los venecianos, su hijo Manuel procuró á lo menos equilibrar su influjo. A este fin, otorgó á sus rivales pisanos y genoveses, barrios y escalas en Constantinopla y otros puertos. Consistía la diferencia en que mientras los venecianos estaban libres de todo derecho de aduanas, los otros italianos pagaban el 4 por 100; aún más, obligáronse á un servicio militar para la defensa de la capital y del Imperio. Otro tratado con Ancona autorizó al emperador á guarnecer esta ciudad. Aunque sus rivales no fuesen tan bien atendidos como ella, esto no consoló á los venecianos, cuya principal aspiración era la de no tener competidores. Intimados á proporcionar su contigente contra los normandos, se negaron á ello. Manuel se apoderó de sus mercancías, decretó el embargo de sus buques, y mandó detener á diez mil venecianos. Con el auxilio de sus nuevos clientes italianos, genoveses, pisanos y anconitanos, arrebató á Venecia las ciudades de Espalato, Sebenico y Ragusa, casi toda la Dalraacia. Estas poblaciones fueron reconquistadas y el dogo realizó en ellas crueles venganzas; una poderosa armada navegó á toda vela á través del mar Egeo para atacar á Constantinopla; Manuel y el almirante Contostefanos la tuvieron á raya. La república recurrió á Estéfano Nemanya de Servia, y envió una escuadra á bloquear á Ancona. Contra ella Manuel solicitó apoyo de Conrado de Montferrato y de Guillermo de Ferrara. Para batir á éstos, Venecia apeló á los alemanes. La lucha entre las dos grandes potencias marítimas abarcó á las tres penínsulas, Italia, Grecia y el Asia Menor, y puso en movimiento al emperador alemán y al papa. Fué lo que nosotros denominaríamos una guerra europea; se había originado por una guerra de tarifas (1171-1175). Al fin, en presencia de un tratado de alianza entre Venecia y los normandos, Manuel creyó prudente ceder.

De este triunfo abusaron los venecianos. El odio del pueblo bizantino contra los italianos se extendió en seguida á cuanto llevaba el nombre de francos; téngase en cuenta que, según se asegura, había en Constantinopla sesenta mil residentes latinos. Estos, con respecto á los indígenas, se hallaban en la misma situación en que hoy se encuentran los europeos en sus concesiones del Extremo Oriente, con respecto á los chinos. Se les odiaba á la vez como extranjeros y como explotadores. El odio de todos estaba formado con las quejas de cada uno; del monje griego irritado contra «la herejía latina», del funcionario destituido á consecuencia de las reclamaciones de un podestá, del noble que veía á las más ricas herederas preferir á un italiano, del mercader, del artesano, del picapleitos, del plebeyo comparando

su miseria con la opulencia de los palacios extranjeros siempre en fiestas, del propietario cuyo inmueble había sido destruido en los incendios que periódicamente se producían al final de las riñas entre marineros genoveses y venecianos. Sólo la vigilancia del poder imperial, hostil á los intrusos, reprimía las manifestaciones de los furores populares.

Apenas se debilitase un momento esta vigilancia, surgiría la explosión. Así ocurrió durante los desórdenes que acompañaron el advenimiento de Andrónico (1182). El usurpador y el populacho se entendieron á maravilla. Uno tomó la corona y el otro se arrojó sobre los latinos. Fueron verdaderas «matanzas de China». Los sacerdotes y los frailes griegos excitaban al pueblo al saqueo y al asesinato; el legado del papa, que acababa de llegar para tratar de la fusión de las dos Iglesias, fué decapitado y arrojado á un foso con un perro; hasta degollaron en sus lechos á los enfermos del hospital latino; se asesinó á cuantas personas se pudo, y se vendió á los musulmanes cuatro mil mujeres y niños.

Después del suplicio de Andrónico, Isaac Angel se apresuró á hacer la paz con las repúblicas latinas. Llegó hasta concertar con Venecia un tratado de alianza ofensiva y defensiva contra los normandos (1187). El usurpador Alejo III renovó los privilegios (1199) y la alianza. Pero en todos los corazones italianos vivía el recuerdo de las matanzas de 1182; los venecianos ya no se consideraban seguros en Bizancio; la presencia de sus competidores les producía viva contrariedad. Ya estaba madurada la idea de destruir el Imperio y apropiarse las costas y las islas. He aquí la preocupación que llenaba el espíritu del viejo dogo Dándolo. Cuando concluyó con los ingenuos Cruzados el contrato leonino de 1202, sabía perfectamente adonde encaminaba sus pasos.

Los Normandos de las Dos Sicilias.

Acababa de librarse Alejo I de la invasión normanda por la muerte de Roberto Guiscardo (1085), cuando se encontró en disidencia con uno de sus hijos, el aventurero Boemundo de Tarento. Este intentó desviar la primera cruzada; luego, llegado á ser príncipe de Antioquía, usurpó los cantones griegos de Cilicia y Panfilia; por último, de regreso en Occidente, desembarcó en Aulona y con sesenta mil hombres puso cerco á Durazzo. El tratado de 1108 arregló al mismo tiempo los litigios de Asia y de Europa: Boemundo se reconoció vasallo del basileo por Antioquía, prometió restablecer en esta ciudad al patriarca ortodoxo, restituir Laodicea y otras plazas, y obligar á su primo Tancredo y á todos sus vasallos á cumplir sus deberes para con el soberano griego.

En el reinado de Manuel Comneno, Rogerio II, conde de Sicilia, reunió á la herencia de su padre (1101) la de los descendientes de Roberto Guiscardo, es decir, casi toda la Italia del Sur (1127). En 1138, logró establerse en Nápoles. Esta corona de las Dos Sicilias ha inspirado con frecuencia á los que la ciñeron ambiciones desmesuradas; así lo prueban Carlos de Anjou y Carlos VIII de Francia. Pretextando la petición de una princesa imperial, hecha por Rogerio y negada por Manuel, sobrevino la ruptura con el Imperio griego. Señaló el primer éxito de los normandos la ocupación de la fortaleza de Corfú entregada sin combate por los «Desnudos» (1146). El almirante siciliano fué menos afortunado ante Monemnasia (Morea), cuyos habitantes se defendieron. Internóse en el mar Jónico, arrebató las plazas de Arcaniana y de Etolia, desembarcó en el fondo del golfo de Corinto, marchó sobre Tebas y se apoderó de ella. De nuevo demostraron entonces los normandos el prudente método con que realizaban el saqueo; obligaron á los habitantes á declarar, con las manos puestas sobre los Evangelios, todo cuanto ellos poseían; además del oro, la plata y las mercancías, secuestraron á las más bellas mujeres y á los más hábiles obreros en tejidos de seda. A partir de aquella fecha, se trasladó desde Tebas á Palermo el centro de esta industria. Después le tocó el turno á Corinto, en donde no se cuidaron de olvidar la imagen de San Teodoro. Manuel detuvo esta sucesión de triunfos, presentándose en Corfú y reconquistándola.

En vano Guillermo I el Malo, que acababa de suceder á Rogerio (1154), solicitó la paz. Los griegos llevaron la guerra á Italia, tomando á Bari y conquistando la mayor parte de la Pulla. Estos triunfos fueron seguidos de reveses. Mientras Manuel se encarnizaba en la conquista de Italia, una flota siciliana forzó la entrada de los Estrechos y llegó á anclar ante los muros del Palacio. Guillermo fué lo suficientemente sensato para no abusar de este cambio de fortuna. En 1155 quedó firmada la paz; de una y otra parte se devolvieron las plazas y los prisioneros, exceptuando á los obreros de Tebas que se habían aclimatado en Palermo.

Después de la matanza de los latinos en Constantinopla (1182), Guillermo II el Bueno hijo del monarca anterior, se erigió en vengador de la cristiandad de Occidente. Su primo y almirante Tancredo atravesó el Adriático, y en trece días tomó á Durazzo. Inmediatamente la flota dobló la Morea, y el ejército de tierra siguió la antigua vía Egnacia. Ambos cayeron sobre Tesalónica, segunda ciudad del Imperio. La infamia ó la traición de su gobernador, que era un Comneno, apresuró la rendición, pero no evitó los horrores del asalto. El arzobispo Eustacio nos ha dejado una elocuente deploratio de las desgracias de su pueblo; el saqueo fué tan completo como se podía esperar de los metódicos normandos; el recuerdo de las matanzas de 1182 exacerbó su ferocidad.

En la defensa ó en el saqueo perecieron siete mil habitantes. Se atormentó á las gentes para que entregaran su dinero (1185). Cada vez se revelaban más los odios de dos nacionalidades: la italiana y la griega.

A ras del advenimiento de Isaac Angel, el valiente estratego Vranas pudo marchar contra los invasores. Luego de derrotarles en dos encuentros, en Moschopolis y Demetritza, los rechazó hacia Tesalónica, donde la hostilidad de los habitantes no les permitió la defensa y se vieron forzados á reembarcarse. Breve tiempo después su flota fué casi destruida por la de los griegos y por las tempestades. Se impuso la evacuación de Durazzo. Los bizantinos habían hecho cuatro mil prisioneros, entre los cuales figuraban dos generales, Alduino y Ricardo. Alduino y una parte de los soldados pasaron al servicio del Imperio; los otros murieron de hambre en las prisiones.

Los Alemanes.

Decaía el poderío de Sicilia. Pero de esta decadencia nacía un nuevo peligro; aquel mismo año (1185) se celebraron los desposorios de Constanza de Sicilia con el hijo de Barbarroja, el futuro Enrique VI, el más cruel de los Hohenstaufen. Este Enrique, llegado á ser rey de Sicilia y emperador alemán, intimó á Isaac (1194), y luego al usurpador Alejo, para que le restituyesen todo el país, desde Durazzo á Tesalónica, conquistado en otro tiempo por los normandos. Acabó por aceptar una enorme contribución de guerra, para cuyo pago se estableció un nuevo impuesto, el tributo alamanico. En la misma época casó á su hermano Felipe de Suabia con Irene, hija de Isaac Angel. Aprestábase Enrique VI á dirigir una formidable expedición contra el Imperio griego, cuando le sorprendió la muerte (1197). Nadie ignora el papel que representó Felipe de Suabia en la «desviación» de la cuarta cruzada.

Los Cruzados.

Alejo I había pedido el concurso de Occidente contra los seldyucidas. Pudo creer que no acudiría más que el número suficiente para reforzar los elementos latinos que á título de mercenarios ó de auxiliares, figuraban ya en el ejército griego. Así aterróse cuando vió que se presentaban innumerables muchedumbres, semejantes á las antiguas emigraciones. Sin embargo, no defraudó los múltiples deberes que esta crisis imponía á un príncipe cristiano y á un emperador griego. Acogió humanamente á las indisciplinadas hordas de Pedro el Ermitaño; las alimentó y socorrió; apresuróse á enviarlas al Asia, donde degollaron sin distinguir entre cristianos y musulmanes y perecieron miserablemente; envió sus naves para recoger á tres mil de los peregrinos escapados del desastre. Cuando llegaron los verdaderos hombres de guerra, los escuadrones feudales, les dio prudentes consejos sobre la

conducta que debían seguir en la guerra con los infieles, les proveyó de víveres, de máquinas de sitio y de ingenieros, y les agregó uno de sus mejores cuerpos de tropas bajo el mando del valiente Aquiles Tacios; por otra parte adoptó precauciones, procurando que llegasen unos después de otros á Constantinopla, los cuerpos de ejército que se sucedían sin interrupción y cada uno de los cuales constaba de ochenta á cien mil hombres; por último, deseando tornar sus aventuras en provecho del Imperio, de acuerdo con sus ideas ó prejuicios feudales, exigió de los jefes el juramento de considerarse como feudatarios en las provincias que ellos reconquistaran, alegando que la conquista musulmana no podía hacer que prescribieran los derechos del Imperio.

Con respecto á la segunda cruzada, Manuel se condujo casi lo mismo que su padre. Primero pasaron los alemanes al mando de su cuñado el emperador Conrado III. Al atravesar las provincias de Europa saquearon á Sofía, y ante los muros de Constantinopla atacaron á una división del ejército griego. Conrado trató á Manuel con altanera arrogancia. Compréndese que éste mantuviera cerradas las puertas de su capital. Los alemanes continuaron saqueando en Asia; no es extraño que, en cantones tan pobres, les diezmara el hambre. Aún no se ha demostrado la suposición de que Manuel había prevenido á los turcos. Reinaba en el ejército alemán harta indisciplina é inexperiencia de la guerra asiática para que los turcos y el clima consiguieran su objeto sin ser auxiliados por el basileo. El ejército de Francia, acaudillado por Luis VII, casi tan numeroso como el alemán, atravesó el Imperio sin cometer desmanes; Luis VII aceptó de buen grado los guías que le envió Manuel; no molestó con la etiqueta ni tuvo dificultad en sentarse sobre un trono inferior al del basileo. Ciertos relativos triunfos recompensaron esta prudencia.

Las relaciones de Manuel con los Estados latinos de Palestina fueron las del soberano con sus feudatarios. Raimundo de Antioquía quiso desligarse de sus deberes feudales, pero Manuel le atacó por tierra y por mar, obligándole á pedir gracia; después se conformó con su nuevo juramento de fidelidad y le restituyó su Estado (1144). La misma historia se repitió con Renaldo, sucesor de Raimundo, quien, después de haber desafiado al emperador, acudió á rendirle homenaje, en hábito de monje, con una soga al cuello, los brazos desnudos y los pies descalzos. El emperador hizo su entrada en Antioquía, mientras que Renaldo á pie le sostenía el estribo, y seguido por Balduino III de Jerusalen, á caballo y sin las insignias reales. A pesar de todo, Manuel devolvió la Antioquía en feudo á Renaldo (1156) Cuando Jocelin, conde de Edesa, fué capturado por los turcos y murió de hambre en la prisión, su viuda se apresuró á invocar la protección, ahora tardía, del soberano griego (1151). Balduino III de Jerusalen se desposó con Teodora, sobrina de Manuel (1157). Manuel casó con María de Antioquía (1161). En 1156, obligó al temible Nur-ed Din á poner en libertad á seis mil prisioneros franceses y alemanes, restos

de la segunda cruzada. En 1169, con Amalarico de Jerusalen, que había contraído matrimonio con una Comneno, Manuel emprendió una cruzada contra el Egipto.

La tercera cruzada fué una ruda prueba para Isaac Angel. En previsión de esta temible eventualidad, el basileo había enviado á Nuremberg una solemne embajada, prometiendo ayudar á Federico Barbarroja, abastecer á su ejército con frutos, legumbres, leñas y forrajes, siempre que los alemanes pagaran todo lo demás y atravesaran pacíficamente el Imperio. Acaso cuando ellos irrumpieron en el territorio griego, el comisario imperial Cantacuzeno no se hallase preparado para cumplir su misión y el ejército alemán padeciera hambre. Luego, como Barbarroja entró en negociaciones con los Nemanya y los Asan, acentuóse la hostilidad de Isaac. Cortó los víveres á los Cruzados, incitó contra ellos al gran-doméstico de Occidente, retuvo á los emisarios de Federico y exigió que se le entregase en rehenes al príncipe imperial. A su vez, Federico solicitó rehenes, y pidió el reconocimiento de su título imperial (para los bizantinos no era más que un rex). De enemigos exasperados fué la marcha del ejército alemán, hostilizado por las tropas imperiales y por los bandidos eslavos ó válacos. En una iglesia encontraron una representación del Juicio final, en la que creyeron reconocer á los griegos, cabalgando sobre los alemanes; por esto prendieron fuego á la ciudad. Entraron á viva fuerza en Beroé, hallaron sin habitantes á Andrinópolis, pusieron guarnición en Filipópolis y tomaron por asalto á Didymoticon. Como un torrente devastador corrían hacia Constantinopla. Adviértese en el historiador Nicetas el pánico que le producía este peligro á que se hallaba expuesto el Imperio por la mala voluntad de Isaac. Este comprendió, al fin, su falta y ofreció los rehenes á Federico, á condición de que inmediatamente marcharía al Asia. Barbarroja era un cruzado leal y cumplió su palabra. De todos esos rozamientos nació el odio de que ya hemos visto á Enrique VI animado contra los griegos.

Análogos conflictos desarrolláronse con los ingleses; Ricardo Corazón de León conquistó Chipre al usurpador Isaac (1191). Si reunimos todas esas causas: hostilidad del pontífice romano, decisión de los venecianos de recobrar su monopolio ó destruir el Imperio, persistentes ambiciones de los normandos, heredadas de los alemanes, y rencores de los cruzados de todas las naciones, convencidos de la perfidia griega, se comprenderá que la cuarta cruzada pudiera ser «desviada» de Jerusalen hacia Constantinopla.

Ya en tiempos de la primera, Boemundo había escrito á Godofredo de Buillon que era preciso, ante todo, acabar con los griegos; en tiempos de la segunda, Rogerio de Sicilia dio iguales consejos á Conrado III, y el obispo de Langres, ante las mismas murallas de Bizancio, á Luis VII; en tiempos de la tercera, Barbarroja fué solicitado por el Kral de Servia y por el tsar de Bulgaria. Fuerza era que alguna vez fuesen

mejor atendidas tales proposiciones. Lo único extraño es que las tres primeras cruzadas, las que conducían por cientos de miles á los guerreros de Occidente, pudieron atravesar el Imperio sin mermarlo, mientras que sucumbe ante una expedición mucho menos numerosa, ya que sólo pudo atacarle por mar. Es que los hombres de las primeras cruzadas eran masas de verdaderos creyentes que no tenían más fin que la tumba de Cristo; en esta época, ni Venecia, ni el papado habíanse pronunciado, en este orden, á favor de nadie.

III.—El Imperio latino y los Estados latinos.

Los Cruzados en el Imperio griego.

La cuarta cruzada destruyó para siempre el esplendor de Constantinopla: tres incendios (en los dos sitios y entrr los dos sitios) habían arrasado los barrios, cada uno de los cuales era tan grande como varias ciudades de Occidente; los griegos vieron saquear sus casas, ultrajar á sus mujeres, profanar sus santuarios, escarnecer las ceremonias de su culto; las iglesias habían sido despojadas de sus reliquias; en la spina del Hipódromo ya no estaban sus obras maestras; los cruzados habían hecho grandes lotes con los bronces de Lisimaco y de Praxiteles. No obstante, podía citarse á otros conquistadores que se impusieron en medio de las ensangrentadas ruinas, llegando hasta reconciliar á los vencidos, á formar con ellos una sola nación y un poderoso Estado. Esto ocurría entonces en la Gran Bretaña conquistada por los normandos. Pero fuerza era contar con el tiempo para estas fundaciones; y los latinos no dispusieron de él. En sus relaciones con los vencidos, descubríase una serie de antinomias que, tarde ó temprano, debían destruir su obra. No habían conquistado una nación aún sin organizar, como estaban los galo-romanos á la llegada de los francos, sino una vieja nación, orgullosa de su pasado, de su lengua, de su religión, de sus instituciones, de sus artes y de su literatura. Por otra parte, tampoco tuvieron la fortuna de estar ellos sumidos en la barbarie, poseyendo vagas ideas sobre todas las cosas y así haber podido adoptar las de los vencidos. Hallábanse ya muy avanzados en el desarrollo de su civilización, contando también con tradiciones, con idiomas hacía tiempo formados, con una religión fija, con literaturas y artes. Eran, pues, dos civilizaciones, tan originales la una como la otra, dos sociedades, en el mismo grado, pero con diversas jerarquías, dos Iglesias en lucha desde una época anterior. Las dos razas podían yuxtaponerse, pero no penetrarse y fundirse. El feudalismo de Occidente y el funcionarismo bizantino eran tan irreductibles entre sí como el catolicismo y la ortodoxia.

A no haber entre ellos tanta desigualdad numérica, esta yuxtaposición de elementos irreductibles hubiera podido durar varios siglos, como ha prevalecido el Imperio otomano sobre poblaciones cristianas; los conquistadores latinos no eran más que

un puñado de hombres en medio de numerosas poblaciones indígenas. Solamente quedaron para defender su conquista la cuarta parte de los que habían entrado triunfantes en Bizancio; el ardor religioso impulsaba á los otros hacia Tierra Santa, en donde la nostalgia devolvíales á sus patrias de Occidente. En análogas condiciones de inferioridad numérica, los ingleses han podido sostenerse en la India; pero, en el primer momento, no hubieron de entenderse más que con pueblos de muy diversa raza y religión; luego dispusieron de un hábil mecanismo de gobierno, movido por un pensamiento fijo. Por el contrario, los cruzados de 1204 tenían frente á ellos una nacionalidad dominante, el helenismo, y una religión común á todos los vencidos; su organización era rudimentaria, nacida en Occidente por necesidades de urgencia y sólo á ellos convenía. Ni aun siquiera constituían un pueblo único, sino una colección de pueblos. En la diversidad etnográfica, ya tan complicada de la península (helenos, eslavos, rumanos, eskipétaros, etcétera), introdujeron otra Babel. Eran varios ejércitos distintos: los venecianos con su dogo; los flamencos y otros belgas con su conde Balduino; los italianos del Norte y los alemanes con el marqués de Montferrato: los franceses principalmente los de Champaña ó borgoñones, con Villeharduino, los condes de Blois y de Saint Pol, etc. Todo lo que les distinguía en sus patrias de origen, continuaría diferenciándoles en la tierra conquistada. Además, diferenciábase el carácter de los guerreros del Norte de los venecianos; entre aquéllos el principio feudal: entre éstos el principio municipal.

No eran la más leve causa de su debilidad las cuestiones eclesiásticas, capitales en aquella época. Católicos romanos, los conquistadores se hallaban en presencia de poblaciones ortodoxas. Iba, pues, á proseguir la lucha de las dos Iglesias; y los esfuerzos para lograr la unión concluyeron por formar una tercera categoría religiosa, los Griegos uniatos, que quedaron en minoría. El clero latino reclamará inmunidades y privilegios, impondrá los diezmos, acaparará las tierras, que nada valdrían para la defensa común. También el cloro reconoce diversas nacionalidades; los sacerdotes franceses, pisanos ó genoveses no obedecerán de buen grado á un patriarca veneciano; hasta los venecianos de la colonia bizantina pretenderán no acatar más que á su antiguo superior, el patriarca veneciano de Grado. En fin, se renovarán los conflictos religiosos de Occidente; habrá igualmente una querella del Sacerdocio y del Imperio; el papa será aún más exigente que en otras partes, ya que él hizo predicar la cruzada y pretendía ser el verdadero conquistador.

Pudiera sostenerse que los vencidos quedaban como un pueblo desorganizado por la anarquía, enervado por las discordias políticas y las controversias religiosas, desmoralizado por tantas usurpaciones y desórdenes, olvidado de toda virtud cívica ó militar, algo afeminado por el exceso de civilización y acostumbrado á confiar su defensa á los mercenarios. Pero precisamente el exceso de sus desgracias, la

bancarrota de su ruina económica, la destrucción de sus obras de arte, sus emigraciones á los lugares más montañosos de sus antiguos dominios y el contacto obligado de las clases superiores con las capas más rudas y los elementos más bárbaros de la población tendían á devolverle las virtudes cuya falta había favorecido el desastre de 1204.

Resurgió una Grecia nueva, habitando en los campos, entre las tribus montañesas, viviendo como los (estradiütas stratiotai) y los armatóles, los proscritos (apelates) y los bandidos (clephtes); á medida que disminuyera la virtud de los cruzados por las facilidades de la vida señorial, reaccionaría la de los griegos. Ea vez de ser más fácil con el tiempo, cada día resultaría más difícil para los latinos sostener su conquista.

Reparto del Imperio.

En el reparto de la conquista debían intervenir dos grupos principales de copartícipes; de un lado, los venecianos; de otro los belgas, los lombardos y alemanes, y los franceses. Acordóse en principio que aquel de los dos partidos de cuyo seno resultara elegido el emperador, no podría nombrar al patriarca. Tres hombres podían aspirar á la púrpura; el dogo Dándolo, Balduino de Flandes y Bonifacio de Montferrato. El primero, tan bravo como los otros, era más hábil político. Sus propios compatriotas retiraron su candidatura, porque no querían abrumar á su república con casi toda la carga de la defensa de tan vasto Imperio. Eran igualmente opuestos á la designación de Montferrato, pues no les placía hacer tan poderoso á su vecino de la llanura lombarda, emparentado ya con los Hohenstaufen. Se convino en indemnizarle de algún modo; si no era emperador, sería rey, rey de Tesalónica. El 9 de Mayo, eligió á Balduino un colegio compuesto de seis eclesiásticos franceses y seis nobles venecianos. Fué ungido y coronado por el legado del papa en Santa Sofía (16 Mayo). Según la costumbre bizantina, se le calzó con los borceguíes de púrpura, se le revistió de todos los ornamentos de un basileo griego, hasta con el broche ó presilla del manto del emperador Manuel. También se nombró patriarca á un veneciano, Tomás Morosini. En el Estado, pues, intervinieron cuatro grandes personajes: el emperador, el rey, el déspota ó bailío (títulos que adoptó Dándolo) y el patriarca. ¿Cómo armonizarán sus funciones?

Varias veces se rehizo el tratado de reparto (partitio imperii). Realmente Balduino poseía la capital, pero no completa; Andrinópolis y la Tracia, pero no toda la Tracia, porque su parte hallabáse cortada y dividida por las parcelas de los otros copartícipes. Era dueño de las islas de Samotracia, Cos, Lesbos, Samos y Chíos. Se habían destinado al marqués-rey las provincias de Asia, pero no las quiso porque estaban por conquistar; se le otorgó después la Creta con Tesalónica, pero alegó que

esas provincias fueron ya donadas á los Montferrato por los emperadores griegos; vendió la Creta á los venecianos, afectó considerar á Tesalónica como su patrimonio y no como un feudo del Imperio, y se extendió en la Macedonia y la Tesalia. Venecia se arrogó un vasto territorio de Constantinopla con la mayor parte de las costas y de las islas; además de la Creta, parece que se adueñó de las siete islas Jónicas; en el mar Egeo, la Eubea y la mayoría de las Cicladas, y algunas de las Esporadas; en la costa de Morea, Coron y Modon; en el continente se le otorgó parte de la Albania, Acarnania y Etolia, á la que no pudo conquistar. El dogo-déspota Dándolo pudo intitularse «señor de cuarto y medio del Imperio griego». En cuanto á los otros jefes de los peregrinos, se asignó á unos la Beocia, la Atica y la Morea; á otros las ciudades de Asia: á Esteban de Perche, Filadelfía; á Macario de Sainte-Ménehould, Nicomedia; al conde Luis de Blois, Nicea y la Bitinia; á otros, fracciones de la Tracia; al conde Hugo de Saint Pol, Didimoticon; á Beniero de Trit (ó de Utrech). Filipópolis. No sólo para conservarla, sino ante todo para conquistar su parte, cada uno de los nuevos potentados las distribuyeron en feudos entre sus compatriotas y compañeros de armas. Así hallamos como vasallo directo del emperador á un mégaduc ó almirante en Samotracia.

En la misma Tracia, sostúvose en Apron el griego Vranas, tercer marido de la desgraciada Inés de Francia y cuñado de Felipe Augusto; el usurpador Murzuflo permaneció en Tsurulon (Tchorlu) hasta el momento en que fué entregado á los cruzados; un bastardo de los Angel fundó el despotato de Epiro; dos hermanos Comneno, el imperio de Trebizonda; Teodoro Lascaris se proclamó emperador en Nicea y Teodoro Mankapas en Filadelfia. León Gabalas se declaró independiente en Rhodas. León Esguros, gobernador de Nauplia, intentó formarse un principado; antes que los cruzados atacaran á Constantinopla, había sorprendido á Argos y á Corinto, donde hizo matar al arzobispo; en seguida marchó á sitiar á Atenas y á conquistar á Tebas. En el Norte, el Imperio vlaco-búlgaro seguía en pie de guerra con Juannitsa; en Tesalia se constituyó un principado de la Gran Valaquia. En todas partes, los nuevos Estados latinos debían luchar con los Estados indígenas.

El emperador Balduino y el rey Bonifacio.

Entre el emperador Balduino y el rey Bonifacio surgieron múltiples conflictos. El último esposo de Margarita de Hungría, antes mujer de Isaac Angel con el nombre de Irene, disfrutaba, como marido de una emperatriz de los griegos, de cierta popularidad entre los vencidos. El emperador Balduino pretendió hacer su entrada solemne en Tesalónica y recibir el homenaje del rey. Ahora bien; Bonifacio le negó el homenaje paraTesalónica y hasta quiso la soberanía sobre los feudos que se formaran en los países griegos del Mediodía. Estalló la guerra entre los lombardos y los belgas., Balduino marchó contra Tesalónica y se apoderó de ella; el marqués-

rey ocupó á Didimotichon y operó contra Andrinópolis. Dándolo, Villeharduino y Luis de Blois intervinieron en la lucha, logrando que Didimotichon fuese devuelta en despotato al mariscal de Champaña: al fin Balduino confirmó á Bonifacio en la posesión de Tesalónica y este consintió en prestarle homenaje. También se adoptó un acuerdo muy hábil: confirmar á Vranas en la posesión de Apron como feudatario del emperador latino.

Después de la reconciliación, concertáronse para concluir la conquista; el marqués Bonifacio y Enrique de Flandes, hermano del emperador, acaudillaron una doble expedición dirigida respectivamente contra los países del Mediodía y las ciudades de Asia. Ayudaron á Enrique los armenios emigrados; veinte mil hombres con sus familias y sus carros, toda una horda. Los cruzados conquistaron Peges, Abidos, y, después de la victoria de Paemanenon, á Lopodion, Apolonia, Nicomedia y Adramita. Acababan de ganar una nueva batalla sobre los emperadores aliados de Nicea y Filadelfia, cuando fueron llamados á Europa por trágicas nuevas.

Conflicto entre el imperio latino y el imperio vlaco-búlgaro.

En 1203, el tsar Juannitsa había emprendido una nueva campaña contra el Imperio griego. Marchaba contra Andrinopolis cuando le informaron de la toma de Constantinopla por los latinos. Desandando el camino esperó. Ya les había propuesto acudir en su ayuda con cien mil hombres y obtuvo una rotunda negativa. Cuando Balduino entabló la lucha con Bonifacio, ofreció nuevamente su concurso, que tampoco le aceptaron. Juannitsa escribió más tarde á Inocencio III: «Se me ha respondido orgullosamente que no harían la paz conmigo, si yo no entregaba el territorio perteneciente al Imperio que se supone invadido por mí con violencia. Les he contestado que poseo esta tierra con más justicia que ellos á Constantinopla.» A las pretensiones que Juannitsa hacía remontar á los romanos de Trajano, los cruzados oponían otras, porque los franceses descendían de Franco, hijo de Príamo: «Troya perteneció á nuestros antecesores.»

Hábil política de los cruzados (que ya habían sabido defenderse, en Oriente, contra los griegos de Nicea y los turcos, y en Europa, contra los déspotas de Epiro y otros principillos griegos ó vlacos) hubiera sido concertar la alianza con el poderoso tsar de los Balkanes, quien se presentaba como su hermano de origen. Prefirieron tener un enemigo más, el más temible de todos. La ruptura con el rey de «Blaquia y de Bugueria» fué completa. Este encontró muy pronto aliados entre los griegos. En su nueva exasperación contra los latinos, Juannitsa olvidó su antiguo odio contra los Romaioctono. Los de Tracia llamaron á Juannitsa; en Didimotichon degollaron á la guarnición franca; en Andrinópolis expulsaron á los latinos y alzaron los pendones del tsar. Para recobrar esta plaza, acudió Balduino con sus más escogidos guerreros;

no quiso esperar á los refuerzos que venían del Sur con Bonifacio, ni á los que corrían de Asia con Enrique de Flandes, ni á los veinte mil armenios que debían seguirles y que fueron exterminados por los griegos. El 14 de Abril de 1205 se encontró ante Andrinópolis con el ejército de Juannitsa, compuesto de vlacos, Bugres (búlgaros), griegos y de catorce mil kumanos, no bautizados. Estos últimos combatían á la manera de los nómadas, y atraían contra ellos, en una huida simulada, á la caballería francesa, acribillándola á flechazos. Balduino hizo prodigios de valor con su hacha de guerra. El desastre fué rotundo; Luis, conde de Blois, Esteban, conde de Perche, Renaldo de Montmirail, Mateo de Valaiencourt y Pedro, obispo de Bethléem, con trescientos caballeros, sucumbieron en el campo de batalla. De los caudillos, únicamente pudieron salvarse Dándolo y el mariscal Champaña. El emperador Balduino fué preso, circulando diversos rumores sobre su destino. Será preciso atenerse á la carta que Juannitsa escribió al papa: debitum carnis exsolverat dum carcere teneretur. Los dos hijos de Balduino heredaron sus condados de Flandes y de Hainaut.

Nicetas dice que Juannitsa mandó cortar á Balduino los brazos y las piernas y que se le arrojó en un barranco, donde expiró al tercer día, devorado por las aves de rapiña. Acropolito asegura que el tsar hizo una copa con el cráneo de Balduino. Alberico de las Tres Fuentes cuenta una aventura novelesca: según éste, Balduino llegó á ser el José de una nueva Putifar, la mujer de Juannitsa, quien le denunció calumniosamente, por lo que el tsar mandó cortar su cuerpo en menudos pedazos, que fueron arrojados á los perros. Por último, los cronistas de Flandes hablan de un falso Balduino, un tal Bertrand de Rains, que apareció en el condado de Flandes y fue ejecutado por la hija del difunto emperador, crimen que calificaron de parricidio.

Reinado de Enrique de Flandes.

Su hermano Enrique fué reconocido primero como regente y luego como emperador. Coronado en 1206, en presencia de los santos iconos y al canto del polychronici, se desposó al año siguiente con Inés, hija del marqués-rey. Mostróse conciliador con los griegos; Acropolito dice que «trató á los romanos como á su pueblo», les consideró aptos para las dignidades áulicas, la administración y el ejército. Excitados por los desmanes que en su país cometía Juannitsa, propendían á aliarse con los franceses. El tsar acababa de saquear á Serrés, Filipópolis, Arcadiópolis, Apron, Rodosto, Panión, Heraclea, Tsurulon y Atiras. Aterrados los griegos de Andrinópolis y Didimotichon, ofrecieron su sumisión á Enrique de Flandes, siempre que éste otorgara la investidura de sus ciudades á Vranas, lo que les fué concedido (1206). Abandonado en lo sucesivo de los contingentes helénicos, Juannitsa desencadenó á sus hordas de vlacos, eslavos y kumanos sobre la Tracia,

la Macedonia y la Tesalia. Sitiada la capital del reino de Tesalónica, debió su salvación á un rápido regreso de Bonifacio. Los griegos hallábanse desesperados; los kumanos idólatras inmolaban en sacrificio á los más bellos cautivos; después de la destrucción de sus ciudades, Juannitsa los hizo trasladar en masa á la Mesia. Enrique consiguió que se levantara el sitio de Andrinópolis (1206). No pudo salvar á Didimotichon, pero se apoderó de veinte mil cautivos. Reconquistó á Peges en Asia y se sostuvo en Cizico y Nicomedia, que fueron abandonadas al año siguiente. Enrique se concertó con Bonifacio para emprender una campaña en el Rodopo; en el curso de ésta, el marqués-rey cayó en una emboscada; fue muerto, y su cabeza llevada á Juannitsa (1207). El tsar puso cerco nuevamente á Tesalónica. Ante los muros de la ciudad lo asesinó el kuman Manastras, amante de su mujer kumana (1207). Se cuenta que había sido instigado por San Demetrios, protector de la ciudad.

Su muerte causó la disolución de su Imperio; su sucesor y sobrino Boril no conservó más que á Tirnovo con el título de tsar; el boyardo Strez se declaró independiente en el Vardar; otro, Esclas ó Eslao, se estableció en Melnik, en el Rodopo. Boril intentó continuar la guerra, pero su ejército de treinta y tres mil hombres fué derrotado ante Filipópolis por dieciocho mil francos (1208). Esclas se presentó á besar la mano y la planta del emperador latino, y recibió de éste el título de déspota y «señor de Blaquia la Grande». Strez, enérgico y cruel, vencido por los franceses, tornó contra los servios; pereció misteriosamente, herido, á lo que se dice, por San Sava. Enrique, que había enviudado, contrajo segundas nupcias con una hija de Juannitsa.

En el reino de Tesalónica surgieron nuevas dificultades. Bonifacio dejó dos hijos: uno de su primer casamiento, Guillermo VI, que le sucedió en Montferrato; el otro, fruto de la unión con la emperatriz Irene (Margarita de Hungría), llevaba el nombre helénico de Demetrios y había nacido en Tesalónica. Ella fué la regente por su hijo Demetrios. Los nobles eligieron para bailío ó guardián del joven rey al conde Huberto III de Blandatre, un lombardo. Este llevó á la administración del reino helénico todas sus preocupaciones lombardas; hubiese preferido el hijo italiano Guillermo VI al hijo casi griego Demetrios; intentó apoyarse en el primero, rompiendo toda clase de relaciones feudales con el emperador latino; y con reclutas llamados de Lombardía puso guarniciones en las ciudades del reino. El emperador Enrique, con reducida escolta, se presentó para recibir el homenaje del joven rey, pero Blandatre le cerró las puertas de Tesalónica. Como los imperiales sufrían los rigores del invierno, Enrique, para entrar en la ciudad, tuvo que consentir en una transacción, en cuya virtud abandonaba todos sus derechos. Una vez dentro, midió la fuerza que le daba la situación del reino, y no le costó mucho trabajo impulsar á la regencia contra el bailío; también recibió las ofertas de los señores franceses del

Mediodía. Estos preferían la soberanía del emperador lejano á la del rey vecino, y sobre todo á su bailío extranjero. Sostenido por ellos, Enrique presidió una gran asamblea en el valle de Ravenika, cerca de Lamia (Zitum), el 2 de Mayo de 1210. Acudieron también algunos señores venecianos de las islas. Obligó á los lombardos á restituir Tebas al señor de Atenas; invistió á Marco Sañudo del ducado del Archipiélago ó de las Doce Islas (Dodekanesos): nombró á Godofredo Villeharduino senescal de Acaía. Blandatre intentó resistir, pero acabó por resignarse y abandonar el país. La regente reconoció ceremoniosamente la soberanía señorial del emperador (1208). Igualmente lo verificaron los más poderosos entre los potentados indígenas, los déspotas de Epiro, quienes, por otra parte, no habían tenido escrúpulos en reconocer la de Venecia. Un tratado de paz (1214) que se concertó con Lascaris, emperador de Nicea, cedió á los franceses un cantón de la parte occidental de la Bitinia y cierto territorio de la Misia, hasta Kalamos y Kamina.

Todavía tuvo más importancia, en este reinado, la política interior: este vocablo significa aquí principalmente eclesiástica. El nuevo patriarca quiso cerrar el ingreso en el cabildo patriarcal á todos los que no fuesen venecianos, y se encontró en lucha con el emperador, con el legado del papa Benedicto, con la mayor parte de los latinos franceses é italianos y hasta con los venecianos de la colonia bizantina. En 1211, habiendo muerto Morosini, el partido francés y el partido veneciano eligieron cada uno un patriarca; hubo, pues, un patriarca toscano contra un patriarca veneciano. La intervención del nuevo legado Pelago, sólo sirvió para aumentar el desorden. Pretendió realizar á fuerza de violencias la unión de las dos Iglesias: cerró los templos, aprisionó á los sacerdotes y monjes ortodoxos. La población se amotinó; una diputación de notables se presentó al emperador, declarándole que los griegos preferían emigrar al Asia si no se acababan las persecuciones. Enrique ordenó la reapertura de las iglesias, devolvió la libertad á los prisioneros, autorizó á sus súbditos griegos para que apelasen á Roma. Inocencio III les condenó de nuevo en el concilio de Letrán (1215). En Marzo de 1206 se había convenido que la Iglesia latina tendría, además de los monasterios ortodoxos, el quinto de las tierras, el diezmo sobre todas las otras, y las inmunidades de que disfrutaba en Occidente. No solucionó los conflictos esta especie de concordato, que Venecia se guardó muy mucho de suscribir. No se sabía qué actitud adoptar con respecto á los griegos; no se atrevieron á imponerlos el diezmo obligatorio, pero se les exigió en cuantos sitios fué posible. Los mismos latinos se mostraban recalcitrantes. En Tesalónica lucharon el arzobispo Guerin y el poder real, quien prohibía á sus súbditos pagar el diezmo y pretendía administrar los bienes de la Iglesia; en Morea, el arzobispo de Patras y el poder principesco. No contando más que con raros fieles en su culto, los sacerdotes de las Iglesias latinas, vivían á expensas de la población griega, en situación algo parecida á la que tendría más tarde la Iglesia establecida

de Inglaterra en la Irlanda católica; ó bien aquejados por la misma nostalgia que aclaraba las filas de los guerreros latinos, vendían, traspasaban los bienes y rentas de su iglesia y con el producto se apresuraban á regresar á Occidente. Los que quedaron no se preocupaban más que de enriquecerse por los mismos medios empleados en otro tiempo por los conventos griegos. Los señores laicos, por política, protegían á sus súbditos ortodoxos. En la asamblea del valle de Ravenika, se ocuparon en restringir las usurpaciones de las iglesias; en el porvenir no podrían adquirir más que bienes muebles. En vano Inocencio III fulminó sus rayos; había allí una cuestión de vida ó muerte para los Estados latinos. Enrique protegió los claustros del monte Athos, que llegaron á ser sus vasallos inmediatos. Este monarca, á quien los griegos llamaban «otr o Arés», murió en 1216; se ha supuesto que fué envenenado.

Pedro de Curtenay.y Roberto de Namur.

Yolanda, hermana de Balduino y Enrique, hallábase casada con Pedro de Curtenay, conde de Auxerre. Cuando este fué elegido emperador, se encontraba en Francia; apresuróse á reunir un ejército, visitó á Honorio III en Roma, embarcó para Durazzo y de allí siguió la vía Egnatia. Atacado por los epirotas en los desfiladeros de Elbasan, fueron destruidas sus huestes; el legado del papa pereció en la batalla, y el emperador fué preso y sin duda murió en el cautiverio.

Dejaba en Occidente diez hijos, siendo el primogénito Felipe de Namur; la emperatriz, su esposa, había llegado por la vía marítima á Constantinopla; allí dió á luz un hijo que fue más tarde Balduino II. Tomó la regencia en nombre de Felipe de Namur, renovó las treguas con el emperador de Nicea, le hizo desposar con una hija de su marido y falleció en 1219. Habiéndose negado Felipe de Namur á abandonar su condado del Meuse, resulta elegido su hermano mayor Roberto.

El reinado de éste marca la rápida decadencia del Imperio; habían muerto todos los jefes de la cuarta cruzada: Balduino, Enrique de Flandes, Bonifacio de Montferrato, Luis de Blois, Dándolo y Villleharduino. Los combates y las repatriaciones á Occidente disminuían sin cesar el número de guerreros latinos; ya no se reclutaban nuevos contingentes. Una de las hermanas de Roberto era esposa del rey Andrés de Hungría, otra de Godofredo de Alcaía y otra del emperador de Nicea; una de sus sobrinas desposó con Juan Asan II de Bulgaria; él mismo estaba á punto de contraer matrimonio con una hija de Lascaris. Las alianzas de familia no le dieron ni garantizaron el poder.

El déspota de Epiro, Teodoro, que no cesaba de arrebatar plazas á los latinos, aprovechó el momento en que Demetrios, rey de Tesalónica, había marchado á

buscar socorros á Occidente; sorprendió su capital y concluyó la conquista de sus provincias (1223). Así pereció el reino lombardo de Tesalónica.

En Nicea, Juan Vatatzés, sucesor de Lascaris, reanudó la guerra contra los franceses, derrotándoles, en Poemenenon (1223) y conquistó casi toda la Tracia. Sin contar con el de Trebizonda, los griegos habían sostenido á dos emperadores, porque los déspotas de Epiro acababan de hacerse reconocer por el arzobispo de Okrida. Los ejércitos de ambos emperadores, ya enemigos, marchaban, cada uno por su lado, contra Andrinópolis. La plaza se rindió primero á las tropas de Nicea; después las expulsó y abrió sus puertas á las de Epiro. Ni siquiera pudo Roberto intervenir en el conflicto; sólo deseaba saber cuál de los dos ejércitos griegos entraría antes en Bizancio. En su propia corte un sangriento drama demostraba cuán débil y poco respetado era el poder del soberano. Roberto habíase enamorado de una señorita de Neuville, ya prometida á un caballero borgoñón, y la madre de la joven consintió en anular el primer compromiso. El pretendiente burlado reunió á sus parientes y amigos, forzó de noche las puertas del palacio, cortó la nariz y los labios á la muchacha, y arrojó á la madre en el Bosforo. Roberto no pudo obtener justicia de sus barones contra la cruel afrenta. Marchó á Occidente en busca de refuerzos y murió en el viaje (1228).

Juan de Briena: nuevo conflicto con el imperio válaco-búlgaro.

El menor de los hijos de Pedro de Curtenay, nacido en Constantinopla, tenía entonces once años de edad. Fué elegido con el nombre de Balduino II; pero era menester nombrarle un regente. Acudióse á Asan II de Bulgaria, quien consintió en casar á su hija con Balduino II, y prometió reconquistar todo lo que los griegos habían arrebatado al Imperio latino. Otras opiniones le relegaron en el Consejo de los nobles franceses, confiándose la regencia al famoso Juan de Briena. Hasta se convino en que, durante la minoría de Balduino II, Briena sería emperador, y que después él y sus herederos mantendrían en feudo lo que pudieran reconquistar en Asia (1229). Juan tenía entonces ochenta y dos años, y pasó dos ocupado en las guerras de Italia antes de presentarse en Constantinopla. Por el contrario, Asan II, furioso por el desaire de los barones, aprestábase á la venganza. Hijo del primer Asan, logró con el auxilio de una horda de rusos, reconquistar el imperio paterno, derrocando á Boril y haciendo que le sacaran los ojos (1218). Era un príncipe humano, civilizado, que se hizo amar de los vlacos, de los búlgaros y hasta de los griegos; nos dice «que no vertió la sangre ni empleó la violencia en el interior de su Estado». Sus súbditos le denominaban el Grande y el Piadoso. Edificó monasterios y los enriqueció con piedras preciosas. Después de su ruptura con los franceses de Constantinopla, invadió la Tracia. En vano le excomulgó Gregorio IX (1236), amenazándole con lanzar contra él una cruzada húngara; Juan de Briena, coronado

emperador en 1231, teniendo que luchar contra tres emperadores enemigos, no estuvo á la altura de su misión. Asan II, Vatatzés y Teodoro de Epiro-Tesalónica, habían formado una coalición, á la cual se adhirió el emperador alemán Federico II, quien odiaba á Juan de Briena y á Balduino II, protegidos del papa; en 1241, casó á su hija Ana con el emperador de Nicea.

La muerte de Briena (1237), apaciguó á Asan II, que ya comenzaba á temer á los griegos más que á los franceses. Ayudó á éstos en el sitio de Tsurulon; después, torturada su conciencia por esta violación de la palabra empeñada á Vatatzés, quemó sus máquinas de guerra y se retiró á su país. Murió en 1241, iniciándose entonces la decadencia del Imperio búlgaro; á sus expensas y también á costa del Imperio latino, prosiguieron sus conquistas los dos Imperios griegos. El último de los Asanidas, Miguel, fué asesinado en 1257 por Koloman II.

Balduino II.

El largo reinado de Balduino II (1228-1261) no fué más que una prolongada agonía de la monarquía latina. Empleó casi todo el tiempo en viajar por Europa, mendigando socorros enVenecia, Roma, Francia, Castilla é Inglaterra; dejando en fianza á su hijo Felipe en una casa de banca, subastando las reliquias de su ciudad imperial, vendiendo las dignidades de su corte y de su Estado, cediendo á los Montferrato la guarda de Tesalónica, ocupada por los epirotas, y al rey de las Dos Sicilias el señorío de la Acaía. En la misma Bizancio se vio obligado á acuñar moneda con el plomo de los techos y á demoler las vigas y maderamen de los palacios para la calefacción. El Imperio latino había dejado de ser un factor activo en la política de Oriente; cuando sucumbió Constantinopla, el acontecimiento tuvo escasa resonancia en Europa, porque estaba ya previsto. Con la caída de este Imperio no quedó más que un título en la familia de Curtenay. Lo mismo sucedió con el reino de Tesalónica, cuyo blasón ostentaron durante mucho tiempo las casas de Montferrato y Borgoña.

Los Estados franceses de la Hélada Central.

Los Estados fundados por los cruzados al Sur de las Termopilas tuvieron más vitalidad que el Imperio y el reino. Entre las Termopilas y el istmo de Corinto, hubo cuatro grandes baronías, cuyos propietarios se intitulaban grandes-señores; eran éstos los Pallavicini en Budonitza; los Stroraancourt en Soula ó Salona; en Eubea ó Negroponto, la familia veneciana de los Carceri, que dividió la isla en tres Estados, teniendo por capitales á Chaléis, Oreos y Carysto; de aquí el título de señores tercieros de Negroponto—; por último, Atenas con Tebas. La historia de este último Estado es la única que ofrece algún interés.

Ducado de Atenas.

En la toma de Constantinopla (1204), habiáse distinguido Otón de la Roca sobre el Ognon, señor del Franco-Condado. Fué investido con la baronía de Atenas y Tebas. El marqués-rey Bonifacio se encargó ó fué comisionado por Balduino I para posesionar á los feudatarios del Sur. Sin dificultad se hizo la conquista del país; pues sus habitantes no tenían, como los de Constantinopla, crueles rencores contra los cruzados, y podían esperar de los latinos que les librasen de la opresión fiscal y de la anarquía. Los atenienses, cuya ciudad había sido arrasada por León Sguros, se defendían en la Acrópolis, bajo el mando del belicoso arzobispo Miguel Acominato. Sguros fué derrotado en las Termopilas por los franceses: «Sus soldados, dice el trovador Rambaud de Vaqueiras, reconcentraron todo su vigor en los talones, á fin de espolear mejor á sus caballos.» Tebas, Atenas y Chaléis de Eubea abrieron sus puertas al vencedor, en virtud de capitulaciones que garantizaban á los habitantes sus propiedades, sus libertades locales, sus leyes nacionales y el ejercicio de su culto. Los atenienses experimentaron una gran decepción cuando fueron confiscados los bienes de los monasterios, se expulsó al arzobispo Miguel, y la iglesia de la Panaghia (el Partenón) quedó adscrita al culto latino. Con Otón de la Roca, el imprevisto sucesor de los Teseo y de los Codro de Atenas, de los Cadmo y de los Aedipo de Tebas, el país siguió floreciente. En 1225, Otón, sintiendo la nostalgia de su castillo del Franco-Condado, abdicó su Estado griego en su sobrino Guido.

Ante este surgió de improviso un grave conflicto. Su tío había ayudado á Godofredo de Villeharduino á conquistar la Morea recibiendo en feudo Argos y Nauplia. Guillermo de Villeharduino, tercer soberano de Acaía, pretendió que el señor de Atenas fuese su vasallo, no sólo para Argos y Nauplia, sino por todos sus dominios (1245). Guido, apoyado por los señores de Salona, Eubea y Kariténa, fué derrotado en el desfiladero de Karydi, en el camino de Megara á Tebas. Sitiado en Tebas, tuvo que comprometerse á comparecer en Nikli, ante la corte de su pretendido soberano. Los barones de Acaía negaron á su príncipe la sentencia condenatoria de Guido y se sometió la diferencia al arbitraje de Luis IX. El rey santo redujo las pretensiones de Guillermo á la soberanía señorial en Argos y Nauplia. Además, confirió á Guido el título ducal.

Juan (1264-1275), sucesor de Guido, fué un poderoso soberano; acogió á Juan Ducas, príncipe de la Tesalia vlaca, proscrito por el déspota de Epiro, y le proporcionó un cuerpo de caballeros latinos, con ayuda de los cuales derrotó á su perseguidor. En una nueva guerra contra éste, el duque de Atenas resultó vencido y hecho prisionero en la batalla de Oreos; el déspota se mostró generoso con él,

porque deseaba apartarle dé la alianza con Carlos de Anjou, y le puso en libertad sin rescate.

Sucedió á Juan su hermano Guillermo; después Guido II, hijo de Guillermo; y Gauterio de Briena, sobrino de Guido II. En cierto momento vemos á Guido II poner en pie de guerra á novecientos jinetes latinos, seis mil jinetes griegos ó vlacos, y treinta mil infantes. Estos príncipes contrajeron alianzas matrimoniales con los de la Tesalia vlaca y de la Acaía.

Amenazado por sus dos vecinos de Epiro y de la Tesalia vlaca, Gautiero de Briena llamó en su ayuda á la gran compañía catalana, reforzada con turcos y turcópolos (1308). Era todo un ejército compuesto de tres mil quinientos jinetes y tres mil infantes, admirables soldados é incorregibles bandidos. Derrotaron á todos los enemigos de Gautiero; pero una vez instalados en Tesalia, no quisieron abandonarla. En 1310, marchó contra ellos el duque de Atenas con seis mil jinetes y ocho mil infantes. Cerca de Orchomeno, en la Céfisa, se libró la batalla; ésta fué el Crécy de la caballería franco-ateniense. Caída en un pantano que los catalanes habían formado desviando las aguas del pequeño río, pereció entera; Gautiero quedó entre los muertos. Los vencedores se apoderaron del ducado, obligando á las viudas é hijas de sus víctimas á desposarse con ellos, y se distribuyeron los feudos, instalando en el corazón de la Hélada una especie de estratocracia como la de los antiguos mamertinos.

Principado de Acaía: Guillermo de Champlitte.

Guillermo de Champlitte, que se había distinguido en la toma de Constantinopla, recibió en feudo el Peloponeso. Con el marqués- reysitió á Nauplia y el Acro-Corinto, donde estaba refugiado León Sguros. Por aquel entonces, un sobrino del mariscal de Champaña, Godofredo de Villeharduino, que no había figurado en la cruzada contra Constantinopla y que aisladamente buscaba fortuna, fué arrojado por la tempestad en la costa de Morea, cerca de Modon. Un dynata griego (sin duda un meliseno) le tomó á su servicio, juntamente con su tropa, y, según parece, le otorgó en feudo á Modon. A la muerte del griego, Villeharduino luchó contra su sucesor. Noticioso de la llegada de los latinos á Morea, atravesó audazmente toda la Península y les ofreció sus servicios. Fué bien acogido porque la conquista tropezaba con dificultades. En una salida de León Sguros, Santiago de Avesnes acababa de sucumbir ante el Acro-Corinto; Bonifacio era rechazado en el Norte por el desastre de Andrinópolis. Apoyaron la causa latina los venecianos que acudían á conquistar los puertos que les adjudicó la Partitio. Con el concurso de su marina tomaron á Patras, Katavolo, Andravida, Coron y Kalamata. Los griegos llegaron á presentar batalla en el Lakos; setecientos jinetes franceses dispersaron á cuatro mil

indígenas; y fué arrebatada Arcadia. Por lo demás, los franceses facilitaron su avance, asegurando á las ciudades las garantías de la capitulación de Atenas, tratando con las tribus eslavas, mainotas y tsakonienas, confirmando en sus feudos á los stratiotai indígenas, á quienes asimilaron á los militas (caballeros). Los franceses reservaron para sí solamente los dominios imperiales y los de los monasterios ortodoxos. En tres años se conquistó la mitad del Peloponeso. El príncipe fijó su residencia en Andravida, y la corte se reunió más frecuentemente en Nikli.

Constitución del principado.

El régimen de la Acaía francesa fué uno de los ensayos más completos de organización feudal. Hubo una jerarquía compuesta por el príncipe (título concedido á Godofredo por el emperador Roberto), los señores ó barones, los caballeros y los sargentos. Los arcontes, dinatos, toparcos, filarcos y estratiotas indígenas ocuparon su rango. La distribución de feudos se hizo por una comisión formada por dos caballeros y dos prelados latinos, y cuatro arcontes griegos.

También hubo una jerarquía eclesiástica latina, constituida por un arzobispo-primado (el de Patras), seis obispos (Olena ó Andravida, Modon, Coron, Veligosti, Nikli y Lacedomonia), los abades de monasterio, y los priores de las tres órdenes religiosas militares (San Juan, Templarios y Teutónicos). Más tarde, cuando Corinto cayó en poder de los franceses, Inocencio III estableció otro arzobispado con siete sedes sufragáneas (Cefalonia, Zante, Damala, Monemvasia, Argos y Temenión de Laconia). El príncipe era nombrado por elección. Gobernaba, declaraba la paz ó la guerra, hacía justicia, asistido por el alto tribunal del cual formaban parte todos los prelados, barones y hombres ligios. El servicio militar era casi permanente para los feudatarios; cada año, cuatro meses en campaña y cuatro meses en la guarnición de las plazas.

Se quiso sin duda llegar al número de doce Pares, como lo pretende la leyenda de Carlomagno. (Cerca de un siglo después, los doce Pares, según un acta de 1301, eran: el duque de Atenas, el duque del Archipiélago, el duque de Leucada, rama de los condes de Cefalonia, el marqués de Budonitsa, la condesa de Salona, los tres tercieros de la isla de Eubea, y tres señores de Morea, á saber: Akova, Patras y Chalandritza). Al día siguiente de la conquista, las doce baronías cuyos titulares tenían «sang et banc et justice en leur terre» eran: la de Patras, encargada de proteger el litoral contra cualquier invasión procedente de la costa opuesta; Chalandritza, que aseguraba las comunicaciones de Patras con el interior; Vostitza, á la que se confió la vigilancia del golfo de Lepanto; Kálavryta, que sostenía á la precedente en el interior del país; Akova, que con su castillo de Mate-Griphon (da mate á los

griegos) vigilaba á los indígenas de la Arcadia; Kariténa, en el Alfeo, que mantenía sumisos á los eslavos de Skorta (Arcadia); Nikli, que guardaba los pasos de Argólida en Laconia; Veligoeti, que dominaba el camino de Laconia en Mesenia; Géraki, que enfrenaba á los eslavosmilingos del Taigeto y á los tsakonios; Gritzena, preponderante en el valle del Lakos; Passava ó Passavant, colocada en el corazón del Magno; Kalamata, que protegía el rico valle del Pamisos-Kalamata, se otorgó á Godofredo de Villeharduino, y Passava, á Juan de Neuilly, nombrado mariscal hereditario del principado.

Asesoraba al príncipe un alto tribunal; y cada barón tenía su audiencia señorial, lo que originaba dos instancias. El tribunal de la burguesía se convocaba en Clarentza. Había también tribunales eclesiásticos. En Morea, como en el Imperio latino, hallábanse en vigor cuatro ó cinco legislaciones: la ley romano-bizantina; las leyes canónicas, católicas para los latinos y ortodoxas para los griegos; las Assisas de Romanía; por último, las costumbres locales indígenas.

Parece que, durante algún tiempo, el principado de Acaía vivió vida próspera. Su tierra era fértil. Elogiábanse las sederías de Arachova y la feria de Vervena.

Godofredo de Villeharduino.

Al partir para Occidente, Guillermo de Champlitte dejó como bailío del principado á su pariente Hugo, que murió poco después. Entonces fue elegido para sustituirle Godofredo de Villeharduino. Este conquistó á Véligosti, Nikli, Lacedemonia y Corinto, á excepción del Acro-Corinto. Godofredo supo despojar de los grandes feudatarios del Imperio á los barones de Acaía, cediéndoselos al emperador Enrique (que le nombró senescal). A la muerte de Guillermo de Champlitte, su hijo Roberto emprendió el viaje para recoger su sucesión. Villeharduino tuvo la habilidad de hacerle detener en Venecia y luego en Corfú. A su desembarco se le opuso la ley feudal; ésta fijaba el plazo de un año y un día para hacer valer el derecho á la herencia. Reunidos en asamblea general en Lacedemonia, los barones de Acaía juzgaron que el plazo había expirado. Villeharduino fué elegido príncipe de Acaía.

Era un soberano diestro y enérgico. Aplicó al clero de Acaía las decisiones de la asamblea del Valle de Ravenika, y redujo sus bienes y sus diezmos. Lo mismo que Otón de la Roca, fué excomulgado por Gervasio, patriarca latino de Constantinopla. Se hizo absolver por Honorio III. Más tarde, como los eclesiásticos y las órdenes militares le negaran el servicio de hueste, se apoderó de sus feudos. Excomulgado otra vez por el patriarca, fué de nuevo absuelto por el papa, con el compromiso de restituir las tierras cuando los interesados se hubiesen sometido á la obligación

militar. Siempre empleó su poder en beneficio de los latinos. Sostuvo en Constantinopla cien jinetes y ballesteros para la defensa de la capital.

Guillermo de Villeharduino.

En 1246, sucedió á Godofredo su hermano Guillermo Este había nacido en Kalamata y los indígenas le consideraban como uno de los suyos. Tal circunstancia facilitó la conquista; el Acro-Corinto, Argos, Nauplia, Monemvasia y la Tsakonia que tanto tiempo habían resistido, sometiéronse á cambio de la confirmación de sus privilegios. Guillermo encerró en sus montañas á los eslavos del Taigeto y á los mainotas. Frente al Eslavochorion (país eslavo) del Taigeto, edificó á Misitra. Estableció allí su residencia, y Misitra eclipsó el recuerdo de la Esparta de la antigüedad y la Lacedemonia de la Edad Media. Refrenó á los mainotas, edificando dos nuevas fortalezas: Maina, en el cabo Ténare, y Leftro. Unos y otros se le rindieron. Había concluido la conquista del Peloponeso (1248).

Guillermo atestiguó su celo por los intereses de la cristiandad, tomando parte en la cruzada de San Luis contra Egipto (1249). Despojó de la isla de Eubea á los Carceri y á los venecianos (1255). Por desgracia, se desposó con una hija de Miguel, déspota de Epiro; y se vió comprometido en una guerra contra Miguel VIII, emperador de Nicea. Los epirotas y los franceses de Acaía sufrieron una sangrienta derrota en las llanuras de Pelagonia; Guillermo fué preso cerca de Kastoria (1258). Para rescatarse hubo de ceder á Miguel VIII las fortalezas de Monemvasia, Misitra y Maina. De esta suerte se desmembró y desmanteló el torritorio; en Morea, hubo nuevos gobernadores griegos, que podían apoyarse en los eslavos y los tsakonios, contra los cuales habíase alzado hasta entonces el baluarte de las fortalezas. Al poco tiempo, sucumbieron Passaya y Leftro. También fué amenazada Andravida. Desde 1264 á 1268 duró esta desastrosa guerra en la que los franceses no tuvieron más victoria que la de Prinitza en el Alfeo. Por el tratado de Viterbo (1267), Balduino II había cedido á Carlos de Anjou su soberanía sobre la Acaía.

Guillermo murió en 1277. Su hija Isabel se casó, sucesivamente, con Felipe, hijo de Carlos de Anjou, con Florencio de Hainault y con Felipe de Saboya. Era siempre preciso un hombre para defender á este infausto principado. Desde fines del siglo XIII, su corona fué juguete de las intrigas entre las casas de Anjou, Saboya, Borgoña y Aragón. A la riqueza de otro tiempo sustituyó la miseria; se alteraron las monedas. Hubo que guerrear contra los griegos, los catalanes de Atica y los piratas turcos. Disminuyó la población, y sus vacíos se llenaron con un reflujo de eskipétaros y vlacos.

Los Estados Venecianos.

Los venecianos se limitaban á guarnecer las ciudades de Dalmacia. Intentaron colonizar sus adquisiciones de Oriente. Pero la República no podía tomar á su cargo la conquista y la defensa del «cuarto y medio» del Imperio griego que le correspondió en el reparto. A excepción de Creta, estación marítima de primer orden para todas las rutas del Mediterráneo, donde tenía que domeñar la resistencia de los indígenas; á excepción de sus posesiones de Morea y de algunas islas Jónicas, Venecia dispuso de su parte como hubiese podido hacerlo un Balduino de Flandes ó un Montferrato. La distribuyó en feudos á los más ricos y á los más osados de sus patricios y de sus aventureros. Los Carceri se instalaron en la isla de Eubea. Marco Sañudo conquistó á Naxos y titulándose duque del Archipiélago, repartió las islas entre los subfeudatarios. Un Navigajosi, con el título de mégado, se fortificó en Lemnos. Los Orsini guardaban á Cefalonia y Zante. Casi todas estas dinastías sobrevivieron al Imperio latino y hasta al Imperio griego reconstituido.

Las Assisas de Romanía.

Ramnusio declara que el emperador francés Balduino no pensó modificar, en lo que se refería á sus súbditos griegos, «las antiguas leyes de los Augustos, leyes veneradas en el mundo entero por una antigüedad de varios siglos y por su majestad sacrosanta». Pero era necesario regular las relaciones feudales de los latinos entre sí y entre los latinos y griegos. Se dirigió al rey de Chipre, Amalarico, y le pidió copia de las Assisas de Jerusalen. Con algunas variaciones se transformaron en las Assisas de Romania. Enviadas por el emperador á Morea, sufrieron nuevos cambios. Por tanto, las Assisas de Romania fueron traducidas en griego, bien para el Imperio latino ó ya para la isla de Chipre. También se las vertió al italiano para los Estados vasallos de Venecia. En 1421, el dogo Francisco Foscari mandó hacer una nueva edición de la versión italiana y eliminó de ella los artículos relativos á los duelos judiciales y otros asuntos no pertinentes (impertinentia).

He aquí un hecho que demuestra el rigor con que en el principado de Acaía se mantuvo el mismo texto de la ley: cuando el principo Guillermo Villeharduino cayó en poder de Miguel VIII (1258), hubo de entregar, para recobrar la libertad, entre otros rehenes, á Margarita, hija del señor de Passava. Mientras ésta se hallaba prisionera, la muerte de su tío, el señor de Akova la hizo heredera de su baronía. Ahora bien; para obtener la investidura, la era menester, según lo preceptuado en las Assisas, prestar homenaje en el plazo de un año y un día. Prisionera, dejó correr el plazo; cuando ella se presentó para reclamar Akova, Guillermo le opuso la ley, lo que la dama «tuvo á gran maravilla». Desposada con Juan de Saint-Omer, apeló al juicio del alto tribunal. El príncipe presentó el libro de las Assisas y declaró 1.°,

que habíale asistido perfecto derecho para entregar á Margarita en rehenes. 2.°, que lo tenía para oponer á ésta la excepción de plazo pasado. El tribunal sentenció que Margarita había perdido la herencia. Summum jus summa injuria. Se alabó la generosidad del príncipe por haber concedido en seguida á la querellante una indemnización, donándola el tercio de la baronía en litigio.

Huellas de la dominación franca en el Imperio griego.

Los cruzados habían podido destruir la monarquía bizantina; les fué imposible rehacerla en su provecho; tuvieron que combatir, no sólo con los griegos, sino con todos los alogienos, á quienes habían ayudado á emanciparse. Su dominación no produjo más efecto que despertar y fortalecer el patriotismo griego: «Ella hizo un gran beneficio á Bizancio, al helenismo y á la religión; quedó abolida la distinción de las clases sociales» (Sathas). Si no abolida, por lo menos atenuada.

En los países, como la Morea, que los latinos conservaron más tiempo, fusionáronse en cierto modo conquistadores y conquistados. Nicetas, Acropolito y Paquimero dan el nombre de gasmouli á los mestizos nacidos de las dos razas. Las dinastías francesas de Atenas y de Morea tendieron á helenizarse; los príncipes aprendieron la lengua de sus súbditos; los stratiotai griegos y los caballeros franceses eran tratados bajo el mismo pie de igualdad; respetaban los pronoiai de las ciudades helénicas como los privilegios é inmunidades de los concejos latinos. Hubo un gran-logototo y proto-oficial de Acaía como hubo un gran-doméstico de Romanía (el senescal). En la escuela de los franceses, los griegos aprendieron de nuevo lo que representaba la libertad municipal y la dignidad del guerrero-propietario.

Sobre el suelo de la Helada subsistieron durante mucho tiempo las huellas materiales de la dominación francesa; la magnífica catedral de Andraviva, el palacio ducal de Tebas, el de los Propíleos en Atenas y los baluartes y las torres de los poderosos castillos, cuyos nombres de Beaufort, Beauvoir (en griego, Calliscopi), Belregard (en griego, Perigardi), Porte de Fer, Chastel-Neuf, Saint-Georges, Montesquieu, Créve-Coeur, etc., quedaron en la memoria de los indígenas.

Entre ambos pueblos se verificó un cambio de ideas. Un francés (evidentemente, porque había conservado todos los prejuicios contra los griegos) tradujo en romaico el Livre de la Conqueste. Los griegos pudieron ver al trovador Rambaud de Vaqueiras acompañando á todas partes al marqués-rey Bonifacio, y á los menestrales asistir á la asamblea de Ravenika. El príncipe de Acaía, Godofredo, era un poeta. Los argumentos y los personajes de las epopeyas latinas invadieron la literatura helénica; Rolando el paladín, los caballeros de la Tabla Redonda, el rey Arturo, Lancelot del Lac, fueron tan familiares á los griegos como en Occidente.

Los romances helénicos en prosa y verso son frecuentemente adaptaciones de las canciones de gestas; el de Imberios y Margarona no es más que la traducción de Pierre de Provence et la belle Maguelone, etc. Análogo origen tienen los poemas de Belthandros (Bertrand), el Romance del Viejo caballero, de Phlorios y Platzia phlora (Floro y Blancaflora). Más tarde, en el siglo XVI, los poetas griegos adoptaron la rima de los de Occidente.

Hasta en la corte del basileo familiarizáronse con las ideas feudales; Alejo exigió el homenaje de los latinos; los dinatas griegos del Sur prestáronlo á los franceses. Los «caballeros» de las dos naciones rivalizaron en los mismos torneos. En la corte de Nicea se vió á los emperadores, olvidando la legislación de Justiniano y de los Basilicos, ordenar los duelos judiciales y prescribir las ordalías. Los verdaderos bizantinos rechazaron con desprecio este procedimiento como contrario á la ley romana y á la ley canónica, como «una costumbre bárbara y buena para los bárbaros» (Acropolito). En 1258, Miguel Paleólogo, acusado de conspiración, pidió voluntariamente la prueba del hierro candente; el patriarca respondió que «ésta no era costumbre de los romanos ni de los sabios helenos» (Phrantzés).

IV.—Reconstitución del Imperio griego.

Restos del Imperio griego en 1204.

El día en que Murzuflo huyó de su palacio, en el momento mismo del asalto de los latinos, disputáronse la corona imperial dos competidores: un Ducas y Teodoro Lascaris. No habiendo entonces pueblo ni senado, el clero se decidió por Lascaris, que fué proclamado en Santa Sofía. Pronto tuvo que emprender la fuga, cuando los latinos se adueñaron de la ciudad, y se refugió en Asia. Siguiéronle el patriarca y el clero; fué el comienzo del Imperio de Nicea. Desde los más lejanos países ortodoxos, por ejemplo, de Rusia, acudieron los obispos á consagrarse en Nicea. Presto sometiéronse á Lascaris, «el emperador de Filadelfia», Mankapas, Gabalas y otros pretendientes orientales.

Entre tanto, Miguel, hijo natural de un Constantino Angel, marchó á fundar en las montañas de la Albania y de Etolia el despotado de Epiro; y un nieto del usurpador Andrónico Comneno se proclamó emperador en Trebizonda. Dedicaremos breves palabras á este último Imperio, que no ejerció ninguna acción en la marcha de la Historia y que no hizo más que esterilizar parte de las energías helénicas.

Imperio de Trebizonda.

La región que se extiende desde el Halys (Kizil Irmak) al Cáucaso, en la orilla meridional del mar Negro, el antiguo reino de Ponto y Paphlagonia, estaba completamente aislada del Imperio griego por el sultanato de Ycono. En varias ocasiones, sus gobernadores, Teodoro Gabras, Gregorio Taronito y Constantino Gabras, lograron hacerse independientes. Trebizonda era una ciudad rica con un puerto bien abrigado, intermediario forzoso del comercio entre el mar Negro y las regiones del Eúfrates. Los Comneno eran oriundos del país, y Alejo fue en él bien acogido. Ganó á los mercenarios iberios, corrompió á las tropas imperiales y destituyó al gobernador de Trebizonda, proclamándose emperador (1204). Orgullosa de ser capital de Imperio, por pequeño que éste fuese, Trebizonda otorgó al fundador el sobrenombre de Grande. Este ocupó Trípoli, Kerasunta, Eneon, Amastris, Teos y Sinope, mientras que su hermano David invadia la Paphlagonia. A excepción de Samsun, ocupada por los selyucidas, todo el litoral, de Heraclea á la región caucásica, perteneció al nuevo Estado y más tarde, como disponía de una excelente marina, la costa del Sur de Crimea. Este Imperio estaba casi todo en el litoral. Muy ocupado con los latinos, el nuevo soberano de Nicea no intervino en la lucha; pero cuando David amenazó á Nicomedia, Teodoro Lascaris concertó alianza con Gaias-ed-Din, sultán de los selyucidas; el sultán derrotó á Alejo y el basileo rechazó á David. Este pactó entonces con los latinos de Constantinopla y contribuyó á los primeros éxitos de Enrique de Flandes. Lascaris pudo reclutar mercenarios latinos; y con este refuerzo recobró Heraclea, Amastris y Teos, mientras que Az-ed-Din, sucesor de Gaias-ed-Din, sitió á Sinope. La irrupción de los turcomanos de Capadocia en el Ponto y de los iberios en la Cólchida, acabaron por calmar la ambición dé los dos hermanos. Desde entonces el Estado de Trebizonda vivió una vida puramente asiática, viéndose obligado á luchar contra los pequeños príncipes de Iberia, los emires armenios y los jefes turcomanos. Concluyó reconociéndose vasallo del sultán de Iconio. De 1222 á 1263 se sucedieron Andrónico I Ghidos, Juan I Axuchos y Manuel I, á quien la megalomanía de las gentes de Trebizonda apellidó el Gran Capitán. Desde 1263 á 1461 reinaron otros diez y siete soberanos, entre ellos tres emperatrices. En síntesis: Trebizonda debió toda su importancia á su comercio floreciente, sobre todo cuando sus soberanos renunciaron al papel de conquistadores.

Despotado de Epiro.

Mucho más grave fue la tentativa llevada á cabo por Miguel, el bastardo de los Angel, en el Oeste de la península de los Balkanes, para la reconstitución de un Imperio griego. Buscó apoyo en los epikétaros de Epiro, en las más rudas tribus

helénicas, las de Etolia, Acarnania y Macedonia, y en una parte de los vlacos y de los búlgaros. Miguel llamó á las armas á los montañeses, transformó á los bandidos en guerreros á sueldo, á los cleptos en armatolas y estradiotas y reclutó mercenarios extranjeros. Mantuvo los procedimientos de la administración bizantina, con menos aparato fiscal y más economía. Garantizando la seguridad de las ciudades griegas, pudo pedirles dinero y con éste comprar la neutralidad de las tribus saqueadoras. Impidió á los venecianos establecerse en esta región del litoral Adriático que la Partitio les había asignado. Muy práctico en sus ambiciones, se conformó con el título de Déspota, reconociendo implícitamente al emperador de Nicea.

Cuando murió en 1214, asesinado por uno de sus esclavos, le sustituyó su hermano Teodoro, que se hallaba entonces refugiado en la corte de Nicea. Antes de dejarle partir, Lascaris le hizo prestar juramento de fidelidad; pero Teodoro no se preocupaba de los griegos ni de los franceses, prefiriendo la política personal. Fué él quien aniquiló al ejército de Pedro de Curtenay, conquistó Andrinópolis y la Tracia hasta el mar Negro, la Tesalia y la Macedonia hasta Tesalónica, y acabó por entrar en esta ciudad, haciéndose coronar emperador. Tuvo la habilidad de distraer á los papas con protestas católicas y por dos veces consiguió que se alejaran las cruzadas dirigidas contra él. Su ambición fué causa del conflicto con el Imperio vlaco-búlgaro; y en el reinado de Asan II, quedó vencido en Klokonitza del Maritza y hecho prisionero. Como intrigase contra su vencedor, éste ordenó que le arrancaran los ojos (1230). A pesar de todo obtuvo su libertad, dando una de sus hijas á Asan II; después reapareció en Epiro, guerreando contra su hermano y sucesor Manuel, y asociando al Imperio á su hijo Juan.

Vatatzés aprovechó las guerras civiles, tomando á Tesalónica (1246) y poniendo fin al Imperio epirota. No quedaron más que algunos restos; así, el ex-emperador asociado Juan conservó Tesalónica como simple despotado por el condado de Nicea; Teodoro el Ciego se sostuvo en Vodéna, Ostrovo y Estaridola; un hijo natural de Miguel, Miguel II, se fortificó en Pelagonia, Okhrida y Prilep. Teodoro el Ciego desapareció, entregado por Miguel II; éste, derrotado en Pelagonia, perdió la mayor parte de sus Estados. Los príncipes epirotas no causaron ya ninguna perturbación ni recelo al Imperio griego. En 1318, fué asesinado Tomás, el último de la raza que ostentara el título de déspota de Epiro.

Imperio de Nicea.

Durante un momento pudo creerse que sería reconstituido el Imperio de Bizancio por los Angel de Epiro. Antes de su desgraciada guerra con Asan II, Teodoro era dueño de Andrinópolis, Tesalónica, y parte de las costas del mar Egeo y del mar

Negro; parecía que iba á llegar al fin de su objeto. El Imperio de Nicea, reducido á varias ciudades de Asia, no hubiese sido más que otro Estado de Trebizonda. La derrota de Teodoro Angel en el Maritza dió otro giro á la historia de Oriente.

Teodoro Lascaris.

El primer emperador de Nicea (1204-1222) tuvo el acierto de refrenar la ambición de los emperadores de Trebizonda, oponiéndoles los selyucidas, y amortiguar el primer ímpetu de los conquistadores latinos de Constantinopla. Sus recursos financieros eran reducidos, escaso su ejército nacional, ya que disponía de un limitado territorio, y su flota inferior á la de Trebizonda; pero casi todos los griegos patriotas acudieron de Bizancio á Nicea, y las bandas errantes de cruzados le proporcionaron mercenarios libres de prejuicios. Además, aunque había varios emperadores griegos, era único el patriarca de Constantinopla y tenía su silla en Nicea. En diversas ocasiones, Lascaris testimonió su brillante valor; entre otras, atacando con dos mil hombres á un ejército selyucida de veinte mil. Aún tuvo más habilidad, porque consiguió asegurarse la alianza de los selyucidas y varias veces interesó al papa en su favor. Confiaba que del curso natural de los acontecimientos surgiría la decadencia del Imperio latino. Su vida fué principalmente de negociaciones, de treguas, de paciencia. Su reinado fué el de un contemporizador.

Juan III Vatatzés.

Le sucedió su yerno Juan Ducas Vatatzés (1222-1255). La época era más favorable, puesto que los Imperios latino y búlgaro se hallaban en visible decadencia; sólo era de temer el emperador epirota. Vatatzés desarrolló tanta actividad como paciencia había desplegado su antecesor. Los franceses habían reanudado las hostilidades en Asia; sobre ellos consiguió la victoria de Poemenenom (1223), que hizo una nueva sangría al Imperio latino, ya agotado de hombres. Todas las posesiones asiáticas que quedaban á los franceses fueron anexionadas al Imperio de Nicea. Cada vez se estrechó más el bloqueo alrededor de Constantinopla. En 1235, Vatatzés se apoderó de Gallipoli y formó la gran coalición de que ya hemos hablado. Se aproximó á la capital, pero Juan de Briena le hizo sufrir un descalabro; Godofredo de Morea arribó al Estrecho con seis naves, transportando cien jinetes, trescientos ballesteros y quinientos arqueros; por primera vez quizá, los venecianos se concertaron con los genoveses y los písanos para la común defensa. Por otra parte, la amistad de Asan II con los latinos no podía ser más que intermitente, como ya se había demostrado en el cerco de Tsurulon. Encontraron más seguros aliados en los kumanos, quienes, rechazados en el Sur por la invasión tártara, acudieron á ponerse á sueldo de los franceses y se acantonaron en el Maritza. Narjaud de Taci, vicario del Imperio por

ausencia de Balduino, desposó con la hija de su jefe Joñas. Con su auxilio se pudo recobrar Tsurulon (1240).

Vatatzés volvió contra el Epiro, en donde supo fomentar la guerra civil; la toma de Tesalónica le permitió reanudar sus designios sobre la capital de los latinos. Hizo fracasar un proyecto de casamiento entre Balduino II y una hija del sultán Iconio, concluyendo con éste una alianza ofensiva y defensiva. Extendió su territorio á expensas del Imperio búlgaro, ya muy debilitado; le arrebató Melnik- Skopia y gran parte de la Macedonia. Tomó de nuevo á los franceses la ciudad de Tsurulon, a que en su plan de ataque contra Bizancio tenía capital importancia. Distrajo al soberano pontífice con la eterna cuestión de la reunión de las dos Iglesias, ofreciendo reconocer la supremacía romana con tal de que el papa abandonase á Balduino. Tal vez, en su ardiente deseo de poseer á Constantinopla, era sincero en sus proposiciones. Vatatzés, por su diplomacia, por sus conquistas, había preparado la reconquista de Bizancio; no hizo más que entrever la tierra prometida y murió en 1255.

Advenimiento de los Paleólogo.

Debía recoger el fruto de sus trabajos no su hijo Teodoro Lascaris, sino el usurpador de su trono á la muerte de aquél. Comprometido en obscuras intrigas contra Teodoro Lascaris, el ambicioso Miguel Paleólogo decidió justificarse. Cuando murió este emperador (1258), dejando un hijo de ocho años, Juan Lascaris, sublevó á los mercenarios latinos de los cuales era el condestable. El tutor del joven príncipe, Muzalon, fué arrancado del altar, siendo descuartizado su cuerpo en tan menudos fragmentos, que hubo necesidad de recogerlos en un saco para poderlos enterrar. Miguel se erigió en tutor del niño, quedando luego asociado al Imperio; represéntasele en sus monedas sosteniendo al pequeño en sus brazos. Sin embargo, cuando se hizo coronar en Nicea (1259), olvidó celebrar la misma ceremonia con su pupilo. Más tarde, al coronarse por segunda vez en Santa Sofía, reconquistada ya, no volvería á hablarse del nieto de Vatatzés.

Miguel VIII.

A lo menos justificaron la ambición de Miguel Paleólogo sus grandes talentos militares y su habilísima política. Esta fué nacional, en el sentido exacto de la palabra. Cuando se le presentaron los embajadores de Balduino II para rogarle que restituyera á Tesalónica, respondió que no les dejaría ni Constantinopla, añadiendo: «Si los latinos quieren continuar habitándola, que me paguen tributo». Después de

haber vencido á los epirotas y á los franceses de Morea, en Pelagonia (1258), obligó á Guillermo de Acaía á cederle sus fortalezas más importantes. Trasladándose á Tracia se apoderó de Sélymbria y puso sitio á Galata. Los progresos de los tártaros en Asia Menor detuvieron sus conquistas, obligándole á conceder á los latinos una tregua de un año. Acababa de venir á tierra el baluarte con que el Imperio selyucida protegía por el Este á la monarquía griega; el sultán de Iconio, Rok-el-Din, llegó con su harem á buscar un asilo en Nicea. Miguel adquirió fama de grandeza de alma por la cortés acogida que dispensó al vencido; pero en secreto trataba con el vencedor y logró desviar la invasión.

Reconquista de Constantinopla por los griegos (1261).

Negándose á reconocerle, Constantino Tech, uno de los últimos tsares de Bulgaria, envió Miguel á Tracia al César Alejo Estratégopulos. Todavía duraba la tregua con los latinos: este general, pasando muy cerca de Constantinopla, debía limitarse á averiguar lo que en la capital ocurría. El César no llevaba consigo más que ochocientos jinetes y alguna infantería; pero apenas desembarcó en Gallipolli se le reunieron veinte ó veinticinco mil voluntarios griegos ó kumanos. Estos le informaron que toda la guarnición veneciana y francesa de Bizancio se había trasladado por mar á cuarenta leguas de allí, á la orilla del Mar Negro, para sorprender á Daphnusion. Aproximándose, á favor de la noche, á la gran ciudad, sus patrullas encontraron á un ciudadano que se paseaba en la campiña. Preguntáronle cómo había podido salir estando cerradas todas las puertas. Respondió que su casa hallábase cerca de la muralla y comunicaba con el exterior por un pasadizo subterráneo. Temeroso de tan grave responsabilidad, el César vaciló en aprovechar la afortunada circunstancia. Al fin, hizo pasar á través del subterráneo, y protegidos por las tinieblas, á cincuenta hombres de los más audaces. Llegados á la ciudad, derribaron á hachazos una puerta, y dieron entrada al resto del ejército, que despertó á los habitantes á los gritos de: «Victoria á los dos emperadores Miguel y Juan.» La población griega se unió á las trepas, siendo degollados los pocos latinos que intentaron resistir. Apenas si tuvo tiempo para huir en una barca Balduino II, que habitaba entonces en el palacio de Blaquernes; olvidó hasta los ornamentos imperiales, que se llevaron al César. Noticiosa de lo ocurrido, la flota latina regresaba de Daphnusion á remos forzados; los seis mil guerreros que la formaban eran superiores en valor, si no en número, al reducido ejército del César. Para compensar su inferióridad, los griegos incendiaron los barrios habitados por los latinos, á fin de que el salvamento de sus hogares distrajese por completo al ejército de Daphnusion. La estratagema tuvo éxito, y los latinos, sin nada que defender en Bizancio, no quisieron arriesgarse en un combate incierto.

En Europa se habló de una cruzada; Urbano IV la predicó; iniciáronla los venecianos y los barones de Morea. Balduino II murió en 1272, pero dejaba un temible heredero de sus pretensiones en la persona de Carlos de Anjou, rey de las Dos Sicilias, dispuesto á reanudar los planes de sus predecesores normandos, y que acababa de casar á su hija Beatriz con Felipe, hijo de Balduino II. Seriamente aterrado, Miguel VIII se apresuró á negociar con la corte de Roma, hasta con gran apariencia de buena fe, abogando por la reunión de las dos Iglesias. Encontró benévola acogida en Clemente IV, que tenía las ambiciones de Carlos de Anjou. En aquel preciso momento, Carlos armaba una flota en Brindisi, de donde se dirigía hacia Durazzo. La muerte de San Luis le obligó á interrumpir la expedición. Con igual complacencia escuchó Gregorio X las proposiciones de Miguel VIII. Parecía progresar la obra de la fusión; en el concilio de Lyon (1274), los enviados del emperador se agregaron á la «procesión del Espíritu Santo» y reconocieron la supremacía papal. Pero en Constantinopla encontraba Miguel VIII tenaz resistencia en la mayoría del clero, sostenido por la casi totalidad de la nación. Le fue preciso destituir uno tras otro á tres patriarcas y hacerse él mismo teólogo para disertar sobre la «procesión», aplicando el tormento á los polemistas recalcitrantes, luchando contra su hermano Eulogio y contra casi toda su familia, vigilando á los príncipes de Epiro que no desaprovecharon la ocasión de erigirse en campeones de la ortodoxia, y reprimiendo á sus generales, dispuestos «á traicionar la causa del emperador antes que la de Dios». Las negociaciones con Roma continuaron durante los pontificados de Juan XXI y Nicolás III, también enojados con Carlos de Anjou, pero no menos molestos viendo al basileo triunfante en todas sus conquistas. Llegó á ser insostenible el papel que representaba Miguel VIII y la corte de Roma tomó la iniciativa de la ruptura. Simón de Brie, francés adicto á Carlos de Anjou, fué elegido papa con el nombre de Martín IV; éste recibió brutalmente á los enviados del basileo, les trató de impostores, y de hipócritas, concluyendo por separarles de la comunión romana. Parecía que en adelante nada podría evitar el golpe con que Carlos de Anjou, su yerno, el emperador Felipe y los venecianos, amenazaban al Imperio griego. Ya tres mil latinos, desembarcados en Epiro, marchaban contra Tesalónica. Miguel VIII supo oponerles fuerzas superiores, diezmándoles en una guerra de escaramuzas y emboscadas, y finalmente, copándoles con Rousseau de Sully, su general (1281). Por otra parte, su oro y su diplomacia, su alianza con la casa de Aragón, su inteligencia con Juan de Procida y los descontentos de Italia, prepararon la explosión de las Vísperas Sicilianas, que hizo perder á Carlos de Anjou hasta sú base de operaciones (Marzo 1282). Miguel murió en Diciembre del mismo año, aborrecído por sus subditos, llevando á la tumba el secreto de su sinceridad ó de su duplicidad con respecto á Roma, pero seguro de haber consolidado las consecuencias de su audaz intentona de 1261. El hombre que había restituido Constantinopla á los griegos, no fué ni siquiera inhumado en el panteón

de los emperadores, en la iglesia de los Santos Apóstoles. Su hijo Andrónico II se apresuró á rechazar toda solidaridad con los supuestos errores religiosos de su padre; le hizo enterrar ocultamente en un rincón de Macedonia, en el lugar mismo donde muriera cuando marchaba contra los epirotas

BIBLIOGRAFÍA

Documentos.

Fuentes griegas de la historia bizantina; véase en el tomo anterior de esta obra la bibliografía del capítulo IV con indicación de las colecciones. Para el período de 1095 á 1282 los historiadores son: el César Briena, su mujer Ana Comneno, Cinnamus Nicetas, Acropolito, Paquimero, Gregorar y Phrantzés; los cronistas Zonaras, Glicas, Ephremios (versificada) y Joel. Para Tesalónica, el metropolitano Eustacio; para Trebizonda, Andrés Líbadenos, Miguel Panaretos. En Sathas, Bibliotheca graeca medii aevi, t. I, la arenga de Nicetas á Isaac Angel.

Fuentes occidentales: véase aquí mismo la bibliografía de las cruzadas. Son especialidades Vellehardouin; Henri de Valenciennes (continuador del precedente, para el reinado de Enrique de Flandes; los mismos editores); Robert de Clary; Gunther, de Expugnatione urbis C. P. (edic. Migne, t. CCXII y P. Riant, Ginebra, 1875); Anónimo alemán Devastatio CPna (Pertz, t. XVI y K. Hopf, ibid); Chronique de Novgorod (K. Hopf, ibid); el libro de la Conquista y principado de Morea, poema griego (Buchón, Recherches historiques, etc., 1815; esta crónica ha llegado hasta nosotros en una tercera versión, algo diferente de las dos anteriores, en francés, en trozos aumentada, con más frecuencia extractada; la ha publicado Buchón en sus Nouvelles Recherches; por ultimo, una cuarta versión, muy mezclada con la compilación de otros hechos, en lengua aragonesa del siglo XVI, ha sido publicada por la Societé de l'Orient latín, 1885, con el título de Libro de los fechos et conquistas del principado de la Morea).—P. Riant, Les dépouilles religieuses enlevées á C. P., París, 1875; Exuvice sacrae Constantinopolitanae, Ginebra, 1877, 2 vol.—Raehricht, diversos relatos ó piezas en la Col. de la Societé d l'Orient latín, Ginebra.—Tafel y Thomas, Urkunden sur Gesch. Venedip, 1856, en el tomo XII de las Fontes rerum austriacarum.—Thomas, Diplomaticum, Veneto Levantinum, Venecia, 1880.

Los historiadores italianos en MURATORl: Sicardo, J. de Vorágine, Fr. Pipino Sañudo el joven (Vitae ducum venetorum,), André Dándolo, et.—Marino Sañudo Torsello, Istoria del regno de Romania (K. Hopf, ibid).—Martin Canale, crónica veneciana, en el Archivio storico italiano, t. VIII, Florencia, 1815.

La Partitio Impertí publicada por Muratori, t. XII; Buchón, Nouvelles Recherches; Tafel y Thomas, Urkundem.—Table des fiefs de Morée K. Hopf, ibid).

Sobre la historia de los emperadores belgas, crónicas de Baudoin d'Avesnes, Philippe Mouskes, .Albéric des Trois-Fontaines, etc.

Libros.—Véase, en el tomo anterior, bibliografía de los capítulos IV y XIII, las indicaciones: para la historia general de Bizancio, Ducange, Gibbon, Le Beau, Brunet de Presle, Paparrigopoulos, Gfraerer, Hertzberg; para la historia de las letras, Krumbacher; del arte, Bayet; del derecho, Mortreuil, Heimbach, Zacharie de Lingenthal; de las antigüedades bizantinas, Ducange, Banduri, Byzantios, Paspatis, Labarte, Rambaud ; de la geografía, Krause.

Especiales sobre el período francés.—Wilken, Rerum ab Alexio I, Joanne, Manuele et Alexio II Comnenis gestarum libri quatour, Heidelberg, 1811.—C. Sathas, Documents inedits relatifs de l´histoire de la Gréce au moyen age, prefacios de los tomos I, IV, VII, París y Atenas, 1880-1888. Fallmerayer, Gesch. des Halbinsels Morea wohrend des Mittelaters, 1880-1836, y Gesch. Des Kaiserthums Trapezunt, 1827.—Finlay, Medioeval Grece and Trebizond (t, IV de la Historg of Grece), nuev. ed., Oxford, 1877.—Pichler, Gesch. der Kirchlichen Trennung zwischen Orient und Occident, 1885.—De Muralt, Essai de Chronographie byzantine, t. II (1057-1452), Petersburgo 1871-1878.—Tafel, De Urbe Thessalonica, Berlin, 1839; De Via Egnatia, Tubingen, 1842; Symbola critica ad geographiam byzantinam spectantia (Mem. de la Acad. de Os. de Munich; t. V); Komnenen und Normannen, 1852.—Delar, les Normands en Sicile, 1883. — Schack, Gesch. der Normannen in Sicilia, Bonn, 1889.— Schlumberger, Deux chefs normands des armées byzantines au XIes. (Revue Historique, julio 1881).—Penzel, De Barangis in aula Byzantina militantibus.—Fischer, Studien sur byzantinischen Gesch. des XI Jahrh, 1884.—Hans v. Kap-Herr, Die Abendlandische Politik Kaisers Manuel, Strasbourg, 1881.—Ouspenski, Alexis II et Andronic Comnéne (en ruso; Journ. du Min. De Inst. publ. de Rusia, 1881).—Draoseke, sobre Miguel VIII y su tentativa de unión de las dos Iglesias (Zeits. fur wissens Theologie, 1891).

Sobre la literatura bizantina: — C. Sathas, Essai sur l'histoire du tliéatre byzantin (en griego), Venecia, 1879.—Hans Seger, Byzantinische Historiker des XI and XII Jahrh., Munich, 1888. Neumann, Griechische Geschichtschreiber im XII Jahrhundert, Leipzig, 1888.—E. Oster, Anna Comnena, Rastatt, 1868.—Sp. Lambros, Anna Comnena (Byzantinische Zeitschrift, 1892).— Sainte Beuve (sobre Nicetas y Villeharduino), Causeries du Lundi, t. XI.—Ouspenski, Nicetas Akominate (en ruso), Petersburgo, 1874.—Ch. Gidel, Etudes sur la litterature

grecque, imitation en grec de nos romans de chevalerie, 1886. E. Wagner, Imberios et Margarona, 1874.

Sobre las artes, la arqueología, etc,—Sabatier, Description generale des monnaies byzantines, 1862.—Labarte, Hist. des arts industriéis, 1864. D. Biélaef, Byzantina (Antigüedades byzantinas, en ruso), Petersburgo, 1891.—Sp. Lambros, Atenas hacia el fin del siglo XII (en griego). Atenas, 1878. — Gregorovius, Gesch. der Stadt Atliens, Stuttgart, 1889.—Mordtmann, Esquisse historique de C. P. (Byzantinische Zeitschrift, 1893).— Unger, Griechische Kunst (en Ersch y Gruber, Allgemeine Encyclop.), Leipzig, 1870-71.

Sobre las relaciones con las ciudades italianas: Neumann, Ueber die urkundlichen Quellen zur Gesch. der byz. venetischen Bezichungen (Byzantinische Zeitschift, 1892).—Heyd, Hist. du commerce du Levant au moyen age (trad. Furcy-Raynaud), 2 vol.—188-86.—Armingaud, Venise et le Bas-Empire (Arch. des Missions, 2ª serie, t. IV). Pagano, Delle imprese e del dominio dei Genovesi nella Grecia, Génova. 1852.—Lunzi, De l'ocupation des Sept Iles par les Vénitiens (en griego, Atenas, 1850, y en italiano, Venecia, 1860).—Romain, Storia documentata di Venezia, 10 vol., Venecia, 1853-1868.—E. Musati, Venezia e le sue conqueste nel medio evo, Verona, 1881.—Muller, Documenti sulle relatione delle citta toscane coll'Oriente cristiano, Florencia, 1880.

Sobre la cuarta cruzada, además de las obras citadas en el capítulo VI, Raehricht, Sybel, Kugler, Klimke, P. Riant, L. Streit, Tessier, G. Hanotaux, Les Venitiens ont-ils trahi la chrétienté en 1202? (Rev. Hist., 1887), y Cerone, la misma cuestión en el Archivio Veneto, tomo XXXVI, facs. 72.—Krause, Die Eroberungen von C. P., Halle, 1870.

Sobre el Imperio latino y los Estados feudatarios.—Ducange, Histoire de l'Empire de C. P. sous les empereurs français, nueva edición por Buchón, 2 vol., 1825-1826 y Familles a'outremer, edit. por Rey, 1869.—Buchón, Recherches et materiaux pour servir a une histoire de la domination francaise en Morée (aclaraciones históricas, genealógicas, numismáticas, etc.), 2 volúmenes, 1840; Chroniques etrangeres relatives aux expeditions françaises, etc., 1840; Nouvelles Recherches historiques sur la principauté f'rançaise de Morée, etc., 2 vol. 1843-44; Recherches historiques, etc., 2 vol. 1845; Voyages, séjour, et etudes historiques (Morea, Archipiélago, Islas Jónicas), 1846; Hist. des conquetes et de l'etablissement des Froncáis dans les Etats de l'ancienne Gréce, 1846.—Kervyn de Lettenhove (sobre los emperadores flamencos), Hist. de Flandre, t. II, Bruselas, 1877.—Th. Ilgen, Markgraf Conrad von Montferrat, Marbourg, 1881.—K. Hopf, De historiae ducatus Atheniensis fontibus, Bonn, 1852.— Beving, La principaute d'Achaie et de Morée (1204-1430),

Bruxelas, 1879.— Barón de Guldencrone (née de Gobineau), L´ Achaie feodale (1205-1456), París, 1889.—Schlumberger, Les principautes fronques dans le Levant, 1879.

Sobre los servios y los búlgaros.—Véase aquí mismo la bibliografía del capítulo XIV. Añadid: Oüspenski, Formation de deuxieme empire bulgare (en ruso), Odesa, 1879.—Sayous, les Bulgares, les Croisés et Innoc.ent III (en Etudes sur la. religión romaine, Paris, 1890).—Pypine y Spassovich, Hist. des litteratures slaves (tradución del ruso por E. Denis), París, 1881.

Sobre los rumanos.—De la Berge, Essai sur le regne de Tragan, 1877.—V. Duruy, Hist. Des Romains, t. IV.—S. Reinach, La colonne Trajane. — Fríehnen, La colonne Trajane, París, 1872.—Dierauer, Beitroege zu einer Kritischer Gesch. Tragans, 1868.—Theinre, Monumenta Slavorum meridionalium, t. I. (Correspondencia de Juannitsa con el papa).—A. D. Xénopol, Historia Romanitor, t, I. Jassy, 1888; Etudes historiques sur le peuple romain (Les guerres daciques), Jassy, 1888; L Empire valacho-bulgare, en la Revue Historique de Noviembre 1891; Les Roumains du moyen age, une enigme historique, París, 1885.—En esta última obra el autor discute los trabajos anteriores sobre los orígenes rumanos, de Thunmann, 1774; Engel, 1754 y 1804; Sulzer, 1781; RAESSLER, Rumoenische Studien, 1871; Hunfalvy, Ethnographie Ungarus, 1877; Schwickeo, Herkunft der Rumoenen, 1877; Miklosich, Die Slavischen Elemente in Rumoenischen, 1872; así como las obras escritas en sentido opuesto, por Tomaszek, 1872 y 1877; Jung, 1876, 1877, 1881; Pitch, Meber die Abstammung der Rumoenen, 1880.—El mismo autor en las bibliografías de la Revue Historique (especialmente Noviembre 1886, 1887, 1892) da á conocer los trabajos en lengua rumana de Densusianu, Hist. de la langue et de la litterature roumaine; Juan Bogdan, Histoire de la colonie (rumana) de Zermigethusa, y discute un nuevo trabajo de Hunfalvy, 1886.—Ubicini, Les origines de l'histoire roumaine, París, 1886.—P. Lenormant, Etudes sur la Grande-Valachie.—Xénopol, Hist. des Roumains, 2 vol. (en francés).

Sobre los eskipetaros.—Hahn, Albanesische Studien, Jena, 1854 y Griechische und Albanesische Moerchen, Leipzig, 1864. — L. Benlíew, Analyse de la langue albanaise, París, 1879.— Nicoolés, De Vautochtonie des Albanais ou Skipétars (en griego), Gasttingen, 1855.

LA EUROPA DEL SUDESTE. FIN DEL IMPERIO GRIEGO. FUNDACIÓN DEL IMPERIO OTOMANO (1282-1481)

I.—El Oriente hasta el siglo XV.

Aspecto general de Oriente.

La reconquista de Constantinopla por los griegos (1261) fué una brillantísima jornada, que, sin embargo, no surtió otro efecto que reconstituir un Imperio griego casi tan débil como el anterior Imperio latino. Componíase de cuatro grupos de territorios: 1.°, grupo de Asia: el antiguo Imperio de Nicea, con Nicea, Nicomedia, Brusa, Scutari (Calcedonia), Filadelfia, Magnesia y algunas ciudades del mar Negro; 2.°, las conquistas de los emperadores de Nicea en Europa[1]: Constantinopla, Tracia, con Andrinópolis, Serrés, Mésembria (Misivri), Selembria (Silivri), parte de Macedonia con Tesalónica, las penínsulas de Galipoli y Calcidica, y, según las épocas, parte de Tesalia; 3.°, cierto múmero de islas, como Rodas, Lesbos, Samotracia é Imbros; 4.°, á consecuencia de la derrota de los franceses de Acaya en Pelagonia, se había reconstituido un tema bizantino en el Peloponeso con las fortalezas de Monemvasia (Nauplia de Malvosía), Misitra, Maina, Passava, Leftro y una especie de protectorado sobre las tribus mainotas, zakonianas y eslavas (Taigeto y Skorta).

A pesar de las conquistas de Juan III Vatatzés y de Miguel VIII, subsistía un despotado de Epiro. Dislocado momentáneamente, después de la batalla de Pelagonia, el despotado se reconstituyó en tiempo de Nicéforo I. Abarcaba todo el Sur de Albania y parte de Etolia, y su capital era Janina (Johannina). En 1290, Nicéforo rechazó un doble ataque del emperador Andrónico II contra Janina, y de la escuadra genovesa contra Arta.

Otro heredero de Miguel II de Epiro, su hijo natural Juan Doucas I, casado con la hija de Tarón, príncipe de la Gran Vlaquia, heredó este principado, que incluía entonces las antiguas provincias de Tesalia, Pelasgia, Phthiotida y Locrida. Los latinos le llamaban «duque de Neopatras». A su muerte (1305) había de desaparecer

[1] Los servios poseían a Antípolis, Filipópolis y Bolbé. La frontera greco-búlgara extendíase desde Sozopolis á Rodopis y del paso de Cristópolis al mar Egeo.

la Gran Vlaquia, conquistada al Norte por los bizantinos, que volvieron á formar un tema de Tesalia, y al Sur por los catalanes.

El ducado de Atenas (integrado por Tebas) pereció con el duque Gualterio de Brienne en la batalla de Orcomena (1310), ocupándolo presto la Gran Compañía Catalana, que guerreó contra el principado de Morea y la Gran Vlaquia. Esta estratocracia fué funestísima para los indígenas: todavía hoy la palabra katilano es un insulto entre el pueblo de Atenas. Aquella horda fué muy poderosa, mandada por el jefe que había elegido, llamado Roger Deslau, caballero del Rosellón, que conquistó á Neopatras y Salona é invadió el despotado de Epiro y el principado de Acaya. El papa autorizó á los obispos de Patras, Corinto y Otranto para que predicasen una cruzada contra aquellos bandoleros. Entonces los catalanes solicitaron de Federico II de Sicilia que les considerara como subditos suyos, rogándole además que diera á su hijo Manfredo la investidura del ducado de Atenas (1326). Durante el gobierno del duque Manfredo, Deslau fué bailío. Pero casi á ras de la muerte de éste, los catalanes perdieron todas sus conquistas, desapareciendo como Estado. Bajo el mando de los Acciaiouli de Florencia se reconstituyó un nuevo ducado de Atenas, con Tebas.

El principado de Acaya, desmembrado por el establecimiento de un tema bizantino en el SE., fué gobernado desde 1301 basta 1311 por Isabel de Villebardouin y su tercer marido Felipe de Saboya. Por aquel entonces fué su soberano feudal Felipe de Tarento, hijo de Carlos II de Nápoles. Isabel pretendía la soberanía sobre el ducado de Atenas, el marquesado de Budonitza, el condado de Salona, los señoríos terciarios de Negroponto y el ducado del Archipiélago. Además del tema, no eran subditos del príncipe de Acaya las plazas marítimas de Coron, Modon, Nauplia de Romanía, Thermisi y Argos, que pertenecían á los venecianos.

El ducado del Archipiélago ó Dodékanéso abarcaba una docena de islas, de las cuales era Naxos la más importante. Proseguía siendo feudo de la familia veneciana de los Sañudo. Eran vasallos suyos: en las islas de Satorin y Terasia, los Barozzi; en Anafi, los Foscoli; en Andros, los Dándolo; Kea (Tzia) y Serifos hallábanse repartidos entre los Ghisi, los Giustiniani y los Micali.

He aqui las posesiones bizantinas en Oriente: 1.°, islas enfeudadas: Tinos, Micone, Skyros y Skiatos, de los Ghisi; Astypalia ó Stampalia, de los Quirini; Skarpantos, de los Cornari; Cefalonia y Zante, de los Orsini; 2.°, el ducado del Archipiélago y sus dependencias, que obedecían á la vez á Venecia y al príncipe de Morea; 3.°, posesiones directas: las cinco ciudades de Morea, Creta, las islas de Cerigo (Citerea) y Corfú, esta última tomada en 1386 á Luis de Hungría; los barrios fortificados en

Constantinopla y en otras ciudades del Imperio griego. En 1489, el Imperio veneciano había de acrecentarse con Chipre, legada á la República por la veneciana Catalina Cornaro, última soberana de la isla.

Las posesiones genovesas comprendían primero á Galata y Pera, arrabales de Constantinopla, al Norte del Cuerno de Oro: eran verdaderas plazas fuertes, enclavadas en el corazón del Imperio griego. Los genoveses se habían apoderado del comercio del mar Negro, despojando de grado ó por fuerza á los dinastas locales ó al emperador de Trebisonda, de los principales puertos de Crimea y de la costa Sur de la futura Rusia: Kaffa (Teodosia); Balaclava, donde en 1400 hubo cinco mil casas europeas, y donde todavía se yerguen las torres genovesas; y Tana (Azov), en la embocadura del Tanais (Don). En Asia Menor arrebataron al Imperio griego las islas de Chios y Lesbos, y en tierra firme la antigua Focea, á cuyo lado edificaron la Nueva Focea (Focea Nueva ó Foglia). Aquí, la República hallábase representada por familias que aspiraban á constituir dinastías, como los Gattalusi de Metelin (Lesbos) y Foglia, y los Zaccaría de la isla de Chios, donde más adelante se instaló una gran compañía comercial (la Mahone ó los Giustiniani). También en Enos de Tracia reinó una rama de los Gattalusi. Los genoveses guerrearon contra Chipre y conquistaron á Famagusta, que conservaron desde 1373 hasta 1464.

En la costa Norte de Asia Menor se sostuvo el Imperio de Trebisonda. El resto de la península pertenecía á los turcos seldjúkidas, agrupados al principio á las órdenes del sultán de Iconium, y divididos al poco tiempo en una docena de emiratos.

Dos Estados cristianos, restos de la antigua Armenia, flanqueaban aquel núcleo de territorios bárbaros. Al NE. estaba el reino de Georgia. A la muerte de Alejandro I, último rey con algún poderío (1407-1442), se había de fraccionar en tres Estados muy débiles, tributarios de sus poderosos vecinos ó disputados entre sí. Al SE. persistía el reino de Armenia, que en 1290 había reconocido la supremacía romana. En 1342, y por medio de un casamiento con la heredera de los últimos Rupénidas, sentaríase en su trono una rama de los Lusiñanes. En 1375pasaría á poder del soldán de Egipto.

El reino de Jerusalén no habría sido más que un título honorífico si los latinos no hubiesen logrado conservar en la costa de Siria á San Juan de Acre, última de sus plazas fuertes. Desde 1192, el título real había pasado á los Lusiñanes de Chipre, que se llamaron entonces «reyes de Chipre y Jerusalén». Los latinos de Acre veíanse amenazados constantemente por su formidable enemigo el soldán de Egipto, dueño de Damasco y Siria. Los latinos de Acre, Chipre y Armenia solicitaron momentáneamente contra el soldán el apoyo de los khanes mongoles de Persia. Los

egipcios rechazaron á latinos y mongoles en las dos batallas de Hims (1260 y 1281). Después, el soldán Khalil-Askraf sitió á Acre, tomándola por asalto[2].

Expulsados de Palestina los Hospitalarios, presto encontraron el medio de reconstituir un Estado soberano. Después de haber intentado obtener la isla de Rodas por medio de negociaciones con la corte bizantina, se apoderaron de ella por la fuerza (1310). Aunque por breve tiempo, poseyeron en el continente á Esmirna (1343-1402) y la fortaleza de San Pietro.

En resumen: en el espacio que antiguamente el Imperio romano de Oriente reputara demasiado reducido para él solo, y del cual ya no ocupaba más que una parte muy escasa, instaláronse veinte dominios cristianos ó musulmanes. La enumeración de estos Estados — Bulgaria, Servia, Epiro, Gran Vlaquia, ducado de Atenas, principado de Morea, ducado y baronías feudatarias del Archipiélago, condado de las Islas Jónicas, Estados venecianos, genoveses, seldjukidas, georgianos, armenios, Imperio de Trebisonda, reino de Chipre y teocracia militar de Rodas — daría sólo una idea vaga del infinito fraccionamiento del Oriente. Con relación á muchas de esas regiones, deberíamos emplear la palabra anarquía en vez del vocablo Estado.

La anarquía en Epiro.

Después de Nicéforo I, Epiro fué gobernado hasta 1314 por dos príncipes de su casa (familia de L´Ange) y luego por los Orsini de Cefalonia. Andrónico III, emperador de Bizancio, intentó conquistarlo, y por breve tiempo figuró entre los dominios del gran Duchan, zar de Servia. A fines del siglo XIII hubo tres Epiros: uno al Norte, mandado por los Buondelmonti, oriundos de Florencia; otro al Sur, dominado por los Tocci, procedentes de Benevento; el tercero al Oeste, bajo el gobierno de los duques de Durazzo, de la casa de Anjou (desde 1294) y más tarde de los Belza (Baux de Provenza, desde 1373). Estos, hasta después de las conquistas turcas (1383-1421) se sostuvieron en la Mirditia, donde aún existe la familia.

Los skipétaros, autóctonos de la península, acaso descendientes de los pelasgos, y de cuyo tronco quizá salieron los dorios, perpetuaron á través de los siglos la Grecia homérica. Todavía hoy se dividen en dos fracciones: al Norte del río Chkoumb y de la antigua Via Egnatia, los gregos, que eran los más belicosos, y entre los cuales se distinguían los mirditas, los dukhaginos, los malissoros y los klementi; al Sur los toscos. Ya entonces, los primeros propendían á extenderse por los países servios y los segundos por las comarcas griegas. Entre aquéllos dominaba el Catolicismo y entre éstos la ortodoxia. Más adelante, el Islamismo hizo grandes progresos entre

[2] Poco después sucumbieron Tiro y Beiruth.

unos y otros. Hemos visto que, desde el siglo XII hasta el XIV, ningún jefe logró formar un Estado de Albania. Con aquella diversidad de dialectos y religiones era imposible constituir una nación. En todas las dinastías griegas, italianas y francesas, subsistió la añeja organización del país: los clanes, con sus jefes hereditarios, atrincherados en las fortalezas de las montañas. Cuando no se destruía á sí misma en interminables guerras civiles, aquella raza belicosa facilitaba mercenarios y condottieri para las guerras del mundo entero. En los tiempos antiguos, produjo á Pirro; en el siglo XV siguió á Skander-Beg; en el siglo XVI, sus jefes de harmatolas y estradiotas combatieron en pro ó en contra de todos los príncipes de Europa: uno de los más célebres fué Mercurio Búas, cuyas hazañas canto Tsané Korónacos. Albania nunca pudo unirse para sacudir el yugo otomano, que jamás implicó verdadera esclavitud. La Puerta tropezó en el pais con tenaces rebeldes ó reclutó valientes soldados, pero nunca tuvo subditos.

La anarquia en la Hélada central y en Morea.

Felipe de Saboya, príncipe de Morea en nombre de su mujer Isabel de Villehardouin, sólo se preocupaba de buscar dinero. No atreviéndose á quebrantar los privilegios de los barones franceses, prefirió violar los fueros de griegos y eslavos. Estos se sublevaron y solicitaron el auxilio del estratega bizantino de Morea, siendo vencidos y sufriendo una severa represión. No obstante, persistió la alianza entre los eslavos y los griegos del Peloponeso. De aquella época data la tendencia de los primeros á absorberse en éstos, á helenizarse.

Al morir Isabel en 1311, le sucedió su hija Maud, nacida de su segundo matrimonio con Florencio de Hainaut, y que entonces contaba diez y ocho años de edad. El principado atravesaba una situación verdaderamente anómala: Maud era princesa usufructuaria y vitalicia, habiéndose visto obligada á ceder la propiedad á la casa de Borgoña; y Felipe de Tarento conservaba el dominio eminente, pero sin derecho efectivo. Se despojó completamente á Maud, que murió cautiva en el castillo del Uovo cerca de Nápoles (1324). Borgoña renunció sus derechos en favor de Felipe de Tarento, que á la vez ejerció la soberanía directa y el dominio eminente. Murió en 1322. Su hijo Roberto pudo reunir los títulos de príncipe de Acaya, soberano de Atenas y del Archipiélago y emperador de Romanía.

Mientras las casas de Anjou-Sicilia, Borgoña y Aragón discutían acerca de la casuística del derecho feudal, cabe suponer lo que ocurriría en el país. En primer lugar, los catalanes, venecianos, genoveses y Hospitalarios, establecidos en la península ó en sus dependencias, apenas se cuidaban de averiguar quién era príncipe vitalicio, usufructuario, propietario ó soberano. Varias ciudades, como Pelene, Tritea y Metidrión, aprovecharon tales discordias para erigirse en municipios autónomos; las tribus eslavas, zaconianas y mainotas, para emanciparse é implantar

de nuevo la vida del clan; el estratega bizantino, para extender sus intrusiones, y los barones latinos para formar una especie de república oligárquica. Los más poderosos de estos barones eran en aquella época los señores de Chalandrytza, Akova y Karitena. Algunos de ellos enviaron delegados á Constantinopla para proponer el reconocimiento de la soberanía del basileus, pero la rebelión de Cantacuzeno impidió á la corte bizantina aceptar su oferta. Fallecido el príncipe Roberto en 1364, su mujer María de Borbón hubo de salir del país. Entonces dominaron sucesivamente: Juan de Heredia, gran maestre de los Hospitalarios, en virtud de un testamento de Juana I de Nápoles, confirmado por Clemente V; Pedro de San-Superan, bailío por Jacobo de Baux (Balza), entonces príncipe «titular» de Acaya y emperador «titular» de Romanía; después, Asan Zacarías Centurione, barón de Chalandritza y Arcadia.

Obsérvese que, en aquellos días, el elemento francés abandonaba el terreno al elemento italiano en las Islas Jónicas, en la Hélada Central y en Morea. A los apellidos franceses del siglo XIII sucedieron los de Tocci, Orsini y Centurioni. Paulatinamente desapareció lo que los cronistas franceses habían llamado «Nueva Francia». El pays de la conqueste transformábase en país de banqueros, elevados á príncipes á fuerza de dinero.

Esta evolución advirtióse todavía más en Atenas, Tebas y Neopatras. A la ruina del poder catalán, no reapareció un heredero de la familia de La Roche, sino un linaje italiano. Nicolás Acciaiuoli, banquero florentino, había prosperado en Helada, prestando, tomando hipotecas, comprando todo lo vendible, cargos ó tierras, usufructos ó propiedades. Juana de Nápoles le nombró gran senescal de su reino, y Catalina de Valois le vendió ó empeñó feudos en Morea. Además de Amalfi y Malta, obtuvo el gobierno de Corinto (1358), los castillos de Vulcano (Mesena), Piadha (cerca de Epidauro), etc. Muerto en 1365, sus hijos Angel y Roberto empeñaron á Corinto con su baronía á uno de sus parientes, Nerio I Acciaiuoli. Este Nerio extendió sus dominios por Atica y Beocia. Ladislao de Nápoles le hizo duque de Atenas en 1394. Nerio dejó Livadia y Tebas á su hijo natural Antonio; el ducado de Atenas á su hija Francisca; la tutela de ésta, á la república de Venecia, y la ciudad de Atenas al cabildo de Santa María del Partenón. Al mismo tiempo estipulaba que Atenas disfrutaría la autonomía municipal bajo la autoridad del cabildo. Esto equivalía á preparar interminables conflictos entre el municipio ortodoxo y el cabildo católico.

El bastardo Antonio, cuya madre era griega, se sublevó contra este testamento. Gracias á la complicidad del partido griego, entró en Atenas, obligó á la guarnición de la Acrópolis á capitular, se proclamó duque de Atenas, fué bastante hábil y rico

para que Bayaceto I, sultán de los Osmanlíes, reconociera su título, celebró un Tratado de comercio con Florencia, se captó las simpatías de la población helénica (véase su elogio en Calcocondylas y Frantzés), é hizo de su capital un centro intelectual y de comercio. Su esposa María, de la antigua familia de los Mékiséno, le aportó en dote una amplia región de la Zaconia.

Su sobrino y sucesor, Nerio II (1435-1453), empezó por expulsar á la esposa griega de Antonio, solicitando también de los turcos que confirmaran sus poderes. Por otra parte, supo interesar en favor de su causa á los barones y obispos de Acaya, que temían el gobierno de una Melisena, de una griega ortodoxa. Pagó tributo á Constantino Dragasés, déspota griego de Morea, y después á los sultanes osmanlíes. Fué el suyo un gobierno sin gloria, pero que sostuvo la prosperidad en Atica y Beocia.

La anarquía del Archipiélago.

Desde Marco I (+ 1220) hasta Juan (1341-1462), el ducado del Archipiélago fue regentado sucesivamente por los Sañudo. La hija del último, por su matrimonio con Juan dalle Carceri, señor de dos tercios de Negroponto, trasladó la soberanía á su familia. Extinguida ésta, los Crispí reinaron desde 1383 hasta 1537.

Podemos resumir la historia de este Estado en tres fases: 1, pleitos y guerras de sucesión;. 2, luchas feudales contra los vasallos díscolos de las islas vecinas; 3, estragos de los piratas genoveses, seldjúkidas, y más tarde, osmanlíes.

Algunas de las guerras civiles son memorables por su absurda génesis: en 1426, un asno perteneciente á un Ghisi, señor de Teños y Mycona, fué robado por unos corsarios y vendido á Guillermo Sañudo, hijo del duque Marco II. Enfurecido el Ghisi, marchó contra la isla de Syra, sitiando á Guillermo en el castillo. Por último, se sometió la contienda al arbitraje de Venecia, la que dispuso la restitución del jumento. Pero la lucha ya había devastado casi todas las islas.

El Archipiélago sufrió tanto con las guerras civiles, las incursiones bizantinas y la piratería, que, en 1470, apenas quedaban trescientos habitantes en Santorin; á mediados del siglo XIV, Andros sólo tenía dos mil y Amorgos se hallaba completamente desierta. Las inmigraciones albanesas llenaron aquellos vacíos.

Durante el siglo XII, los vlacos irrumpieron en todas las regiones de la Península balkánica. En el XIV, lo verificaron los albaneses, que parecen haber absorbido una parte de los rumanos morlacos y zinzaros. Hasta en la isla de Chipre hubo colonias albanesas. En síntesis: entre los elementos adventicios fué muy de notar la

sustitución de los franceses por los italianos, y entre los elementos indígenas el predominio de los albaneses; he aquí la evolución etnográfica de Oriente.

II.—El Imperio griego.

Decadencia militar del Imperio griego.

Miguel VIII, fallecido en 1282, fué el último gran capitán y el último gran político de Bizancio. Pudo recuperar á Constantinopla con un ejército débil y contra un enemigo todavía más débil; pero ningún emperador griego era capaz de reconquistar las provincias de Asia á los turcos ó á los Comneno de Trebisonda, ni las posesiones de Europa á los búlgaros ó á los dinastas indígenas ó extranjeros de la Hélada y las islas. El Imperio griego sería siempre una provincia del Imperio de otros tiempos: un cuerpo anémico y dislocado con una enorme cabeza llamada Constantinopla. No podía recobrar su ya desaparecida prosperidad: los parásitos italianos habíanse incrustado fuertemente en su organismo. En cada una de las ciudades pertenecientes al Imperio había una administración veneciana y otra genovesa, y en todas ellas el podestá de aquellas colonias extranjeras era bastante más poderoso que el gobernador imperial.

No habiendo podido el Imperio apoderarse de nuevo de Trebisonda, ni de Epiro, ni de la Hélada, ni de Creta, provincias donde en tiempos pasados reclutaba sus legiones entre los stratiotai enfeudados, hallábase más que nunca á merced de las tropas extranjeras; pero como tampoco era bastante rico para pagarlas, los bárbaros ya no figuraban en el Imperio como mercenarios, sino como auxiliares autónomos. Ejércitos completos con sus jefes nacionales acampaban en las provincias, en las fronteras y delante de los muros de la capital, sin servir más que á sus intereses y sus pasiones, ya saqueando como en país enemigo, ya trabando unos contra otros combates que quebrantaban la monarquía. Todavía era más difícil que el Imperio tuviese una marina propia, no restándole otro recurso que oponer una escuadra genovesa á otra veneciana y recíprocamente.

Andrónico II.-La gran compañía catalana—Los alanos. - Los turcos.

En tiempo de Andrónico II, sucesor de Miguel VIII, quedó demostrada plenamente esta impotencia.

Para atajar el avance de los turcos en Asia, disponía de Alejo Filantropeno, general de raza griega, en cuyo ejército figuraban más aventureros turcos que subditos «romanos». No pudiendo abonar el sueldo de sus hombres, abandonábales el botín de las ciudades que tomaba. El era quien reclutaba y mantenía el ejército, creación y propiedad suya más que del emperador. Fué como un Wallenstein bizantino, que

hacía la guerra por la guerra. Llegó un día en que los soldados le obligaron á proclamarse emperador. Más tarde, la traición de parte de sus tropas le entregó á los oficiales imperiales, que le sacaron los ojos. Aquel extraño ejército de Filantropeno fué el último casi nacional que hubo en Bizancio.

Al mismo tiempo ardía la guerra entre Venecia y Génova. La flota genovesa era una verdadera escuadra del Imperio. Después de haberla dispersado, los venecianos sitiaron á sus rivales en Pera y Galata, incendiando las casas griegas é italianas (1296). Andrónico II logró que se aceptara un armisticio; pero, transcurrido breve tiempo, los genoveses se arrojaron contra los venecianos de Constantinopla, destruyéndoles. Cuando el emperador intentó disculparse ante Venecia, sus embajadores fueron despedidos despreciativamente.

En 1302, Fernando de Aragón, rey de Sicilia, que acababa de firmar la paz con Carlos II de Anjou, rey de Nápoles, autorizó á su almirante Roger de Flor para que ofreciera á Andrónico II sus servicios y los de los mercenarios que había que licenciar. Roger salió de Mesina con veintiséis naves tripuladas por ocho mil guerreros. Estos eran aragoneses y catalanes, muchos de ellos almogávares ó montañeses armados á la ligera. Tal fué la Gran Compañía catalana.

Roger fué acogido en Constantinopla con los mayores honores. Se designó como residencia suya y de sus tropas el barrio de las Blaquernas; así hubo otra ciudad extranjera en Constantinopla. Sus guerreros cobraron un salario más elevado que los griegos y se le nombró megaduque y después César, casándose con la porfirogeneta María, sobrina de Andrónico. Los excesos de sus soldados, sus sangrientas riñas con los genoveses, de los cuales mataron tres mil, hicieron que apresurase su excursión á Asia. Inmediatamente, y al grito de ¡Aragón, Aragón!, se arrojaron sobre los turcos. Estos no pudieron resistir su ataque; pero el pais, aunque libertado por ellos, no pudo agradecerles sus victorias. Eran tan ladrones y crueles como lo fueron más adelante las tropas de Carlos V. El puntillo del honor y el espíritu de cuerpo teníanles siempre en pendencia con los soldados imperiales de distintas nacionalidades. Ultimamente contendieron con los alanos rusos y caucasianos, matando á trescientos en un solo encuentro. Llamada de nuevo á Europa para atajar una invasión búlgara, la Gran Compañía se acantonó en la península de Galípoli. La corte se hallaba aterrada viendo los nuevos contingentes que sin cesar reforzaban las huestes catalanas. Rocafort les llevó desde Sicilia á Asia doscientos jinetes y mil almogávares; Berenguer de Entenza se les unió en Galípoli, al frente de otros mil infantes y trescientos jinetes. Parecía que Aragón y Cataluña invadían en masa los campos de Bizancio. Andrónico II no se sentía dueño del Imperio. Aún más irritado estaba su hijo Miguel, asociado al trono y encargado del gobierno de Andrinópolis. Al visitar Roger al joven príncipe, fué asesinado en el umbral de la cámara imperial por el jefe de los alanos. Los demás cuerpos del

ejército del Emperador, alanos, turcos y turcoples, arrojáronse por doquier sobre los catalanes, que en Constantinopla fueron degollados en gran número por el pueblo.

Sitiada en Galípoli, la Gran Compañía se defendió vigorosamente y respondió á las matanzas con atroces represalias. El joven emperador Miguel, que intentó combatirles,"fué derrotado y herido, apenas faltando para que cayera prisionero. Los catalanes llamaron á los turcos de Anatolia, sobornando además á los turcoples imperiales. De esta suerte el Basileus se vió combatido por todos los aventureros de España y de Anatolia, por católicos y musulmanes. Los alanos, mal pagados, le abandonaron y se dirigieron contra Bulgaria, saqueando á Macedonia. Vengativos como buenos iberos, los catalanes siguieron sus huellas, forzaron su trinchera de carros y acabaron con todos. Su inaudita audacia les impulsó á pretender tomar á Andrinopolis.

Por fin, la Gran Compañía evacuó á Galípoli, no por el valor de los griegos, sino por el hambre, causada por sus propios desmanes, y también por las divisiones suscitadas entre sus jeíes. Los catalanes quisieron formar como un Estado cristiano; algunos de sus caudillos llamaron á Galípoli al infante don Fernando, hijo del rey de Mallorca, consiguiendo que el ejército le jurara obediencia, pero la envidia de Rocafort frustró la tentativa. Entre aquellas hordas surgió un bando aristocrático, con Berenguer de Entenza, Ferrando Jiménez y Muntaner, historiador de sus hazañas; pero Rocafort disponía de los más pobres y arriesgados, de la plebe del ejército (almogávares, turcoples y turcos). Durante la marcha de Galípoli á Macedonia, Entenza fué degollado por los soldados de Rocafort, á quien asesinaron á su vez los del partido de Aragón. Para vengarle, sus gentes dieron muerte á todos los nobles y caballeros que hubieron á mano. Entonces formaron una democracia puramente militar, con jefes electivos. Gualterio de Atenas los llamó al Atica, adonde fueron acompañados por los turcos y turcoples. Ya hemos dicho cuál fué su destino final.

Andrónico II tuvo que habérselas con estos turcos y turcoples que volvían de Atica en número de unos tres mil seiscientos. Aunque sólo solicitaban que se les permitiese volver á Asia, el estratopedarca Sennaquerim y el emperador concibieron el proyecto de sorprenderlos y arrebatarles el botín. Los turcos los derrotaron, apoderándose del cuartel imperial. Durante dos años, Tracia fué asolada por aquellas turbas exasperadas, siendo menester recurrir al auxilio de los servios y genoveses para destruirlas. Como Cartago, Bizancio tuvo su guerra de mercenarios.

Las guerras civiles. Los dos Andrónicos.-Usurpación de Cantacuzeno.

Aun siendo reducidísimo el Imperio griego, y por precaria que fuera su existencia, hallábase tan desgarrado como en sus tiempos de grandeza, por las conspiraciones,

las revueltas, las tentativas de usurpación, las luchas entre los príncipes de la familia imperial y las guerras de sucesión. Entre aquellas conmociones, mencionaremos en primer lugar la rebelión de Andrónico el joven (Andrónico III) contra su abuelo Andrónico II. Aquél encontró apoyo en la mayor parte de los altos dignatarios, especialmente en el gran doméstico Cantacuzeno.

Este era un bizantino, en el mejor y en el peor sentido de la palabra: instruido, inteligente, uno de los políticos más astutos de su tiempo, pero de rastrera intención, el escritor más distinguido de su siglo pero con todos los defectos literarios de la época; excesivamente ambicioso, pero capaz de renunciar al mundo para entrar en un claustro; tan inmoral como un Borgia, pero profundamente místico.

Emperador único Andrónico III, demostró valentía contra los turcos, pero no pudo atajar sus conquistas en Anatolia ni evitar sus incursiones á través de Europa, ni terminar la conquista del Epiro, ni vivir en paz con sus vecinos de la Península.

Murió en 1341, dejando á Juan V, su hijo menor, bajo la regencia de su mujer, Ana de Saboya. Al principio, el gran doméstico Cantacuzeno fingió protegerlo, mas presto les pareció á los protegidos demasiado poderoso. Así se conspiró contra él, se encarceló á su familia y se dejó que las turbas saquearan las casas de sus partidarios. Estos le obligaron á ceñir la corona con el nombre de Juan VI. De nuevo se desencadenó la guerra civil en el Imperio. Cantacuzeno se alió con Estefano, kral de Servia, y con Omur-Beg, emir seldjúkida de Jonia. Ana de Saboya llamó en su auxilio al rival de éste, Urkhan, sultán de los osmanlíes. Con las matanzas alternaban las intrigas. Cantacuzeno supo atraerse á Urkhan, dándole á su hija Teodora. Por ambas partes se autorizó á los infieles para que se apoderasen de los subditos bizantinos, y se ponían á su disposición puertos y naves del Imperio para transportar á sus cautivos á los mercados de Asia. Los extranjeros se aprovechaban de la anarquía para adueñarse de ciudades y provincias: el kral de Servia conquistó á Macedonia hasta Feres y se titulaba «zar de los griegos y los servios»; los genoveses reconquistaron á Chios, que les había quitado Andrónico II, y bloquearon á Constantinopla, defendida por otros italianos, á las órdenes de Facciolati.

Durante un banquete ofrecido por la emperatriz á sus partidarios, éste abrió á Cantacuzeno la Puerta de Oro. Ana se vió obligada á suscribir un pacto, en cuya virtud Cantacuzeno sería emperador propietario, pero solamente por diez años; es decir, hasta que Juan V fuera mayor de edad. Semejante transacción no satisfizo á los partidarios de ninguno de los dos bandos.

El Imperio era tan débil, que los genoveses se atrevían á imponerle la ley en la misma capital. Cantacuzeno se propuso reconstituir una marina helénica, é imprimir cierta actividad al puerto de Bizancio rebajando los derechos de aduanas.

Entendiendo que esto perjudicaría á su colonia de Galata, los genoveses degollaron á la tripulación de una barca griega, y exigieron que se les concediera un extenso territorio limítrofe con Galata. Ello originó una guerra que duró cuatro años (1348-1352). Los griegos pidieron el auxilio de las escuadras veneciana y catalana contra los genoveses. Al pie de las murallas de Constantinopla se libró una sangrienta batalla naval donde quedaron vencedores los genoveses, y Cantacuzeno hubo de capitular (6 de Mayo de 1352), concediéndoles cuanto pidieron.

Presto resurgió la guerra civil. Todo el país fué asolado terriblemente. Un ejército otomano, mandado por Solimán, hijo de Urkhan, y pagado por Cantacuzeno, cautivó á los habitantes á millares. Se despojó á Juan V de su autoridad y de sus posesiones particulares. Mateo, hijo de Juan VI, fué asociado á su padre (en lugar del emperador destituido) y consagrado emperador en Santa Sofía (1354). Después, en 1355, y con auxilio de Francisco Gatilusio y otros genoveses, el Paleólogo entró por sorpresa en Constantinopla. Fué menester negociar; Juan V y Juan VI prosiguieron viviendo en palacio con igual autoridad. Mateo conservó la corona á título vitalicio, con la posesión de Andrinópolis, y Gatilusio logró la plena soberanía de Lesbos (1355).

Juan VI no se consideraba el más fuerte. Por este motivo ó porque sintiera remordimientos por haber perjudicado tanto al Imperio, ó bien porque le acometiera un acceso de fervor religioso y de desprecio á las cosas del mundo, se retiró al convento de Mangana (1355), del cual no salió más que para unir sus ruegos á las amenazas de Juan V, á fin de lograr de su hijo Mateo que renunciase á la púrpura.

Con la abdicación de éste, volvió á la familia de los Paleólogo el orden legitimo de sucesión; pero, por desgracia, el Imperio griego del siglo XIV no era ya bastante fuerte para resistir las pruebas de aquellas guerras civiles. Acababa de experimentar irreparables pérdidas en hombres, en dinero y en territorios. Génova y Venecia habían hundido más las garras en aquel debilitado organismo. La Morea griega y hasta Tesalónica habíanse acostumbrado á vivir con vida propia. Por último, los diferentes partidos enseñaron á los otomanos caminos que éstos nunca habían de olvidar.

Juan V. El Imperio griego y Occidente. La cruzada en el siglo XIV.

Solamente la Europa latina habría podido salvar al Imperio griego, pero en el siglo XIV hallábase devorada por las guerras de nación á nación, y por los antagonismos entre el papa de Roma y el de Aviñón y hasta entre concilio y concilio. Cuando un sumo pontífice parecía autorizado á hablar en nombre de Europa, imponía como condición previa de un auxilio incierto, el reconocimiento de su supremacía por la Iglesia de Oriente.

Al día siguiente de la toma de San Juan de Acre, el papa Nicolás V predicó la cruzada contra el soldán de Egipto, intentando agrupar en una acción común á Felipe IV de Francia, al emperador alemán Rodolfo, al griego Andrónico II, á los reyes de Nápoles, Chipre, Armenia y Georgia y al khan mongol de Persia. La muerte sorprendió al anciano pontífice en estos preparativos (Abril de 1292).

Sería muy prolijo enumerar todos los proyectos de cruzada trazados en la corte del papa de Aviñón y de los reyes de Francia, desde Felipe el Hermoso hasta Felipe VI de Valois. En tiempo de Benedicto XII, se puso una escuadra á las órdenes del legado Enrique, patriarca in partibus de Constantinopla. Se quitó Esmirna á Omur-Beg, emir de Jonia (1343). Frente al Athos fueron destruidas cincuenta y dos naves corsarias por la escuadra cristiana (1344). Posteriormente, en el pontificado de Clemente VI, se organizó la deplorable cruzada de Humberto II, delfín del Viennois, que ni siquiera se atrevió á socorrer á Kaffa, sitiada por los tártaros.

Apoyado por los contingentes del papa, Génova y Rodas, Pedro I de Chipre arrebató Satalieh (Atalia) á los seldjúkidas (1361). En 1365 marchó contra Egipto, y después de una brillante victoria se apoderó de Alejandría, pero no pudo conservarla. En la costa de Siria conquistó á Trípoli, Tortose, Latakieh (Laodicea), mas carecía de huestes suficientes para luchar á un tiempo con el soldán de Egipto y con los emires seldjúkidas de Anatolia.

En 1366 se presentó en las aguas bizantinas Amadeo VI de Saboya, tío de Juan V. Quitó á los turcos Galípoli y Sozópolis, rechazó una invasión de los búlgaros, les tomó á Mesembria y Varna y les impuso la paz.

En 1390, Luis II de Clermont, duque de Borbón, desembarcó en Túnez, delante de Africa (Mehadía), pero fracasó en el asalto.

Adviértese, pues, que en Occidente no se había extinguido el espíritu de cruzada. Ahora bien; luchábase por doquier, al acaso, á capricho de los intereses particulares de Venecia, de Génova, de Chipre, de las casas de Anjou ó de Aragón. Simultáneamente se atacaba á los seldjúkidas, á los osmanlíes, á los mamelucos de Egipto y á los bereberes de Africa. Muchas de estas cruzadas se inspiraban en sentimientos poco benévolos para el Imperio griego; en varios de los proyectos presentados á los papas y á los soberanos de Occidente se indicaba la conquista de Bizancio como el preliminar indispensable para la emancipación de Tierra Santa.

Sin embargo, Juan V Paleólogo confió asestar contra los enemigos del Imperio aquella espada de Occidente, todavía bastante temible, aunque sobre su

empuñadura se posasen tantas manos. Urgentísimo debía ser el peligro para que el jefe de la Iglesia ortodoxa consintiera en prosternarse ante el papa Urbano V (1369). Desgraciadamente, las últimas empresas habían agotado el tesoro pontificio. En Venecia, Juan V necesitó pedir dinero prestado para poder seguir su viaje. Después de una excursión infructuosa por el Mediodía de Francia, y de regreso en Venecia, no pudiendo reintegrar lo que había pedido, Juan V fué encarcelado á instancia de sus acreedores. De esta suerte quedó la sagrada persona del heredero de Constantino el Grande como garantía de algunos usureros venecianos.

Juan V y sus hijos. El Imperio tributario de los turcos.

Juan V tenía dos hijos, entre los cuales había repartido anticipadamente sus Estados. El primogénito, Andrónico, fue asociado al Imperio; el segundo, Manuel, era gobernador de Tesalónica. El emperador se dirigió primeramente al mayor, solicitando que reuniera fondos para el rescate. Andrónico contestó secamente que se hallaba exhausto su Erario. En realidad, importábale poco la suerte que pudiera correr su padre y colega. Manuel tenía mejor corazón: empeñó sus dominios y envió el dinero pedido.

De vuelta en Constantinopla, Juan V recompensó á sus hijos según sus méritos: destituyó á Andrónico y asoció á Manuel al Imperio. Abandonado por todas las potencias, consintió en pagar tributo á Murad I, y después, abrumado por necesidades urgentes, bajó otro peldaño en la escala de la humillación, prometiendo á Murad proporcionarle, además del tributo, un contingente militar y darle en rehenes á uno de sus hijos.

A la sazón, el Imperio griego se encontraba, respecto á los turcos, en situación análoga á la de los príncipes rusos con relación á los khanes de la Horda de Oro. Como los príncipes de Moscou, Tver y Riazan, el basileus no vivía más que á fuerza de humillaciones; como ellos, debía «arrastrarse ante la Horda». En realidad, todavía era peor su situación: el khan no pedía á los kniazes rusos más que el tributo, la obediencia, el contingente. ¿Habría podido exigir más? ¿Qué otra cosa podía tentar su codicia en aquella mísera Rusia? No acaecía lo mismo en las relaciones entre el sultán y el basileus. El primero no podía perdonar al segundo que se eternizara en la ciudad que era la capital designada para el nuevo Imperio. Así, pues, las exigencias fueron más duras, más cruelmente calculadas las humillaciones é inextinguible el deseo de un despojo total. Juan V acabó en 1391 su vida de angustias, sucediéndole su hijo Manuel.

Manuel II y el Peloponeso.

Entre todos los Paleólogo, éste fué el espíritu más exquisito, el alma más generosa. Por ello sintió más dolorosamente la vergüenza de aquella época de oprobio. Entre los príncipes rusos, podríamos compararle con Alejandro Newski. Viviendo su padre, intentó apoderarse de Feres, feudo de los otomanos; pero sólo consiguió saquear á Tesalónica, que era su dominio patrimonial; y para salvar á su padre y al Imperio, hubo de ir á ofrecer su cabeza al campamento de Murad, que le perdonó la vida. Desde entonces, la historia de Bizancio se confunde con la de los otomanos. Aquí hablaremos únicamente de un episodio: de las relaciones de Manuel II con Morea.

La anarquía de la Morea griega era tan intensa como la de la Morea francesa ó italiana. Según se iba reduciendo el territorio del Imperio, transformábase la Administración. Los emperadores mandaban en tan escasas provincias, y al mismo tiempo los príncipes imperiales eran tan numerosos, que éstos acababan por sustituir en todas partes á los estrategas. El Imperio se desmembraba en principados-dotales. Hemos visto que Andrinópolis y Tesalónica fueron casi siempre gobernadas por hijos de emperadores, generalmente la primera ciudad por el primogénito, y la otra por el segundo. Xene, emperatriz viuda, rigió, siquiera por breve tiempo, á Tesalónica. El príncipe, señor de ésta, solía ostentar el título de déspota, como los príncipes autónomos del Epiro. Ello casi igualaba á Tesalónica, legalmente súbdita, con el Epiro independiente. A la par hacía revivir el recuerdo del reino latino de Tesalónica; frecuentemente el príncipe-gobernador era tan rebelde para el basileus, como el marqués-rey Bonifacio lo había sido para el emperador Balduino. Idéntica transformación se verificó en el tema de Morea. Desde su reconquista por Miguel VIII (1258) hasta la usurpación de Cantacuzeno, fué gobernado por un simple estratega que residía en Misitra. Su autoridad efectiva no solía extenderse más que á las fortalezas imperiales. Los arcantes, toparcas y filarcas y hasta los stratiotai, así como las repúblicas urbanas ó rústicas, le obedecían tan poco como los barones, caballeros y ciudades de la Morea latina á sus príncipes. Ni los señores de raza helénica ni los jefes de las tribus eslavas querian oir hablar de impuestos ni de servicio militar regular. La organización de las tribus montañesas era análoga á la de la montañosa Albania. Completamente oligárquica, los jefes de clan gozaban en ella todas las prerrogativas de las antiguas realezas, algo modificadas por la influencia de las ideas feudales copiadas de sus vecinos franceses. Cada jefe tenía su fortaleza en alguna cumbre, su turba de guerreros ó bandidos, sus aldeanos, mitad guerreros, mitad siervos. Era una Grecia completamente homérica, de costumbres belicosas y bárbaras, que se suponía gobernada por un funcionario de la refinada corte de Bizancio. La anarquía del Magno, bajo la dominación turca, podría dar una idea de la imperante en los siglos

XIV y XV bajo la autoridad nominal de Bizancio. Los arcontes y filarcas de esta época son precursores de los beys otomanos. En el país persistió una sombra de poder imperial, como más adelante una sombra de poder otomano, precisamente porque aquellos turbulentos jefes fueron incapaces de ponerse de acuerdo para hacerla desaparecer.

En 1349, Juan VI Cantacuzeno sustituyó al estratega con su segundo hijo Manuel, confiriéndole el título superior de déspota.

Cuando hubo abdicado Juan VI (1355), estalló contra su hijo una rebelión general, instigada acaso por la corte de los Paleólogo. De Bizancio llegó un nuevo gobernador imperial llamado Asan, que fué acogido como un libertador por aquella población veleidosa. Manuel tuvo que refugiarse con su gente en la fortaleza de Monemvasia, que supo resistir los ataques del invasor. Mas, presto subleváronse contra Asan sus administrados, llamando á Manuel, que regresó á Misitra. La corte de Bizancio acabó por confirmarle en un cargo que no le podía arrebatar, y gobernó basta 1380.

En 1388, el emperador Juan V Paleólogo nombró gobernador á su hijo Teodoro, titulado el déspota Teodoro I. Para dominar á los arcontes, éste reclutó mercenarios otomanos mandados por el bey Evrenos, que más adelante conquistó el país por cuenta del sultán Bayaceto. También marchó contra los latinos: Evrenos tomó por asalto á Akova (Mate-Grifón). Al mismo tiempo, el déspota derrotó á los franceses é hizo prisionero á su bailío, Hugo de Galilea. Entonces gimieron bajo el yugo bizantino las dos terceras partes de la Morea, no restando más señoríos francos que el de los Tocco en Clarentza, y de los Centurioni en Cbalandritza y Mesenia. Además, estas dos familias se repartieron la Elida. El papa era dueño de Patras y los venecianos se sostenían en sus cinco ciudades marítimas. Hallando despoblado todo el país, Teodoro I estableció numerosas colonias albanesas, especialmente en Gardiki y Tavia. Por último, asistió sin poder contrarrestar su empuje, á la primera invasión turca (1397, en tiempo de Bayaceto I), y murió en 1407.

Le sucedió otro Paleólogo, Teodoro II, hijo del emperador Manuel II, que le confió el mando de un ejército (1414). Para precaver una nueva irrupción de los turcos, hizo reconstruir las fortificaciones del istmo, ó sea el muro del Hexamilion (de las seis millas), dándole doble altura que una lanza, un diámetro de tres mil ochocientas toesas, profundos fosos, elevadas murallas y ciento cincuenta y tres torres. Manuel II se interesaba extraordinariamente por este país, que todavía era tan intensamente griego, y una de las cunas de la raza helénica. Reunió una asamblea de jefes en Misitra (1415), pronunciando un notable discurso sobre los deberes y la misión del déspota de Morea. Pudo convencerse de que sus invocaciones al patriotismo y á la concordia apenas encontraban eco en los corazones de aquellos cabecillas. Así

procuró llevarse consigo á los más turbulentos, después de haber obligado á todos los dinastas franceses, italianos, catalanes, aragoneses y navarros á rendirle pleito homenaje.

Esta visita de Manuel II al antiguo Peloponeso inspiró numerosos escritos que arrojan mucha luz, no sólo sobre la vida real de la Península, sino también acerca de las ideas que los bizantinos sustentaban de sí mismos y de sús antepasados helénicos. Mazaris, libelista bizantino, colma de injurias á aquellos salvajes del Peloponeso, «rogando á Dios que las aldeas de esos astutos, falsos, impuros é infames toparcas caigan pronto en poder de nuestro valíente emperador: que esos miserables se consuman como la cera se derrite al fuego, como el rocío se deshace ante los rayos solares, que queden esclavizados bajo el yugo de nuestro déspota porfirogeneta». Prodígales los epítetos de bárbaros, perjuros, asesinos, incestuosos, cerdos y cornudos. Más adelante, pronunciando la oración fúnebre del déspota Teodoro II (muerto en 1448), Jorge Scholarios no encuentra expresiones con qué condenar la perversidad y la maldad de quienes le habían amargado tanto la vida. Y añade: «Estos hombres no son sino herederos del suelo y del nombre de los antiguos hijos del Peloponeso. En cuanto á sus virtudes, las han heredado menos que si fuesen bastardos[3]». No cabe dudar que se confunde esta Grecia moreota y la Grecia bizantina[4]. Muy por el contrario, Gemisto Pléton, qué era moreota y había fundado una academia en Esparta, esforzábase, en las Memorias que dirigía á Manuel II, por refutar lo que llamaba calumnias. «Nosotros (los naturales del Peloponeso) sobre quienes reináis, pertenecemos á la raza de los helenos, como lo demuestran nuestro idioma y nuestras antiguas instituciones. En esta tierra vivieron siempre los mismos hombres desde los tiempos históricos y nadie la ocupó antes que nosotros.» Más tarde, el cardenal Bessarión, dirigiéndose á Constantino Dragasés, déspota de Morea, le decía: «Recuerda, oh príncipe, que eres el soberano de las gentes del Peloponeso, y principalmente de aquellos lacedemonios que, ejercitados desde su infancia en la disciplina de Licurgo y, después de haber vencido á los persas en Platea, pasaron en reducido número á Asia, y acaudillados por Agesilao aniquilaron á los bárbaros... No olvides que un solo lacedemonio (Xantipo), enviado como general á Cartago, quebrantó las fuerzas de Roma..., Y tú, al frente de semejantes hombres, llevarás á cabo brillantes hazañas, y libertando á Europa, pasarás á Asia para recobrar tu herencia.» Bessarion aconsejaba al déspota que fuera ante todo un rey heleno, un rey patriota, que ejercitara á su pueblo en las

---

[3] Chateaubriand dijo de los moreotas, casi en los mismos términos: «Tengo el disgusto de creerlos una horda de bandidos, de origen eslavo, que no descienden de los espartanos, etc.» (Itinerario de París a Jerusalén.)

[4] Los gobernadores venecianos de aquella época no pensaban mejor de sus administrados moreotas: «Son hombres malos y embusteros, tnrbulentos y poco dispuestos á pagar las contribuciones. » No obstante, afirman que los habitantes de Misitra eran los más civili de todo el país, alardeando de ser la verdadera progenie de los espartanos.

armas, que acogiera á los proscritos del helenismo, y vigorizara el Derecho en las puras fuentes de las costumbres nacionales, y que fuera también un rey filósofo, que abriera escuelas, fomentara la instrucción, y convirtiera en ciudadanos á aquellos míseros esclavos. ¡He aquí todo un programa de regeneración en vísperas de una hecatombe definitiva!

Helenos y romanistas: la cuestión nacional.

Antes que Roma, la Grecia antigua inculcó al espíritu humano la idea de ciudad, la idea de patria. ¿Por qué se borró tan completamente esta idea de la mente de los griegos de la Edad Media, así en el pueblo como entre los príncipes bizantinos? Ya hemos seguido en los siglos anteriores esta decadencia del patriotismo, no sólo helénico, sino también «romano», cristiano y ortodoxo. Sobre la nacionalidad griega pesaba una fatalidad que habíala hecho renegar de sus propias tradiciones, y hasta de su propio nombre, para tomar otro extranjero [romanos), designando despreciativamente á sus antepasados con el de helenos, que, en su sentir, era sinónimo de infieles y paganos.

Hemos visto, en el siglo XV, á lo más escogido de los bizantinos dividirse en dos bandos: los helenos y los anti-helenos ó romanistas. Entre los últimos figuraba casi toda la Iglesia, y especialmente los monjes. Nunca como entonces se le antojó sospechoso el nombre de helenos. Invocábanlo también ciertos semi-bárbaros, que no habían olvidado en absoluto á los antiguos dioses, y numerosos refinados que, movidos por un dilettantismo semejante al de los humanistas de Italia, propendían á resucitar aquellas deidades. El moreota Pléton era pagano. En 1465, Miguel Apostolios, partidario suyo, adoraba á las estatuas antiguas que encontró en Creta. ¿Cómo explicar por qué estaban todavía erguidas aquéllas estatuas y por qué responden á una inspiración absolutamente pagana tantos poemas populares griegos, tantos cantos en honor de los estradiotas de los siglos XV y XVI?

El Imperio reconstituido en Nicea por Teodoro Lascaris fué saludado por él y por su séquito con el nombre de Helada. Algo se reaccionó después en tiempo de los primeros Paleólogo, que volvieron á ser «emperadores de romanos.» En cambio Juan V fué el «rey-sol de la Helada.» El predicador Manuel Bryenno afirmó no advertir ninguna diferencia entre el nombre de romanos y el de helenos; y en otra parte aplicó el de romanos á los latinos, y reservó á los griegos el de helenos. Los oradores de Santa Sofía predicaban á los bizantinos las virtudes de sus antepasados helenos, recordando lo que habían hecho Pericles, Temístocles y Epaminondas por la «cosa pública» y por «la patria». Cuando Dragasés ocupó el solio imperial, Argyropulos le rogó que adoptara el título de rey de los helenos, suficiente para garantizar la salvación de los helenos libres y la emancipación de sus hermanos esclavos. Creyérase que hablaba un griego del siglo XIX.

La toma de Constantinopla por los turcos precipitó la evolución; el nombre y la tradición romanos quedaron sepultos bajo los escombros del trono imperial. Al mismo tiempo que perecía su monarca, los helenos constituían una nación. Durante la dominación otomana, los frailes, que poco antes condenaban el nombre de helenos, lo exaltaron en sus predicaciones á sus compatriotas esclavizados. De los dos elementos que integraban la nacionalidad, la ortodoxia conservaba su vitalidad, y el helenismo adquiría paulatinamente conciencia de sí mismo. La opresión produjo otro resultado: á medida que los eclesiásticos se convertían al helenismo político, las capas profundas de la población, los semibárbaros, epirotas, peloponesios, áticos y beocios, abjuraban del helenismo pagano. Nunca fué el pueblo griego tan cristiano como bajo el yugo musulmán.

Caracteres del gobierno: repúblicas municipales y dinastas locales.

La sustitución de los antiguos estrategas por los déspotas-príncipes, especie de reparto del Estado en patrimonios principescos, no fué el único carácter de este período. A la antigua organización administrativa, tan perfeccionada en sus resortes, tan eficaz en su acción centralizadora sucedió una tosca máquina de gobierno. Abandonados á sus propios recursos, viviendo á costa del país, administrando mal, los estrategas ó déspotas parecían mejor bajaes turcos que gobernadores romanos.

En un régimen administrativo, cuya acción debía ser forzosamente desigual é intermitente, los súbditos vivían en absoluta libertad. Los débiles caían bajo el dominio de tiranías locales; los fuertes ó los que lo eran gracias á la asociación, se erigían en soberanos. En el siglo XI aún existía un Imperio; en el XII empezó la anarquía; en el XIV y XV, de esta anarquía surgieron oligarquías ó democracias. Como Italia en la misma época, la península balkánica presentó, bajo una sombra de Sacro Imperio, todas las variedades de organización local, desde las tiranías hasta las repúblicas municipales.

Tesalónica fué el tipo de éstas; los habitantes de esta ciudad se dividían en cuatro clases: los primates ó notables (archontes, prouchontes), el clero (kleros), los burgueses (mesoi, bourgesios, nombre completamente italiano y occidental), el pueblo (oi popolaroi, también en absoluto italiano, démoi). Usamos aquí el plural de démos, porque el pueblo hallábase subdividido en corporaciones autorizadas para llevar armas. La de los marinos era la más poderosa y audaz; las demás seguían, en caso de guerra ó rebelión, su estandarte. Añadid la autoridad del metropolitano, de los funcionarios imperiales, de los príncipes, ó princesas de la casa real, con patrimonio en la ciudad ó que ejercían el despotado, y tendréis todos los elementos de una historia municipal á la italiana. Había un Senado (boulé ó

synklétos), formado por los arcontes, y donde el arzobispo era voto de calidad; había un pueblo que se reunía en comicios para elegir todos los años los arcontes de la cosa pública, los generales (estrategas del pueblo), los jueces y los administradores de hospitales y hospicios. Su justicia era tan autónoma, que los jueces no hacían caso de las Cartas imperiales, y aplicaban únicamente el derecho consuetudinario local, ó sea la Ley de los Fundadores y la Ley colonial. A Tesalónica se le reconoció el derecho á enviar embajadores al Extranjero para tratar los asuntos de comercio, tan estrechamente unidos con los políticos. Como en las ciudades italianas, en cierto momento preponderó el partido popular. En Tesalónica, y con el nombre de Zelotas, desterró, despojó y ajustició á los arcontes, fundando un gobierno democrático. Aquellos Ciompi griegos contaban con el apoyo del metropolita, que era como el presidente de su república. Sitiados por Cantacuzeno y por los turcos, adoptaron medidas verdaderamente revolucionarias, exigiendo á los monasterios que contribuyesen con sus rentas á la defensa. El arzobispo Cabasilas, miembro de esta ciudad rebelde, se atrevió á hacer su panegírico en la corte de Cantacuzeno; en su discurso rugen las palabras república y libertad como en una arenga de Rienzi. «Esta República se basa en la igualdad y en la justicia, y sus leyes son mejores que las de la República de Platón.»

Situación económica.

La hacienda del segundo Imperio griego era todavía más mísera que la del Imperio que había sucumbido en 1204. Paralelamente á la reducción del territorio verdaderamente sometido, decreció el ingreso de los impuestos. Hemos visto que venecianos y genoveses se oponían á rectificar su sistema de aduanas. Así, pues, recurrióse á todos los medios para ir viviendo; en 1306, Andrónico II, para pagar á los catalanes, se vió obligado á intentar el monopolio del trigo. A diario se alteraba el valor de la moneda. En 1346, Ana de Saboya despojó á las iglesias para sostener la guerra contra Cantacuzeno.

La indigencia dé la corte era extrema; en 1347, al pretender celebrar una coronación, se advirtió que habían desaparecido todas las joyas imperiales. A falta de dinero, se derruía todo. Cítase á Andrónico II como un príncipe amigo de las artes, no porque construyera nuevos edificios, sino porque mandó restaurar la estatua ecuestre de Justiniano, la iglesia de San Pablo y la de los Santos Apóstoles. Enormes grietas surcaban la de Santa Sofía, á cuyo edificio se pusieron los dos primeros contrafuertes. Más tarde los turcos colocaron otros dos.

Controversias religiosas.

Casi toda la vida intelectual de Bizancio concentrábase para los hombres cultos en las controversias; para el pueblo no consistía en otra cosa. El problema de la unión

de las dos Iglesias suministraba materia copiosísima para tales discusiones. El reinado de Andrónico II empezó por ser una violenta reacción contra la obra de su padre Miguel VIII; el nuevo emperador se entregó á los consejos de su tía Eulogia y de los clérigos y funcionarios más fanáticos. Los «mártires» de las persecuciones de Miguel VIII salieron de sus calabozos, enseñando al público sus mutilaciones y sus llagas. El patriarca Véccos, que había a fortiori consentido en la unión, hubo de abdicar y retirarse á un monasterio. A continuación, tras de un triunfal recibimiento, se repuso al expatriarca José. Se purificó solemnemente á Santa Sofía, profanada en tiempo de Miguel VIII por la presencia del legado pontificio y las ceremonias del rito latino. Presto se recordó que el mismo José había manifestado algunas complacencias hacia Miguel VIII; así fué muy feliz, alcanzando avanzada edad y muriendo en 1283. Los partidarios de su antecesor Arsenio, fallecido en 1273, obtuvieron entonces la supremacía. Las contiendas entre arsenistas y josefistas se reanudaron con tanta viveza como en tiempo de Miguel VIII. Los grandes, el pueblo, los mendigos y hasta los bandidos, se dividían entre ambas facciones. Entre los ortodoxos, los arsenistas eran los más puros de los puros, los fanáticos más intransigentes. Fué menester que el emperador les concediese en Constantinopla una iglesia, donde celebraron los ritos de su secta. Eran taumaturgos fervorosos; exigían que se les entregase el cuerpo de cualquier santo, asegurando que, por la virtud de sus principios, al punto haria milagros; por ejemplo, la declaración de sus doctrinas, colocada á los pies del bienaventurado, se le subiría ella sola á las manos. El emperador ordenó primeramente que se les entregaran las reliquias de San Juan Damasceno, pero luego reflexionó, y prohibió el milagro; esta negativa constituyó un triunfo para los arsenistas.

El nuevo patriarca Jorge de Chipre consintió en llevar á cabo la empresa á que se había negado el anciano José: la depuración del clero culpable de complacencia para la unión —adviértase que en tal falta había incurrido casi todo el alto clero. — El emperador convocó un concilio en las Blaquernas (Pascua de 1283); los latinos han llamado á esta asamblea el bandidaje de las Blaquernas. Anticipadamente se habían amañado las listas de proscripción. Según se pronunciaba el nombre de uno de los sentenciados, se le ataba de pies y manos, y los hombres de armas se lo entregaban al populacho. A la emperatriz madre se la obligó á redactar una confesión ortodoxa, y á comprometerse á no reclamar nunca la sepultura imperial para su marido.

Estas violencias no bastaron para apaciguar la discordia entre arsenistas y josefistas. Fue preciso reunirlos en Adramytion (Asia Menor), bajo la presidencia del emperador: los arsenistas redactaron su profesión de fe, invitando á los josefistas para que hicieran otro tanto; después, sometiéndose los dos partidos al juicio de Dios, colocaron los documentos sobre un brasero: el fuego respetaría el documento

santo. Ambos ardieron, y avergonzados los dos bandos, prometieron reconocer al nuevo patriarca y vivir en paz.

En tiempo de Andrónico III surgió otra contienda. Los frailes del monte Athos se hallaban plenamente convencidos de que, á fuerza de mirarse el ombligo, veían salir de él una luz. Se les llamó hesícatas (inmóviles) y onfalópsicos (los que ponen el alma en el ombligo). Sus partidarios sostenían que tal luz era sobrenatural, increada, idéntica á la que brilló en el Tabor[5]. El fraile calabrés Barlaam, abad del convento del Salvador, impugnó esta superstición en un violento libelo, pero los hesicatas encontraron un defensor en Palamas, metropolita de Tesalónica. Entonces se enconó la controversia, discutiéndose acerca de las emanaciones de Dios, y distinguiéndose entre sus esencias y sus energías. Hubo un partido barlaamista y otro palamista, que dividieron la corte y la ciudad. El patriarca, que era muy ambicioso, se puso de parte de Barlaam, y el gran doméstico Juan Cantacuzeno, no menos ambicioso, "siguió á Palamas. Este triunfó en un sínodo, y mandó encarcelar á sus adversarios. Barlaam comprometió su causa, marchándose á Italia, y reconciliándose con la Iglesia romana.

Las polémicas relativas á la unión se reprodujeron más intensamente cuando Juan VIII se hizo representar ó intervino en los concilios de Ferrara (1438) y Florencia (1439)[6].

¿Cómo imponer la unión al pueblo de Constantinopla? El historiador Miguel Ducas, testigo ocular del regreso de los delegados á la capital, nos da en su relato la medida de la violencia con que él y los suyos rechazaban la fusión. Llega hasta poner en labios de los delegados la confesión cínica de una traición: «Hemos vendido nuestra fe por dinero...» Así acogían los fanáticos á hombres que, viendo á los turcos á las puertas de la ciudad, habían hecho el patriótico sacrificio, no de su fe, sino de algunos detalles en el rito y la disciplina.

Derecho, literatura y ciencias.

No es este lugar propicio para hablar del arte bizantino. También Constantinopla había dejado de ser el centro del Derecho; hasta escasearon las Novelas; una es de Miguel VIII, para prohibir á sus subditos que usaran paños de procedencia extranjera, Siria, Egipto ó Italia. Es una ley suntuaria que demuestra únicamente la pobreza del Imperio y la decadencia de sus industrias[7].

---

[5] Sathas cree que el culto á esta supuesta luz es como un residuo de las añejas religiones solares de la Helada. Los hesicatas serían entonces helenos (paganos) á su modo.

[6] Véase el capítulo VI.

[7] Mencionaremos entre los escritores de Derecho civil á Miguel Chumnos, de uno de cuyos opusculos (sobre los grados de parentesco) habla Blastares. Los canonistas

Los bizantinos no crearon una filosofía; pero entre aquellos que en este período comentaron á Aristóteles y Platón, debemos citar á Sofonios, y al patriarca Gregorio de Chipre que fue el jefe de una escuela frecuentada por todos los filósofos favoritos de Andrónico II[8]. La Bizancio de los Paleólogo produjo lógicos, moralistas y retóricos. Entre ellos se distinguió extraordinariamente el emperador Manuel II. Este valeroso príncipe era un pensador profundo, un literato delicado, un humorista; expuso en forma dialogada sus polémicas con los escritores turcos acerca de la religión cristiana y la musulmana; también son notables sus estudios sobre el Bien, el libre albedrío y el pecado; una linda fantasía titulada A un borracho; el discurso de «un príncipe bien intencionado á sus subditos que piensen sensatamente»; y un fragmento de una filosofía á la vez caprichosa y patética: «Lo que Tamerlán pudo decir á su prisionero Bayaceto». En la corte de los Paleólogo se formó una escuela de verdaderos filólogos que criticaban y comentaban los textos anti.guos con un criterio propio del Renacimiento[9]. Bizancio tuvo libelistas como Mazaris, autor de una Bajada á los infiernos; poetas satíricos como Katrares, y otros que cultivaron el género descriptivo, la alegoría y el epitalamio (entre ellos, Manuel Piles, Jorge el Gramático, Jorge Lapités y Meliteniota).

Los historiadores bizantinos de aquella época eran generalmente hombres que intervenían en los asuntos importantes, testigos oculares que daban á sus relatos una nota personalísima y en cuyas crónicas adviértese á veces el influjo de la pasión de partido. Mencionaremos á Jorge Acropolita, embajador en el concilio de Lyon (1274) y en la corte de Asan de Bulgaria; á Jorge Paquimero, contemporáneo de los emperadores de Nicea y de los primeros Paleólogo; á Nicéforo Grégoras, uno de los escritores más fecundos de Bizancio; al emperador Juan VI Cantacuzeno, que

---

son poco numerosos. Bastará citar á Arsenio, futuro patriarca, autor de una Sinopsis canonum; á Mateo Blastares, que escribió en 1335 el Syntagma canonum et legum.
Constantino Harmenópulos, nomóphilax, juez supremo y prefecto en Tesalónica, fué civilista y canonista: se ha hecho célebre con su Promptuarium (1345), reducción del Procheiron de los emperadores macedonios que se difundió por todo el Occidente, por su Hexabiblos, su Epitome canonum, su Tratado de las herejías (precioso en lo concerniente á los bogomilos), su Tratado de la Cuaresma, sus Escolios sobre los textos de Justiniano y las Novelas de los emperadores, y su Diccionario de Derecho civil. Fué también filólogo, y dejó un Diccionario de verbos intransitivos y transitivos.

[8] Nicéforo Chumnos, Metoquito, Xanthopulos, Máximo Planudes, Teodosio Hirtakénos, que fué profesor de Filosofía en Constantinopla.

[9] Máximo Planudes, Moschopulos, Tomás el Magister, Triklinios, Teodoro Metoquito, Juan Glykys, etc., han dejado una infinidad de escritos, sabias revisiones de autores antiguos, recopilaciones de trozos escogidos, misceláneas, ramos de violetas ó de rosas, trabajos de métrica, léxicos y diccionarios de etimologías. Bessarion, Gemisto Pléthon, Manue1 Crisoloras, Andrónico Callistos, Miguel Apostolios y su adversario Teodoro Gaza, Barlaam, Juan Argyropulos, Nicéforo, Grégoras y los dos Lascaris, filósofos, literatos y críticos á un tiempo, pertenecen, por el final de su vida, á la historia del Renacimiento europeo

en los ocios conventuales compuso la historia de su tiempo; á Juan Kananos y Juan Anagnostes, que narraron, respectivamente, el sitio de Constantinopla por Murad II (1422) y la toma de Tesalónica por los turcos; á Calcocondylas, embajador dos veces cerca de Murad II; á Ducas, furibundo ortodoxo; á Jorge Frantzés, secretario y amigo de Manuel II, prefecto de Esparta, gran logoteta, prisionero de los turcos en 1453, y después subdito del déspota de Morea; y á Xanthopulos, autor de una vasta historia de la Iglesia, de la cual no queda más que la parte anterior al año 610.

Los bizantinos no dejaron de cultivar las ciencias, pero con el raro espíritu que caracteriza á toda la Edad Media, es decir, como una rama de la escolástica ó de la literatura. Nicolás Blemmydés, que en 1255 rechazó el patriarcado, redactó una Geografía Sinóptica y un Tratado sobre el Sol y la Luna. El historiador Paquimero escribió acerca de las Cuatro ramas de la matemática (nuestro quadrivium): aritmética, música (incluso la acústica), geometría y astronomía. También compuso un tratado sobre las líneas insecables, y otro sobre la mecánica (de quatuor machinis). Planudes comentó los dos primeros libros del matemático Diofante. Metoquito parafraseó la física de Aristóteles. El historiador Grégoras propuso una reforma del calendario, refutó á "los que calumnian á la astronomía» y confeccionó un tratado del astrolabio. Tenemos un tratado de astronomía por Gemisto Pléthon y un comentario del Almagesto por Nicolás Cabasilas, arzobispo de Tesalónica. Crysoccés fué médico y astrónomo. Files escribió un poema sobre las «costumbres de los animales». En el siglo XIII, Nicolás Myrépsos redactó un Tratado sobre la composición de los medicamentos. Krumbacher opina que muchos de aquellos hombres «en el limitadísimo círculo de Bizancio, prestaron á las ciencias naturales servicios tan importantes como Roger Bacon en Occidente».

Todos los países griegos coadyuvaron á este esplendor científico y literario de la civilización helénica en su ocaso[10] (1). En vísperas de su ruina total, la Hélada entera reunió sus energías mentales para despedir un fulgor postumo.

Lengua romaica.

Todos estos autores se expresan en la lengua escrita, muy diferente de la lengua hablada por el pueblo helénico desde el siglo II antes de Cristo. En el siglo XV, esta

[10]) La mayor parte, como Crisoloras, Calistos, los Lascaris, Acropolita, Frantzés y Mazaris, eran de Constantinopla; pero Cabasilas, Gaza y Anagnostes nacieron en Tesalónica; Calcocondylas, en Atenas; Demetrio Moscos y Pléthon, en Esparta; Paquimero, en Nicea; Planudés, en Nicomedia; Files, en Efeso; Grégoras, en Heráclea Póntica; Ducas, probablemente, en Focea; Panaretos y Evgenikos, en Trebisonda; el humanista Kanabutzes, en Chios; Lapithes y el patriarca Gregorio, en Chipre. Muchos de ellos, como Blemmydés, Gregorio de Chipre y Barlaam, eran frailes; otros, como Cantacuzeno, Acropolita, Grégoras, Frantzés y Chumnos encontraron en el claustro un reposo forzado ó voluntario después de una vida mundana más ó menos agitada.

lengua escrita, que en la Edad Media experimentó una revolución análoga á la que, durante el mismo período, transformó en Occidente el latín, que se había convertido en idioma cortesano, en griego de Iglesia, viciado por los términos de la administración romana ó por el vocabulario eclesiástico, tendía á purificarse, volviendo á los modelos clásicos, ó á enriquecerse deduciendo voces de la lengua hablada. Gregoras se propuso por modelo á Platón; Paquimero llevó el refinamiento hasta no usar más que los nombres áticos de los meses; Calcocondylas eligió como maestros á Herodoto y Tucídides. Paralelamente, los humanistas italianos de la misma época, no sólo se empeñaban en copiar el latín de Cicerón, sino que descartaban todo vocablo que no figurase en sus obras. A los ciceronianos de Italia correspondían los neoáticos de Bizancio. Muy al contrario, Ducas se aproximó á la lengua hablada.

Mientras que evolucionaba la lengua escrita transformándose en neo-griega, pero siempre escrita y diferente de la del pueblo, ésta se afirmaba en numerosos monumentos literarios, escritos ó simplemente orales, y confiados sólo a la memoria de los hombres[11] (1). Respecto á la época de los Paleólogo, únicamente nos restan algunos monumentos en lengua popular, pero redactados por literatos. Las edades precedentes nos habían dejado epopeyas —como la de Diogénis Akritas—, vidas de santos —como la de San Teodosio—, y hasta crónicas —como la de Malalas. — En los siglos XIV y XV fueron más numerosos estos monumentos. La Crónica de Morea, toda la literatura de Creta, las Audiencias de Chipre, hállanse redactadas en esta lengua popular, impropiamente denominada romaica. Tales son los poemas elegiacos sobre los estragos de Tamerlán, sobre la toma de Constantinopla por los turcos y sobre la caída de Atenas; igualmente esa especie de canciones de gesta, inspiradas en Occidente, sobre todo en Francia y en Oriente, como las aventuras de Barlaam y Josafat, de Syntipas (Sindbad el marino) y, por último, otras en la antigua literatura griega, á veces á base de las imitaciones francesas, como las Áquileidas, las Alejandreidas, etc. El déspota de Epiro, Juan II (1323-1335), ¿no encargó á un tal Hermoniakos que adaptara la Iliada ajustándose al gusto de la época y en un lenguaje inteligible para él y para sus subditos? En el idioma romaico circulaban también relatos análogos al Román du renard francés, sobre el lobo, el asno y el zorro; historias de animales fantásticos, como el unicornio y el fénix, y hasta tratados de medicina popular, titulados iatrosofía. El pueblo de las provincias helénicas poseía una literatura propia, casi tan rica como la de los literatos.

[11] A causa de no haberse coleccionado hasta nuestros días estos monumentos orales, canciones épicas y liricas, cantos de primavera ó báquicos, de guerra, amor, casamiento y funerales, sólo nos resta una escasísima parte, que ha sufrido las variaciones del idioma á través de los siglos.

III.—Los osmanlíes. Primeros sultanes.

Desmembramiento del Imperio seldjúkida. Los diez emiratos.

Al morir Ala-ed-Din III (1297-1307) y su hijo Gayas-ed-Din, asesinados por orden del khan mongol Gasán, se desmembró el Imperio seldjúkida. La «antigua sultanía de Kum», es decir, la península de Anatolia, limitada al Este por el Kisil-Ermak (Río Rojo, antiguo Halys) se fraccionó entonces en una decena de emiratos ó khanatos, á saber:

1.° En el estrecho de los Dardanelos, en la antigua Misia, capital Berghama (Pérgamo de los Atalos), reinó el emir Karasí. 2.° La antigua Lidia de Creso y Kassaba (Sardes) pasaron á poder de Saru Khan. 3.° La Meonia y Jonia de Homero correspondieron á Aidin, siendo su capital Efeso (Aya-Suluk), y después Aidin-Ili. 4.° La antigua Caria marítima fué para Menteche. 5.° Licia y Panfilia constituyeron la propiedad de Tekke. 6.° Pisidia, Licaonia é Isauria integraron el Estado de Hamid. 7.° La Licaonia del Norte y Capadocia, con Kaisarieh (Cesárea) y Konich (Iconium), obedecieron á Karaman. 8.° Erigia, donde había reinado Midas, y Kutaieh (antigua Cotyoeum), fueron para Kermian. 9.° Paflagonia, con Heraclea Pontica, Anastris y Sinope, formaron el reino de Kastamuni.

Estos Estados conservaron el nombre de su primer jefe, denominándoselos Karasí, Saru-Khan, etc. Unicamente el de Kastamuni tomó el nombre de su capital (Castra Comneni, Kastamuni). Exceptuando Kermian, todos tenían costas marítimas.

Ahora bien, estudiemos principalmente el décimo Estado, surgido de la desmembración seldjúkida. Allí se formó, llamándose también como de uno de sus jefes, el pueblo que había de dar ese nombre á las dos penínsulas anatólica y balkánica. Nada más humilde y obscuro que sus comienzos.

Decíase que su remoto antepasado Solimán abandonó el Khorassan con 150.000 emigrantes, instalándose cerca de Erzendjan y Akhlath (1224). Después, rechazado por la invasión mongólica, se dirigió al Eufrates, en cuya corriente pereció, en el sitio llamado hoy Turk Mesari (tumba del turco). A su muerte dispersáronse las hordas nómadas que se habían unido á su familia, y hasta se separaron sus cuatro hijos. Dos de ellos volvieron al Khorassan; otros dos, Dundar y Ertogrul (el Hendedor), con cuatrocientas familias, se establecieron al Oeste de Erzerum (Arx romanorum). Más tarde siguieron su marcha hacia Occidente, para colocarse bajo la protección de Ala-ed-Din, sultán de los seldjúkidas.

Ertogrul: el feudo seldjúkida.

Cuéntase que, al llegar á 1a, cima de una montaña, Ertogrul vió en la llanura dos ejércitos que luchaban. Al punto decidió ayudar al contendiente que le parecía más débil, y al frente de cuatrocientos cuarenta y cuatro jinetes (el número cuatro es sagrado para los otomanos) se precipitó sobre el más fuerte, asegurando así la victoria de sus protegidos. Los derrotados eran una horda de mongoles, y los que debían la victoria á Ertogrul, el sultán Ala-ed-Din I y sus seldjúkidas. Para premiar tan caballeresca hazaña, Ala ed-Din otorgó á los recién llegados las montañas de Tumanidj y Ermeni como residencia de verano, y la llanura de Soegud para el invierno.

Por cuenta de su nuevo soberano, Ertogrul guerreó contra los castellanos griegos de las cercanías, extendiendo su feudo con el cantón de Eski-Chehr (ciudad vieja, Dorylea), que se llamó Sultán Oeni (.Frente del Sultán).

Todavía eran paganos Ertogrul y sus hombres. En uno de sus viajes, aquél se hospedó en casa de un piadoso musulmán, á quien vió leer un libro que se le dijo ser la palabra de Dios anunciada por su Profeta. Cuando se acostó el musulmán, Ertogrul cogió el Corán y lo leyó en pie durante toda la noche, durmiéndose después y soñando que una voz excelsa le decía: «Por haber leído mi palabra eterna con tanto respeto, tus hijos y los hijos de tus hijos serán honrados por las generaciones venideras.» Falleció en 1288, sucediéndole su hijo Osmán.

Osmán. Conversión de los osmanlíes al islamismo.

El nombre de Osmán ú Otman, que significa «rompedor de piernas», fué adoptado por su pueblo: los osmanlíes ú otomanos. Reinando Osmán, se avanzó un nuevo paso en el camino del Islamismo. El joven príncipe solía visitar al sabio y piadoso jeque Edebali, residente en Ithuroni, pueblo cercano á Eski-Chehr. Habiendo visto á su hija Mal-Khatun (la mujer tesoro), pidió su mano, que le fué negada, porque Osmán todavía era poco partido para ella. Mas un día que dormía en casa de Edebali, soñó que del cuerpo del anciano salia la luna, que, creciendo visiblemente hasta llegar al plenilunio, se ocultaba en sus propios ríñones. Entonces brotó de éstos un árbol colosal, cuyas ramas cubrieron con su sombra las tierras y los mares, las cúpulas y los obeliscos, las columnas triunfales y las pirámides. Por entre sus raíces corrían los más caudalosos ríos de la tierra —-Tigris, Eufrates, Nilo y Danubio — y las grandes montañas —Cáucaso, Balkán, Tauro y Atlas— sostenían sus ramas. Súbito se desencadenó un huracán que volvió todas las puntas de las hojas, prolongadas en forma de hojas de sable, hacia un solo punto: hacia una ciudad

situada en la intersección de dos mares y dos continentes, que parecía una sortija adornada con dos zafiros y dos esmeraldas. Disponíase Osmán á ajustarla á su dedo, cuando despertó. Habiendo contado el sueño á su huésped, éste comprendió que era un aviso de Dios, y otorgó á Osmán la mano de su hija. Las predicaciones de Edebali aceleraron la conversión de Osmán y de su pueblo.

Para la Historia, esta conversión había de implicar gran transcendencia. Hasta entonces los otomanos no eran más que un conjunto de nómadas, cruzados con turcomanos, y acaso con mongoles. La nueva religión les transformó en nación. Además, les hizo ingresar en la comunión de todos los hombres de raza turca que profesaban como ellos la ortodoxia musulmana, y absorber por lo pronto á los seldjúkidas. Más adelante, abrazando el Islamismo, tornáronse osmanlíes los griegos, eslavos, albaneses, rumanos y magyares. La ortodoxia musulmana debía constituir para ellos la misma fuerza de cohesión, de atracción y de absorción que el Cristianismo ortodoxo había dado á los «romanos» de Bizancio. Por otra parte, el Islamismo, extenuado con las razas árabe, persa y berberisca, habría caído quinientos años antes en la profunda impotencia política en que hoy le vemos, si la raza turca no le hubiera prestado su juventud, su vida bárbara y su naciente fanatismo, con la poderosa organización del Estado otomano y la vigorosa disciplina de su ejército. De igual suerte que la unión de los francos con el Catolicismo en los siglos V y VIII, la fusión de los turcos con el Islamismo engendró un mundo.

Conquistas de Osmán.

El pueblo de Osmán tenía ya un nombre y una fe. En la anarquía y en el infinitesimal fraccionamiento de Anatolia, encontraba el insignificante señor de Sultán Oeni potentados de su misma importancia, á los cuales podía atacar. Unos eran feudatarios del sultán seldjúkida, otros comandantes de fortalezas griegas que, olvidados por el emperador bizantino, vivían penosamente, pagando á sus hombres con el pillaje y haciendo política propia.

Entre estos comandantes cristianos figuraba el que los otomanos han llamado Mikhal-Koesé (Miguel el de la barba puntiaguda), gobernador del castillo de Kirmenkia. Osmán le derrotó e hizo prisionero. Miguel se aficionó tanto á su vencedor, que para complacerle abrazó la religión del Islam, siendo fiel aliado y amigo suyo hasta la muerte. Fué el progenitor de aquella familia de los Mikhal-Oghli (hijos de Miguel) que de padres á hijos acaudilló las tropas irregulares del ejército turco.

Osmán conquistó después las fortalezas griegas de Angelokoma, Karadja-Hissar y Beledjik. Logró que el sultán seldjúkida le concediera la investidura de ellas,

recibiendo de él una bandera, un tambor y una cola de caballo. Transformó la iglesia de Karadja-Hissar en mezquita, é instaló en ella un imán, un khateb (predicador) y un mollah (juez). Fué tan amante del orden y de la Justicia, que ningún mercado era tan frecuentado como el de la urbe donde residía.

Muerto Ala-ed-Din III (1307), Osmán se declaró príncipe independiente: ya antes había ordenado incluir su nombre en las preces de la mezquita de Karadja-Hissar. Dividió su Estado en gobiernos que confió á sus hijos, á su hermano y á sus principales jefes. Conquistó toda la región del río Sangara, y desde entonces tuvo litoral y marina. Los corsarios osmanlíes empezaron á figurar en las numerosas excursiones de los piratas turcos á las costas é islas del Imperio griego ó de los Estados latinos. El emirato osmanlí extendíase ya por la mayor parte de Bitinia y de Galacia, antigua patria de los galos de Asia.

Acaso extrañe alguien que, entre los diez emiratos que sustituyeron al Imperio seldjúkida, fuese precisamente el más insignificante el que acabara por absorber á los otros nueve y por conquistar el Oriente. En primer término, debióse esto á su situación en las mismas fronteras de las provincias y grandes ciudades griegas de Asia, Brusa, Nicea y Nicomedia, á sus luchas contra los ejércitos mandados por los grandes-domésticos y los emperadores. También influyó en ello la guerra santa, que atrajo á sus huestes á los más valientes guerreros de los demás principados seldjúkidas y hasta de las turbas turcomanas y mongolas, así como á muchos aventureros griegos, latinos y eslavos. Finalmente, se debió á la excelente organización, maravillosa para la ofensiva, que mostró desde el primer momento.

Aún no sentíase Osmán con fuerzas suficientes para tomar las grandes fortalezas del Imperio griego en Asia. Así se concretó á bloquearlas con otras fortalezas. Nicea, por ejemplo, fue cercada por los fuertes de Karaketina y Trikokia; Nicomedia, por Kuyun-Hissar; Brussa, por los dos del Oeste y del Este. Instalados á las puertas de estas ciudades, los turcos no tenían más que esperar alguna casualidad favorable que les permitiera sorprenderlas. Brussa se encontró más oprimida con la conquista de Edrenos (Hadriani), haciéndola capitular en 1317 Urkhan, hijo de Osmán. Los habitantes alcanzaron, mediante la entrega de 30.000 monedas de oro, la concesión de poder salir libremente con todos sus bienes. Evrenos, gobernador griego, abrazó el Islamismo y se transformó en el bey Evrenos.

La toma de Brussa fué la última proeza realizada en tiempo de Osmán, quien dispuso que le sepultaran en la magnífica mezquita, debajo de la bóveda de plata (1326), Durante mucho tiempo se enseñó allí su rosario de madera, de gruesas cuentas, el enorme tambor donado por Ala-ed-Din, y el gran sable de doble punta y resplandeciente hoja, con el cual sabía el héroe dividir en dos pedazos á un infiel. Como verdadero jefe de un pueblo pastor, Osmán dejó por toda herencia caballos,

bueyes, carneros, una cuchara, un salero, un caftan bordado y un turbante. También fué enterrado en Brussa, Edebali, el apóstol de los osmanlíes.

Urkhan. Instituciones y conquistas.

A Osman sucedióle su hijo mayor Urkhan, que confió á su hermano Ala-ed-Din el cargo de visir (uizir, cargador). Este redactó los reglamentos de los trajes y tocados que habían de usar los dignatarios, y organizó el ejército regular (genizaros, infantes y spahis, jinetes por oposición á los irregulares, akindji, jinetes y azabs, infantes). Esta creación se anticipó más de un siglo á las Compañías de ordenanza de Carlos VII.

Mientras Ala-ed-Din organizaba, Urkhan conquistaba. Apoderóse de Nicomedia, antigua capital de Diocleciano, que se llamó Isnikmid. Derrotó á Andrónico III en Maldepé (Pelecanon), donde cayó herido el emperador, siendo menester llevarle á su barco en una alfombra (1330). El resultado inmediato de esta victoria fué la rendición de Nicea, cuyos habitantes y guarnición capitularon en las mismas condiciones que los de Brissa. Nicea, la segunda ciudad del Imperio griego, la capital de los Lascaris y de los primeros Paleólogo, la ciudad de los concilios, se convirtió en Isnik. El templo donde se había proclamado el Símbolo de los Apóstoles, se transformó en mezquita. La toma de los pequeños puertos del Mar Negro y la Propóntida completó la conquista de Bitinia. Fuera de Scutari y Filadelfia yo no había Asia griega. Unicamente el angosto estrecho separaba del Imperio «romano» á los osmanlíes, que pronto salvaron este último obstáculo.

A ejemplo de su padre, Urkhan dividió su Estado en sanjaks (banderas), encargando de Nicea á su hijo mayor Solimán, Placía á éste meditar entre las magníficas ruinas de la península de Cyzica. Una noche creyó ver un puente luminoso que unía la orilla de Asia con la de Europa; por el mar bogaba una misteriosa escuadra. Resolvió intentar un desembarco. A tal efecto se construyeron dos balsas con troncos de árboles, sujetos con tiras de piel de vaca. A la noche siguiente, Solimán se embarcó con treinta y nueve compañeros, uno de los cuales era el bey Evrenos. Zarparon hacia Tsympé, cerca de Galipoli, cuyas fortificaciones estaban derruidas, y sin combatir se apoderaron de ellas (1356). Breve tiempo después ocurrió un terremoto que hizo rodar por tierra las murallas de Galipoli y de otras plazas, donde los tenientes de Solimán se apresuraron á entrar (1357). Cuando el emperador griego protestó, Urkhan disculpó á su hijo, diciendo que los osmanlíes no se habían adueñado de aquellas plazas por la fuerza de las armas, sino por la voluntad divina, manifestada en las catástrofes sísmicas. Solimán reservó para sí á Galípoli, llave de Europa. Desde allí los osmanlíes emprendieron sus excursiones á través de la Tracia. Solimán murió en 1359, y su padre al año siguiente.

IV.—Los osmanlíes en Europa.

Murad I. Andrinópolis. Maritza. Bulgaria. Kossovo.

Sucedió á Urkhan su hijo segundo Murad (Amurates), nacido de la hermosa griega Nilufer. Contaba ya cuarenta y un años de edad. Era valiente, de elocuencia natural, más severo que su padre en orden á la disciplina, pero justo para sus subditos y generoso para los soldados. Su voz dominaba el fragor de las batallas. Fué un infatigable constructor de mezquitas, asilos y escuelas, circunstancia tanto más de notar cuanto que no sabía leer ni escribir. Cuando había de firmar un documento introducía en el tintero cuatro dedos, y bien separados, los estampaba sobre el papel; este signo es lo que se llama la tugra, que los calígrafos de los sultanes han adoptado como motivo del sello imperial. Sintió el fanatismo de la guerra santa y fué un verdadero caballero del Islam. Había heredado de su padre un formidable núcleo de generales hábiles y valientes, como el bey Evrenos, Hadj-Ilbéki (ex-visir del príncipe de Karasi), Ghasi-Fazil, Lalaschahin, Kara-Kalil-Chérendeli, Indjé-Balaban, Timurtasch, y los hijos de Mikhal Koeze (los Mikhal Oghli). No obstante, Murad era el más bravo, el más diestro y el más piadoso de todos.

Los emires seldjúkidas opusiéronse al primer avance que le impulsaba hacia Europa. Su padre ya se había visto obligado á luchar contra el de Karasi, á quien desposeyó de la Misia con Pérgamo. Esta vez fué Ala-ed-Did príncipe de Karamania, más poderoso que los otros ocho emires, el que manifestó su envidia contra el creciente poderío de los osmanlíes. Primero sublevó contra Murad á unos vasallos de éste, á los akhi ó grandes propietarios de Galacia, dueños de la ciudad de Angora (Ancyra). Murad los derrotó y guarneció á Angora. El príncipe de Karamania no se atrevió á movilizar sus huestes; y Murad obligó al príncipe de Hamid á cederle sus Estados. De esta suerte, los emiratos quedaron reducidos á siete. Después irrumpió el territorio del de Kermian, casando á su hijo Bayaceto ó Bayezid con la hija del emir, que le llevó en dote á Kutaieh y parte de Frigia. Más adelante, los príncipes seldjúkidas, de origen análogo al de los osmanlíes y caudillos de naciones tan valientes como los otomanos, dieron á éstos tanto que hacer como los más poderosos Estados europeos. Su ruina fué paralela á la del Imperio griego y de los Estados danubianos, consumándose casi al mismo tiempo la conquista de las penínsulas anatólica y balkánica.

Los generales de Murad ya habían emprendido en Europa la guerra contra el Imperio. A la llegada del sultán se sitió á Andrinópolis; en 1360 fué conquistada esta ciudad, segunda del Imperio helénico, siendo erigida en capital provisional de los otomanos. Luego se tomó á Vardar (á orillas del rio del mismo nombre), Eski-

Zagra, Yeni-Zagra y Filipópolis. Apresáronse tantos cautivos, que el precio medio de un esclavo bajó á veinticinco aspres.

La conquista casi total de Tracia puso á los osmanlíes en contacto directo con las dos poderosas naciones eslavas de la península: hemos nombrado á los búlgaros y los servios. Por otra parte, el papa Urbano V predicaba la cruzada contra los musulmanes, llegando su voz á un tiempo á los oídos de los soberanos de Occidente y á los de los príncipes del Sud-Este, enterados ya del peligro que corrían. Entonces se formó una liga entre Luis de Anjou, el rey de Hungría, Vukachin y Ugliecha, príncipes de la Servia meridional, Tvertko de Bosnia, Sischman, zar de Bulgaria y Mircea, voievoda de Valaquia. Al parecer, los cristianos reunieron sesenta mil hombres. Lalaschahin, que los encontró cerca de Chirmen, junto al Maritza, tenía menos soldados, pero encargó á Hadj-Ilbeki, «león del combate, sostén de la verdadera fe», que practicara un reconocimiento con cuatro mil jinetes. Favorecido por la obscuridad de la noche, el caudillo sorprendió el campamento de los aliados, y al son de los tambores y pífanos, se lanzó en medio de ellos gritando ¿Akbar! y causando en sus filas formidable carnicería (1371). Al huir, Vukachin y Ugliecha, se ahogaron-en el Maritza. Cuéntase que el rey de Hungría debió su salvación á una estampa de la Virgen que llevaba sobre el pecho. En acción de gracias á la Madre de Dios, le consagró la iglesia de Mariazell, mientras Murad, en recuerdo de su triunfo, erigia mezquitas en Bilidjik y en Brussa.

El lugar donde Hadj-Ilbeki dispersó al gran ejército cristiano, fué llamado por los turcos Sirf-Sindughi (derrota de los servios). Esta victoria hacíales dueños del resto de Tracia, de Bulgaria y de una parte de Servia. También sometióse el héroe legendario de Servia Marko Kralievitch (hijo de rey, hijo de Vukachin). La república de Ragusa envió al vencedor embajadores que firmaron un tratado de amistad y de comercio, comprometiéndose á pagar un tributo anual de quinientos ducados de oro. Fué el primer tratado entre un Estado cristiano y los turcos (1365).

En 1371, Murad obligó á un príncipe búlgaro de segunda categoría, llamado Constantino, á entregarle la rica ciudad de Kiüstendil (Giustendil, en memoria de Justiniano). Después tomó á los bizantinos Chatal-Burgas, Indjighis y Apolonia (1372); y arrebató á unos régulos búlgaros las ciudades de Despoto Dagh (Rhodopis) y Serres (1373). Los servios perdieron á Nisch (1375). Lázaro de Servia pidió entonces la paz, mediante un contingente anual de mil jinetes y un tributo de mil libras de plata (1376). También Sischman de Bulgaria hubo de satisfacer tributo y dar su hija al vencedor. En 1382, habiéndose retrasado el pago de semejantes obligaciones, Indje-Balaban se apoderó de Sofía, la segunda ciudad de Bulgaria y Timurtasch, é invadiendo el centro de la Macedonia búlgara ó servia, conquistó á Monastir, Prilep, Istip, y Sriady (Triaditza).

Desde la paz impuesta á los bizantinos en 1373, Murad no había atacado sus posiciones. Ya hemos visto cómo Juan V se convirtió en vasallo del sultán, y cómo perdonó Murad á Manuel su descabellada y generosa tentativa contra Feres. Más graves fueron los lances provocados por Andrónico, el otro hijo de Juan V, quien fraguó una formidable conspiración con Saudji, hijo de Murad. Ambos jóvenes debían ayudarse mutuamente á deshacerse de sus padres. Murad mandó sacar los ojos á su vástago (más adelante le cortaron la cabeza) y dispuso que sus cómplices, nobles jóvenes musulmanes, murieran decapitados por sus propios padres. Después exigió que el emperador griego emplease análogo rigor contra su hijo culpable: Juan V mandó cegar, no sólo á su hijo, sino también á su nieto (1375). La operación no se hizo bieu, y Andrónico siguió viendo lo bastante para proseguir sus intrigas. Protegido por el sultán, salió de la cárcel y destronó á su padre y á su hermano, que fueron encerrados en su lugar (1376). Más tarde, el sultán cambió de parecer, y le obligó á reponerles en el trono. Verificada la restitución, Andrónico tuvo que salir de la ciudad, y Murad ordenó que le dieran como feudo vitalicio el resto del Imperio en Europa: Selembria, Heraclea, Rodosto y Tesalónica (1379).

Los Estados eslavos distaban mucho de hallarse sometidos. Lázaro, elegido zar de Servia en 1375, y Sischman, zar de Bulgaria, habían renovado su alianza, y llamando en su auxilio á los bosniacos, herzegovinos, albaneses y valacos, pusieron en pie de guerra un ejército de doscientos mil hombres. Presto vencieron en Toplitza, donde de veinticinco mil otomanos, sólo se pudieron salvar cinco mil. Para evitar que los servios se reunieran á los búlgaros, el visir Alí Bajá se lanzó sobre éstos, apoderándose de Tirnovo y luego de Chumla. Hallábase sitiando á Nicópolis, cuando llegó el sultán. Sischman se apresuró á implorar la protección de su terrible yerno, logrando la paz mediante el pago de los tributos atrasados y la cesión de Silistria. Pronto se advirtió su falta de sinceridad y se reprodujo la guerra. Alí Bajá sitió de nuevo á Nicópolis, y Sischman tuvo que rendirse á discreción. Vestido con un sudario, y en compañía de su mujer y su hijo, se postró á los pies del visir, quien le envió al campamento de Murad, que le perdonó otra vez.

Laboriosa fué la sumisión de Servia. La batalla de Kossovo (Campo de los Mirlos, 1389) hállase enlazada tan íntimamente con la historia, la leyenda y la literatura del pueblo servio, que debemos dedicarla muy preferente atención. Así nos ocuparemos de ella en el lugar oportuno. Allí perecieron los héroes servio y otomano, padeciendo ambos, cada cual, por su parte, el martirio por el hierro. La víspera de la batalla, Murad había pedido á Dios la merced de morir por la verdadera fe.

Bayaceto I. Primera conquista de la península balkánica.

Bayezid ó Bayaceto sucedió á su padre en el campo de batalla de Kossovo. Su primer acto, frente al cadáver de su progenitor, fué disponer el suplicio de su único hermano Yacub. El fué quien erigió en ley del Estado el fratricidio, haciendo que el fetva de los teólogos consagrara esta bárbara práctica, que estos sancionaban con el versículo del Corán: «La rebelión es peor que las ejecuciones.»

Bayaceto era tan valiente y activo como su padre. Por la rapidez de sus marchas mereció el sobrenombre de Ilderim (el Relámpago). Era ilustrado (lo que no fué su padre), pero también era cruel, orgulloso basta la demencia, esclavo de todos los vicios, basta de los más vergonzosos. Sus excesos en la mesa tornaron impotente (podagra y chiragra) dice Calcocondylas), á quien antes se denominó «el Relámpago». Débesele la institución de los pajes (itschoglans, por corrupción icóglans), vivero de altos dignatarios y generales.

Bayaceto empezó por lucrarse de la victoria de Kossovo. Estéfano y Vuk Lazarevich, hijos del zar ejecutado sobre el cuerpo de Murad, recibieron la investidura de Servia como príncipes tributarios. Su hermana Olivera ingresó en el harén de Bayaceto.

Después de subyugar toda la parte septentrional de la Península, se ocupó de Constantinopla. Incesantemente molestó á Juan V y á Manuel II, exigiendo á éste, emperador asociado, que le acompañara en todas sus campañas, más bien como soberano en rehenes que como jefe de contingente, pues acaudillaba sólo cien hombres. Como aquellos príncipes habían prometido á su padre la posesión de Filadelfia, la última ciudad griega del Asia Menor, y los habitantes se negaban á franquear sus puertas á los bárbaros, convocó á sus vasallos Estéfano de Servia y Manuel de Bizancio, para sitiarla. Este último vióse forzado á dirigir el asalto de su propia ciudad (1391). En seguida, Bayaceto le obligó á emprender con su contingente los trabajos de reparación de Galípoli, y á secundar los preparativos de su devastadora expedición contra Chios, Eubea y Atica. Temblando por su propia capital, el anciano emperador Juan V intentó reparar algunas brechas, pero Bayaceto le ordenó que suspendiera las obras, si no quería que le sacaran los ojos á Manuel, que estaba en el campamento turco. Al morir Juan V (1391), Manuel pudo evadirse y tomar posesión de su capital. Enfurecido, Bayaceto le exigió el pago del tributo.

Otros cuerpos del ejército turco invadieron á Bulgaria y á Bosnia, y amenazaron á Valaquia, cuyo príncipe Mircea se apresuró á declararse tributario. Fué la primera

invasión de Hungría, á la que en verdad no acompañó el éxito, pues los turcos sufrieron una tremenda derrota en Nagy-Olosz (1391). Al año siguiente, el rey Segismundo de Hungría llevó la guerra al territorio otomano, venció á los turcos y á los valacos, y se apoderó de la Pequeña Nicópolis junto al Danubio. No obstante, hubo de retroceder ante fuerzas superiores, y en la retirada, apenas le faltó para morir á manos de un spahi.

Mientras que el rey de Hungría formaba alianzas para una nueva guerra, Bayaceto terminaba la conquista de Bulgaria. Después de un sitio de tres meses, Tirnovo fué tomada por asalto, siendo saqueadas sus iglesias, dispersadas las reliquias, arrojado á los perros el pan eucarístico, y los cadáveres de los fieles abandonados insepultos. El patriarca Eutimii marchó deportado á Asia con una muchedumbre de habitantes. Como los demás se lamentasen y le preguntaran: —«¿Con quién nos dejas?»; él respondió: —«Con la Santísima Trinidad, ahora y para una eternidad.» Ignórase cómo murió Sischman[12] (1). Fallecido el zar, prisionero el patriarca, deportado lo más escogido de la población, tomadas las plazas una tras otra, no quedaba nada de Bulgaria.

Cuando Bayaceto regresó de una campaña en Asia Menor, donde acababa de derrotar y despojar á los emires seldjúkidas, el rey Segismundo le mandó preguntar con qué derecho había destruido á Bulgaria, y Bayaceto se concretó á enseñar los arcos y las flechas que adornaban su sala de recepciones (1394). Al mismo tiempo, adivinando que en el Norte del Danubio se formaba una tormenta contra él, y no queriendo dejar tras de sí á Constantinopla, aceleró sus preparativos para transformar el bloqueo de esta ciudad en un sitio en toda regla, que no empezó por falta de tiempo.

La cruzada. Batalla de Nicópolis.

Esta vez se oyó en Occidente el grito de angustia lanzado por Hungria. El rey Carlos VI acogió benévolamente una embajada húngara presidida por Nicolás de Kanysa, arzobispo de Gran. El conde de Eu, condestable de Francia, el mariscal de Boucicaut, el conde de la Marche, Enguerrando de Marigny y Enrique de Bar

[12] Según las crónicas turcas, fué conducido á Filipópolis, y ejecutado por orden de Bayaceto. Su hijo, llamado también Sischman, abjuró, nombrándosele gobernador de Sansun (Asia). Segun la "leyenda búlgara, el zar murió como un héroe, «atravesado por siete heridas, de las cuales brotaron siete fuentes», y se le sepultó en un «féretro de siete codos». Dicen que sucumbió en las fuentes del Maritza, en el sitio llamado hoy Kosteno pole, (campo de las osamentas), cerca de Kostenetz (el osario). No lejos de alli levántase un castillo que se llama Sischmanetz, donde, según la leyenda, resistióse el zar tan terriblemente que cambiaron de color las aguas del Topolnitza, y las ruinas de Sischkin Grad, donde libró un gigantesco combate contra diez mil genízaros. Precisa confesar que el relato turco se adapta mejor con lo que, sabemos acerca del carácter de Sischman.

empuñaron las armas. Proclamóse jefe de la cruzada á Juan sin Miedo, hijo del duque de Borgoña, que le dió como consejeros á Felipe de Bar el almirante Juan de Viena, y Guido y Guillermo de la Tremoille. Sus huestes se componían de caballeros y gente á sueldo, sumando un total de diez mil hombres. En Alemania se armaron el conde palatino Roberto, Hermán II, conde de Cilly, Juan III, burgrave de Nuremberg, un conde de Katzenellhogen y cierto número de caballeros teutónicos. También hubo cruzados flamencos, luxemburgueses, ingleses y suizos. Venecia facilitó dinero y galeras, y los caballeros de Rodas enviaron su escuadra, capitaneada por el gran maestre Filiberto de Naillac. De Polonia y de Valaquia, con Mircea, acudieron contingentes. Olvidando de momento sus disensiones, el Occidente realizó un supremo esfuerzo para salvar á Hungría de la invasión, y á Constantinopla de la ruina. Enardecido el emperador griego Manuel, prometió divertirse extraordinariamente á costa de la expedición.

Señalada Buda como punto de reunión (Julio de 1396), Segismundo concentró allí el ejército húngaro y valaco. En su opinión, debía aguardarse á Bayaceto en Hungría, porque le parecía preferible la guerra defensiva con un ejército integrado por tantas naciones. Los caballeros de Occidente le contestaron, por conducto de Coucy, que habían ido para batirse y no para aburrirse en un campamento. Entonces bajaron el Danubio hasta Orsova, atravesando el río por más abajo de las Puertas de Hierro. Después se apoderaron de Viddin, mal defendida por el príncipe búlgaro Sracimiro. Así llegaron delante de Rackhova; los franceses lanzáronse al asalto sin aguardar la llegada de los húngaros, pereciendo inútilmente en las escaleras. Apenas se presentó el rey de Hungría, los habitantes cristianos obligaron á la guarnición á capitular.

El 12 de Septiembre arribó el ejército cristiano al pie de los muros de Nicópolis. Esta plaza hallábase bien fortificada, con numerosa guarnición, y defendida por el bey, veterano de las guerras otomanas. Faltando el material de sitio, Boucicaut dijo: «Pronto se hacen escaleras.» Los franceses intentaron escalar á Nicópolis, pero fracasaron, y el sitio se transformó en bloqueo. Los franceses cercaban la plaza por la parte de tierra (ribera derecha del Danubio); las galeras, en este río, cerraban el círculo. Los húngaros, alemanes, valacos, etc., habíanse instalado en un gran campamento, junto al Danubio, más abajo de Nicópolis.

Los cruzados franceses discurrían por doquier, viviendo en constante diversión. Decíase que Bayaceto, á quien se creía en Asia, no se atrevería á pasar de nuevo el Bosforo. Lo cierto era que entonces hallábase sitiando á Constantinopla. Apresuróse á quemar sus máquinas de sitio, y salió para Nicópolis. Desconfiando que pudiera acercárseles, los cruzados reputaron como espías de los turcos á los primeros que anunciaron su proximidad, y á muchos de ellos les cortaron las orejas.

Más tarde, mejor informados, degollaron á unos mil prisioneros, traídos de Rackhova.

En la noche del 24 de Septiembre de 1396, los jefes celebraron consejo de guerra, y Segismundo propuso confiar la vanguardia á Mircea con sus valacos; á ello impulsábale la escasa confianza que podían inspirarle aquellos soldados. En segunda linea avanzarían los húngaros, tropa ligera muy á propósito para la guerra asiática. Los franceses formarían la «batalla», es decir, el grueso del ejército, llevando á retaguardia al resto de los húngaros, los alemanes, los bosniacos, etc. Aunque este plan era muy acertado, los franceses se negaron resueltamente á secundarlo. El condestable declaró considerar como un agravio mortal no haberle incluido en primera fila. Por su parte, los caballeros rehusaron ceder el puesto de honor. Fue inútil que Coucy, Boucicaut y Juan de Viena defendieran la opinión del rey.

El ejército de los cruzados constaba aproximadamente de cien mil hombres[13], pero integrábanlo ocho ó diez naciones. El de Bayaceto contaba con ciento diez mil, y (fuera del contingente servio) sólo se componía de guerreros musulmanes, en general bien disciplinados y acuciados por el fanatismo religioso.

Al amanecer del 25 de Septiembre, los franceses, anticipándose á la diana del ejército, salieron del campamento y se formaron en línea de batalla. En vano les rogó Segismundo, por última vez, que aceptaran su plan. Apenas se hubo alejado, el condestable dió la señal de atacar, y aquella masa de hierro se puso en movimiento á los gritos de ¡Viva San Dionisio! ¡ Viva San Jorge!

Apresuróse Segismundo á formar su ejército detrás de ellos. Los transilvánicos, mandados por Estéfano Laczkovitch, constituían el ala derecha; la caballería húngara, con el palatino Nicolás de Gara, los mercenarios checos, con Hermán de Cilly y los alemanes, con el burgrave de Nuremberg, formaban el centro, y Mircea y sus valacos, el ala izquierda.

El ejército turco estaba distribuido en tres divisiones: en la primera figuraban las tropas irregulares. akindji y azabs, y un cuerpo de genízaros; en la segunda, la infantería asiática, flanqueada en las dos alas por los spahis; detrás, la flor de la infantería y caballería, cuarenta mil hombres, con los genízaros y spahis de la

[13] Kísb adopta la cifra de ciento veinte mil, y los descompone así: caballería hungara, treinta y seis mil; mercenarios húngaros á sueldo del rey, veintiséis mil; infantería rumana de Transilvania, diez y seis mil; franceses, catorce mil; cruzados alemanes, seis mil; mercenarios alemanes y checos, doce mil; valacos diez mil.

Puerta; y por último, á la derecha, algo apartados del resto del ejército, estaban los cinco mil servios de Estéfano Lazarevitch.

La furiosa carga de los franceses empezó por barrer á los irregulares, y después arremetió contra los genízaros de la primera línea, resguardados detrás de una hilera de estacas inclinadas, cuyas puntas amenaban al pecho de los caballos. Los franceses atravesaron esta débil muralla, acuchillando á los genízaros, sembrando la llanura de millares de cadáveres turcos y entrando como una cuña en el ejército otomano. Comprendiendo sus jefes que estaban perdidos si no redoblaban su audacia, se lanzaron sobre la segunda división de Bayaceto, dispersándola y matando á cinco mil turcos. Este avance formidable quebrantó hondamente las filas de los franceses, rindiendo á los hombres y los caballos. Habría sido menester replegarse sobre los húngaros y formarse para un nuevo ataque. Los jefes más prudentes se lo aconsejaron así al condestable que, por toda contestación, mandó cargar sobre la tercera linea turca. Fué imposible romperla. A derecha é izquierda caían otras divisiones otomanas sobre los flancos de los cruzados. En tan supremo peligro ¿ayudáronles los aliados, á quienes se había abierto camino? No; aquel fué el momento escogido para hacer defección por Mircea y sus valacos en el ala izquierda) y por Laczkovitch y sus transilvánicos (en el ala derecha). Sobrecogidos por el pánico, se desbandaron el núcleo principak del ejército húngaro, los bosniacos y los búlgaros.

El rey Segismundo, el ban Nicolás de Maroth, el palatino Nicolás de Gara, el arzobispo de Gran con la caballería húngara, Hermán de Cilly con sus mercenarios checos y alemanes, y los cruzados alemanes y polacos lucharon valerosamente para salvar á los franceses, pero los servios, que hasta entonces no habían entrado en batalla, acechando una ocasión propicia, cargaron contra Nicolás de Gara.

La derrota de los aliados fué definitiva. Los franceses, entregados á sus propias fuerzas, se defendieron como «jabalíes acorralados», como «lobos furiosos». Vendieron caras sus vidas á «aquellos perros». Reunidos en grupos de ocho ó diez, los caballeros herían y mataban con sus aceros. El estandarte de la Virgen, defendido por Juan de Viena con diez compañeros, rodó por tierra seis veces, y otras tantas volvió á ondear, hasta que sucumbió el almirante, estrechando entre sus brazos aquella bandera hecha jirones.

En otro extremo del campo de batalla se batía vigorosamente el rey Segismundo, cuyo pendón de guerra, llevado por el hijo de Nicolás de Gara, cayó en poder del enemigo. Los cruzados huyeron hasta el Danubio, donde las naves de Rodas y Venecia recogieron los restos del ejército.

El triunfo de Bayaceto fué rotundo. Las tiendas, algunas de ellas magníficas, todo el material de guerra cayó en su poder. Pero la victoria le costó cara; treinta ó cuarenta mil de los suyos quedaron en la llanura que se extiende al SO. de Nicópolis. Especialmente donde habían combatido los franceses, «por cada cristiano que yacia muerto en el campo, se encontraban más de treinta turcos ú otros hombres de su grey». Enfurecido Bayaceto, ordenó la matanza de los prisioneros. Durante el día 26 no cesó el degüello, siendo pasados á cuchillo tres mil hombres. Comenzóse por perdonar á aquellos de quienes se esperaba obtener copioso rescate, entre ellos Juan sin Miedo, el condestable de Eu, el mariscal de Boucicaut, el conde de la Marche, el señor de Coucy, Enrique de Bar, Guido de la Trémoille y algunos prisioneros menores de veinte años, como Schiltberger, futuro historiador de la campaña. Bayaceto suspendió la matanza, pues sus soldados no querían perder todos los cautivos que constituían la parte más lucrativa del botín.

Cuando se recibió en Erancia la noticia del desastre, todas las campanas de París doblaron á muerto, acudiendo inmensa concurrencia á los funerales. Forzoso fué resignarse á enviar á Turquía una embajada cargada de ricos presentes para negociar con el sultán el rescate de los cautivos, que fué valuado en 200.000 florines. Antes de despedir á sus prisioneros, quiso ofrecerles el espectáculo de una caza con halcón y con leopardos, en cuya fiesta figuraron siete mil halconeros y seis mil perreros; los perros llevaban mantas de raso y los leopardos collares de diamantes. Bayaceto dijo á Juan sin Miedo: «No quiero exigirte el juramento de no volver á pelear contra mi. Si alguna vez deseas hacerlo, me encontrarás siempre dispuesto á recibirte en el campo de batalla, porque he nacido para la guerra y la conquista.» A cambio de los presentes que le había enviado Carlos VI, mandó á éste armas de hierro, un corcel de guerra con el hocico hendido, diez corazas de fieltro, un tambor y arcos cuyas cuerdas eran de piel humana. También envió mensajes de victoria á los príncipes de Egipto y Asia, acompañándolos de prisioneros cubiertos con su pesada armadura de hierro, para demostrar cómo eran los hombres á quienes había vencido.

Consecuencias de la batalla de Nilcópolis.

Esta victoria, debida especialmente á los cinco mil servios de Lazarevitch, debía gravitar pesadamente sobre la Europa del Sud-Este. Una vez sometidas Bosnia, Bulgaria y las Rumanias, las hordas turcas irrumpieron en Syrmia, y Estiria, tomaron á Mitrovitza (Syrmium, junto al Save), incendiaron á Pettau y cogieron diez y seis mil cautivos. Hungría empezó á conocer entonces los horrores de la invasión otomana, que había de sufrir durante tres siglos.

Bizancio atravesaba una situación en extremo crítica, pues Bayaceto se presentó de nuevo delante de sus murallas, intimando al emperador á que le entregara la ciudad. Este cerró las puertas y se reanudó el sitio. Los turcos ignoraban todavía el arte de

la Poliorcética y además no dominaban el mar, de modo que fracasó el intento (1397), cuyas consecuencias fueron funestas para Helada y Morea. Bayaceto invadió la Tesalia y sometió las tribus vlacas. El obispo griego de Focis le pidió auxilio contra Trudeluda, soberana latina de Salona, viuda de Luis de Aragón. En vano fué que ésta suplicase, en unión de su hija, al sultán y que pagara el tributo; Bayaceto destronó á la madre, é hizo que 1a hija ingresara en su harem. Entre tanto, Evrenos y Yacub, con cincuenta mil turcos, forzaron la muralla del istmo, asolaron el territorio veneciano de Modón, tomaron por asalto la ciudad veneciana de Argos, derrotaron al déspota Teodoro y después á Pedro de San Superan, jefe de los navarros y lugarteniente de la Santa Sede en Patras. Todos los Estados de la península corrieron sucesivamente igual suerte.

Bayaceto sublevó contra Manuel II á su sobrino, casi ciego, Juan VII, hijo de Andrónico. Deslumbrado por las proposiciones del enemigo de su familia, el joven principe marchó contra Constantipopla, al frente de diez mil turcos. Manuel II, amenazado ya por un partido de la ciudad, prefirió entrar en negociaciones con su sobrino, compartir con él su mísera corona, y asociarlo al Imperio. Bayaceto no quiso ratificar el concierto como los dos emperadores no se sometieran á las condiciones que impusiera previamente á Manuel II: pago de un tributo, instalación en Constantinopla de un cadí, un imán y una cuarta mezquita. Manuel II se negó á tales exigencias, que Juan VII hubo de conceder durante el viaje de su tío á Europa.

Comprendiendo Manuel que la ruina del Imperio era inminente si no alcanzaba un socorro eficaz y rápido de Occidente, solicitó reiteradamente la protección de los príncipes italianos, del papa de Venecia y de los reyes de Francia y de Inglaterra. Francia fué la única que demostró alguna generosidad con él. Carlos VI, que se acordaba de Nicópolis, empezó por no prometer nada, pero al fin dejó marchar á Boucicaut, uno de los vencidos de 1396. El mariscal acaudillaba mil doscientos hombres, entre ellos la flor de la nobleza y capitanes aguerridos como el gascón Barbassan. Después de forzar la entrada de los Dardanelos, derrotando á siete galeras turcas, entró en Constantinopla, donde fué recibido como un libertador (1399), siendo nombrado gran condestable del Imperio. Inmediatamente se dirigió contra los sarracenos. Atacó á los turcos en la costa de Asia, y fué derrotado delante de la inexpugnable Nicomedia, pero tomó á Riva-Kalessi, á cuyos habitantes degolló. No alcanzó más triunfos.

Estas hazañas sólo podían servir para exasperar al sultán contra Manuel II. Para salvar al Oriente griego habrían sido menester otros sacrificios de parte del Occidente latino. Abdicando el poder en su sobrino y colega Juan VII, Manuel emprendió un viaje por Europa, para suplicar y conmover á los príncipes y á los pueblos, informándoles del peligro que amenazaba á todos. Visitó á Venecia, las metrópolis italianas, París y Londres. En Francia residió dos años, durante los

cuales discutió ampliamente con los doctores de la Sorbona. Entre tanto, Bayaceto cercó á Constantinopla, cuya salvación no se debió al auxilio del Occidente, dividido, sin energías é indiferente. Sus libertadores surgieron de las profundidades de Asia.

Conflicto entre el Imperio osmanlí y el Imperio mongólico. Batalla de Angora.

Los otomanos avanzaron simultáneamente en Asia y Europa. Urkhan y Murad I habían sometido tres de los nueve emiratos seldjúkidas. Al saber la muerte de Murad, los otros seis formaron una liga contra su sucesor, pero bastó que Bayaceto se presentara en Brussa, para que se deshiciera la confederación. La toma de Filadelfia á los griegos (1391) produjo la caída del emirato de Aidin. También fueron conquistados los de Saru-Khan, Manteche y Tekke. Bayaceto atacó á Alí-Beg, príncipe de Karamania, se apoderó de su capital Konieh, le desterró á la Cilicia Petrea y no le otorgó la paz sino mediante la cesión le sus mejores provincias. Después acabó de despojar á su suegro Yakub, príncipe de Kermian, y le redujo á prisión. En 1392, Ali Beg, que había vuelto á empuñar las armas, fue derrotado en la llanura de Aktchai, cerca de Konieh, donde sufrió la pena capital.

Por aquel entonces se había fundado un principado nuevo en las provincias de Sivas, Tokat y Kaisarieh (Cesárea), cuyo organizador, Ahmed-Burhan-ed-Din, apellidado el Cadí, contando con el concurso de algunas hordas tártaras y turcomanas, podía movilizar de veinte á treinta mil hombres. Bayaceto no le dejó arraigar: así expulsó al Cadí y se apoderó de Sivas, Kaisarieh, Tokat y Amasia (1392). En aquel año desapareció el último principado seldjúkida, el de Kastamuni, donde reinaba Bayaceto el Baldado. Este había recogido á los príncipes fugitivos de Aidin, Saru-Khan y Menteche, y mantenía amistosas relaciones con el voievoda de Valaquia. Al saber que se acercaba el sultán, se murió de repente. Su hijo y heredero Isfendiar se encerró en Sinope. Kastamuni, Samsun, Heráclea y Amastris quedaron entonces anexionadas al Imperio osmanli (1393).

Estas conquistas, aproximando al Eufrates las fronteras de este Imperio, le abocaban al peligro más terrible. En las estepas del Asia Central habiase formado otra vez, con Timur, un nuevo Imperio mongólico, que abarcaba ya la Transoxiana, el Djagatay, casi todo el Irán, las regiones caucásicas y rusas y el Indostán del Norte. Por la conquista reciente de Armenia y Georgia, confinaba con el Imperio turco. Timur y Bayaceto, los dos azotes de Dios, estaban frente á frente: uno era el turco puro de las estepas, otro el osmanli, el turco mestizo y degenerado. No habían de faltarles ocasiones de venir á las manos. Bayaceto expulsó de Erzendjan al príncipe Taherten, que había aceptado la investidura de manos de Timur. En el campamento mongol refugiáronse todos los príncipes despojados por Bayaceto: el de Kermian, disfrazado de domesticador de monos; el de Menteche, con el rostro cubierto por

una larga y espesa melena; el de Aidin después de recorrer los pueblos actuando de funámbulo. A su vez, Bayaceto acogía á los príncipes rebeldes á Timur, como el turcomano Kara-Yusuf. Timur envió al sultán embajadores con una carta amenazadora, y Bayaceto los despidió con palabras insultantes. Timur atravesó inmediatamente las fronteras del Imperio osmanli y se apoderó de Sivas, ciudad de cien mil almas (1400). Mandó matar á todos los habitantes, enterrar vivos á los cristianos y degollar á Ertogrul, hijo de Bayaceto, nombrado por su padre gobernador de la plaza. Bayaceto se apresuró á regresar á Asia. Cierto día dijo á un pastor que cantaba acompañándose con el caramillo: «Cántame esta canción: No debiste dejar tomar á Sivas ni degollar a tu hijo.» No encontró á Timur donde pensaba hallarle; el emir saqueaba á Malatia, batallaba contra el soldán de Egipto, le quitaba sus plazas de Siria, destrozaba á los mamelucos cerca de Alepo, y tomaba y saqueaba la ciudad (1400). Después conquistó á Hama, Hems, Balbek (Heliópolis), y derrotó ó los egipcios junto á Damasco, que fué tomada é incendiada (1401). El mismo año saqueó á Bagdad. Entonces reapareció al NO., se apoderó del fuerte osmanli de Kumakh, restauró á Taherten en Erzendjan y acampó en Sivas. Allí recibió de Bayaceto un mensaje lleno de agravios, donde el sultán se atrevía á hablarle de su harén, amenazándole con el «triple divorcio de sus mujeres» , insulto supremo entre musulmanes, é intimándole á que compareciera ante su presencia. —¡El hijo de Murad está loco!— exclamó el conquistador.

Timur llegó presto ante los muros de Angora, cuya plaza sitió para atraer á Bayaceto á la vasta llanura de Chibuk-Abad que rodea la ciudad. Bayaceto cayó en el lazo y acudió para salvar la plaza. Doscientos ó trescientos mil timurianos se dispusieron á luchar contra ciento veinte mil otomanos. Los nueve cuerpos del ejército de Timur estaban acaudillados por sus cuatro hijos y cinco nietos. Al frente de sus huestes llevaba treinta y dos elefantes traídos de la India. Los cuerpos del ejército otomano obedecían las órdenes de los cinco hijos del sultán: Solimán, con las tropas de Asia, en el ala derecha; Isa, Musa y Mustafá, en el centro con su padre; Mohamed, con las tropas de reserva. Los servios, mandados por Lázaro Vulkovitch, furmaban el ala izquierda .

El 20 de Julio de 1402, á las seis de la mañana, pusiáronse en movimiento los dos ejércitos; el de los otomanos gritando: ¡Allah!" y el de los mongoles al grito de ¡Surun! La lucha fué encarniznda. En el ala izquierda de los osmanlíes, los servios se distinguieron hasta el punto de admirar á Timur, que exclamó: «Esos desdichados se han batido como leones.» De pronto, en el ala derecha de Bayaceto, se pasaron al enemigo los contingentes seldjúkilas de Saru-Khan, Menteche y Kermian, que sabían que sus príncipes se encontraban en el otro ejército, y los mercenarios kharesmianos que veían el estandarte del emperador de su raza. Rodeado de sus tres hijos y de sus genízaros, Bayaceto peleó, hasta la noche. Después intentó huir, pero ya era tarde. Habiéndose caído del caballo, sus enemigos le hicieron prisionero.

Timur acogió respetuosamente al vencido, le hizo sentar á su lado, le asignó como morada tres magníficas tiendas, y le recluyó en compañía de Musa, el único de sus hijos á quien se pudo encontrar[14]. Después de todo, Bayaceto y Timur eran campeones de la ortodoxia musulmana. Parece que al fin, Timur consintió en enviar á Bayaceto á sus Estados, pero el cautivo murió de pena.

A ras de la batalla de Angora, Timur no se ensañó con el Imperio otomano. Satisfecho con que su nieto Mohamed persiguiera los restos del ejército vencido, tomó é incendió á Brussa y asoló á Bitinia. Timur restauró á los emires seldjúkidas. En las márgenes del Eufrates instaló á Kara-Yuluk, fundador de la dinastía turcomana del Carnero Blanco. Después se dirigió personalmente á Esmirna que, desde cincuenta y siete años antes, pertenecía á los caballeros de Rodas, y se apoderó de ella saqueándola. Los genoveses de Focea, Lesbos y Chios se le sometieron. Finada la tormenta regresó al Este, muriendo en el camino de Chios (19 de Febrero de 1405).

Consecuencias de la batalla de Angora: la anarquía otomana.

Hemos visto á los hijos de Bayaceto arrastrarse á los pies del vencedor de su padre: Solimán, el primogénito, recibió de él, como feudatario, las provincias turcas de Europa; los otros tres se disputaron lo que restaba á los osmanlíes de sus provincias de Asia.

La batalla de Angora prolongó cincuenta años la existencia del Imperio griego. Por vez primera pudo Manuel II vivir tranquilo. En seguida destituyó á su sobrino Juan VII, su colega, impuesto por Bayaceto, y expulsó de Constantinopla al cadí, al imán y á los residentes turcos, mandando, por último, demoler las mezquitas. Entonces hubo de hacer él con los príncipes osmanlíes lo que Bayaceto hiciera con los Paleólogo, enemistándoles entre si. Solimán, que reinaba en Andrinópolis, le pidio protección, entregó en rehenes á una de sus hermanas, se casó con una de las sobrinas de Manuel y devolvió á Tesalónica y una parte de Macedonia y Jonia. Su hermano y sucesor Musa reconquistó á Tesalónica, pero fué expulsado por los griegos y su flota derrotada por la escuadra imperial reconstituida, fracasando en un ataque contra Constantinopla. Manuel llamó en su auxilio á Mohamed, ayudando á éste á derrotar á Musa, que fué preso y estrangulado. Mohamed acabó por ser el sultán único, pero con un imperio harto mezquino (1413-1421). Este principe tan valiente, que había realizado en Asia hazañas legendarias, fué aliado y casi protegido de Manuel II, sin protestar de que diera asilo á su hermano rebelde

[14] El sultán quiso huir, pero Timur le trasladó en una litera enrejada: tal es el origen de la leyenda de la jaula, de hierro.

Mustafá, y restituyéndole los nuevos territorios junto al Euxino y la Propóntida. Las provincias de Asia robábanle gran parte de su tiempo, pues había menester luchar contra el príncipe de Karamania, y contra las sectas religiosas, como la del juez Bedr-ed-Din y el judío converso Torlak Hu-Kemali, que predicaban la igualdad absoluta y el reparto de bienes, sublevando á los pobres y desencadenando la «Jacquerie» de los «dervises».

Murad II: restauración del Imperio Turco.

Mohamed I designó como sucesor á su hijo Murad, que se encontraba entonces en Asia. Murad II, príncipe enérgico y piadoso, había de consagrar un reinado de treinta años (1421-1451) á restaurar el Imperio. Su tío el gran jeque Bokkari le ciñó el sable regio en Brussa.

Manuel II sublevó contra Murad á su tío Mustafá, que, auxiliado por los griegos, sitió á Galípoli. Murad acudió personalmente á defender la plaza, derrotando, haciendo prisionero y mandando ahorcar á su tío. El sultán, queriendo vengarse de los griegos, acampó delante de Constantinopla. Fué el cuarto sitio de la ciudad por las tropas otomanas. El gran jeque Bokkari había anunciado la toma de la capital para el 24 de Agosto. El mismo día se dió el asalto, pero en lo más empeñado de la acción se apareció sobre las murallas una mujer milagrosa, vestida con una túnica morada, y ante cuya visión huyeron aterrados los musulmanes: era la Panaghia, la Virgen. Raro fenómeno: los turcos, y hasta el mismo Bokkari, creyeron en la realidad del milagro tanto como los griegos. ¡En sus filas militaban muchos cristianos, que mezclaban con las creencias islárnicas las de su primer culto! Este suceso fué causa de que se levantara desordenadamente el sitio (1422).

Además, Manuel II conspiró para que en Asia se sublevara contra el sultán su hermano Mustafá. Este empezó consiguiendo algunas victorias, como la toma de Nicea, pero acabó como su homónimo (1424). De todos modos, aquella estratagema salvó á Bizancio. Murad II no se atrevió á molestar más á los griegos, que eran demasiado hábiles para inventar pretendientes.

Manuel II falleció en 1425, dejando seis hijos: Juan VIII, su colega y sucesor; Andrónico, príncipe de Tesalónica, Teodoro, nombrado por Manuel déspota de Morea; Constantino Dragases, Demetrios y Tomás, que gobernaron sucesivamente el mismo país. El Imperio turco resurgía tan formidablemente amenazador, que uno de los primeros actos de Juan VIII fué restituir al sultán varias ciudades del Mar Negro y pagarle tributo (1424).

Al Sur, Turakhan-Beg invadió la Hélada, forzando la muralla del Hexamilion, apenas defendida por el déspota Teodoro. Solamente se resistieron las colonias

albanesas de Morea, en Tavia y en Gardiki, pero fueron arrasadas, en su lugar, los otomanos elevaron pirámides de cabezas. Al Norte, Firuz-Beg derrotó y sometió al tributo á Vlad de Valaquia (1423); Estéfano Lazarevitch II de Servia renovó su vasallaje. Además se celebró una tregua de dos años con Segismundo de Hungría (1424). A los cuatro años, Jorge Brankovich, nuevo príncipe de Servia, provocó una corta guerra entre los húngaros y los turcos: éstos se apoderaron de Kolumbatz (1428), derrotaron junto á sus muros al rey Segismundo é impusieron á Brankovitch un tributo más oneroso. En 1430, Murad marchó personalmente á tomar á Salónica á los venecianos, que habían despojado de esta plaza al príncipe griego Andrónico. En 1431, los turcos penetraron en Albania y conquistaron á los Tocci la región meridional, con Arta y Janina. Ocho años antes, Murad había obligado á Juan Castriota, principal dinasta del Norte, á entregarle sus cuatro hijos (uno de los cuales era Jorge, el futuro Scander-Beg) y los mandó circuncidar. Al morir Juan (1431), se adueñó de sus Estados. De 1438 á 1439 dominó una nueva coalición de húngaros, servios y valacos, cogió setenta mil prisioneros en Hungría y conquistó á Semendria (Smededero), pero fracasó delante de Belgrado.

Nuevas guerras entre los cristianos del Norte: Morava, Varna.

Entonces se acometieron más encarnizadamente que nunca húngaros y osmanlíes, turcos cristianos y turcos musulmanes. Al morir el valiente Segismundo (1438), á quien sucedió un rey de diez y seis años (Ladislao de Polonia, 1440), se erigió en defensor de Hungría, Juan Hunyadi, voievoda de Transilvania, héroe de raza rumana, que fue apellidado «el caballero blanco de los valacos». Sus primeras campañas fueron fulminantes: la caballería húngara y los asalariados transilvánicos, magyares, checos y alemanes, se desquitaron brillantemente del desastre de Nicópolis. En 1442, primero junto á Hermanstadt y después en Vasag, Hunyadi aniquiló dos ejércitos otomanos. En 1443, la guerra pasó desde los países húngaros á Servia; el mismo sultán fué derrotado junto al Morava, cerca de Nistch, y rechazado más allá de los Balkanes. Durante el invierno, Hunyadi atravesó éstos, cayó sobre los campamentos de los turcos y los destrozó en Yalovatch. Murad II vióse obligado á firmar la tregua de Szégédin, en cuya virtud perdió las Marcas de su Imperio y restituyó á Brankovitch todas las plazas fuertes de Servia y la Valaquia á Vlad. Ambos países quedaron como feudatarios de Hungría. El Tratado se hizo por diez años y fué redactado en los dos idiomas. Murad juró observarlo por el Korán y el joven monarca Ladislao por el Evangelio.

Afectado profundamente por sus derrotas, por aquella paz bochornosa y por la muerte de Ala-ed-Din, su hijo predilecto (Murad siempre profesó cierta melancólica filosofía, una gran devoción y un poco de misticismo), el sultán abdicó, retirándose á una especie de convento en Magnesia, algo así como una abadía de Theléme, en cuyos claustros le acompañaron servidores de ambos sexos. Dejó el trono á su

segundo hijo Mohamed. El futuro conquistador aún no había cumplido los quince años. Su padre le dio como principal consejero el gran visir Khalil.

Apenas se habían alejado del Congreso de Szégédin los plenipotenciarios turcos, presentóse el cardenal Condolmieri, florentino, gran almirante y sobrino del papa. Este príncipe de la Iglesia, el legado Julio Cesarini y los enviados venecianos y bizantinos insistieron en que se debían reanudar las hostilidades: el legado sostenía que Ladislao no se hallaba obligado á cumplir la palabra empeñada á un infiel. Aunque triunfaron de la resistencia de Hunyadi ofreciéndole la corona de Bulgaria, se acordó aguardar que los turcos restituyeran las plazas de Servia.

Verificada esta devolución, Hunyadi invadió á Bulgaria con diez mil hombres y puso sitio á Varna. Asombrado del escaso número de los cruzados, Vlad de Valaquia, que se le unió con cinco mil soldados, exclamó: «Más gente lleva el sultán cuando va de caza.» Para acaudillar un ejército tan reducido habían acudido, además de Juan Hunyadi y Vlad, el rey Ladislao, el legado Cesarini y los obispos de Erlau y Varadin.

Súbitamente se supo que Murad había salido de su convento de Asia, que había regresado á Europa utilizando barcos facilitados por los genoveses, que llevaba consigo cuarenta mil hombres y que se encontraba á cuatro mil pasos del ejército sitiador. El Tratado de Szégédin, violado por los cristianos, precedía á las tropas de Murad, que mandó clavar el documento en la punta de una lanza. La victoria de los otomanos fué completa. Perecieron el rey de Hungría, el legado Cesarini y los dos obispos (1444).

Murad pudo lucrarse copiosamente de la victoria, pero prefirió volver á su convento, del cual le sacó otra vez una rebelión de los genízaros (1445). Entonces, comprendiendo que su hijo era demasiado joven para sujetar tan díscolos elementos y dominar el Imperio, se decidió á conservar el poder.

Campaña de Morea.

Aunque no castigó al emperador griego por sus excitaciones á la cruzada, se vengó en la Hélada. Dos de los príncipes griegos de Morea (Constantino y Demetrios), se habían aprovechado de la dispersión húngara para expulsar de Tebas á **N**erio Acciaiuoli, tributario del sultán, y restaurar el muro del Hexamilión. Murad disponía de sesenta mil hombres, con el contingente que le llevó Acciaiuoli. Durante tres días consecutivos cañoneó el Hexamilión y al cuarto un genízaro servio hizo ondear el estandarte en lo más alto de la muralla. Las hordas bárbaras irrumpieron entonces en Morea, y Corinto fué tomada é incendiada. Otro tanto

ocurrió á Patras, que en aquella época pertenecía á Constantino Dragasés, pero la ciudadela resistió y el sultán hubo de conformarse con imponer un tributo al príncipe griego (1446).

Campañas en Albania: Scander-Beg.

Aquel hijo de Castriota, detenido en la corte de Murad como paje ó escudero, el futuro Scander-Beg, el Alejandro de Albania, logró evadirse aprovechando el desorden que siguió á las primeras victorias de Hunyadi. Antes de marcharse, sorprendió al secretario del sultán y, asestando un puñal sobre su garganta, le obligó á firmar una orden mandando al comandante turco de Croya que le entregara la plaza. Llegado á sus montañas de Mirditia, se puso al frente de seiscientos guerreros. Después entró solo en Croya, presentó la orden al comandante y éste le entregó las llaves de la plaza. Por la noche acudieron los hombres de Castriota y degollaron á la guarnición. Propagándose la sublevación por los demás cantones, Scander-Beg reunió presto diez mil hombres, reconquistó por completo su patrimonio y convocó en Alesio (Ljesch), puerto del Adriático, á los dinastas del Epiro, que acataron unánimemente su jefatura.

El visir Ali-Bajá se presentó casi inmediatamente con cuarenta mil hombres. Scander-Beg le dejó libres los desfiladeros que conducen á Croya; pero en seguida cerró la entrada y, cogiendo al ejército turco como en una ratonera, lo destruyó (1443). La breve guerra con los venecianos, que se habían apoderado de Dayna, finó con un Tratado en cuya virtud se aliaron con Scander-Beg y le proporcionaron fondos. Castriota se lanzó entonces contra las huestes del bajá Mustafá, matándole diez mil hombres.

Murad II se presentó personalmente en Albania con cien mil soldados y tomó á Sfetigrad y Dibra; pero su ejército quedó diezmado en los alfoces, perdiendo más de veinte mil hombres (1447). En Abril de 1449, el sultán tornó á cercar á Croya, mandando fundir allí mismo los cañones que habían de demoler la fortaleza; pero se vió casi sitiado por Scander-Beg, que maniobraba en las alturas. La fortuna de los otomanos corría grave peligro de hundirse en los barrancos de Mirditia. Así lo comprendió Murad que empezó por ofrecer la paz á su antiguo paje, siempre que éste reconociera su soberanía, y le pagara tributo. Scander-Beg se negó á tales pretensiones y entonces Murad se apresuró á retroceder con su ejército, que en la retirada fué hostigado y diezmado.

Segunda batalla de Kossovo.

Entretanto, Juan Hunyadi invadió á Servia con veinticinco mil hombres (ocho mil valacos, dos mil arcabuceros de Alemania y Bohemia, y el resto, contingentes

magyares, szekleros y transilvánicos). Contaba con el apoyo de los albaneses y los servios; pero el sultán facilitaba á los primeros copioso trabajo en la misma Albania, y su casamiento con Mara de Servia, hija de Brankovitch, habia estrechado su alianza con este voievoda. Murad II acaudillaba cincuenta mil hombres. El 17 de Octubre de 1448 encontráronse ambos ejércitos en la famosa llanura de Kossovo; la batalla duró tres días. En la primera jornada, los arcabuces de Occidente lograron gran ventaja; pero al día siguiente Turakhan envolvió el ala derecha de los cristíanos y los valacos (cuyo voievoda Dan conspiraba secretamente con el sultán) se pasaron al enemigo. El 19 cayó en poder de este el campamento de Hunyadi. El ejército cristiano quedó completamente destruido (diez y siete mil muertos); pero la victoria le costó al sultán cuarenta mil hombres.

La sucesión bizantina: Constantino Dragasés.

Las divisiones de los príncipes Paleólogo hacían al sultán árbitro de las contiendas de sucesión. Muerto Juan VIII (1448), sus tres hermanos, Demetrio, Tomás y Constantino Dragasés, se disputaron el trono, rivalizando en solicitud cerca de Murad, á quien trataban como si el país griego fuera vasallo suyo. Afortunadamente para el Imperio, Murad prefirió á Constantino. Era imposible que se salvara el Imperio, pero la elección del sultán le permitió caer con cierta gloria. Consciente de la extrema penuria de sus súbditos, Dragasés prescindió por razones económicas de la ceremonia de la coronación. He aquí por qué el historiador Ducas llama á Juan VIII el último emperador. En su opinión, Constantino fué únicamente un déspota.

Después de haber pacificado la Península y dispuesto de la santa corona de Constantino el Grande, Murad II falleció de apoplejía (5 de Febrero de 1451). Fué el mejor y el más humano de todos los soberanos osmanlíes. Los escritores bizantinos han hecho justicia á sus virtudes. Tan valiente como el más bravo de los sultanes de su familia, siempre se mostró clemente con los vencidos. Además fué un entusiasta protector de las Artes y un infatigable constructor de mezquitas, palacios, puentes, asilos y escuelas.

V.—Mohamed II. Ruina del helenismo.

Carácter de Mohamed II.

Mohamed supo la muerte de su padre á los tres días. Estaba en Magnesia cuando recibió el mensaje del visir Khalil. «¡El que quiera, que me siga!», exclamó al montar á caballo. Dos días después llegaba á Galípoli. Aunque apenas contara veintiún años, compréndese que deseara ardientemente reinar; dos veces le habia hecho descender del trono su padre; nunca perdonó esto á Khalil. Desde ciertos puntos de vista, ningún hijo se pareció menos á su progenitor. Lo mismo que

Bayaceto, Mohamed II se distinguió por sus costumbres depravadas. Era embustero, falso, aficionado á violar caprichosamente Tratados y capitulaciones; verdaderamente cruel, gozaba imponiendo suplicios refinados, como el de serrar vivo á un paciente entre dos tablas. Era un verdadero príncipe turco por su valentía en los combates, su actividad incansable, su ambición desmesurada, la sutileza de su diplomacia y su liberalidad para los soldados. «Habia tomado por modelos á Alejandro de Macedonia y á Julio César.» (Sagundino.) Era muy instruido: hablaba el turco, el griego, el eslavón, el árabe y el persa; poseía profundos conocimientos de geografía, historia y estaba versado en todas las ciencias militares de su época. Mandó construir magníficas mezquitas y otros edificios piadosos. Protegió á los artistas griegos é italianos y permitió que le retratara el pintor veneciano Gentile Bellini.

A ras de su advenimiento al trono, se apresuró á cumplir dos deberes igualmente sagrados, según su opinión: encargó al bajá Isbak que trasladara á Brussa el cuerpo de su padre, y mandó estrangular á su único hermano Ahmed, niño de pecho, hijo de una princesa de Kastamuni. En seguida desterró á Servia á su otra madrastra, la princesa Mara, hija de Brankovitch.

Preparativos del sitio de Constantinopla.

Mohamed II renovó los tratados ó treguas con todos sus vecinos y vasallos, las repúblicas de Ragusa, Venecia y Génova, los genoveses de Galata, Chios y Lesbos, los príncipes de Servia y Valaquia, Juan Hunyadi, Scander-Beg, los caballeros de Rodas, los déspotas Demetrios y Tomás de Morea y hasta con el emperador Dragasés.

En realidad, ambicionaba el trono de Constantinopla; he aquí por qué deseaba vivir en paz con el resto del mundo. El Imperio griego no tenía ya más posesiones directas que su capital, Selembris y Perinto en la Propóntida, y Mesembria y Anchuale en el Mar Negro. El Imperio era, por consiguiente, uno de los Estados más pequeños de la Península, pero poseia aquella maravillosa joya que Osmán ciñera en sueños á su dedo. El Imperio turco no podía tener otra capital que Constantinopla, si había de prevalecer en Europa. Mohamed II repetía incesantemente esta frase atribuida al Profeta: «Tomarán á Constantinopla; el mejor príncipe será el que lleve á cabo esta conquista, y suyo será el mejor ejército.»

Constantinopla era la ciudad más hermosa de la cristiandad, aunque su población hubiera disminuido desde 500.000 hasta 180.000 habitantes[15]. Además, era una fortaleza de primer orden. Habia resistido muchos sitios y recientemente uno de los

[15] Esta es la cifra adoptada por Paspatis, después de discutir los textos.

turcos. Sólo sucumbió ante los cruzados en 1204. Había llegado el momento de que los otomanos, á fuerza de perfeccionarse en todas las artes de la guerra, acometieran tamaña empresa.

Para dominar el Bosforo, Bayaceto I había mandado construir en la ribera anatolia el castillo de Asia. Mohamed construyó otro en la costa europea, y lo llamó Boghazkesen (Degolladero); éste fué el castillo de Europa. Los turcos podían disponer á su antojo de las comunicaciones de Constantinopla con el Occidente. Dragasés envió embajadores para protestar; Mohamed les recordó todas las coaliciones propuestas por los emperadores griegos contra sus antepasados, declaró que era dueño de las dos riberas del Bosforo, y añadió: «Podéis retiraros; pero en lo sucesivo mandaré desollar vivos á quienes me traigan mensajes semejantes.». Cuando el emperador cerró las puertas de su capital, sin dejar salir á los turcos que estaban dentro, Mohamed le declaró la guerra y se apoderó de las últimas ciudades griegas. Para evitar que los déspotas del Peloponeso, Demetrios y Tomás enviaran auxilios á su hermano, hizo que el beglierbeg Turakhan asolara la Morea.

Un húngaro llamado Orbán, fundidor de cañones, al servicio del emperador griego, á quien éste no pagaba, se pasó á los turcos, comprometiéndose á fundir cañones colosales que destruirían los muros de Constantinopla. El más enorme fué fundido en Andrinópolis; se necesitaban de 60 á 100 bueyes para tirar de él; pesaba 700 toneladas, y disparaba balas de 1.200 libras, con un alcance de 1.000 metros.

Durante estos preparativos, Mohamed hallábase obsesionado por una sola idea. Una noche llamó repentinamente á su gran visir Khalil, quien, creyendo que había llegado su última hora, se presentó con copiosos regalos. «No necesito presentes (dijo Mohamed); lo que quiero es que me ayudes con todas tus fuerzas á apoderarme de Constantinopla.» Incesantemente diseñaba planos de la ciudad y líneas de ataque, visitaba los campamentos turcos y señalaba el emplazamiento de las baterías. En Febrero de 1453, el enorme cañón se encaminó lentamente desde Andrinópolis sobre Bizancio.

Preparativos de los griegos.

Dragasés intentó un último esfuerzo para sacudir la apatía de Europa. Proclamóse de nuevo el Henotikon (unión de las dos Iglesias), y el cardenal Isidoro, legado del papa Nicolás V, y ex-metropolita de Kiev (Rusia), celebró el oficio unitario en Santa Sofía, en presencia del clero cortesano. Todos los demás clérigos persistieron en su hostilidad. Jorge Scolarios, futuro patriarca, que se había retirado al monasterio del Pantocrator, mandó publicar un edicto, donde condenaba el Henotikon. El gran almirante Lucas Notaras declaró que mejor vería en Santa Sofía

el turbante de Mahoma, que el capelo de un legado. Furiosas discordias religiosas desgarraban al clero y al pueblo; como los latinos en tiempo de la bula Unigenitus, los dos partidos luchaban á fuerza de negativas de sacramentos. La masa de la población, exasperada contra los latinos y el emperador, acabó por abandonar la defensa de la ciudad. Por otra parte, la reconciliación con Roma no proporcionó casi ningún socorro: á lo sumo, los cincuenta hombres del legado Isidoro. Hunyadi habia prometido su apoyo, siempre que le dieran á Mesembría, y el rey de Aragón, con tal de que le entregaran á Lemnos. Se hicieron ambas cesiones, pero nadie prestó la ayuda ofrecida. Los servios enviaron su contingente al ejército de Mobamed.

Sitio y toma de Constantinopla.

En Abril de 1453, el sultán cercó la ciudad por la parte de tierra con doscientos sesenta y cinco mil hombres[16]: cien mil infantes, formando el ala izquierda, acampaban delante de las Blaquernas; cincuenta mil, en el ala derecha, delante de la puerta de Oro; en el centro, frente á la puerta de San Romano, Mohamed mandaba á sus reservas, quince mil genizaros y cien mil jinetes. Sagán Bajá ocupaba las alturas de Galata, para vigilar á los genoveses. Una escuadra turca de cuatrocientas veinte velas bloqueaba la ciudad por el Bosforo y la Propóntida.

Las fuerzas de Dragasés no excedían de ocho ó nueve mil hombres. El protovestiario Frantzes había conseguido alistar (según cálculos suyos) á cuatro mil novecientos setenta y tres griegos (ahora bien, en Constantinopla había de treinta á treinta y cinco mil habitantes hábiles para empuñar las armas) y Juan Giustiniani había traído unos cuatrocientos genoveses, á los cuales pueden agregarse otros mil seiscientos extranjeros, de todas las naciones, incluso venecianos mandados por Trevisano y el bailío Minotto. Los demás capitanes extranjeros eran los genoveses Bochiardi, Cataneo y Langusco, el veneciano Catareno, D. Francisco de Toledo, Pedro Juliáni, cónsul de Aragón, Juan el Dalmata y el artillero alemán Grant. La flota de defensa comprendía seis navios extranjeros, y unas veintitrés naves griegas, chicas y grandes.

El carácter original de este sitio fué que ambos contrincantes utilizaron los antiguos medios de ataque y defensa, como catapultas, balistas, helépolis, flechas y fuego griego, y los modernos, como los cañones y las minas. La artillería bizantina era inferior en número y calibre á la de los otomanos, pero al parecer, estuvo mejor

[16] Esta es la cifra facilitada por Ducas, Calcocondylas calcula el ejército en cuatrocientos mil hombres, Leonardo de Chios en trescientos mil, Frantzes en doscientos cincuenta y dos mil, Bárbaro en ciento sesenta mil, etc. Kheirullah habla de ochenta mil soldados disciplinados, sin contar los irregulares.

servida. El colosal cañón de Andrinópolis no tardó en reventar, matando á su fabricante Orban. La marina turca era harto mediocre: una galera griega y tres italianas llegaron de la Propóntida; el almirante turco Balta-Oghlu llevó contra ellas ciento cincuenta naves, siendo derrotado á la vista del sultán.

El gran visir Khalil, favorable en secreto á los griegos, aprovechó este fracaso para aconsejar al sultán que aceptase las proposiciones de Dragasés, pero Mohamed no quiso atenderle. Como sus navios no podían entrar en el Cuerno de Oro, cuya embocadura estaba cerrada por una cadena de hierro, resolvió que arribaran por la vía de tierra. A este propósito, una noche logró hacer resbalar por encima de tablones ensebados, setenta navios otomanos, á velas desplegadas, desde el puerto de Kampatas, en el Bosforo, hasta el de Kassim Bajá, en el fondo del Cuerno de Oro, por detrás de Galata, siguiendo un istmo de dos leguas de anchura. A la mañana siguiente anclaron frente al muelle de las Blaquernas.

Por una y otra parte, la exaltación religiosa había llegado al grado supremo del fanatismo, pero así como impulsaba á los turcos á la acción, inspiraba desaliento á los griegos. En los comienzos del sitio, el jeque Akchems-ed-Din, sucesor en santidad del gran jeque Bokkari, había visto en sueños á Eyub, porta-estándarte del Profeta, muerto en el asalto de los árabes á Constantinopla (672); el santo mártir indicó al jeque el lugar de su sepultura, al pie de los muros de la ciudad. Hiciéronse excavaciones, se encontraron los huesos de Eyub, y el descubrimiento provocó gran entusiasmo en el ejército turco. Ulemas. jeques y dervises seguían á las columnas á cuyo frente «marchaban, según Saad-ed-Din, legiones de espíritus puros, surgídos de un mundo invisible». Entre los griegos se recordaban profecías inventadas algunas por Jorge Scolarios (según declaración del mismo) para desanimar á los defensores. Ora decíase que Constantinopla había de sucumbir, para poner término á los infortunios de los cristianos. Ya se afirmaba que cuando los turcos victoriosos llegaran á la plaza del Toro, un ángel bajaría del cielo, pondría una espada en manos de un hombre del pueblo sentado al pie de la columna de Constantino, y entonces se levantaría éste, haciendo retroceder á los conquistadores hasta su campamento, hasta la misma Asia. Los burgueses y la plebe de Bizancio no necesitaban tantas razones para cruzarse de brazos, viendo luchar á su valiente emperador y á sus campeones extranjeros. Faltaba dinero para la defensa, porque los ricos lo ocultaban.

El sitio duró cincuenta y tres días, desde el 6 de Abril hasta el 29 de Mayo. Durante este tiempo, Dragasés permaneció sobre las armas en la puerta de San Romano, frente al sultán. El 24 de Mayo, éste arengó á su ejército, que había de lanzarse al asalto por la parte de tierra y por el puerto; todo el botín sería para los combatientes. Mohamed no se reservaba más que los edificios y las casas. Además prometió feudos militares y hasta gobiernos, á los primeros en escalar las murallas, y el hacha

del verdugo á los rezagados. Entonces se iluminó todo el campamento: los jeques y dervises se confundían con los soldados. No se oía más que éste grito: «No hay más Dios que Dios!» En cambio, la ciudad sitiada hallábase sumida en las tinieblas y la multitud congregada en las iglesias entonaba cantos quejumbrosos, como el Kyrie Eleison de los agonizantes.

El 28, el ejército formó en línea de batalla, y la escuadra terminó sus preparativos. Dragasés comulgó por última vez delante de toda su corte. El 29, al primer canto del gallo, el ejército turco se puso en movimiento, formando cinco enormes columnas.

El esfuerzo principal se dirigió contra la puerta de San Romano. El puñado de valientes que la defendían, con Dragasés, Giustíniani, Demetrios Cantacuzeno y Francisco de Toledo, empezó por rechazar el impetuoso ataque de los enemigos. Mohamed II, colocado á retaguardia de sus huestes, animaba á los vacilantes ó mataba á los fugitivos con su pesada maza de oro. En dos horas no pudo avanzar ni una pulgada de terreno; en tierra, las escalas de los sitiadores caían hechas pedazos: en el puerto, el fuego griego abrasaba los barcos turcos. Pero habiendo sido herido gravemente el genovés Giustiniani (finado breves días después), su retirada sembró el terror entre los combatientes de la puerta de San Romano. Una vez más cayeron los genízaros desde lo alto de las murallas. Al fin, sorprendida la puerta de Kerko, el emperador se vió asaltado por delante y por retaguardia, exclamando: «¿No habrá un cristiano que me mate?» Casi al mismo tiempo recibió un sablazo en la cara y otro en la nuca, desapareciendo debajo de un montón de cadáveres[17]. También fué tomada la puerta Caligaría y los otomanos irrumpieron desenfrenadamente en la ciudad, matando á cuantos encontraban á su paso. Al saber el escaso número de combatientes, decayó extraordinariamente su furor. Entonces empezaron á saquear las casas y á encadenar á los cautivos. Los musulmanes llegaban de todas partes, de los muros marítimos lo mismo que de los baluartes continentales. Rechazados en los extremos de la ciudad, los griegos afluían á la plaza del Toro, donde debía

[17] El sultán mandó buscar el cuerpo de Dragasés, que sólo se pudo identificar por sus borceguíes de púrpura. Su cabeza fué llevada á Mohamed y exhibida después en la columna de Justiniano, á los pies del caballo de bronce. El pueblo helénico ha conservado un recuerdo piadoso de este emperador que tan valientemente sacrificó su vida, de este último emperador de los griegos que ni siquiera ciñó la corona. Una canción popular, un tragudión, deplora en los siguientes términos la muerte del héroe nacional, de aquel á quien Bessarion quiso hacer rey heleno: «Constantino Dragasés, emperador de Constantinopla, empuñó la lanza, se ciñó la espada, montó en su yegua cuatralba y atacó á los perros impíos, á los turcos. Mató diez bajaes y sesenta genízaros. Pero se rompió su espada y se le quebró la lanza. Y al verse solo, privado de auxilio, levantó la vista al cielo, y dijo: «¡Señor todo poderoso, creador del mundo, ten misericordia de tu pueblo, ten piedad de Constantinopla!» Y un turco le hirió en la cabeza y el desventurado Constantino se cayó de la yegua, quedando tendido entre el polvo y la sangre. Le cortaron la cabeza y la clavaron en la punta de una lanza, y sepultaron su cuerpo debajo de un laurel». (E. Legrand, Colección de canciones populares griegas).

verificarse el milagro, y después á Santa Sofía, que fué invadida por los turcos. Los vencidos se dejaban encadenar sin resistencia, tendiendo espontáneamente sus manos para que se las esposaran.

Al mediodía entró Mohamed por la puerta de San Romano. Al pasar por el Hipódromo, derribó con su maza de armas una de las cabezas de dragón que adornaban el trofeo de Platea. En Santa Sofía quedó maravillado de la alta y amplia cúpula, y de las ciento siete columnas de mármol blanco. Viendo á un turco arrancar una losa, el sultán le hirió con la cimitarra, exclamando: «Os he dado el botín y los cautivos, pero los edificios son para mi.» Ordenó á los almuédanos que le acompañaban que llamasen á los creyentes á la oración; después subió al altar y oró. De esta suerte, quedó transformada en mezquita la basílica de Justiniano. Entretanto, se saqueaban las iglesias y los monasterios, se profanaban los altares, se destruían los iconos, entre ellos la Virgen milagrosa, cuya aparición en las murallas había sembrado el pánico entre el ejército de Murad II.

Cuando, al día siguiente, Mohamed penetró en el palacio imperial (de las Blaquernas), la melancolía de las cosas le conmovió momentáneamente y recordó estos versos de un poeta persa: «La araña se erigió en guardadora del palacio de los emperadores, extendiendo su tela sobre las puertas: en las regias bóvedas de Efresiab resuena el eco del lúgubre canto de la lechuza.» De todos modos, la victoria no suavizó su corazón. Mandó degollar al almirante Notaras y á todos sus hijos, á muchos nobles griegos, al bailío de Venecia y al cónsul de España. El legado del papa se libró de la muerte por haberse perdido entre el rebaño de los cautivos.

Organización de la conquista.

Mohamed pagó á sus soldados, abandonando la ciudad al saqueo, pero no quería que quedase arruinada. Deseaba que, de metrópoli de la ortodoxia, se convirtiese en capital del Islamismo (Istambul); pero como casi todos los soberanos turcos ó mongoles, era ajeno á toda idea de persecución religiosa.

No cabe dudar que Constantinopla sufrió una transformación cruel. La fe en el Islam va acompañada siempre de cierto vandalismo; las últimas estatuas respetadas por los cruzados de 1204 fueron destruidas: se hizo cal con las diosas de mármol, se fundieron cañones con las estatuas de bronce de los gloriosos emperadores y se acuñó moneda con las planchas de los obeliscos y arcos de triunfo. El helenismo fue humillado en su pasado pagano lo mismo que en su pasado cristiano. ¡Cuántos viajeros han llorado durante largos siglos al pie de aquellas antiguas columnas serradas para suministrar losas á los baños turcos y utilizadas para hacer sillares ó balas de cañón! En el lugar que ocupaba la necrópolis imperial de los Santos Apóstoles, se edificó la mezquita del Conquistador. ¿Qué se hizo de los restos

mortales de los emperadores «guardados por Dios?» Más de una vez se han encontrado sarcófagos regios transformados en abrevaderos ó en artesas de amasar. Las antiguas basílicas, los monasterios famosos, San Baco y San Sergio, Santa Tecla, San Andrés, San Teodoro, San Juan, el Redentor, el Pantépoptos, la Cora, el Mireleon y el Pantocrator, se convirtieron en mezquitas[18] ó se destinaron á otros usos. En Santa Irene se estableció un arsenal, y en Santa Sofía se cubrieron con una capa de cal los mosaicos de oro. Mohamed puso á la célebre basílica el primero de sus cuatro alminares (el segundo es de Selim I y los otros dos de Murad III). Pero como las iglesias cristianas no eran bastante numerosas para dar mezquitas al culto nuevo, los sultanes turcos hicieron resurgir la era, olvidada de tiempo atrás en Constantinopla, de las grandes edificaciones, de mezquitas, asilos, escuelas y palacios. Principalmente, Mohamed II fué para Bizancio un Justiniano musulmán.

Finado el saqueo, y cuando los soldados ya no tuvieron derecho á apresar cautivos, muchos habitantes griegos é italianos abandonaron sus escondites. Otros pagaron rescate y regresaron á la capital. Todos alojáronse en los barrios próximos á las murallas, mientras que la nueva población turca ocupó las alturas de la ciudad. En los barrios vecinos del Faro (Fanar) se rehizo una Bizancio fanariota, al lado de la Estambul ó Islambul musulmana. Mohamed no temía que el elemento europeo fuera muy numeroso en su nueva capital, á la cual trasladó, no sólo colonos turcos y turcomanos, sino también la población de las ciudades griegas, servias, búlgaras y valacas conquistadas más adelante. El número de habitantes excedió presto al anterior á la conquista.

Mohamed dejó á esta población no musulmana sus jefes religiosos, que erigió en jefes políticos, provistos de un poder casi absoluto sobre su gente, armados del báculo y la espada, pero que respondían del orden con su cabeza. Los cristianos armenios, latinos y eslavos obedecieron á los prelados de su rito. Entre estas comuniones distinguíase la griega ortodoxa, que conservó su patriarca. A los tres días del asalto, hallándose vacante el patriarcado, Mohamed dispuso que se eligiera y consagrara un patriarca según la liturgia acostumbrada[19].

---

[18] Paspatis menciona los cuarenta y dos templos transformados en mezquitas. El pueblo griego y hasta los arqueólogos ignoran el nombre antiguo de muchas de estas iglesias.

[19] En tiempo de los emperadores cristianos, el elegido del clero montaba sobre un caballo de las cuadras imperiales magnificamente enjaezado y cubierto con una manta blanca. Acompañado del clero iba al palacio, donde el emperador, sentado en el trono, rodeado del Senado y de los grandes, entregaba al nuevo patriarca un báculo de oro con piedras preciosas y perlas, mientras los coros de palacio entonaban himnos. El patriarca se prosternaba delante del emperador, que recibía de sus manos la comunión, y luego le convidaba á un gran banquete. Parece que Mohamad II siguió el mismo ceremonial, exceptuando el acto de la comunión.

Los sacerdotes y laicos piadosos que pudieron reunirse eligieron á Jorge Scolarios, perteneciente al partido más fanáticamente hostil á la unión con Roma. El nuevo patriarca tomó el nombre de Genadios. El sultán dió en su honor un suntuoso banquete, y al entregarle el báculo le dijo: «Sé patriarca y que el cielo te proteja; cuenta con mi amistad en cualquier circunstancia y goza de todos los derechos é inmunidades disfrutados por tus antecesores.» Después le acompañó pomposamente hasta el patio, le hizo montar uno de sus mejores caballos y escoltar por los principales dignatarios musulmanes. En San Juan del Trullón se reorganizó un monasterio con algunas monjas, muchas de las cuales habían sufrido los ultrajes de la soldadesca. Recogiéronse las reliquias salvadas del pillaje ó rescatadas; una de las mujeres del sultán, que era cristiana, restituyó á los santuarios aquéllas que le diera Mohamed. Se permitió el libre ejercicio del culto en los templos consentidos á los cristianos. En el barrio del Fanar siguió celebrándese la fiesta de Pascua con la magnificencia del culto oriental. Mohamed dejaba, pues, á sus súbditos griegos una especie de emperador espiritual, con todas las pompas del antiguo Palacio Sagrado y cuya corona conservaba la forma y el esplendor de la corona imperial y cuyo cetro era un báculo.

Junto á los conventos de los dervises musulmanes persistieron los de los Calogeros ortodoxos. Aunque pagando un oneroso tributo, las santas repúblicas del Athos disfrutaron la inmediatidad, como en tiempo del emperador Enrique de Flandes. Muchos de estos monjes se mostraron adictos á aquel extraño protector de su religión; entre ellos Cristóbulo de Imbros, que escribió una historia muy encomiástica de Mohamed II.

Durante la dominación turca subsistió la república genovesa de Galata. Inmediatamente después de su victoria, recordando Mohamed II la actitud equívoca de estos italianos, amenazó con mandarles decapitar, pero se aplacó mediante el pago de una gran cantidad y juró «por las siete variantes del Corán, por los ciento veinticuatro mil profetas de Dios, por el alma de su abuelo y por la de su padre, por sus hijos y por el sable que llevaba al cinto» dejar á los habitantes de Galata sus leyes y sus fueros. No obstante hizo arrasar las fortificaciones por la parte de tierra. De allí en adelante los genoveses no podían ser tan insolentes con el soberano osmanlí como lo habían sido con el emperador griego.

Nuevas expediciones.

Mohamed había conquistado los sobrenombres de Faty (victorioso) y Ghasi (vencedor de los infieles). El joven sultán, de veinticuatro años, no había menester tutelas; así se lo demostró al gran visir Khalil, tutor impuesto por su padre. Antes de mandar ajusticiar al megaduqiie Notaras, obtuvo de él las pruebas de que Khalil

había recibido dinero de los griegos durante el sitio. A las tres semanas de la gloriosa victoria fué decapitado el gran visir.

Conquista de los países servios: Servia, Bosnia y Herzegovina.

Este reinado había de ser, para más de un dinasta de Europa y Asia, como el día del Juicio final.

No obstante haberse conducido Brankovitch como vasallo fiel, Mohamed se hallaba resuelto á destronarlo. A tal propósito le escribió: «No te pertenece el país en que reinas: es de Estéfano Lazarevitch y, por consiguiente, yo soy su señor.» Brankovitch, aterrado, huyó á Hungría, pidiendo auxilio á Hunyadi. Después de una guerra plena de triunfos y reveses, el sultán reconoció como príncipe á Brankovitch, mediante un tributo de treinta mil ducados (1454). Pero al año siguiente le atacó de nuevo, apoderándose de Novoberda. En 1456 sitió á Belgrado con ciento cincuenta mil guerreros y trescientos cañones. El papa Calixto III mandó predicar la cruzada al fraile franciscano Capistrano y envió á Hunyadi, á su legado el cardenal Angelo Hunyadi, al frente de sesenta mil hombres, destruyó la escuadrilla otomana del Danubio y acudió á socorrer á Belgrado. El 6 de Agosto fueron derrotados los turcos, perdiendo veinticuatro mil hombres y toda la artillería: el mismo sultán resultó herido. Fué la última hazaña de Hunyadi. Casi al mismo tiempo falleció el anciano Brankovitch (1456).

Sangrientas contiendas dividieron á sus herederos, que al fin quedaron reducidos á dos mujeres: su nuera Irene, viuda de su hijo Lázaro, y Mara, viuda del sultán Murad II, que se firmaba «la piadosa zarina Mara». Mohamed se presentó como campeón de los derechos de su madrastra. Sin embargo, triunfó por las tendencias católicas de Irene, que deseaba casar á su hija con el heredero de Bosnia y ofrecía el principado de Servia al papa. Los boyardos servios (ortodoxos ó bogomilos) preferían el dominio del sultán al del pontífice romano. Así prestaron su concurso á los ejércitos turcos; he aquí por qué se rindieron tan fácilmente las plazas más fuertes, como Prisrem, Semendria y otras. De esta suerte, la gloriosa Servia se convirtió en una provincia turca, desapareciendo de la historia durante más de tres siglos (1459).

Bosnia fué conquistada en 1464, exterminándose á la familia real. Herzegovina sucumbió en 1467.

Conquista de los países griegos: Morea, Atenas.

En el ducado de Atenas perpetuábase la anarquía. Nerio II había fallecido, dejando un hijo de corta edad bajo la tutela de su madre. Esta se enamoró de Pietro Almerio,

gobernador veneciano de Nauplia y le prometió casarse con él si asesinaba á su esposa. Consumado el parricidio, Almerio contrajo matrimonio con la duquesa y fué dueño de Atenas. Antes que sufrir el yugo de un extranjero, los vasallos griegos y latinos denunciaron al sultán el odioso crimen perpetrado por el veneciano. Entonces Mohamed otorgó la investidura del ducado á Franco Acciaiuoli, siniestro personaje que presto mostró á todos su falta de sentido moral, mandando matar en la cárcel á su tía la duquesa. A su vez, Almerio denunció á Acciaiuoli. Comprendiendo Mohamed que ambos pretendientes debían ser igualmente odiosos á los atenienses, mandó á Omán, hijo de Turakhan, que ocupara á Atenas y acabase con la dinastía Acciaiuoli (1456). Algún tiempo después y tras de un breve mando en Tebas, Franco murió estrangulado.

Entre aquellos gobernantes insensatos ó criminales, Mohamed presentábase en la Hélada como el juez deseado y solicitado por todos. En Mayo de 1458 acudió personalmente á Morea para reducir á la obediencia á los arcontes rebeldes y á los cabecillas de las hordas albanesas y dar una lección de gobierno á los ineptos Paleólogo. Despojó de la ciudad de Tarsos á los albaneses y mandó romper las piernas y los brazos á los soldados de la guarnición. Apoderándose de las plazas y exterminando á sus habitantes (principalmente á los albaneses), llegó á Mantinea y Tegea, cuyas puertas le franqueó el obispo ortodoxo. Después capituló Corinto, donde fué aserrado vivo Dokias, jefe de los guerrilleros albaneses. Habiendo sometido á sus súbditos, obligó á los dos Paleólogo á que le cedieran toda la parte Norte de sus Estados con Patras, Corinto y Kalavryta. Seguidamente visitó la ciudad de Atenas y admiró sus monumentos, exclamando: «¡Cuánto tienen que agradecer la religión y el Imperio al hijo de Turakhán!» Como no se apaciguaran los disturbios en Morea, al año siguiente destronó á los dos Paleólogo. Demetrios se instaló en Tracia y Tomás huyó á Roma, al lado del papa. De allí en adelante Avarino (Navarino), Arcadia, Monemvasia (Nauplia de Malvosía), fueron otros tantos puertos del Imperio turco. Exceptuando Coron, Modon, Pylos y Argos, que pertenecían á Venecia, toda la Morea era otomana (1460).

Guerras en Albania y en el Norte.

En la Albania del Norte, Scander-Beg seguía desafiando á los otomanos. Momentáneamente corrió grave peligro por la traición de su sobrino Hamza, que introdujo á cuarenta mil turcos en la comarca; pero destruyó este ejército en la llanura de Alessio, junto al Drin, aceptando después la paz que le ofreció el sultán (1461). Cuando la guerra entre Venecia y el sultán devastó á Albania, empuñó de nuevo las armas, derrotando á Mobamed II ante los muros de Croya (1465). Scander-Beg murió en Alessio á los sesenta y siete años (Enero de 1467). Entonces Albania volvió á caer en la anarquía, disputándose su soberanía los jefes de clan, el sultán y Venecia.

La conquista de los países servios y la disolución de Albania abrieron á los ejércitos turcos las regiones del Norte. Desde 1470 hasta 1480 asolaron aquéllos la Hungría meridional, la Croacia, la Esclavonia, la Carintia, la Estiria y la Carniola; pero no se atrevieron á atacar otra vez á Belgrado.

En la región del bajo Danubio, Vlad de Valaquia y Esteban de Moldavia retrasaron algo la esclavitud de los países rumanos.

Hasta 1479, los turcos no intentaron seriamente la conquista de Transilvania, que Mohamed hizo invadir por doce bajaes y cuarenta mil hombres. El ejército húngaro y transilvánico les presentó el combate el 18 de Octubre en Kenger Moerzoe, cerca de Karlsburgo. La caballería húngara decidió la victoria: los turcos perdieron treinta mil hombres, y los cristianos, ocho mil.

Guerras contra Génova, Venecia y Napóles.

Las dos repúblicas italianas que tanto habían contribuido á debilitar el Imperio griego, viéronse obligadas á luchar con Mohamed. No satisfecho con despojar á los príncipes genoveses de Enos (Tracia) y de las islas, atacó las posesiones directas de Génova. En 1461 se apoderó de Amastris (Amasra), en la costa Norte de Anatolia; en 1475, de Kaffa en Crimea, de Azov en el Don y de todas las factorías del Mar Negro. Hizo que reconocieran su soberanía los tártaros de Crimea y les dió por Khan á Menghli-Ghirei, logrando así tener una avanzada contra Rusia.

La guerra contra los venecianos fué más larga é implicó más graves consecuencias. Duró desde 1463 hasta 1479; se extendió á todas las riberas é islas del Oriente y se complicó con varias cruzadas predicadas por el papa y con intervenciones de Scander-Beg, de los príncipes napolitanos, húngaros y transilvánicos, y de los emires seldjúkidas y turcomanos. En 1463 asoló á Morea, donde los venecianos perdieron, recuperaron y volvieron á perder á Argos, siendo rechazados hasta en sus plazas y aserrándose en dos pedazos á quinientos de ellos. La insurrección helénica fué reprimida cruelmente: en 1467 vióse atacada por mar y tierra la isla, de Eubea y tomada á traición su fortaleza Egrippos, pereciendo aserrado el comandante Erizzo y descuartizados ó empalados los soldados italianos. Al año siguiente, Venecia y sus aliados, Sixto IV, los napolitanos y los Hospitalarios de Rodas pelearon en las costas del Asia Menor, tomaron á Esmirna y ayudaron á los insurrectos de Karamania. En 1477, el eunuco Soliman-Bajá fracasó en el sitio de Lepanto, puerto veneciano de Acarnania; en Albania sucumbieron los venecianos de Croya; los de Scutari resistieron dos sitios (1474 y 1478). Pero Omar-Beg invadió el Friul, tomó el puente de Gorizia sobre el Isonzo, forzó el paso del Tagliamento é incendió las campiñas de Venecia, En 1478, abandonada por sus

aliados de Nápoles y Hungría, la República se resignó á entrar en negociaciones (1479). Cedió á Lemnos y las plazas que le quedaban en Albania, pagó cien mil ducados de contribución de guerra y ciento diez mil de tributo anual, obteniendo en cambio franquicias para su comercio. Sin embargo, Mobamed II, pretextando que Leonardo, señor de las islas Jónicas, no estaba comprendido en el Tratado, conquistó á Santa Maura y á Zante. Después se volvió contra el reino de Nápoles. En 1480 fué sorprendida Otranto, aserrado su comandante y reducidos á prisión doce mil habitantes. El sultán juró que su caballo habia de comerse un pienso en el altar de San Pedro de Roma.

Conquistas en Asia: Trebisonda y Karamanía.

Mohamed no pudo proseguir la conquista de Italia porque los sultanes siempre tenían que luchar al mismo tiempo en Asia y Europa. Además, no había acabado aún con los principados seldjúkidas. Finalmente, en la costa Norte de Anatolia persistía todavía el Imperio helénico de Trebisonda.

En 1461, Sinope y Paflagonia fueron arrebatadas á Ismail Beg, descendiente de Bayaceto el Baldado. Como David Comneno, último emperador de Trebisonda, podía contar con el auxilio de su aliado Uzun-Hasan, de la dinastía turcomana del Carnero Blanco, dueño de Persia y de parte de Armenia, Mohamed empezó por atacar á éste. Uzun-Hasan, aterrado por el rápido avance del sultán sobre Erzerun, pidió la paz, abandonando á su aliado griego. Entonces Mohamed II se dirigió bruscamente á Trebisonda, cercándola por mar y tierra. Después de corta resistencia, David se sometió (1461). Más adelante (1471) fué estrangulado con casi todos los suyos.

En 1463 murió Ibrahim, príncipe de Karamania, que ya era tributario del sultán, y sus siete hijos se disputaron su herencia. Intervino Mohamed, y después de tres campañas acabó con el último principado seldjukida (1471).

Viéndose amenazado entonces, Uzun-Hasan entró en negociaciones con Rodas y Venecia, solicitando lo que más le faltaba, que eran cañones y armas de fuego. Enviáronsele doscientos artilleros italianos. En 1472 se apoderó de Tokat, ciudad otomana, y la saqueó tan cruelmente como lo habían hecho las hordas de Timur. Mohamed se aprestó á combatir al turcomano «con los leones de las batallas y las bestias feroces del poder».

El 26 de Julio de 1473 encontráronse los dos ejércitos bárbaros en Utluk-Bali, cerca de Terdjan, pereciendo muchos persas y turcomanos. Uzun tuvo que huir para salvarse. Durante varios días, el sultán degolló á los numerosos prisioneros que

cayeren en su poder. Esta batalla, quebrantando el prestigio del Carnero Blanco, y las últimas resistencias de Karamania, facilitó á Mohamed la completa posesión de Anatolia.

Guerra en las islas asiáticas: sitio de Rodas.

Las escuadras turcas no cesaron de saquear ó de cobrar rescate á las islas del mar Egeo. En 1462 fué conquistada Lesbos, y muerto su duque genovés. Lemnos, Imbros, Thasos y Samptracia cayeron también bajo el yugo otomano.

En 1455, Mohamed había intimado ya á los caballeros de Rodas á pagar tributo. Ellos se negaron, alegando que dependían del papa y que les estaba prohibido ser tributarios, ni síquiera de los príncipes cristianos. No obstante, en 1479, el sultán firmó un Tratado de paz y comercio con el gran maestre Pedro de Aubusson, pero el 23 de Mayo de 1480, el capitán Mezih desembarcó en Rodas y sitió la plaza. El 28 de Julio inició un asalto que fracasó, viéndose obligado á embarcar de nuevo, después de haber tenido en aquellos dos meses de sitio nueve mil muertos y quince mil heridos. Deseoso de un desquite, el sultán se disponía á dirigir personalmente un segundo sitio, cuando la muerte le sorprendió el 2 de Mayo de 1481.

Situación del Imperio turco en 1481.

Mohamed había creado verdaderamente un Imperio turco, dándole su capital (Constantinopla) y su código, el Kanun-Name[20]. Había acabado la conquista de Anatolia hasta el Alto Eufrates y la de la península balkánica hasta el Danubio. Con sus múltiples incursiones allende estas fronteras, delimitó los campos de batalla de los reinados sucesivos, alarmando á Persia y Egipto, y llevando el terror hasta los confines de Austria é Italia. No obstante, sus esfuerzos se estrellaron ante dos fracasos definitivos: Belgrado y Rodas. Sin Belgrado, el Imperio otomano tenía por frontera el Danubio, y sin Rodas, ni era dueño del mar Egeo, ni se podía aventurar á través del Mediterráneo.

BIBLIOGRAFÍA

DOCUMENTOS.—Fuentes griegas. —Consúltese en el cap. IV, del tomo VI, la enumeración de las colecciones de historiadores bizantinos.— Para el periodo de 1282-1458, los historiadores son: Jorge Pachyméro (años 1258-1308», Bonn (Corp. scrip. byzant. en 8.°) 1835, 2 vol.—Nicéforo Gregoras (1204-1351), Bonn, 1855.—Jorge Phrantzés (1259-1417), Bonn, 1838.—Juan VI Cantacuzeno (1320-1357), Bonn, 1828, 1832, 3 volúmenes. — Calcocondylas (1298-1102), Bonn, 1813. —

[20] Más adelante trataremos de la organización del Imperio otomano.

Juan Comneno, biografía de Juan VI Cantacuzeno, edic. Chr. Lopareo, S. Petersburgo.- Juan Ducas (1342-1462), Bonn, 1831, y Migne, Patrología, t CLVII, París, 1800; correcciones por A. Mulíach, Conjecturen, Berlin, 1852.— Cristobulo de Imbros (1451-1467), panegírico del Conquistador, ed. C. Müller, en Fragmenta históricorum graecorum, t. V, París, 1870, y Dethier, con una traducción francesa en Mon. Hist. Hung., t. XXI: Ubicini ha analizado esta obra en el Anuario de la Sociedad de estudios griegos, París, 1871.—Juan Cananos (hasta 1462), apéndice á Phrantzés, Bonn, 1833.—Georgillas, de Rodes, Poemas, ed. Legrand, Bibl. graeca vulgaris, t. I, 1880.—Mateo Camariotes, Trenos, en Migue, Patrología, t. CLX.—Joh. Anagnostés, de Tesalónica, Toma de Tésalonica por los turcos, 1430, apéndice de Phrantzés, y Migne, Patrología, t. CLVI, París, 1800.—Mazaris, Obras, ed. Boissonade (Anécdota graeca, t. III, París, 1883), y A. Ellisen (Analekten, t. IV, Leipzig, 180)); estudio por Hase, Notices et extraits, 1813, y B. de Xivrey, Mém. Acad. Inscr. 1853.—Bessarion, Discursos, en Migne, t. CLXI.

Sobre Trebisonda: Miguel Panarétos (1204-1426), ed. Tafel, Francfort, 1832, y Fallmerayer, en Abhandl. der K. Bagerischen Akademia & Wissens, 1844.

Sobre Chipre: Leoncio Machairas, Crónica de Chipre, texto griego y traducción francesa por E. Miller y C. Sathas París, 1881-1882, 2 vol. En 8.°: el texto en Sathas, Biblioth. graeca medii aevi, t. II, Venecia, 1873 (desde la usurpación de Isaac el Angel hasta 1458).—Jorge Bustron (francés helenizado en Chipre), ha narrado, en el dialecto de la isla, la historia de ésta, desde 1456 á 1501; ed. Sathas, Bibliotheca graeca medii aevi, t. II, Venecia, 1873.

A estos historiadores debemos sumar Jorge Codinus, el Curopalata, Orígenes y antigüedades de C. P., Bonn, 1843, y Cargos palatinos y de la Iglesia primada (Santa Sofía), Bonn, 1839.

Fuentes turcas.—ahmed-ben-yahia-ben Soliman-ben-Achir-pacha. — Tarikh - i - ali- Othman (Crónica de la casa de Osman); estudio por Hammer, Journal asiatique, t. IV.—Khairoullah, Historia del Imperio otomano (hasta 1618).— Saad-ed-Din (Khodja-Effendi), versión inglesa por W. Seaman, The reign of sultán Orchan, second King of the Turks, Londres, 1652, en 8.°— Tarick ul Eolia Muntechabati tchélébi, ó Selección de las crónicas de santos, C. P., 1846 (143 p. en 8.°)—Saad-ed Din, Historia de la toma de C. P. por Mahomet II, traducción del turco por Garcin de Tassy, París, 1826, y Michaud, Biblioth. des croisades, t. III (estudio en Frause, obra citada); hay una versión inglesa de Gibb, Glascow, 1879, en 8.°, que es un extracto del Tadj-ul-Tevarik (Corona de crónicas), ó Historia del Imperio otomano hasta 1.520. — Kemal (contemporáneo nuestro), Evrak i Perichan (Historia de Mohamet II y Selim), 2 vol.—Hadj Khalifah, traducción del turco en inglés, por J. Mitchell con este titulo: The history of the maritime wars of the Turks, Londres,

1831. — Mevdana-Ali-Sati, Hadikat-al-Djévami (Jardín de los templos), descripción turca de C. P. en los siglos XV y XVI, edic. C. P., 2 vol., 1864.—Féridoun, Colec, de documentos de Estado, 2 vol. en folio C. P.—J. Leunclavius, Historiae musulmanae Turcorum de monumentis ipsorum excerptae, libri XVIII, en folio, Francfort. 1591. — Cons. además la ya citada obra de A. Djevad Bey.

Fuentes eslavas.—Provest o T'sarigrad (Crónica de Constantinopla), texto ruso editado por T-T. Sréznevski, Petersburgo, 1854 (Mem. de la Acad. de Ciencias). Hay una traducción francesa de Dethier.—Memorias de un genízaro polaco, testigo ocular del sitio y toma de C. P., escrita en 1498, ed. y trad. por Th. d'Oksza.

Fuentes españolas.— Ramón Muntaner, Crónica ó descrició dels fets é hazañayes del inclyt rey Don Jaume, etc., versión francesa del catalán por Buchón, París, 1827, 2 vol., y en la colec. Buchón, tomos V y VI. (cons. Frenzel, Ramón Muntaner, Berlin, 1852, en 8.°)

Fuentes italianas.—Juan Mathieu y Felipe Villani (hasta 1361), Historia florentina, en Muratori, t. XIV y en A. Racheli, Biblioteca classica italiana, Trieste, 1857. —Giustiniani, Annali della república di Genova, Génova, 1854.—Malipiero, Annali Veneti, t. VII del Archivio Storico italiano.—Nicolás Bárbaro, Giornale nell'assedio di Costantinopoli, ed. Cornet. Viena, 1856 en 8.°--Nicolás Sagundino, Discurso en latín sobre Mohamed II (inédito: citado en Thuasne, Gentile Bellini, etc.—Leonardo de Chio (obispo de Mityleno) De urbis C. P. jactura captivitateque ó Historia captae á Turcis C. P., edic. Ecuy, París, 1823; edic. Migne, t. CLIX; y edic. Dethier, y De Lesbo á Turcis capta (carta á Pío II), en K. Hopf, Chron. gréco-romanes.—El cardenal Isidoro, Lamentatio, en Migne, t. CLIX.—Eneas Sylvius, Tractatus de captione urbis C. P. anno 1453.—Lauro Quirini, Epist. ad Nicolaum V., edic. Agostini, Venecia, 1752, en 4.°—Ada de Montaldo, Genoves, De C. P. no excidio, edic. K. Hopf y Dethier (Monum. Hist. Hung).—Fhilippus Ariminensis, testis ocularis, Éxcidium C. P. noe urbis, edic. Dathier id. — Angelus Johannes Zaccharias, podestá de Pera, Epístola de excidio C. P. no, ed. S. de Sacy, Notices et extraits des Mss. de la Bibl. du roí, t. XI, París, 1827.—Anónimo, Historióla quae inscribitur C. P. noe civitatis expugnatio, conscripta anno 1459, ed. K. Hopf (Mon.. Hist. Hung.).—Extracto de una Crónica veneciana sobre la toma de C. P., publicada por Thomas, en Sitzungsberichte der K. Bay. Akademied Wisseng, 1868.—J. M. Philelfus, Amyris Epos, sive de vita rebusque gestis invictissimi regis et imperatoris clarissimi Machometti II, libri IV, edic. K. Hopf y Dothier (ídem).

Documentos diversos sobre los países griegos.—De Mas-Latrie, Documents nouveaux servant de preuves á l'hist. de Chypre. —C. Sathas, Assisae et leges Cypriae et aliae en la Bibl. Graeca medii aevi, t. VI, París, 1877.— Lamanski, Secretos de Estado de Venecia, Petersburgo, 1881, en 8.°— En C. Sathas,

Colección de documentos inéditos (t. II, p. 882), pueden consultarse numerosos documentos sobre la historia de los griegos durante este periodo; en los tomos VII y VIII acerca de los Stratiotai ó estradiotas; en los tomos I, II, III, IV y V, los archivos de la Cancellaria secreta de Venecia; estatutos de Coron, Modon, Monemvasia, y otros estatutos para las colonias venecianas del Oriente; en el tomo VI, las crónicas de los escritores venecianos acerca de las guerras de los turcos en Morea (especialmente 1465-1466 y l483).

Documentos acerca de las cruzadas de los Occidentales.—El mariscal de Boucicaut. Mémoires ó Livre des faits, edic. en la col. Petitot, t. VI y VII; Michaud y Póujulat, t. II; y Buchón, Selección de crónicas (Phantéon litteraire), t. III, París, 1353.—Schiltberger, Viajes, ed. Por K. Fr. Neumann, en 4.°, Munich, 1859, y por J. B. Tefler, con notas de Ph. Brunn (de Odesa), con este título: The bondage and travels of Johann Schiltberger, Londres, en 8.°, 1879 (Hákhy Soc.); cons. Ph. Brunn, Geogr. Bemerkungen zu Schiltberber's Reisen en Sitzungsberichte der K. B. Ak. der Wiss año 1869, t. II, Munich.— Ph. de Mézieres, Epistre lamentable et consolatoire sur le fait de la desconfiture Nicopolis), en la edic. de Froissart por Kervyn, t. XVI, p. 444-523.— Martinus Crusius, Turco-Graecia, 1584, Basiiea, en 8.°.

Libros.—Cons. en la bibliografía de los capítulos IV y XIII del tomo VI las indicacioues sobre Gibbon, Le Beau, Brunet de Presle y Blanchet, Paparrigopoulos, Hertzberg, Bayet, Mortreuil, Heimbach, Zacarías de Lingenthal, etc.—En la bibliografía del capítulo XV del tomo VII las notas acerca de Pichler, De Muralt, Finlay, Draeseke, Mortdmann, para Bizancio; Heyd, Pagano, Lunzi, Romanin, Guldencrone, Beving, Schlumberger, E. Musati, Müller, para las relaciones de Bizancio con los Estados latinos.

Los bizantinos y su literatura.—K. Hopf, Griechenland im Mittelalter und in der Neuzit (Encyc. Ersch.et Gruber) 2 vol. en 4.°, 1870).— Hodius (H. Hody), De Grcecis illustribus, Londres, 1742.—Egger, L'hellénisme en France, París, 1869, 2 vol. en 8.°.— E. Legrand, Bibliographie hellénique des XV et XVI siécles, Paris, 1885, 2 vol. en 8.°—K. Krumbacher, Gesch. Der byzantinischen Litteratur von Justinian bis zum Ende des Ostraemischen Reiches, Munich, 1891, en 8." (obra muy erudita, muy exacta, infinitamente preciosa).—Hammer, De byzantinae historiae uitimis scriptoribus, ex historia Osmanica elucidandis, en los Comentarios de la Sociedad Real de ciencias de Goettingen (1823-1827).— V. Parisot, Cantacuzéne, homme d'Etat et historien, Paris, 1845, en 8.°-T. Florinski, Andrónico el Joven y Juan Cantacuzeno (en ruso), en el Boletín del Ministerio de Instrucción pública, Petersburgo, Julio de 1879.—Berger de Xivrey, La vie et les ouvrages de l'emp. Manuel Paleólogue, en las Mem. de l'Acad. des Inscr., t. XIX, 1853.— H. Vast, Le cardinal Bessarion (1403-1472), Paris, 1878, en 8.°.—Sadov, Bessarion de Nicea

(en ruso), Petersburgo, 1883.—Comte de Laborde, Athenes aux XV, XVI et XVII siecles, 2 vol. en 8.°, Paris, 1854.— P. Dethier y Mordtmann, Epigraphie von Byzanz und C. P. (hasta el año 1453), Viena, 1864. en 4.°.

Los turcos otomanos.—Ricoldus (prisionero de los turcos y genízaro) De vita et moribus Turcarum, Paris, 1509, en 4.—G. Postel, De la république des Turcs, Poitiers, 1560, en 8.—Sansovino, Historia universale dell' origine et imperio de Turchi, Venecia, 1600, en 4.°—W. von Lüdemann, Gesch. Griéchenlands und der Türkei, Dresde, 1827, 4 vol. en 12.—Hammer, Historia del imperio otomano, Pest, 1827-1834. (Trad. franc. De Hellert, París, 1835 y siguientes, 18 vol. en 8." Y un atlas (para este periodo, tomos I-III).—J.-G. Zinkéisen, Gesch. des Osmanischen Reiches in Europa, Hamburgo, 1840) y siguientes, en 8.° (para este período, tomos I y II).— J. M. Jouannin, Turquía, en la col. del Universo pintoresco, París, 1849.— F. W. Ebeling, Gesch. d. Osmanischen, Reiches in Europa, Leipzig, 1854. — Th. Lavallée, Hist. de la Turquie, nueva edición, París, 1859, 2 vol. en 12.— De la Jonquiére, Hist. De la Turquie, 1881, en la colec. Duruy.— Hertzberg, Gesch. der Byzantiner und des Osmanischen Reiches (hasta fines del siglo XVI), Berlín, 1883, en 8,°. en la colec. Oncken.—Guillet, Hist. du régne de Mahomet II, empereur des Turcs, París, 1861, 2 vol. en 12.—L. Thuasne, Djem-Sultan, fils de Mohammed II, frére de Bayézid II (1459-1495), según documentos en su mayoría inéditos, París, 1892, en 8.—L. Thuasne, Gentile Bellini et Sultán Mohammed II, París, 1888, en 4.—A. Djevad bey, coronel de Estado Mayor, Etat militaire ottoman depuis la fondation de l´empire jusqu' á nos jours: t. 1, Le corps des janissaires, C. P. y Paris, 1882, en 8.°

Los Estados cristianos; la cruzada; Nicópolis.— J. Delaville Le Roulx, La France en Orient au XIV siécle, Expédit. du maréchal Boucicaut, París, 1885, en 8." (es la obra más importante acerca de este periodo). — Lot, Projets de croisade sous Charles le Bel et sous Philippe de Valois, en Bibl. Ec. Chartes, 1859.— De Boislisle, Projet de croisade du premier duc de Bourbon, en Ann. Bull. de la Soc. d'hist. de France, 1872.— De Mas-Latrie, Commerce et expéditions militaires de la France et de Venise au moyen áge, en la col. De Doc. inédits, Mélanges, París, 1882, en 4.°; Histoire de Chypre, París, 1852-1861, 3 vol. en 8.°, Los duques del Archipiélago y de las Cyciadas, extracto de R. Deputazione Veneta, Venecia, 1887, Enrico Connet, La guerra de Véneto en Asia, Viena, 1856, en 8.°—C. Pagano, Delle imprese e del dominio dei Genovesi nella Grecia, Génova, 1816.— P. Datte, Spedizione in Oriente di Amedeo VI conté di Savoia, Turín, 1826, en 8.° (según los archivos de Turin).— Brauner, Die Schlacht bei Nicopolis (1396), Breslau, 1876.— G. Koeeler, Die Schlachten von Nicopolis und Warna, Breslau, 1882, en 8.°— F. Kiss, A'Nikápolyi ülkozet (Mém. de l'Acad. Magyare), Festh, 1855, en 8.°— J. Aschbach, Gesch. Kaiser Sigmund's, 4vol. en 8.° Hamburgo, 1838-1845.— Fessler, Gesch, von Ungarn (trad. all. de Klein), Leipsig, 1866-1883, 5 vol. en 8.°,

t. II.—Terrier de Loray, Jean de Vienne, amiral de France, París, 1878, en 8. —Barlesio, De vita, moribus ac rebus gestis adversus Turcos gestis Georgii Castrioti, Estrasburgo, 1537, en 8.°—J. de Lavardin, Hist. de Georges Castriot, París, 1621, en 4.°— Paganel, Hist. de Scanderbeg, 1855.—F. Lenormant, Turcs et Monténegrins, Paris, 1866, en 12. —Fr. Levec, Die Einfoelle der Türken in Krain und Istrien, Laybach, 1891.

Caída de Constantinopla y del Helenismo.— Michaud, Hist. des croisades, t. III, 1853.—Stasioulévitch, Sitio y toma de Bizancio (en ruso) en las Mem. de la Acad, de Ciencias de Petersburgo, 1854. —A.- D. Mordtmann, Belagerung und Eroberung C. P. durch die Turken im Jhare, 1453, Stuttgart y Augsburgo, 1858, en 8.°—Krause, Die Eroberungen von C. P. im XIII und XV Jahrhundert, Hale, 1870, en 8.°—H. Vast, Le siége et. la prise de C. P. par les Turcs, en la Revue historique, Mayo de 1880. — E.-A. Vlasto, Les derniers jours de C. P., París, 1883. L. Fincati, La presa di C. P. en la Rivista marítima, Mayo, 1866, Roma. — Por último, las obras de A. G. Paspatis (Atenas, 1890, en 8.°); C. Sathas (Atenas, 1869); y Kampouroglon (Atenas, 1889).

A CONTINUACIÓN OFRECEMOS LOS RESUMENES DE LOS TEMAS

IMPERIO DE ORIENTE: JUSTINIANO, HERACLIO HASTA LOS ISAUROS O ISAURICOS.

177. ***Carácter general de la historia del Bajo imperio.***
178. ***Historia del imperio hasta Justiniano.***
179 ***Justiniano, su pensamiento político.***
180. ***Guerras y conquistas.***
181. ***Trabajos legislativos.***
182. ***Justiniano con relación a la Iglesia.***
185. ***Sucesores de Justiniano.***
184. ***Heraclio, emperador.***
185. ***Guerras con los persas y con los árabes.***
186. ***El Monotelismo.***
187 ***Envilecimiento del imperio bajo los sucesores de Heraclio.***

177. ***Carácter general de la historia del Bajo imperio.*** *La* existencia del Bajo Imperio por espacio de mil años después de la caída del imperio de Occidente; pero existencia débil, amenazada, ruinosa, tal que el que lee el primer período de ese imperio, no cree que puede atravesar un segundo sin haberse antes deshecho, arruinado, es un fenómeno sorprendente en la historia de los pueblos. Cuatro causas poderosas mantuvieron en una continua decadencia, desde el principio hasta el fin, el imperio de Constantinopla, y que sirven como de clave para comprender su historia.
1º. Las continuadas invasiones de los ***bárbaros,*** particularmente de los persas, y luego de los ***árabes.***
2º. La falta de un derecho fijo para suceder al imperio.
3º Un estado de insurrección permanente ocasionado por las ***disputas teológicas,*** y fomentado por los mismos emperadores erigidos en jueces de la fe.
4º. La inmoralidad más desenfrenada y más escandalosa en el palacio y en la corte de los emperadores de Oriente. Y no obstante estas causas, poderosas cada una de por si para acabar con un estado, ***Constantinopla*** sobrevivió a **Roma** mil años.

178. ***Historia del imperio hasta Justiniano.*** Después del reinado del débil Arcadio, dirigido sucesivamente por Rufino, Eutropio y Gainas, Teodosio II, ó más bien su hermana Pulquería (408 á 450) si no explendor y gloria, al menos proporcionaron al imperio alguna tranquilidad en el interior. Aunque pocos hombres eran menos dignos que Teodosio de llevar el título de ***legislador;*** .no obstante, en su tiempo se compuso el famoso ***código,*** que lleva su nombre, y que a pesar de sus imperfecciones, le prefieren los críticos al de Justiniano. ***Marciano, que*** le sucedió (450 a 457), contuvo la invasión de Atila cuando cayó sobre el imperio romano, y favoreció la ortodoxia católica. ***León I,*** el Grande, conservó la paz en el imperio, y

defendió la fe de la Iglesia contra los Eutiquianos. ***Zenon*** y ***Anastasio*** reinaron tumultuariamente, ya por causa de las herejías de los Nestoríanos y Eutiquianos, como por las intrigas y desórdenes de la corte y, del palacio de los emperadores. Apareció en fin ***JJustino y Justiniano*** (518 a 527), que restableció la paz en la Iglesia y en el imperio, y sobre todo, que preparó el reinado de Justiniano.

179. ***Justiniano, su pensamiento político*** (527 a 565). Justiniano fue uno de aquellos príncipes, en quienes se ven mezclados el mal y el bien, y que sin ser grandes por sí mismos pueden parecerlo por las circunstancias o por las empresas a que dan cima sus ministros o generales. El reinado de Justiniano se resume en estos dos hechos que fueron su pensamiento político: —***reconstituir el antiguo imperio romano -y establecer la organización interior, fundando una legislación completa y regular.***

180. ***Guerras y conquistas. Para*** conseguir el primer objeto envió al general ***Belisario con*** todas las fuerzas del imperio a las provincias de occidente. En **532** desembarcó Belisario en Africa, y derrotado el vándalo Gelimer e***n Tricameron,*** Cartago fue tomada, sometiéronse Córcega y Cerdeña, y el África volvió a ser provincia romana. Terminada esta expedición, fue enviado Belisario a Italia contra los ***Ostrogodos,*** y empezó la conquista de este pais, que concluyó veinte años después el eunuco ***Narsés.*** Hacia la misma **época (552),** la -división del reino de los ***Visigodos*** en España devolvieron a ***Justiniano*** **toda** la parte oriental de la Península.

Durante la guerra de Italia los persas se habían apoderado de toda ***Siria;*** Belisario salvó a ***Jerusalen,*** mas no pudo reconquistar ***Armenia,*** lo que bastó para que el ingrato Justiniano le despojase del mando del ejército y de todas sus dignidades. ***Cosroes*** continuó la guerra, y solo concedió la paz al **emperador** y la libertad de conciencia a los cristianos de ***Persia*** mediante un tributo de tres mil piezas de oro **(562).** Invadiendo luego los búlgaros el imperio, y desbaratado un ejército griego enviado contra ellos, Belisario, llamado del destierro, los venció y les obligó a huir más allá del Danubio.

181. ***Trabajos legislativos, su uso.*** Queriendo llevar adelante su segundo proyecto de ***organizar el imperio,*** creyó necesario para esto publicar un cuerpo de derecho, cuya compilación confirmó a los más hábiles jurisconsultos de la época, bajo la dirección del cuestor ***Triboniano.*** Hecho este trabajo en catorce meses, se publicó el año de 529 con el nombre de ***Código.*** Contenía las leyes imperiales desde el principio de Adriano. El ***Digesto o*** las ***Pandectas,*** trabajado en el espacio de tres

años, y en el que debía de estar recopilado todo lo que había más útil en más de dos mil volúmenes de jurisconsultos antiguos, se publicó en el año 531.

La ***Instituía,*** publicada poco antes del Digesto, contenía los elementos del Derecho para el estudio de las escuelas. Vinieron después las leyes del mismo Justiniano con el nombre de ***Novelas.***

Aquel gran cuerpo de Derecho no subsistió en el ***Oriente*** masque hasta el siglo IX, en cuyo tiempo le sustituyó ***Basilio*** con sus leyes llamadas de el ***Basilicas.*** En Occidente fue desde luego derogado por las leyes ***lombardas, y*** quedó oscurecido hasta el siglo XII que se descubrió en ***Amalfi*** un ejemplar del ***Digesto.*** Así el verdadero triunfo de la legislación de Justiniano, es debido a los pueblos modernos.

182. ***Justiniano con relación a la Iglesia.*** El gobierno de Justiniano relativamente a la Iglesia, tiene dos períodos; en el primero favorece decididamente a los católicos, hace construir un gran número de iglesias, y entre ellas la célebre de Santa Sofía. En el segundo, so pretexto de arreglar y ***concordar*** las diferentes opiniones teológicas, quiso que las suyas fuesen reglas de fe. Publicó un edicto contra los tres capítulos, y persiguió al papa ***Vigilio*** porque se negó a aprobar su conducta en estas materias tan ajenas ciertamente de su jurisdicción.

183. ***Sucesores de Justiniano. Cuando*** murió Justiniano se halló el imperio en el período más culminante de su poder; si bien más aparente que real y duradero. Bajo el reinado del sucesor de Justiniano, ***Justino II,*** la ***Italia*** cayó en poder de los ***lombardos,*** sin que el Oriente hiciese siquiera una tentativa para defenderla. ***Tiberio II*** (573), acometido por el anciano ***Cosroes,*** rey de **los pers**as, no pudo rechazarle sino comprando a precio de oro **la** retirada de los ***avaros,*** que se adelantaban **hacia** Constantinopla. ***Mauricio,*** sucesor de Tiberio (584), ganó cinco batallas contra los bárbaros, y llegó a disponer del trono de los persas, mas este eminente general pereció en una sedición, asesinado por el centurión ***Focas,*** que se apoderó de la corona (602).

184. ***Heraclio emperador, estado del imperio*** (610 a 641). Constantinopla se hallaba estrechada por los bárbaros en el mediodía y en el norte cuando subió al trono ***Heraclio*** después de haber destronado a Focas, que por siete años consecutivos había manchado el trono con sus excesos y crueldades. Los griegos habían perdido las plazas que conservaban en la parte oriental de ***España:*** se había hecho independiente ***Italia:*** los persas se habían apoderado de ***Antioquía,*** de ***Damasco*** y de ***Jerusalen,*** sublevándose de nuevo los ***avaros,*** se presentaron bajo los muros de Constantinopla. En vista de una situación tan desesperada pensó

Heraclio renunciar y volver a Cartago donde antes era gobernador; el patriarca le detuvo, el clero le **dio** sus riquezas y la Iglesia salvó por esta vez el imperio.

185. ***Guerras con los persas.*** Despertándole por fin los ruegos de los unos, las murmuraciones de los otros, y sobre todo los insultos de ***Cosroes II,*** y los triunfos de los persas; pensó seriamente en reparar su honor, y llevando todas sus fuerzas a ***Persia,*** consiguió en seis batallas consecutivas otras tantas victorias, rescatando el Asia Menor del poder de sus enemigos, y apoderándose de sus tesoros. Vencido Cosroes por los imperiales, fue destronado por su hijo ***Siroes*** que concluyó la paz con Heraclio en 628, por la cual conservaron los dos estados sus antiguos límites, llevando el emperador en triunfo a Constantinopla la ***verdadera cruz,*** que habían robado los persas en Jerusalen. Aqui concluye la parte del reinado de Heraclio, que ha engrandecido su nombre, libertando al imperio de su ruina.

Apenas se concluyó la guerra con los persas, cuando recayó Heraclio en su primer estado de indolencia. Ya no es un héroe, sino un príncipe afeminado, un espíritu mezquino ocupado en controversias sutiles, cuando va a perder la mayor parte de sus estados. Invadiéndoles los ***árabes,*** se dirigieron a ***Jerusalen,*** la pusieron cerco y ***Omar*** entró en la ciudad ***Santa*** el mes de mayo de 638, apoderándose en seguida de ***Alepo*** y ***Antioquía.*** Este hecho de caer los Santos lugares en poder de los musulmanes, dará luego origen a las Cruzadas.

186. ***El Monotelismo.*** Los Monotelitas, que suponían ***una voluntad única en Jesucristo,*** volvieron con sus disputas a abrir de nuevo las llagas que tantas otras herejías habían hecho ya al mundo cristiano. Heraclio quiso también dogmatizar sobre esta cuestión publica en su famoso edicto llamado ***Ectesis,*** que proscribió el papa ***Juan IV en*** 639. Heraclio se retractó, y después de haber perdido ***Siria y Palestina y Fenicia,*** y desgarrado el Oriente por las herejías, murió oprimido de pesares y remordimientos.

187. ***Envilecimiento del imperio bajo los descendientes de Heraclió*** (641 a 717). Extinguióse la familia de Heraclio en ***Teodosio III*** después de medio siglo de crímenes y de infamias. A tal grado de desprestigio había llegado la autoridad imperial en manos de la raza ***heracliana, que Leon Isauro,*** hijo de un zapatero de Seleucia, y comandante de las tropas del Oriente, se negó a reconocer por emperador á Teodosio, obligándole a renunciar, y proclamándose a sí mismo emperador con el nombre de ***Leon III Isaurico.***

IMPERIO DE ORIENTE. DINASTÍA ISAURIANA HASTA LAS CRUZADAS: LOS TURCOS.

188. ***Leon III Isauro hasta el fin de su dinastía.***
189. ***La emperatriz Irene.***
190. ***Cisma de Focio.***
191. Miguel ***Cerulario.***
192. ***Los Conmenos: Alejo I, situación del imperio griego.***
193. ***Arabes asiáticos, decadencia del califato.***
194. ***Origen de los turcos, su engrandecimiento.***
195. Los emires Al-Omra.
196. ***Fundación del Imperio de los Seldjiucidas, sus conquistas.***

188. ***Leon III Isauro hasta el fin de su dinastía.*** Con León III (717-741), empezó la dinastía Isauriana. Apenas se había sentado en aquel trono fatal, cuando los árabes cercaron a Constantinopla, obligándoles León a levantar el sitio después de trece meses por medio del fuego griego. En tanto su ejército se sostenía a duras penas contra los búlgaros. Como todos los demás emperadores, turbó la paz del imperio con vanas disputas teológicas. En 726 prohibió el culto de las imágenes, y sin hacer caso del descontento del pueblo y sobre todo de los romanos, que se negaron a obedecer los edictos imperiales, fueron destruidas las imágenes, y los cuadros que representaban asuntos piadosos fueron hechos pedazos por los emisarios del emperador (726), y los nuevos herejes se hicieron dignos del nombre de *Iconoclastas* (rompe- imágenes), o quiebra imágenes Fue condenada esta herejía por la Iglesia, y excomulgado su autor por *Gregorio XI.* Los sucesores de Leon III, *Constantino IV Coprónimo (*741 a 775) y *Leon IV a* 780, persistieron en este error, hasta que por fin la emperatriz *Irene* hizo que le condenara solemnemente el sétimo Concilio ecuménico.

189. ***La emperatriz Irene.*** *Irene,* tutora y gobernadora en la menor edad de su hijo *Constantino V Porfirogénito, a* fin de retener el gobierno promovió una sublevación contra su hijo, y puesta a la cabeza de los mal contentos le hizo encerrar en una cárcel y privarle de la vista, de cuya operación murió en 797. Este crimen de una madre exaltó la indignación pública; y llegó un día en que los mismos a quienes había colmado de favores, se sublevaron proclamando al bárbaro ***Nicèforo*** (802 a 811). Desterrada en la isla dé ***Lesbos, vivió*** un año del mezquino trabajo de su rueca,

estinguiéndose en ella la dinastía isauriana.

190. ***Cisma de Focio.*** Después de las herejías de los Iconoclastas, el hecho más ruidoso que merece llamar la atención en el imperio de Oriente, es el cisma de Focio.-Ocupaba el trono el innoble ***Miguel II*** el ***Tartamudo*** (820 a 829), que se gloriaba públicamente de haber tomado por modelo a ***Nerón,*** y en cuyo reinado la corte de Bizancio perdió las islas de Creta y de Sicilia. Con el fin de emanciparse de toda vigilancia y de toda oposición, encerró a su madre Teodora en un convento, y depuso al santo patriarca ***Ignacio***, poniendo en su lugar a ***Focio,*** capitan de sus guardias, de nacimiento ilustre, de superior ingenio, y tal vez el hombre más sabio de su tiempo; pero de un carácter peligroso, astuto e intrigante.

Llegó ***Focio*** en seis días a la dignidad de patriarca: ***Nicolao I*** en un concilio en Roma, anuló esta: promoción y excomulgó a ***Focio.*** Este irritado, convocó otro concilio, excomulgó y depuso al papa, y tomó **el** titulo **de** patriarca ***ecuménico o*** universal, título que no podía consentir Roma. Ya hacía tiempo que en Constantinopla habíá el designio de hacer a la iglesia griega independiente de aquella. Depuesto Focio al advenimiento de ***Basilio Macedonio*** al imperio (867), fue restablecido a la muerte del patriarca ***Ignacio***, hasta que ***León*** el ***Filósofo (886 a*** 911) le arrojó definitivamente de la silla de Constantinopla, dejando ya el germen de un cisma eterno, que da harto motivo para deplorar la influencia del espíritu de **partido** en los asuntos de religión.

191. ***Miguel*** Cerulario. Patriarca también este **de** Constantinopla, tan ambicioso como Focio, aunque menos hábil, y a quien las intrigas de una corte deshonrada habían sacado de la cárcel para poner en tan elevado puesto; renovó las pretensiones de aquél. Se verificó por fin el fatal rompimiento entre la iglesia ***griega*** y la ***latina*** (1054), habiéndose dirigido ***Miguel Cerulario a*** todos los patriarcas y a todos los obispos de Oriente para arrastrarlos a negar la obediencia al romano pontífice.

Advenimiento de los Conmenos. Con el cisma coincidió la caída de la dinastía macedoniana, a la que siguió la de los ***Conmenos,*** cuyo primer **em**perador fue ***Isac Conmeno.*** Las reformas que introdujo en el ejército y en el estado le ocasionaron muchos enemigos. Los monjes le tuvieron por impío y sacrílego, porque aplicó a las necesidades públicas lo superfluo de sus riquezas. Depuso a ***Miguel Cerulario***; pero sin poder evitar ya el cisma. Proclamado en 1057, hubo de abdicar en 1059.

192. ***Los Comnenos: Alejo I, situación del imperio.*** Guando después de otros emperadores subió ***Alejo I***/ al trono en 1081. La situación del imperio era tan desesperada como se puede inferir del siguiente cuadro: los normandos de Italia le amenazaban para quitarle la Grecia, los árabes del Egipto y del África infestaban el

mar Egeo, los turcos del Asia Menor estaban acampados a la otra parte del Bósforo, los rusos, los pestchenegas y todos los bárbaros de las márgenes del Danubio asolaban Tracia hasta los muros de la capital. En tal aprieto, pidió socorro a todos los príncipes cristianos en 1092, promoviendo la pri***mera Cruzada.***

193. **ÁRABES a*siáticos. Decadencia del califato.*** Después de la muerte de ***Harun-Al-Rachid*** y de su ***hijo Al-Mamum*** que tan ilustres hicieron sus reinados, muchos de sus gobernadores se hicieron independientes de los califas. El entusiasmo musulmán había tenido fuerza para vencer y conquistar; más no la tenía para regularizar las conquistas. Los últimos califas de Bagdad, sin capacidad y sin talento para gobernar, y cercados por todas partes de enemigos, se echaron en brazos de los ***turcos,*** soldados mercenarios que servían en sus ejércitos, y que bien pronto dominaran a sus señores.

194. ***Origen de los turcos, su engrandecimiento.*** Los ***turcos,*** que debían absorber un día todas las dominaciones parciales desmembradas del gran califato de ***Bagdad,*** salieron del este del Asia. El país que habitaban, y que de su nombre se ha llamado ***Turquestan,*** lindaba al norte con Siberia, al este con China septentrional, al mediodía con el Tibet, y al oriente con el lago Aral. Sometidos por los hunos durante las primeras invasiones de estos bárbaros, no se dieron a conocer al mundo civilizado sino por el contacto con los árabes 350 años después de la muerte de ***Mahoma.***

La milicia turca había sido admitida en 841 a la guardia de los califas; pero estos hombres guerreros e independientes conmovieron muy pronto el imperio para cuyo sostén habían sido llamados, y sus revueltas ensangrentaron muchas veces el trono. En el espacio de veinte y cinco años (846 a 870), cinco califas cayeron asesinados, y al final del siglo IX **dio** el último golpe a la dinastía ***abasida*** una sublevación de los árabes del Desierto.

195. ***Los emires Al-Omra.*** Al-Radi incapaz de defender su herencia contra esa serie de trastornos e insurrecciones, puso su decadente poder bajo la protección de una autoridad más enérgica que la suya, y confió a un turco de la familia de los ***Buidas*** y tribu tártara que se había hecho independiente en el ***Irac*** la dignidad de ***emir Al—Omra, o*** príncipe de los príncipes del imperio del califa (934). Este empleo ejerció la misma influencia en Oriente que en Francia el de los mayordomos de palacio. Produjo el hecho notable de la separación del poder espiritual del temporal: usurpando al emir toda la influencia política al califa, no dejándole más que una vana supremacía religiosa.

Sin embargo, el poder de los ***emires Al—Omra*** no sobrevivió mucho al de los califas. De conquista en conquista los ***Fatimitas,*** que en África en 969 habían sometido a los ***Aglabitas*** y ***Edrisitas,*** avanzaron por entre Palestina y Siria hasta Bagdad, y obligaron al emir a pagarle tributo (985). Mucho tiempo después el Irac, sometido a los Buidas, cayó en poder de ***Mahamud*** -el ***Ghaznevida,*** cuya dinastía iba también a ceder luego el puesto a otra nueva dominación.

196. ***Fundación del imperio de los Seldjiucidas (***1055), ***sus conquistas.*** Los turcos ***Seldjiucidas*** fueron los primeros que fundaron un imperio duradero. Los hijos de ***Seldjuk, j***efe de esta tribu se fijaron cerca de la Bucaria a principios del siglo XI. Luego, fueron llamados al ***Korasan*** por ***Mahamud;*** el héroe inmortal de la gloria de los ***Ghaznevidas. Togrül-Bek,*** el hijo menor de Seldjuk echó a los Ghaznevidas hacia el Indo, se apoderó de ***Nisabur,*** su capital, tomó el título de ***sultán,*** atacó en seguida a los ***Buidas ,*** que apenas podían sostener el poder que les había confiado el califa de Bagdad; y tomó para sí el empleo de emir ***Al-Omra.***

A Togrul—Bek sucedió su hijo ***Alp-Arslan el León*** (1063). Ensanchó este considerablemente el vasto imperio que le dejó su padre. Pasó el Eufrates a la cabeza de un cuerpo de caballería, se apoderó de Cesárea en Capadocia, conquistó Armenia y Georgia y alarmó a Constantinopla. ***Malek—Scha*** es el último de los ***Seldjiucidas.*** Su imperio llegó a extenderse desde el extremo del ***Yemen*** hasta el mar ***Caspio, y*** desde las fronteras de ***China*** hasta las playas del ***Helesponto.*** Solamente ***Egipto*** quedó en poder de los ***Fatimitas. A*** su muerte, en 1095, su hermano y sus hijos se disputaron sus estados, que desmembrándose constituyeron cuatro reinos independientes, o más bien sultanías: la de ***Persia,*** la de ***Kerman*** en la ***India***, la de ***Rum***, en el ***Asia Menor ,*** y la de ***Siria,*** que se subdividió en dos, ***Damasco*** y ***Alepo.***

Tal era el estado de Oriente cuando las crueldades cometidas **en *Jerusalen*** por los **Seldjiucidas,** que conquistaron la ciudad Santa (1086), y luego **por l**os ***Fatimitas,*** que se la quitaron a aquellos en 1094, excitaron la indignación de toda Europa, y provocaron las **CRUZADAS.**

EL IMPERIO DE CONSTANTINOPLA HASTA SU FIN.

365. ***Restauración del imperio de Constantinopla, su situación exterior.***
366. ***Estado interior del imperio, expedición de los catalanes a Levante.***
367. ***Guerra civil.***
368. ***Origen y conquistas de los turcos otomanos.***
569. ***Emperadores otomanos.***
370. ***Invasión de Tamerlán y sus conquistas, batalla de Ancyra.***
371. ***Amurath II, guerras con Hungría.***
372. ***Últimos Paleólogos.***
373. ***Mahomet II, toma de Constantinopla.***
374. ***Consecuencias de la toma de Constantinopla.***

365. ***Restauración del imperio de Constantinopla, su situación exterior.*** El año de 1204 Balduino, conde de Flandes, había fundado el imperio ***latino*** en Constantinopla, y el 1261 ***Miguel Paleólogo*** se apoderó de esta ciudad, arrojó de ella a los ***latinos,*** y abrió el último período de la historia del imperio griego. Miguel Paleólogo (1260 a 1282) solo había recobrado una parte muy pequeña del antiguo imperio de Oriente. Egipto y Siria obedecían a los ***mamelucos.*** En el Asia Menor el imperio casi no poseía más que las costas occidentales; ocupaban el resto diez principados ***seldjiucidas,*** tributarios de los mogoles. En Europa todas las provincias situadas más allá del monte ***Hemo,*** pertenecían a los válacos, a los búlgaros, y a los húngaros.

366. ***Estado interior del imperio, expedición de los catalanes a Levante.*** Dos causas poderosas minaban, en el interior la existencia de este imperio, las especulaciones mercantiles de los ***venecianos y genoveses,*** y las interminables disensiones de los ***monjes cismáticos.*** Para destruir la primera fomentó Miguel Paleólogo la rivalidad entre estas dos potencias, a fin de que mutuamente se destruyeran: para acabar con la segunda propuso a Gregorio X la reunión de la iglesia griega con la latina. El segundo concilio general de León de Francia en 1274, se ocupó mucho de este punto, pero inútilmente, porqué **los** obispos griegos opusieron una viva resistencia, estallaron desórdenes en muchas ciudades, el patriarca de Constantinopla lanzó un anatema contra el emperador, y le abandonó al poder de Satanás.

El segundo Paleólogo: ***Andrónico II*** (1282 a 1332), rompió definitivamente la efímera reunión de las dos iglesias. No pudiendo sostenerse el imperio por sí mismo, tomó a sueldo a unos aventureros catalanes que desde Sicilia habían hecho

una expedicion a ***Levante.*** El éxito feliz de sus primeras campañas contra los turcos excedió a las esperanzas de Andrónico; pero no habiendo recursos con que pagarlos, volvieron sus armas contra los griegos y aniquilaron las tropas imperiales que se les opusieron asolándolo todo durante cinco años hasta su regreso a España.

367. ***Guerra civil.*** Libres los griegos de estos enemigos, se envolvieron ellos mismos en una guerra civil horrorosa. A la muerte de ***Andrónico III*** (1332 a 1341) Juan Cantacuceno, su favorito, arrebató la corona a ***Juan Paleólogo*** (1347), cuya tutela le estaba confiada. ***La rivalidad de estos dos pretendientes dio el golpe mortal al im***perio de Oriente. Cantacuceno llamó en su auxilio a los ***turcos,*** y con su ayuda se hizo dueño de Constantinopla. La influencia de los turcos creció de día en día, **y** habiendo ido ahora a Constantinopla como aliados; juraron volver luego como enemigos y conquistadores.

368. ***Origen y conquistas de los turcos otomanos. Los*** seldjiucidas que al empezar las Cruzadas dominaban en el Asia Menor, sometidos luego por los ***mogoles,*** se habían subdividido en diez pequeños estados independientes, en cuyo número aparece el de los ***turcos. Estos*** debieron su origen a una tribu reducida procedente del Khorassam y acaudillada por ***Erthogrul***, que halló en su hijo ***Othman*** el intrépido jefe que había de ser el fundador de la dinastía ***otomana.*** A la muerte de su padre se había distinguido ya Othman por sus hazañas contra los emperadores griegos, a los cuales arrancó muchas conquistas en el trascurso de treinta y ocho años, coronadas por último con la toma de ***Prusa***, una de las ciudades más importantes del Asia Menor.

369. ***Emperadores otomanos. Orkan,*** hijo y sucesor de Othman (1326 a 1360), prosiguió el curso de sus victorias. Nicomedia y Nicea cayeron sucesivamente en su poder, y la toma de ***Galípoli*** (1357) condujo a los otomanos a las puertas de Constantinopla. Instituyó la magistratura de los ***cadis,*** creó la milicia de los ***genizaros,*** compuesta de esclavos cristianos educados en la fe de Mahoma, y los ***spahis,*** milicia montada.

Murat o Amurates I, sucesor de Orkan (1360 a 1389), interesó a los ***genízaros*** en la conquista dándoles beneficios militares. Estas nuevas tropas fueron desde su origen el terror de los cristianos, como más adelante lo hubieron de ser de los mismos sultanes. Amurates invadió las provincias del imperio, y Ancira, Andrinópolis, Armenia y Macedonia, todo cayó bajo su poder. La victoria de ***Casova*** fue su última conquista en 1389.

Bajaceto o Bayaceto I (1389 a 1402), hijo de Amurates, a quien la rapidez de sus conquistas adquirió el renombre de ***Yilderin,*** el rayo, eclipsó con sus victorias el

poder de los emperadores griegos. Bajaceto se apoderó de ***Tesalónica;*** mandó derruir todas las aldeas extramuros de Constantinopla, y la ciudad imperial sufrió un sitio que duró cinco años. Alejóse de allí para invadir ***Hungría,*** donde ganó contra el ejército húngaro la batalla de ***Nicópolis*** en Bulgaria, y luego otra cerca de este mismo punto a los cristianos mandados por el conde de ***Nevers,*** donde pereció este señor con la flor de la nobleza francesa.

370. ***Invasión de Tamerlan y sus conquistas, batalla de Ancyra*** (1360 a 1403). Cuando Bajaceto I era sultán del imperio otomano, y cuando acababa de obligar al emperador Manuel a pagarle un tributo para conservar su capital, el jefe de una de las tribus del desmembrado imperio de ***Gengis—Kan, Timur-Lenk o*** Tamerlán, despojado desde su niñez de la herencia paterna, se puso a la cabeza de algunos tártaros, jurando pelear contra todos los pueblos de la tierra. Rápidas conquistas le hicieron dueño en poco tiempo del país entre el ***Indo*** y el ***Tanais;*** todos los países recorridos por el bárbaro, fueron cubiertos de sangre y ruinas; un nuevo Gengis—Kan atemorizaba al mundo.

Algunos emires ***seldjiucidas*** del Asia Menor pidieron auxilio a Tamerlán contra Bajaceto. Tamerlán marchó contra él, dejando en pos de sí reducidas a pavesas a ***Damasco*** y a ***Bagdad,*** y formada en el desierto una pirámide de noventa mil cabezas humanas. Los dos poderosos dominadores del Oriente se encontraron ***en Ancyra,*** y los cíen mil soldados de Bajaceto sucumbieron al choque de los ochocientos mil mogoles (1402). Bajaceto fue cogido vivo en medio de todos sus genízaros degollados, y perdonado. El sultán murió al año siguiente, y Tamerlán no le sobrevivió mucho tiempo. Cupo al imperio de Tamerlán la misma suerte que al de Alejandro, cuyos límites excedió en extensión, y de tan inmensos dominios no quedó más después de su muerte, que el imperio del ***Gran Mogol*** al norte de la India, que subsiste hasta nuestros días.

371. ***Amurath II*** (1421 a 1451), ***guerras con Hungría.*** Juan Hunniades , célebre general húngaro y vaivoda de Transilvania, poniéndose al frente de los ejércitos cristianos, destruyó en diferentes encuentros a los generales de Amurath, ajustándose por último una paz de diez años entre Ladislao, rey de Polonia, y el emperador turco; mas quebrantada esta tregua por Ladislao, Amurath, que había abdicado en su hijo, volvió a ponerse al frente de sus ejércitos, y en la desgraciada y sangrienta batalla de ***Varna,*** derrotó el ejército húngaro y dio muerte a Ladislao.

Aquel terrible combate dejó a los húngaros quebrantados para muchos años, y entregó a los griegos sin esperanza de socorro en poder de los turcos. Jorge Castrioto, príncipe de ***Albania***, llamado también ***Scandemberg*** , consiguió, después algunas victorias capaces de inmortalizar su valor, mas no de salvar el imperio.

572. ***Últimos Paleólogos.*** Al emperador Manuel sucedió ***Juan II*** Paleólogo, el cual se presentó en el concilio de Florencia (1459), a fin de renovar la ***unión*** de la iglesia griega con la latina, e interesar en su causa a los soberanos de Europa. La unión se verificó; pero sin ningún resultado para el objeto principal que él se había propuesto, que era el ser socorrido contra los turcos.

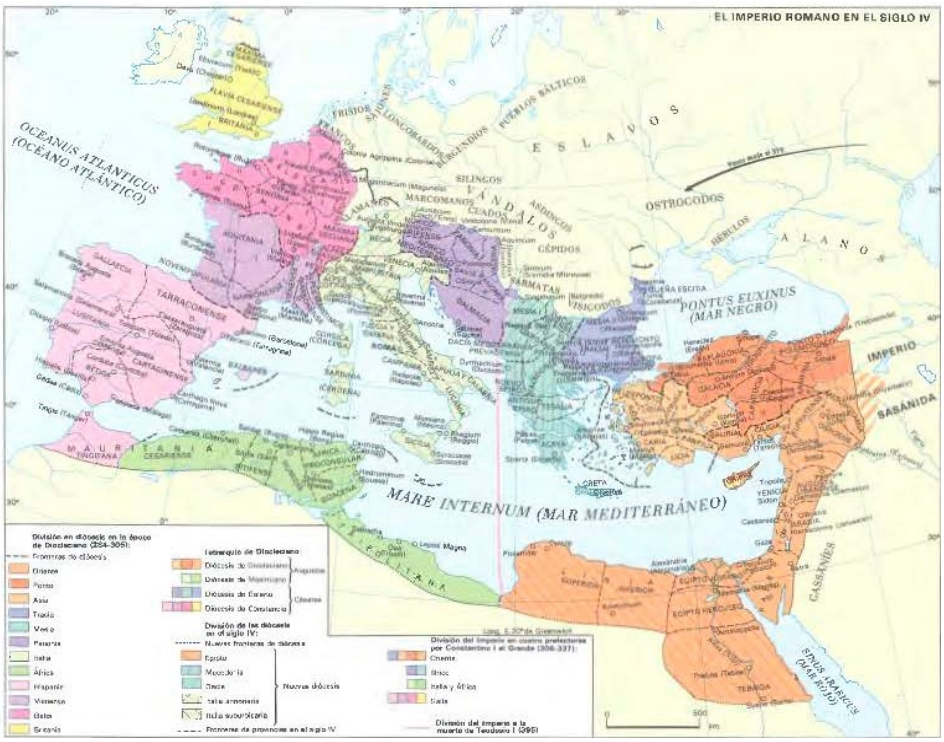
Constantino XII Paleólogo (1448 á 1453). Al emperador Juan sucedió su hermano Constantino, príncipe hábil, generoso y valiente; pero el único hombre de sus estados que poseía estas cualidades.

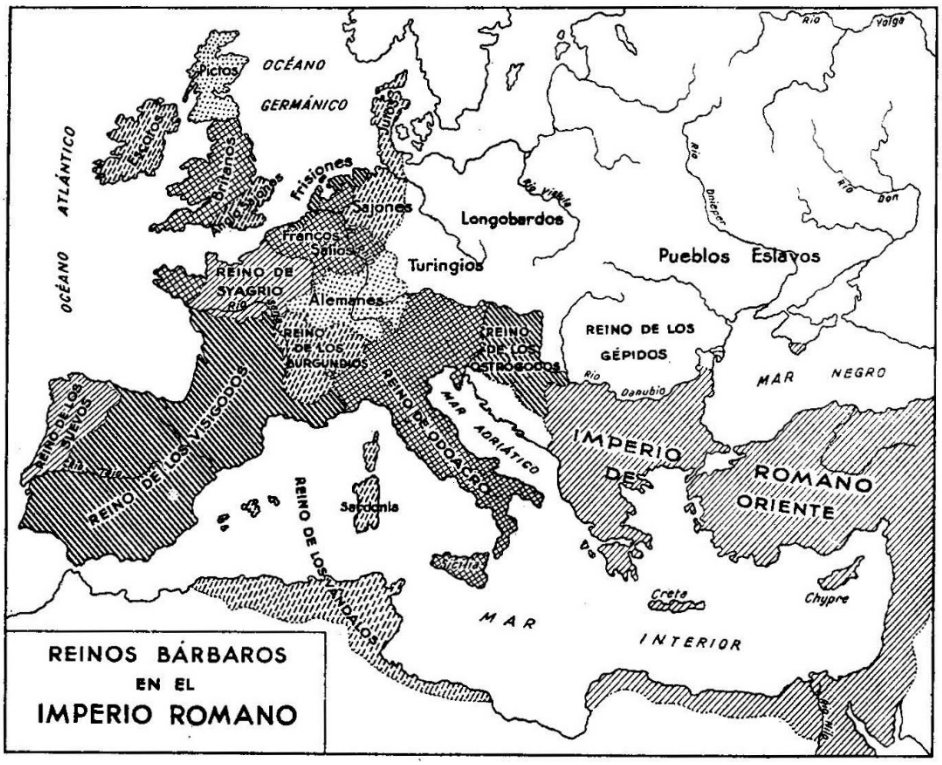
375. ***Mahomet II*** (1451), ***toma de Constantinopla.*** Mahomet, hijo de Bajaceto, se propuso a todo trance tomar a Constantinopla y destruir el imperio de Oriente, aprovechándose del estado de desorden y de lucha de los griegos entre sí. En efecto hizo la paz con todos sus enemigos, reunió todas sus fuerzas y cinco mil obreros protegidos por un ejército numeroso, construyeron en pocos días (1452) una ciudadela en la ribera europea del ***Bósforo, a*** dos leguas de Constantinopla , con el designio de cerrar el estrecho a los buques europeos. ***Constantinopla*** fue rodeada por el ejército de Mahomet: el 6 de abril del año 1453 se rompió el fuego contra la plaza, y el 9 de mayo cayó en poder de los turcos.

Ninguna potencia de Europa tomó las armas para salvar a Constantinopla. La debilidad de sus estados, las disensiones intestinas, la experiencia del mal resultado de las Cruzadas, la falta de concordia entre los príncipes cristianos, el haber decaído la supremacía política de los papas, y el no existir ningún centro de unión en el Occidente, todo esto fue causa para que enmudeciese la Europa al postrer grito de alarma que dio el imperio de Oriente.

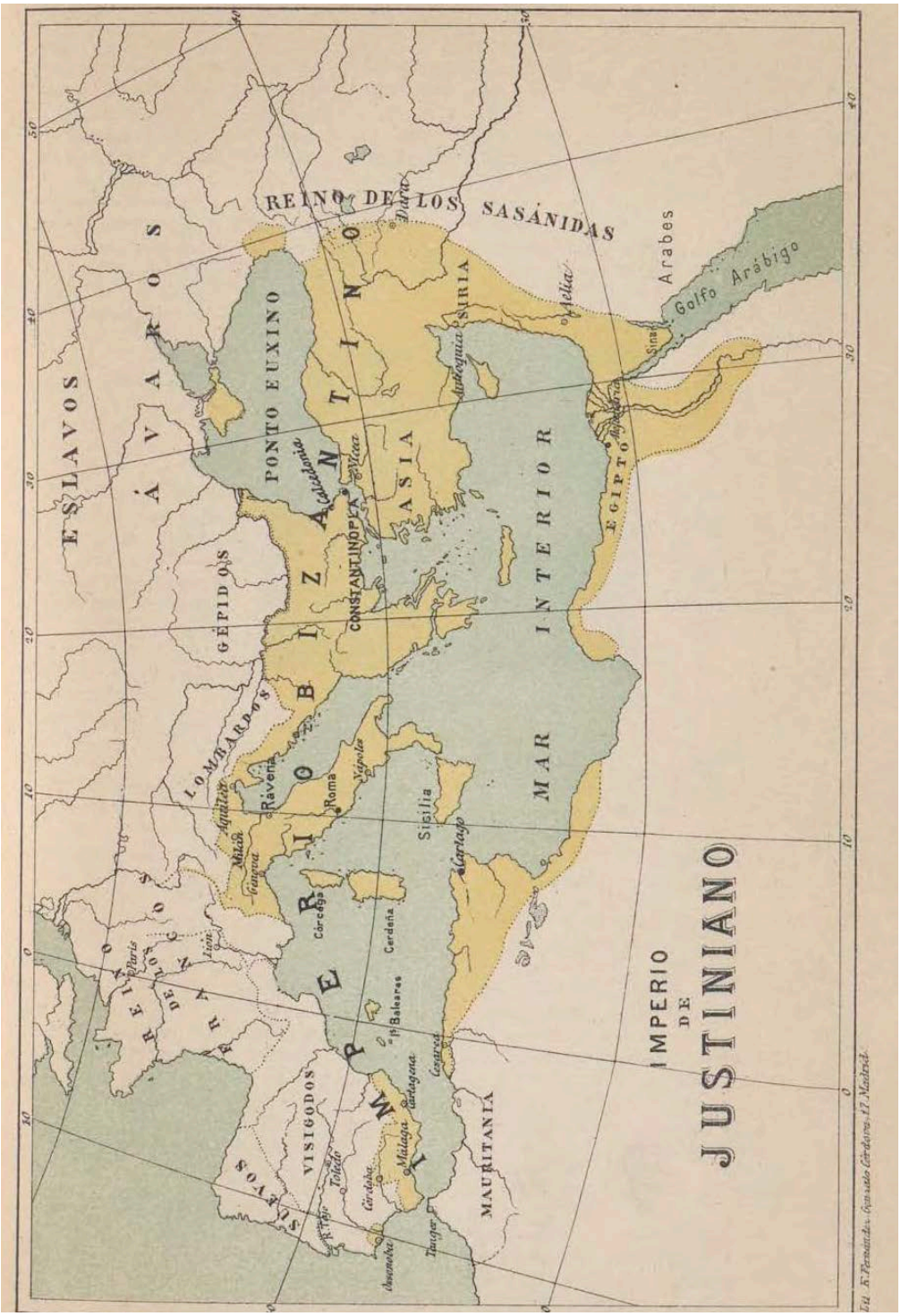
374. ***Consecuencias de la toma de Constantinopla.*** Las consecuencias en lo político fueron el advenimiento de un nuevo poder en Europa, cuya importancia se conoció en el siglo XVI en las guerras entre Carlos V y Francisco I. La-toma de Constantinopla por los turcos obligó a los griegos a emigrar, y estableciéndose en Italia favorecieron el desarrollo de la literatura clásica en Europa, dando una dirección nueva, más libre y más independiente a la razón humana, que extraviándose más tarde había de producir la revolución religiosa del siglo XVI. Un nuevo período, una civilización más adelantada será LA HISTORIA. MODERNA.

MAPAS SOBRE HISTORIA DE BIZANCIO


EL IMPERIO ROMANO EN EL SIGLO IV
OCEANUS ATLANTICUS (OCÉANO ATLÁNTICO)
MARE INTERNUM (MAR MEDITERRÁNEO)
PONTUS EUXINUS (MAR NEGRO)
E S L A V O S
V A N D A L O S
OSTROGODOS
VISIGODOS
A L A N O S
IMPERIO SASANIDA
M A U R I T A N I A
T A R R A C O N E N S E
G A L A E C I A
M A U R I T A N I A
C A S E N A
C A S A N I D A S
SINUS BARBARICUS (MAR ROJO)

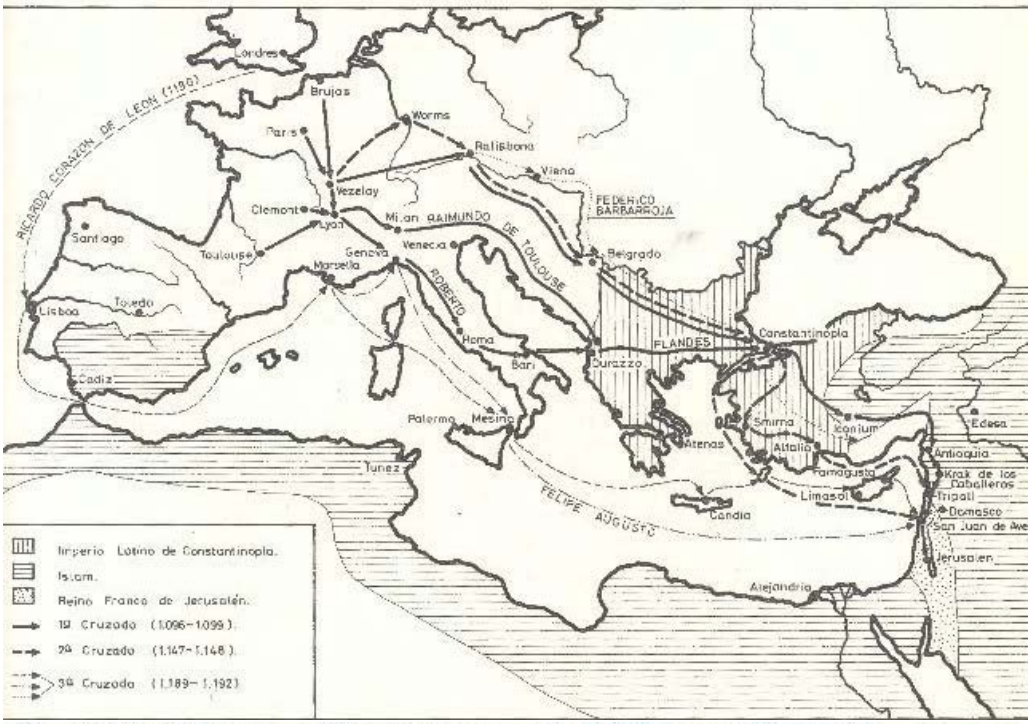

OCÉANO ATLÁNTICO
OCÉANO GERMÁNICO
Pictos
Escoceses
Bretones
Anglos y Sajones
Frisiones
Sajones
Francos Salios
Longobardos
Turingios
Pueblos Eslavos
REINO DE SYAGRIO
Alemanes
REINO DE LOS BURGUNDIOS
REINO DE LOS OSTROGODOS
REINO DE LOS GÉPIDOS
MAR NEGRO
MAR ADRIÁTICO
IMPERIO ROMANO DE ORIENTE
REINO DE LOS SUEVOS
REINO DE LOS VISIGODOS
REINO DE LOS VANDALOS
Cerdeña
Sicilia
Creta
Chypre
MAR INTERIOR
Río Volga
Río Don
Río Danubio
REINOS BÁRBAROS EN EL IMPERIO ROMANO

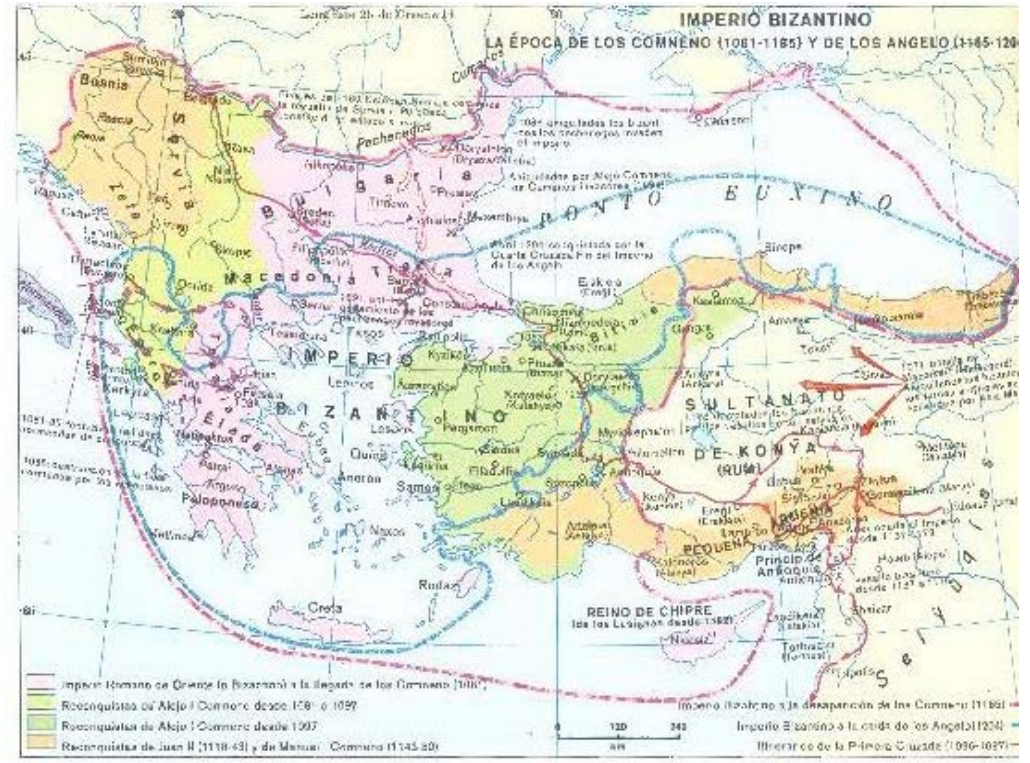
LA FORMACIÓN DE LOS ESTADOS GERMÁNICOS (INICIOS DEL SIGLO VI)
ESCOTOS
PICTOS
FRISIOS
SAJONES
JUTOS
LOMBARDOS
FRANCOS
ESLAVOS
OSTROGODOS
HÉRULOS
REINO DE LOS GÉPIDOS
VISIGODOS
REINO DE LOS BURGUNDIOS
REINO DE LOS SUEVOS
REINO DE LOS VANDALOS
IMPERIO ROMANO DE ORIENTE
Malta
Rodas
Creta
Chipre
Pueblos bálticos.
Pueblos bálticos y fineses.
Pueblos indígenas autónomos.
Pueblos germanos.
200
400
Km

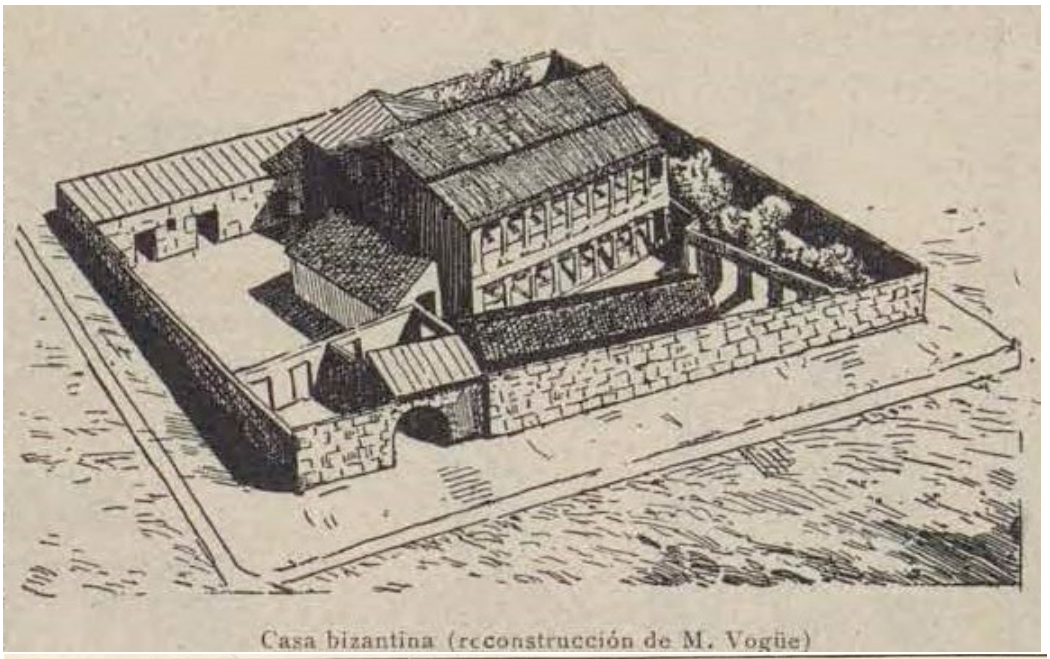

IMPERIO
DE
JUSTINIANO
REINO DE LOS SASÁNIDAS
Arabes
Golfo Arábigo
ESLAVOS
ÁVAROS
PONTO EUXINO
REINO BÁRBARO
GÉPIDOS
LOMBARDOS
CONSTANTINOPLA
ASIA
SIRIA
EGIPTO
MAR INTERIOR
Ravena
Roma
Sicilia
Cartago
Córdoba
Cerdeña
Baleares
Cartagena
Málaga
Toledo
VISIGODOS
SUEVOS
MAURITANIA
Tánger
Ceuta
Sinai
Antioquía
Jerusalén
Alexandría
Tiro
Edessa
Nicea
Calcedonia
Tracia
Mitilene
Tarento
Nápoles
Aquileia
Milán
Verona
Lione
París
Tula
Ebora
Lisboa
Tu. S. Fernandez. Capitán Córdoba, 17. Madrid.

XXII.
Long. del Merid. de Madrid.
EUROPA
A LA MUERTE DE JUSTINIANO
en 565. (siglos VI y VII)
POR
J. DE LA G. ARTERO.
REINO DE TEODORICO
en 526. (S. VI.)
OCÉANO ATLÁNTICO
MAR CANTÁBRICO
MAR TYRRENO
MAR ADRIÁTICO
MAR PÓNTICO
MAR CASPIO
IMPERIO DE ORIENTE
IMPERIO DE LOS SASANIDAS
REINO DE LOS AVAROS
REINO DE LOS FRANCOS
REINO DE LOS VISIGODOS
REINO DE LOS BORGOÑONES
REINO DE LOS OSTROGODOS
REINO DE LOS LONGOBARDOS
VÁNDALOS
Scandia
Germania
Hibernia
Britania
Roma
Constantinopla
Alejandría
Cartago
Ravena
Sicilia
Sardinia
Corsica
Mauritania
Numidia
Tripolis
Pentapolis
Egipto
Arabia
Persia
Asia Menor
Tracia
Mysia
Peloponeso
Creta
Chipre
Palmira
Damasco
Jerusalen
Tyro
Sidon
Gaza
Rodas
Iberia
Albania
Asyria
Armenia
Cáucaso
Tolosa
Narbo
Massilia
Barcino
Tarraco
Valencia
Baleares
Cartago
Ebusus
Mauritania
Constantina
Byzacena
Pa. Syrte
Gran Syrte
Sabrata
Leptis M.
Adriana
Berenice
Ptolemaide
Cyrene
Sicilia
Panormus
Syracusa
Agrigento
Peloponeso
Corinto
Atenas
Tarento
Nápoles
Roma
Ostia
Pisa
Genua
Milan
Ravena
Rimini
Ancona
Lombardia
Tuscia
Ducatus Romanus
Ducatus Spoletanus
Ducatus Beneventanus
Ducatus Tarentinus
Ducatus Neapolitanus
Ducatus Calabriae
Ducatus Siciliae
Ducatus Sardiniae
Ducatus Corsicae
Ducatus Istriae
Ducatus Venetiae
Ducatus Dalmatiae
Ducatus Liburniae
Ducatus Pannoniae
Ducatus Noricae
Ducatus Rhaetiae
Ducatus Tridentinus
Ducatus Bavariae
Ducatus Alemaniae
Ducatus Boiariae
Ducatus Thuringiae
Ducatus Saxoniae
Ducatus Frisiae
Ducatus Britanniae
Ducatus Hibernia
Ducatus Scandia
Ducatus Germania
Ducatus Sclavorum
Ducatus Avarorum
Ducatus Bulgarorum
Ducatus Gepidarum
Ducatus Vandalorum
Ducatus Mauritaniae
Ducatus Numidiae
Ducatus Tripolis
Ducatus Pentapolis
Ducatus Egipti
Ducatus Arabiae
Ducatus Persiae
Ducatus Asiae Minoris
Ducatus Cretae
Ducatus Cypri
Ducatus Palmyrae
Ducatus Damascenus
Ducatus Hierosolymitanus
Ducatus Tyrii
Ducatus Sidonis
Ducatus Gazae
Ducatus Rodae
Ducatus Thracae
Ducatus Mysiae
Ducatus Iberiae
Ducatus Albaniae
Ducatus Armeniae
Ducatus Assyriae
Ducatus Pontus
Ducatus Cappadociae
Ducatus Galatiae
Ducatus Bithyniae
Ducatus Paphlagoniae
Ducatus Lycaoniae
Ducatus Pisidiae
Ducatus Lycaeae
Ducatus Cilicia
Ducatus Cyprus
Ducatus Syriae
Ducatus Palestinae
Ducatus Arabiae
Ducatus Aegypti
Ducatus Cyrenae
Ducatus Tripolis
Ducatus Numidiae
Ducatus Mauritaniae
Ducatus Hispaniae
Ducatus Lusitaniae
Ducatus Galli

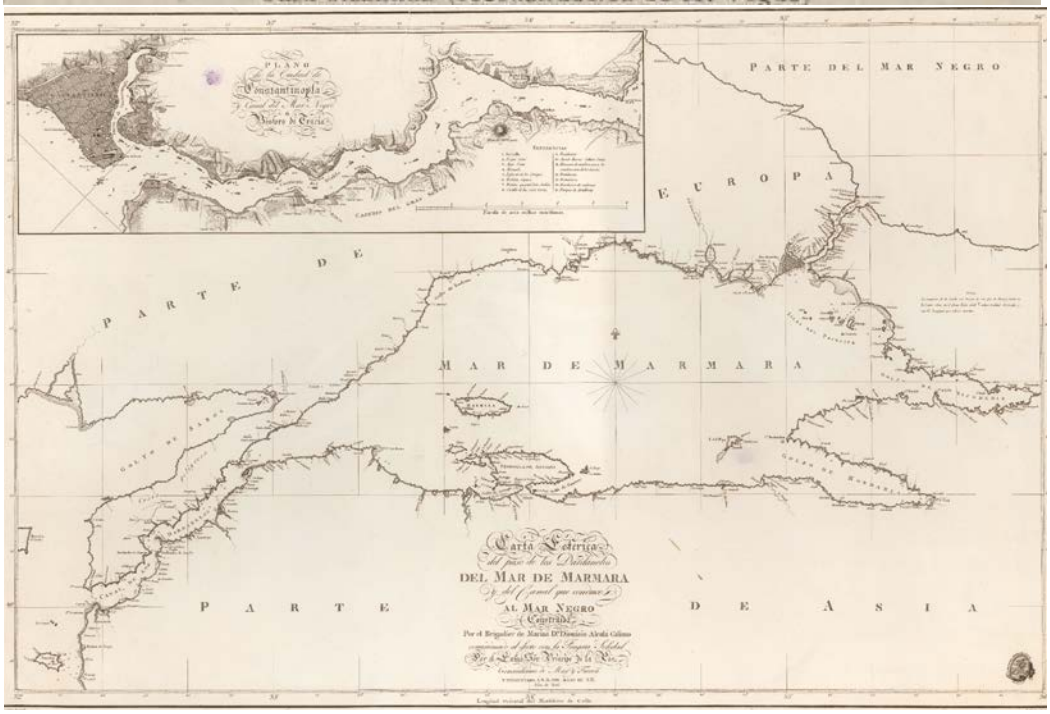
EL IMPERIO BIZANTINO DESDE EL SIGLO VII AL X
REINO DE LOS FRANCOS
REINO DE LOS VISIGODOS
REINO DE LOS ÁVAROS
REINO DE LOS JÁZAROS
MAR CASPIO
MAR NEGRO
REINO DE LOS SASÁNIDAS
IMPERIO BIZANTINO
MAR MEDITERRÁNEO
Eslavos
Árabes
Baleares
Córcega
Cerdeña
Sicilia
Creta
Chipre
Rodas
Kypros
Peloponnesos
Hellas
Kephallenia
Thessalonike
Dyrrhachion
Constantinopolis
Anatolikon
Kappadokia
Kybyrraioton
Opsikion
Thrakesion
Charsianon
Sebasteia
Kolonesia
Chaldia
Armeniakon
Paphlagonia
Bukellarion
Sebaleia
Lykandos
Thrakesion
Thraka
Bulgaria
SERRIA
CROACIA
Longobardia
Spoleto
Patrimonium
Ravenna
Venecia
Istria
Dalmacia
Rhegion
Sicilia
Kephallenia
Kypros
Chipre
Rodas
Creta
Long. 5.20° de Greenwich
Long. 5.30° de Greenwich


Londres
Brujas
Worms
París
Ratisbona
Viena
Vezelay
Clermont
Lyon
Milan
RAIMUNDO DE TOULOUSE
FEDERICO BARBARROJA
RICARDO CORAZÓN DE LEÓN (1190)
Santiago
Toulouse
Genova
Venecia
Belgrado
Marsella
ROBERTO
Lisboa
Toledo
Roma
Bari
Durazzo
FLANDES
Constantinopla
Cadiz
Palermo
Mesina
Atenas
Smirna
Iconium
Edesa
Altalia
Antioquia
Túnez
Famagusta
Krak de los Caballeros
Limasol
Tripoli
FELIPE AUGUSTO
Candia
Damasco
San Juan de Ave
Jerusalen
Alejandría
Imperio Latino de Constantinopla.
Islam.
Reino Franco de Jerusalén.
1º Cruzado (1.096-1.099).
2º Cruzado (1.147-1.148).
3º Cruzado (1.189-1.192)


IMPERIO BIZANTINO
LA ÉPOCA DE LOS COMNENO (1081-1185) Y DE LOS ANGELO
Bosnia
Pechenegos
Bulgaria
Tirnovo
PONTO EUXINO
Sinope
Macedonia
Tesalonica
Epiro
Corfú
Eubea
IMPERIO BIZANTINO
Lepanto
Atenas
Corinto
Tebas
Peloponeso
Ancona
Samos
Rodas
Creta
Nicea
SULTANATO DE KONYA (RUM)
Ankara
Amasya
Sivas
Kayseri
Konya
Antalya
Tarso
Principado Antioquía
REINO DE CHIPRE
Nicosia
Tortosa
Tripoli
Trabzon
Kastamonu
Ankara
Tokat
Sivas
Kayseri
Konya
Antalya
Tarso
Nicea
Samos
Rodas
Creta
Nicosia
Tortosa
Tripoli
Imperio Romano de Oriente (o Bizantino) a la llegada de los Comnenos (1081)
Reconquistas de Alejo I Comneno desde 1081 a 1097
Reconquistas de Alejo I Comneno desde 1097
Reconquistas de Juan II (1118-43) y de Manuel Comneno (1143-80)
Imperio Bizantino a la desaparición de los Comnenos (1185)
Imperio Bizantino a la caída de los Angelo (1224)
Itinerario de la Primera Cruzada (1096-1097)



Casa bizantina (reconstrucción de M. Vogüe)



IMPERIO BIZANTINO
EL IMPERIO LATINO DE ORIENTE
1204-61
SERVIA
DUCADO DE FILIPOPOLIS
IMPERIO LATINO
REINO DE TESALONICA
PRINCIPADO DE ACAYA
DUCADO DE ATENAS
DUCADO DEL ARCHIPIELAGO
SULTANATO DE KONYA (RUM)
Creta (Candia)
Situación efectiva de los dominios

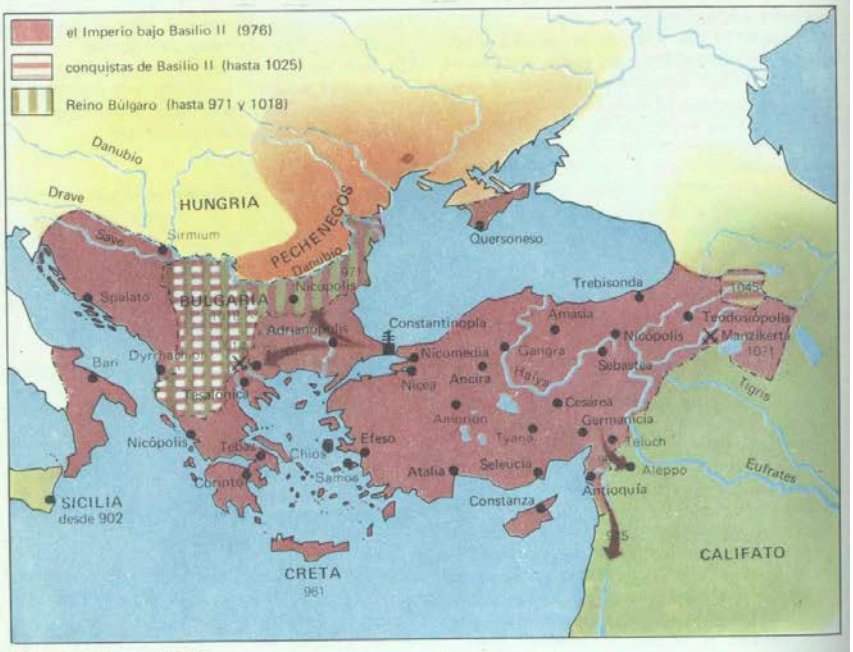
REINO DE SERBIA
REINO DE BULGARIA
Dyrrachium (a Venecia)
DESPOTADO DE EPIRO
REINO DE SALONICA
Tesalonica
M. Athos
IMPERIO LATINO
Constantinopla
Nicea
Corfu
Arta
Lemnos (a Venecia)
IMPERIO GRIEGO DE NICEA
Cefalenia (a Venecia)
Eubea
Negroponte (a Venecia)
DUCADO DE ATENAS
Zante (a Venecia)
Patras
PRINCIPADO DE ACAIA
Atenas
Mistra
SULTANATO DE ICONIUM
Iconium
Rodas (a Venecia)
Creta (a Venecia)
Chipre (a los Lusignan)

LOS PAISES ESLAVOS Y EL EMPUJE OTOMANO EN LA BAJA EDAD MEDIA
REINO DE BOHEMIA
Ducado de Silesia
REINO DE POLONIA
GRAN PRINCIPADO DE LITUANIA
GALITZIA
JANATO DE CRIMEA
REINO DE HUNGRIA
Principado de Moldavia
MAR NEGRO
BOSNIA
SERVIA
IMPERIO OTOMANO
IMPERIO BIZANTINO
REINO DE NAPOLES
CORONA DE ARAGON
REINO DE SICILIA
Condado Palatino de Cefalonia
Ducado de Atenas
Despotado de Morea
ARAMAN
SULTANATO DE LOS MAMELUCOS
REINO DE CHIPRE
CERNO
CARPATOS
Posesiones de la Rep. de Venecia
Posesiones de la casa de Habsburgo
Límites del Sacro Imperio Romano Germánico

Mar CANTABRICO
BRETAÑA
PARIS
SAJONES
PRUSIA
WESTFALIA
MORAVIA
AUSTRIA
HUNGRIA
LOMBARDIA
PROVENCIA
ZARAGOZA
CORCEGA
CERDEÑA
SICILIA
TOLEDO
DALMACIA
ADRIATICO
TIRRENO
BULGARIA
MACEDONIA
CONSTANTINOPLA
Mar NEGRO
PONTO
GALACIA
FRIGIA
CAPADOCIA
SIRIA
CRETA
RODAS
CHIPRE
JERUSALEN
ALEJANDRIA
TEBAIDA
ARAB
MAR MEDITERRANEO

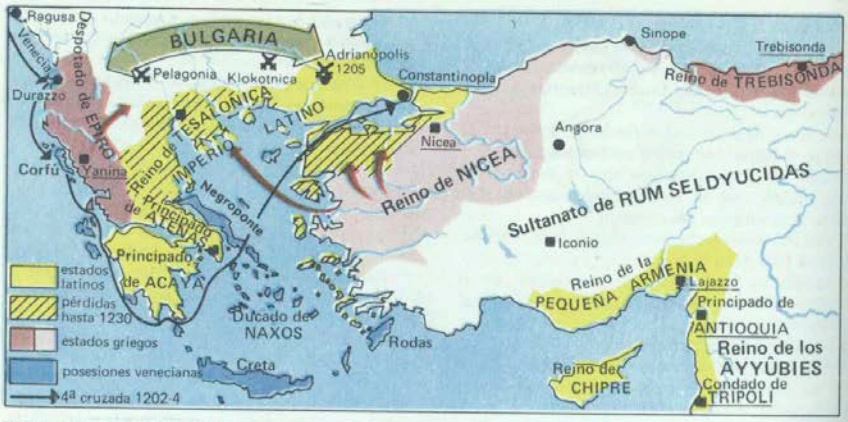
LAS RUTAS COMERCIALES VIKINGAS Y EL REINO DE KIEV
FINLSES
UGRO-FINESES
PUEBLOS UGRO-FINESES
ESCLAVOS, CUEROS, MIEL Y CERA
REINO DE KIEV
POLACOS
CUMANOS
PECHENEGOS
HUNGAROS
KANATO CAZARO
IMPERIO BIZANTINO
SEDAS, JOYAS, TEJIDOS DE LUJO, VINOS Y ESPECIAS
CALIFATO ARABE
A Samarcanda
A Bagdad

FORMACIÓN DEL IMPERIO TURCO
IMPERIO ALEMAN
REINO DE POLONIA
KANATO DEL KRIM
MOLDAVIA
HUNGRIA
VALAQUIA
BOSNIA
SERVIA
ALBANIA
EPIRO
MOREA
CRETA
CHIPRE
TREBISONDA
KURDISTAN
PERSIA
MESOPOTAMIA
SIRIA
TRIPOLI



Bizancio en los ss. X y XI

Bizancio en el s. XII

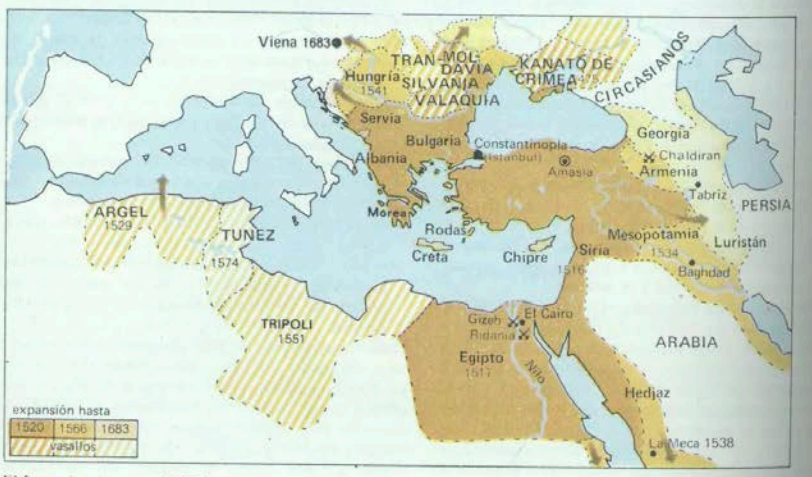


El Imperio latino 1204-1261

Bizancio después de 1261

Penetración de los otomanos en los ss. XIV y XV

Expansión del Imperio otomano, 1300-1683



El Imperio otomano, 1683

MAXIMIANVS